



Prométeme
todos tus días

CLARA ÁLBORI

Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, septiembre 2017

© 2017 Clara Álbori

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

A todas aquellas personas que fueron, son o continúan
siendo víctimas de la violencia de género,
en especial a ti, A. Tolerancia cero.

PRÓLOGO

—¡¡MAMÁÁÁ!! ¡Aria ha vuelto a poner los *dibus* en inglés!

La pequeña niña rubia de ojos azules le sacó la lengua a su hermana tan idéntica a ella. Eran como dos gotas de agua. Ninguno de sus rasgos físicos era diferente. Piel blanca, cabello rubio y largo ondulado y un rostro redondo con dos ojos azules intensos y expresivos.

Pero a pesar de su gran parecido físico, de carácter eran totalmente opuestas. Aria tenía uno bastante fuerte para una niña de 5 años. No se relacionaba con las chicas de su clase. Prefería jugar con los niños en el barro o con la pelota de fútbol. Odiaba las muñecas y los nenucos y ni en sueños pensaba dar clases de ballet junto con su hermana gemela, Lara.

Lara era la hija perfecta. Dulce, cariñosa y siempre vestida con uno de sus vestidos de princesa. A pesar de ser tan diferentes, ambas se adoraban y se protegían, pero sus desigualdades provocaban pequeñas disputas como la de aquel día.

A Aria le encantaba el inglés. Desde que empezó a estudiarlo en la guardería, había decidido a tan corta edad que quería hablar ese idioma tan bien como su profesora. Le encantaba escucharla y desde que averiguó cómo poner sus dibujos en el idioma original, no dudaba en aferrarse al mando para que Lara no lo quitara.

Como siempre hacía cuando su gemela llamaba a su madre medio llorando, Aria cogió su almohada negra, colocó encima el mando y se sentó sobre él. Se cruzó de brazos y esperó con el morro torcido a que su madre fuera a regañarla. ¡Cómo siempre!

Marta entró en el cuarto de sus hijas y colocó las manos en sus estrechas caderas para mirarlas. Cada día discutían más y no quería pensar cómo evolucionarían esas discusiones cuando se adentraran de lleno en la adolescencia. Pero quería con locura a sus pequeñas.

—A ver, ¿qué pasa ahora?

—Aria ha vuelto a poner los dibujos en inglés. ¡No los entiendo! —

Comenzó a lloriquear Lara.

—*But, I want to learn English! And, when I grow up I'll live in London as my teacher.*

—¡Que no me hables en inglés! —se quejó.

Marta puso los ojos en blanco. Su profesora les había hablado del gran interés de Aria por aprender el idioma. Ni su marido ni ella lo hablaban, por lo que les recomendó que viera dibujos en inglés y le compraran libros en inglés fáciles de entender. A sus 5 años ya lo hablaba con gran fluidez gracias a ese método, pero Lara nunca había querido seguir esa iniciativa de su hermana, por lo que las quejas y las disputas eran diarias.

—Aria, tu hora de ver la televisión en inglés ha terminado. Ahora le toca a tu hermana.

Lara miró a su hermana que seguía con la misma postura y el mismo gesto, y le sacó la lengua con aire de superioridad.

—¡Lara! —le regañó su madre.

La niña le miró con sus ojos azules arrepentida y comenzó a jugar con la falda de su disfraz de Cenicienta.

—Perdón, mami.

—¿Aria? —La miró Marta.

Aria aún con el morro torcido se levantó y le dio el mando de la televisión a su madre para que pusiera los dibujos en español. En cuanto lo hizo, Lara cogió su almohada rosa y quitándose la corona de plástico, se recogió la falda para sentarse al lado de su hermana.

Cuando ambas estuvieron tranquilas, Marta abandonó la habitación para continuar con las tareas de la casa.

Las gemelas se quedaron en silencio viendo la televisión, pero aún se notaba la tensión en el ambiente. Tras varios minutos sin hablar y sin prestar demasiada atención a la pantalla, Lara fue a buscar algo en el baúl de los juguetes. Cogió de él una manta morada y regresó con su hermana.

—¿Por qué has cogido la manta de los abrazos? —le preguntó Aria.

—Porque no me gusta que estemos enfadadas. Quiero que hagamos las paces.

Lara pasó una parte de la manta por los hombros de su hermana para

arroparse ambas y darse un abrazo bajo aquella tela.

—Aunque nos enfademos siempre te querré y te protegeré —dijo Aria dándole un fuerte beso en la mejilla a su hermana.

—Y yo a ti. Eres la mejor hermana gemela del mundo mundial. Siempre estaremos juntas.

—Siempre. Estaremos juntas todos los días de la vida.

—Te prometo todos esos días. Te quiero, hermanita.

Capítulo 1

Aria acunaba entre sus brazos a su hermana malherida. Lara lloraba con fuerza y todo su cuerpo temblaba. Sus ojos azules no tenían brillo y su cuerpo delgado lleno de marcas no era el que debería presentar una joven de veinte años. Lara se quejó cuando su hermana la apretó más contra su cuerpo. Aria se asustó y se separó un momento para levantar la liviana camiseta rota que su hermana lucía. Ahogó un grito y se tapó la boca al ver sus costillas. Estaban negras. Esos moratones no tenían buena pinta. Aria también comenzó a llorar y volvió a abrazarse a su hermana. Tenía que protegerla. Y eso haría.

Lara comenzó a toser y se separó de su hermana para escupir la sangre que salía por su boca. Las arcadas le invadieron y acabó vomitando ahí mismo. Ni para aquello tenía fuerzas. Estaba muy débil.

Como pudo, Aria la levantó del suelo y la llevó al baño del piso que ambas compartían. La dejó de rodillas contra el retrete para que siguiera vomitando. Lara no dejaba de llorar. Aria comenzó a acariciarle el pelo y se lo besó mientras ella también dejaba caer sus lágrimas en silencio. Cuando acabó, la desnudó y la metió en la bañera para limpiar los restos de sangre de su cuerpo.

Su piso estaba cerca de la Universidad de Cantabria donde ambas acababan de empezar su tercer año. Aria estudiaba Magisterio Infantil mientras que su hermana se había decantado por la carrera de Física.

Pero Lara llevaba semanas sin aparecer por las clases. El hijo de puta que decía ser su novio no hacía más que darle aquellas palizas. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Qué pretendía dejándole todas esas marcas a su hermana?

Lara tenía un aspecto lamentable. Estaba completamente pálida y todo su cuerpo se encontraba salpicado de enormes moratones. Aquel día, su supuesto novio, esa persona que juraba que la amaba más que su propia vida, le había partido el labio y seguía sangrando. Además, estaba convencida de que tendría alguna lesión interna, pues Lara no dejaba de escupir y vomitar

sangre.

—Tienes que denunciarle —dijo Aria mientras enjabonaba a su hermana.

—Lo sé —contestó Lara con voz débil. Abrió sus ojos y la miró, pero veía todo borroso—. Pero si lo hago, me matará. Y si le dejo, también.

—Tienes que aceptar lo que Pablo te ofrece. ¡Vete con él! Le quieres a él y él a ti. No a ese monstruo.

Lara sollozó y alzó con la poca fuerza que tenía su mano para colocarla sobre la de su hermana.

—Rafa lo sabe. —Tosió—. He ido a su piso para intentar cortar con él, pero no he podido. Me he ido, pero he tenido que volver al darme cuenta de que me había dejado el móvil. —Sollozó—. Y ha visto el mensaje de Pablo. El que decía que estaba todo listo para irme cuando estuviera preparada. También sabe que estoy enamorada de Pablo. Ha leído toda la conversación. —Cerró los ojos—. Y este ha sido el resultado. —Se señaló a sí misma.

Lara comenzó a salir con Rafa con apenas 18 años, cuando empezó la universidad. Al principio todo era perfecto, pero sus celos eran muy malos. Todo comenzó con amenazas verbales y no fue hasta los siete meses de relación cuando recibió la primera bofetada. Le perdonó al verle tan arrepentido y cómo lloraba desesperado por conseguir su perdón. Pero a cada día que pasaba, los celos le hicieron volverse loco. Comenzó a perder la cabeza y lo que empezó con una bofetada, evolucionó a increíbles palizas que la dejaban rozando la inconsciencia. Sus padres no sabían nada, solo su hermana conocía lo que sucedía. Aria intentaba convencerla de que denunciara y le dejara o de que pidiera una orden de alejamiento, pero Lara tenía mucho miedo. Rafa podría matarla de un momento a otro. Su afición por el rugby había hecho que su cuerpo fuera muy fuerte y con solo un puñetazo podría partirle el cuello.

En una de sus estancias en el hospital por sus palizas, Lara conoció a Pablo. Era el MIR que la atendía y al enterarse de lo que sucedía no se separó de su lado. Simplemente quería ayudarla, pero ninguno de los dos esperaba que se enamoraran. Lara había intentado dejar a Rafa en multitud de ocasiones, pero le era imposible, pues siempre acababa con una nueva marca.

Aria tenía que intervenir para que Pablo no se presentara en el piso de Rafa a darle lo que se merecía. El MIR ya no sabía qué hacer por lo que hacía unos días que le propuso a Lara largarse lejos, donde su supuesto novio no pudiera encontrarla y denunciarle sin miedo a que la hiciera más daño. Tenía los informes médicos que mostraban la prueba de aquel maltrato, pero ella se negaba. Si ella no estaba para que él pudiera descargar su ira, le haría daño a cualquier otra persona. Además, Lara siempre pensaba que aquella era la vida que se merecía.

Aquel día, se había armado de valor para contarle la verdad a Rafa, pero no pudo pronunciar ninguna frase. Solo con tenerle delante ya sentía miedo. Verle tan alto y tan fuerte hizo que finalmente se mordiera la lengua. No quería que volviera a pegarle, pero cometió el gran error de olvidarse su móvil. De nada había servido callarse. Su cuerpo recibió una nueva paliza. La más intensa de todas. Aquellos dos minutos llenos de patadas y puñetazos se le hicieron eternos. Dolorida y con las lágrimas deslizándose por sus ojos, comprobó cómo Rafa abandonaba el piso.

Lara se arrastró por aquel suelo de madera salpicado con gotas de su sangre hasta conseguir coger su móvil. Llamó a su hermana y esta no tardó en llegar para sacarla de aquel lugar. Aria insistió en llevarla al hospital, pero Lara se negó. Pablo estaba allí y sabía que si la veía, le daría una paliza a Rafa y podría acabar en la cárcel.

—Hay que contárselo a mamá y a papá —dijo Aria anudando una toalla al cuerpo de su hermana—. Comienzan a sospechar que pasa algo. Estamos en octubre y no se tragan la excusa de que estás ocupada estudiando y por eso no pueden verte.

—No se lo digas —pidió Lara apoyando su brazo alrededor de su hermana. Sus piernas aún no tenían fuerza para sostener su peso. Le daba vergüenza que sus padres se enteraran de lo que sucedía. Y tampoco quería hacerles sufrir—. ¿Sabes? Al principio me creía los arrepentimientos de Rafa. Pero tras conocer a Pablo he aprendido lo que es que te amen de verdad. —Alzó la mirada hacia Aria—. Me... me voy con Pablo. Dejaré que me lleve adónde pueda estar a salvo. No podrá quedarse conmigo, ya que tiene que estar en el hospital, pero vendrá cada fin de semana a verme y su tía me

cuidará y me ayudará. Quiero que esto acabe Aria. —Volvió a llorar—. No quiero que vuelvan a hacerme daño. Esto... es insoportable y no sé si aguantaré mucho más.

Aria la llevó hasta su cuarto y la tumbó en la cama. Con cuidado de no dañarla más de lo que estaba, le puso el pijama y se tumbó a su lado. Le besó en la frente y no dejó de acariciar su cabello hasta que se quedó dormida. Aprovechó que descansaba para llamar a Pablo. Su hermana no estaba a salvo en Santander con ese monstruo suelto. Y aunque le doliera no verla, sabía que con él estaría segura.

—Ha vuelto a pasar. —Le contó cuando descolgó—, pero esta vez ha sido diez veces peor.

—Hijo de puta. —Bufó Pablo—. ¡Voy a matarlo!

—Si le haces algo, tú acabarás encerrado y mi hermana no tendrá posibilidad de salvarse. Si esto continúa, llegará un día en que la mate. —Sollozó—. Lara ha aceptado lo que le propusiste. Por favor, Pablo. ¡Llévatela lejos!

El silencio se instaló entre ellos pensando cómo sacar a Lara de allí sin que Rafa se enterara. Era un completo psicópata y cuando no estaba con sus amigos o entrenando, se dedicaba a seguir y espiar a Lara. Muchos días, Aria le había encontrado frente a su portal. Por mucho que tratara de camuflarse bajo la gorra y las gafas de sol, ese cuerpo que tanto daño había hecho a su hermana no pasaba desapercibido.

—Prepara una maleta con las cosas más básicas. Me la llevo esta tarde cuando salga del hospital.

—Perfecto. Muchas gracias, Pablo. Gracias por cuidarla.

—Salgo en dos horas para allá. Nos vemos pronto. Esto se ha acabado, Aria.

—Sí, se ha acabado.

Aria colgó y fue a la habitación de su hermana quien seguía dormida. Sin poder evitarlo, se fijó en su pecho y echó un suspiro de alivio al ver que se movía. Respiraba. Sacó del armario una pequeña maleta y metió en ella lo necesario para unos días. No sabía el plan de Pablo, pero haría todo lo que le pidiera. Cuando estuvo lista, fue a su cartera para meter en un sobre algo de

dinero, pero solo tenía cinco euros. No era suficiente.

Vio cómo su hermana se revolvía en la cama y lloraba en sueños. Estaba teniendo una pesadilla. Aria corrió hacia ella y comenzó a balancearla. Lara comenzó a gritar.

—¡¡No, no!! ¡¡No me toques!! ¡¡Para, para!!

—Lara despierta —pidió su hermana—. ¡Despierta!

Ella abrió los ojos y al ver a su hermana junto a ella, se lanzó a abrazarla. Lara no podía más. Prefería quitarse ella la vida a que ese monstruo lo hiciera.

—Te vas dentro de dos horas. Ya he hablado con Pablo y tienes la maleta echa. —Siguió abrazándola—. Voy a bajar un minuto al cajero para que te lleves algo de dinero. ¿Puedes quedarte sola ese minuto?

Lara no podía hablar. Solo pudo asentir.

—Vale. No tardaré, te lo prometo.

—Tengo mucho miedo, Aria.

—No te pasará nada, ¿sabes por qué? —Ella negó—. Porque cuando éramos unas enanas de cinco años prometimos pasar juntas todos los días de la vida.

Lara sonrió levemente recordando aquello que siempre se decían y se limpió las lágrimas. Le escocían los ojos de tanto llorar y prefería no mirarse al espejo. Se notaba la cara muy hinchada de todos los golpes que había recibido y solo tenía que ver los ojos de su hermana para saber que tenía un aspecto lamentable.

—Te prometo todos esos días, Aria. Esto se va a acabar.

—Vale, quédate aquí. Voy a sacar dinero y vuelvo. No me separaré de ti hasta que llegue Pablo.

Aria besó la sien de su hermana y tras coger su chaqueta vaquera salió de su piso para ir al cajero. Salió tan deprisa que no se dio cuenta que la persona que le había hecho daño a su hermana estaba a unos metros de ella. Esperando el momento para tomar medidas contra Lara. Ella se iba a marchar con su amante y Rafa no lo iba a permitir.

Aria cogió los cuatrocientos euros que el cajero le entregaba. Había decidido sacar dinero de su propia cuenta en la que a lo largo de sus veinte

años, habían ahorrado dos mil euros. Si cogía dinero de la cuenta de sus padres, sospecharían y no quería que se enteraran de la huida de Lara de esa forma. Era hora de contarles todo, pero no lo haría hasta que su hermana estuviera a salvo.

Guardó el dinero en un sobre y corrió de vuelta a su piso. Se quedó paralizada al entrar en el portal y oír gritos. Era su hermana.

—¡¡Lara!!!

Aria comenzó a subir las escaleras y se asustó al ver la puerta de su piso destrozada. Entró justo en el momento que Rafa empujaba a su hermana. Lara se golpeó la cabeza con la esquina de la mesa y sus gritos cesaron. Aria vio a cámara lenta como el cuerpo sin vida de su hermana caía al suelo y la sangre que emanaba de su cabeza comenzaba a dejar un charco de sangre a su alrededor. Se fijó en su pecho. No se movía. No respiraba. Miró sus ojos. Estaban abiertos. Pero no tenían vida.

—¡¡LARA!! —Corrió hacia ella—. ¡¡NOOOO!!

Aria se dejó caer de rodillas a su lado mientras lloraba con fuerza notando como su interior se desgarraba. Le dolía la garganta debido a los gritos y a su fuerte llanto. Cogió a su hermana y la apoyó contra su pecho. Sus manos se mancharon con su sangre, pero no le importó.

—¡¡Lara, vuelve!! —La apretó más con su cuerpo—. ¡Respira, por favor! ¡¡DESPIERTA!! —Comenzó a balancearla y con la mano temblorosa colocó el dedo índice y corazón sobre su cuello. No tenía pulso—. ¡¡LARAAA!! —volvió a gritar su nombre mientras algo en ella moría junto con su hermana—. ¡¡No me dejes!! Por favor, te necesito. Lara... —Aria no podía dejar de llorar y las lágrimas caían al rostro de su hermana mientras se rompía por dentro.

La miró por última vez antes de pasar dos dedos temblorosos por sus ojos para cerrárselos. Solo se dio cuenta de que Rafa estaba aún ahí cuando oyó su risa a su espalda. Pero a Aria le dio igual. No quería soltar a su hermana. Apretó los puños mientras seguía observando a su gemela. Muerta. Las venas de las manos se le marcaron ante la fuerza que ejercía y se clavó las uñas en las palmas. Aquel dolor que sintió no era nada en comparación con el que albergaba su interior. El corazón comenzó a bombearle con fuerza.

Casi podía escuchar esos rápidos latidos. Unos latidos que su hermana jamás volvería a tener. Estaba muerta.

«Muerta, muerta, muerta». Esa palabra no se iba de la mente de Aria. Abrazó a su hermana con más fuerza y con su rostro descompuesto se giró para mirar al asesino de su hermana. Lo hizo de forma lenta. Ella lloraba en silencio. Él reía. La rabia comenzó a instalarse en el cuerpo de Aria, pero aunque quisiera matarle, sabía que tenía las de perder.

—¡¡Hijo de puta!! —Le insultó apretando la mandíbula con fuerza—. ¡¡La has matado!!

Rafa la miró sin dejar de sonreír. Aria era igual que Lara. Mismos ojos, mismo pelo, mismo cuerpo... pero ese carácter su novia muerta no lo tenía. Pero eran iguales. Iguales... Dos malditas gotas de agua. Rafa ya no veía a Aria. Era Lara... Furioso recordando que se iba a largar, se acercó a ella y le cogió del pelo con una mano para tirar de ella.

Aria soltó a su hermana e intentó que Rafa la liberara, pero en vez de eso, él la estampó contra la pared y rodeó con una sola mano su cuello antes de comenzar apretar. Aria llevó sus manos a la suya para intentar que la soltara, pero no tenía suficiente fuerza. Comenzaba a respirar con dificultad y él aprovechó ese momento de debilidad para golpearla contra la pared. La aprisionó contra ella y acercó su rostro al de ella. Aria cerró los ojos asustada y sintió arcadas al notar el aire que salía por su nariz impactando con su rostro. Tenía los ojos inyectados en sangre y la vena del cuello a punto de explotarle.

—Eres igual que ella —dijo con la mandíbula tensa—. Igual de zorra... eres como ella... me iba a abandonar... no podía permitirlo. Si no era mía, no iba a ser de nadie.

—Suéltame. —Sollozó Aria. Rafa había disminuido la presión en su cuello, pero la furia que albergaban sus ojos hizo que volviera a apretar. Aria notaba como el aire no llegaba a sus pulmones y abrió la boca para toser, pero hasta para eso necesitaba oxígeno—. Por favor...

—Eres igual que ella... eres ella...

Rafa la empujó y la espalda de Aria acabó impactando con la otra pared del salón. Cayó al suelo. Comenzó a toser y a coger aire, pero enseguida él

volvió a atacar. La cogió del pelo y tiró de él hasta que su frente impactó con la esquina de la mesa. Un líquido caliente comenzó a salir de su ceja y un fuerte mareo impedía que viera con claridad, pero una mancha enorme volvía a acercarse a ella. La arrojó contra el suelo y comenzó a darle patadas en el estómago. Rozando la inconsciencia, la tumbó bocarriba y se colocó a horcajadas sobre ella para volver a rodear su cuello con ambas manos.

—Eres Lara y vas a morir. Eres una puta. ¡¡¡Muere, zorra!!!

La había llamado Lara. ¡Había perdido la cabeza! Ese psicópata creía que era su hermana. A cada segundo que pasaba, sus manos presionaban más fuerte su cuello. Iba a morir. Estaba perdiendo la visión y sus pulmones comenzaban a dejar de funcionar.

Aria comenzó a oír a lo lejos el sonido de unas sirenas. Pero no sabía si eran reales o era parte de su imaginación. Las manos de Rafa abandonaron su cuello y le oyó correr hasta que dio un portazo. Pero la puerta no se cerró. Él se había encargado de ello. Él la había roto para entrar y matar a su hermana. Con las pocas fuerzas que tenía, Aria se arrastró por el suelo. La garganta le dolía horrores y no era capaz de gritar para pedir ayuda. Consiguió llegar al lado de su hermana y cogió su mano inerte.

—Me lo prometiste. —Sollozó—. Me prometiste todos los días de la vida... despierta... despierta... —susurró antes de cerrar los ojos.

Capítulo 2

Aria frunció el ceño al oír el molesto ruido de los constantes pitidos que se colaban por sus oídos. Molestos sonidos que acentuaban el dolor de su cabeza. Notaba el cuerpo completamente pesado y los movimientos más sencillos como levantar la mano unos centímetros de aquella superficie blanda en la que se encontraba, le resultaban costosos y bastante dolorosos.

Poco a poco consiguió separar sus párpados para abrir los ojos. Cuando la borrosidad que tenía desapareció, vislumbró una sala gris y muy vacía. Solo había una televisión de plasma colgada en la pared. Giró el rostro y se encontró en una silla a su madre acurrucada con los ojos cerrados. Parecía dormir, pero tenía el rostro completamente pálido. No tenía ni rastro de maquillaje y sus ojos estaban hinchados.

Aria estaba algo confundida, pero enseguida su mente comenzó a retroceder en el tiempo y recordó todo. Lara, su novio psicópata, los golpes... se había quedado inconsciente. Estaba en el hospital, pero lo recordaba todo. Su hermana cayendo a cámara lenta ante sus ojos hasta que un mal golpe se llevó su vida. Ella abrazándola y llorando como nunca lo había hecho mientras sus lágrimas caían en el rostro pálido de Lara. Sus dedos buscando un débil latido que no encontró. Rafa completamente ido, su mirada oscura y cómo las venas de su cuello se le marcaban hasta casi explotar. La había confundido con su hermana quien estaba de cuerpo presente cuando comenzó a golpearla. Iba a matarla. Y lo hubiera hecho de no haber sido por las bocinas que oyó acercarse a su piso. Estaba loco. Su último recuerdo era el tacto frío de la mano de su hermana. Se negaba a creer que se hubiera ido para siempre.

—¡¡Lara!!

Aria no sabía de dónde había sacado esa fuerza, pero consiguió destaparse y salir de la cama, pero cayó al suelo cuando sus pies tocaron aquella fría superficie. Su cuerpo no era capaz todavía de aguantar el peso.

—Lara —volvió a repetir el nombre de su hermana mientras las

lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Comenzó a arrastrarse por el suelo. Tenía que buscarla. Debía encontrarla.

«No está muerta, no está muerta, no está muerta», se repetía sin dejar de llorar. Apoyó las manos en la pared e intentó ponerse en pie. Lo logró, pero casi vuelve a caer. Por suerte, consiguió apoyarse en el mango de la puerta. La abrió y pegada a la pared como punto de apoyo, comenzó a caminar por el pasillo. Miró todo aquel espacio en busca de alguna pista que le indicara que su hermana estuviera en una de esas habitaciones. Pero no vio ninguna. Ni siquiera a algún familiar por el pasillo.

—Lara —volvió a repetir el nombre de su hermana entre sollozos.

Se deslizó por la pared hasta quedar tendida en el suelo, donde volvió a sentir aquel intenso dolor en el pecho. Se abrazó a sí misma y ocultó su rostro entre sus piernas.

—¿Qué haces aquí? —Oyó la voz de un hombre a su lado.

Por puro instinto, Aria se separó de él.

—No... ¡¡no me toques!!

—Llamaré a una enfermera. —Se levantó el médico.

Aquel hombre había intentado sonar lo más tranquilo y amigable, pues sabía lo que le había ocurrido a aquella joven, pero no descartaba que mostrara rechazo, sobre todo hacia el género masculino. Tenía la esperanza de que dejara a las enfermeras acercarse a ella. Por suerte, así fue. Una de sus compañeras la ayudó a levantarse y la llevó de nuevo a su habitación. La madre de Aria seguía durmiendo y no se había percatado de que su hija había abandonado la habitación.

Con cuidado, la enfermera la ayudó a recostarse y la tapó con aquellas ásperas sábanas.

—¿Tienes dolores?

Aria solo pudo asentir. No había una parte de su cuerpo que no le doliera. Su hermana debió de sufrir muchísimo. No quería imaginar todo el dolor que su cuerpo albergó hasta el final. Esa era la realidad. Lara estaba muerta. Aria apretó los ojos intentando olvidarse de la última imagen que tenía de su hermana haciendo que dos nuevas lágrimas recorrieran sus

pómulos. No quería preguntar por ella. Que se lo confirmaran solo haría que perdiera esa pequeña esperanza que le quedaba. Aunque sabía que tarde o temprano desaparecería.

—Te has arrancado la vía —le informó aquella enfermera pelirroja volviendo a ponerle una—. Ahora mismo te pondré un calmante.

Ella solo pudo asentir. No se había dado cuenta de la vía de su brazo. Ni de como la aguja salía de su cuerpo. La poca adrenalina que su cuerpo había producido para salir en busca de su hermana le había impedido sentir ese pequeño dolor.

—Llevas un día durmiendo —le explicó la enfermera—. Tu madre no se ha separado de ti. Los vecinos de vuestro piso dieron la voz de alarma al oír los golpes y los gritos y la policía ha descartado que fuera un robo, pero necesitan tu declaración y una descripción del ase... del culpable.

—Iba a decir asesino —susurró Aria con la boca seca. Aún le dolía la garganta.

La enfermera calló y desvió la mirada. ¿Cómo decirle a aquella chica de apenas veinte años que su hermana gemela había fallecido? A pesar de que estaba presente cuando ocurrió y que encontraron a ambas juntas y de la mano, afirmar aquella horrible realidad no era fácil para nadie.

—Está muerta, ¿verdad? —dijo Aria notando un sudor frío recorrer su cuerpo—. No aparte la mirada. Yo vi como la mataba a sangre fría. Dígalo... ¡Dígamelo! —exigió subiendo el tono de voz y despertando a su madre.

Marta se asustó al ver a su hija con esa mirada llena de odio y furia clavada en la enfermera. Solo tuvo que ver el gesto de la pelirroja para saber que su hija estaba pidiéndole que le confirmara que Lara les había abandonado.

—Lo siento —le contestó la enfermera—. Cuando los servicios de emergencia llegaron, tú estabas inconsciente, pero tu hermana llevaba varios minutos fallecida.

Ahora fue Aria quien apartó la mirada. Al oír de nuevo aquella palabra, Marta emitió un sollozo. Ni su marido ni ella sabían lo que ocurría y enterarse de aquello hizo que su mundo se hundiera en segundos. Habían perdido a una hija, algo por lo que un padre jamás debería pasar, y no solo

eso. Sino que habían estado a punto de perder a sus dos hijas. La policía estaba en busca del novio de Lara como el primer sospechoso de aquello, pero aún no habían dado con él. Aunque de nada servía detenerle sin el testimonio de la única testigo. Aria debía delatarle para llevar a cabo todo el proceso antes de encerrarle durante años entre rejas.

Cuando la enfermera abandonó la estancia, su madre con cuidado de no dañarla se sentó a su lado para abrazarla. Aria aceptó aquel contacto y ambas lloraron en silencio la dolorosa pérdida de Lara. Era lo único que podían hacer en aquellos momentos. Llorar.

—Quiero... quiero estar sola... por favor —pidió Aria.

Su madre asintió y tras darle un beso en la frente, sacó un pañuelo para secarse los ojos.

—Estaré en el pasillo.

Cuando Marta abandonó la habitación, Aria se levantó de la cama para ir al servicio. Colocó la mano en el atril donde colgaba una bolsa de suero y otra con un calmante y caminó cargando con él para que la vía no volviera a soltarse. Al llegar al baño, se encerró en aquel grande pero frío habitáculo. Lo primero que hizo fue mirarse al espejo. Tenía un ojo medio cerrado y unos puntos sobre su ceja derecha, pero su cabello los tapaba. Además sus labios estaban morados y algo hinchados y tenía en su cuello las marcas de los dedos de aquel hijo de puta. Él le había hecho eso.

Bajó un poco la mirada y vio que en una balda frente al espejo, se encontraba su neceser. Un brillo que salía de él llamó su atención y cogió las pequeñas tijeras que siempre llevaba. Volvió a fijar su mirada en el espejo. Era ella a quien reflejaba. Pero podría ser Lara. Eran dos gotas de agua.

«Eres igual que ella... eres ella...», recordó las palabras de Rafa.

«Eres ella, eres ella, eres ella...», Aria apretó las tijeras en su mano hasta hacerse un pequeño corte la afilada punta.

«Eres Lara y vas a morir»

—¡¡No soy ella!!

Sin saber qué hacía, Aria cogió un mechón de su cabello rubio y lo cortó dejándolo por debajo de los hombros. Pero el resto seguían acariciando su cintura. Como lo hacía el cabello de Lara. Volvió a coger otro mechón de

pelo e hizo lo mismo que con el anterior.

Minutos después el suelo del baño quedó adornado con mechones de pelo rubio y ondulado. Volvió a mirarse al espejo. Su cabello había cambiado, pero su rostro magullado era el mismo que el de Lara.

«Eres ella, eres ella, eres ella...»

—No lo soy —afirmó mirándose fijamente—. Ella está muerta. —Golpeó con fuerza el espejo haciendo que unas grietas aparecieran en él.

—¿Aria? ¿Qué has hecho?

Ella giró el rostro con lentitud y miró a su madre, pero no estaba sola. Su padre se encontraba tras ella mirándola con ojos tristes. Sabía lo que estaban pensando. Parecía que estuvieran mirando a Lara. Pero no, Lara no estaba ahí. Lara ya no existía. Lara no volvería a reír, ni a llorar, ni a sufrir, ni a respirar. Estaba muerta.

«Muerta, muerta, muerta», esa palabra no abandonaba sus pensamientos.

Sus padres clavaron la vista en sus pies desnudos, los cuales estaban rodeados de sus mechones.

—No quiero que los tiréis. Quiero enterrarlos junto con Lara. Quiero estar siempre con ella. Por favor —pidió.

—Está bien —respondió su padre acercándose a ella, pero Aria dio un paso hacia atrás y sus ojos azules se llenaron de miedo. —Te... te queda bien el pelo más corto. —Bajó la mirada dolido por ese rechazo.

—Iván, creo que no es apropiado ese...

—Gracias, papá —le interrumpió Aria.

Se acercó a él a pequeños pasitos y alzó una mano para tocar la suya. Él no iba a hacerle daño. No todos eran como Rafa. No debía vivir con miedo. Su hermana no lo hubiera querido. Ahora ella debía vivir por las dos. Poco a poco envolvió la cintura de su padre hasta que lo abrazó. Él respondió a aquella muestra de cariño y le besó la coronilla mientras aguantaba las lágrimas. No podía llorar delante de ella.

—Quiero... no quiero... es decir que —intentó hablar Aria—. Quiero despedirme de ella. Decirle adiós. Quiero estar en el funeral. Por favor... —pidió a sus progenitores.

—Deben hacerte unas últimas pruebas, pero nos han dicho que si todo

va bien, te darán el alta en dos días.

Aria asintió.

—Intenté protegerla, papá. Iba a ayudarla. Lara iba a marcharse en horas para estar a salvo. Pero él no la dejó. La mató, papá... no la dejó libre. Se pasó meses haciéndole daño, pero eso no le bastó para dejarla marchar.

No dijo su nombre, pero Iván sabía perfectamente a quien se refería su hija. Lo único que deseaba era matarlo. Esperaba que pronto dieran con ese asesino para meterlo entre rejas. Le dolía saber que Aria tuviera que verle y estar presente en el juicio para delatarle. Era la única que le había visto atacar a su hermana. No había más testigos y aunque ellos hubieran conocido al que se hacía llamar novio de su hija, jamás le vieron ponerle la mano encima o amenazar a Lara. No podían delatar algo que no habían visto.

Aunque había otra persona que conocía lo que ocurría. Pablo. Marta e Iván le habían conocido cuando ingresaron a Aria y llevaron el cuerpo sin vida de Lara a la morgue del hospital. Aquel joven se volvió loco al saber lo ocurrido. Ese MIR era el que iba a poner a salvo a su hija antes de ir a ellos para contarles la verdad, pero no le había dado tiempo. La policía le interrogó y gracias a él pudieron iniciar un busca y captura contra Rafa. Más tarde de aquel interrogatorio, Pablo habló con ellos y lo único que pudieron hacer fue darle las gracias por cuidar de su pequeña. Pero el MIR no podía testificar contra Rafa, pues él, jamás le había visto la cara. Solo Aria tenía el poder de mandarlo a la cárcel.

—¡Quiero que pague lo que ha hecho! —Aria era incapaz de decir su nombre.

Poco a poco se separó de su padre, pero tomó su mano para ayudarla a ir a la cama de nuevo.

—Pagaré, cariño. Pero para ello, tienes que testificar contra él.

—No me lo tienes que decir dos veces. —Se pasó una mano por su rostro para eliminar los restos de las lágrimas—. Voy a hacerlo.

Aria no les miró a la cara. Odiaba ver el dolor en sus padres y no era tonta. Sabía que su aspecto les recordaba a su hermana y eso solo hacía que su dolor creciera. Aunque en esos momentos necesitara del todo el cariño, lo único que deseaba era estar sola.

—Es tarde. ¿Por qué no vais a tomar algo a la cafetería?

—No queremos dejarte sola —contestó su padre.

—Estaré bien y me vendrán bien unos minutos a solas. Por favor.

—Está bien. —Su madre se acercó a ella y cogió el mando que había en la cama para que Aria lo tuviera a su alcance—. El primer botón es para llamar a las enfermeras. Por si necesitas algo. —Sorbió por la nariz antes de agacharse para darle un beso a su hija en la frente—. No tardaremos.

Aria asintió y se recostó en la cama. El calmante estaba haciendo efecto y comenzaba a notar como el sueño y el cansancio invadía su cuerpo. Cerró los ojos intentando relajarse, pero le era muy difícil. Solo podía pensar en lo ocurrido y en todas las veces que había curado a su hermana las heridas. Oyó como la puerta se abría y giró el rostro para ver entrar a un médico. Llevaba una bata blanca, una especie de gorro de ducha verde y una mascarilla en la boca del mismo color. Ella se quedó callada y giró el rostro hacia la ventana mientras esperaba que hiciera su trabajo. Pero no lo hizo. Unas fuertes manos rodearon su cuello y notó como sus pulgares recubiertos con el látex de los guantes blancos presionaban el punto más alto de su garganta. Aria intentó defenderse arañándole la cara, pero lo único que consiguió fue quitarle la mascarilla. No era un médico. Era Rafa.

—¿Te crees que vas a huir de mí, Lara? —siseó furioso cerca de su rostro—. Vas a morir, si no eres mía, no serás de nadie. ¡Putas!

—No... no soy... Lara... —Intentó respirar Aria.

—Sí lo eres... ¡eres ella!

Rafa presionó con más fuerza su cuello mientras ella tanteaba la cama en busca del mando e intentaba, sin éxito, respirar. Consiguió atrapar el mando y con las pocas fuerzas que tenía, comenzó a pulsar todo los botones hasta que un pitido indicó que había llamado a la enfermera. Rafa la soltó al oír aquello y salió corriendo de la habitación para largarse antes de que lo pillaran.

Aria comenzó a toser y a coger aire con fuerza. Tenía muchas ganas de vomitar debido a las constantes arcadas que salían de su cuerpo. Se llevó una mano al pecho y notó bajo la palma de su mano el rápido latido de su corazón. Alguien tocó su hombro y por puro instinto gritó y se apartó cayendo de la cama. Retrocedió ayudándose con sus manos y sus pies hasta

apoyarse en una esquina de la habitación.

—Ey, cielo. Tranquila. —La enfermera le dejó su espacio antes de ir acercándose poco a poco a ella. Se fijó en su cuello. Parecía tener nuevas marcas y bastante recientes. Además, por el estado de ansiedad y nerviosismo que presentaba, deducía que la habían atacado de nuevo.

—Él... ha... ha estado aquí —consiguió decir Aria.

Al oír aquello, la enfermera no tardó ni medio segundo en dar el aviso. El hospital entero se movilizó para buscarle. No sabían cómo había podido atacarla cuando su cara estaba por toda la ciudad, tanto en los periódicos como por las redes sociales.

Una vez que Aria estuvo más calmada, les contó a los agentes, a sus padres y la enfermera que la había atendido que iba vestido de médico.

Tras ese episodio, decidieron poner vigilancia en la puerta de Aria hasta que le dieran el alta y sus padres no pensaban separarse de ella. Ese psicópata había intentado matarla dos veces y si su hija no hubiera pulsado el botón, no sabían qué hubiera ocurrido. Pero Rafa no era tan listo como pensaba. Desde el ataque, había intentado salir del hospital y no lo había conseguido. Había demasiada gente y tras aquel ataque, la vigilancia había aumentado. Se dirigió a las escaleras de emergencia y comenzó a bajar por ellas aún con el atuendo que había robado. Salió del hospital lo más disimuladamente que pudo, pero no dio ni dos pasos cuando notó como alguien le inmovilizaba.

—El sospechoso ha sido detenido —anunció un agente a la familia—. Estará en el calabozo hasta el reconocimiento. —Se dirigió a Aria—. Debes decirnos si es él. En caso de que no acudas a delatarle, en 48 horas será liberado. Hemos inspeccionado el piso en el que ocurrió todo y no hay suficientes pruebas para encerrarle. Otra posibilidad, es que el detenido confiese el delito que ha cometido, pero por cómo se ha resistido y ocultado, dudo que lo haga. Además niega haberte atacado. Nos ha dicho que solo quería ver cómo estabas y que era inocente, pero se había tenido que disfrazar debido a que es sospechoso. No le creemos, pero no podemos hacer nada si no testificas. Les mantendremos informados.

Tal y como su padre le dijo, dos días después Aria salió del hospital, pero antes de regresar a casa de sus padres, iban a asistir al entierro de Lara.

Su madre le llevó al hospital algo que ponerse. Eligió un vestido negro y ceñido hasta las rodillas de cuello redondo y unos zapatos con algo de tacón. Aria se miró al espejo del baño de la habitación del hospital. Los puntos de su frente estaban ocultos por su cabello y su rostro estaba pálido. Aún se notaban las señas de lo que le había pasado, pero le dio igual. No iba a maquillarse y a pesar de que el día amaneciera nublado, decidió colocarse las gafas de sol. Observó la piel de su cuello. Tenía sus dedos marcados en él. No podía soportar verlas. Cogió un fular y se puso alrededor de este para que nadie viera lo que le habían hecho. Solo era una parte de lo que ese ser le hizo a Lara.

A Aria ya no le quedaban más lágrimas que derramar. Estuvo toda la ceremonia al lado de un destrozado Pablo. Ambos miraban aquella tumba adornada de flores junto con el atril que sostenía una foto de Lara. Se la veía feliz. Ni rastro de sufrimiento en aquel rostro. Ahora descansarían en paz y nadie le haría daño de nuevo.

Cuando el cura finalizó la ceremonia, se dirigió a dar el pésame a la familia, pero Aria se había evadido del mundo cuando el mecanismo que sujetaba el ataúd comenzó a funcionar. El cuerpo de Lara descendía dentro de aquella caja para no salir jamás de ella.

No apartó ni un segundo la mirada. Ni siquiera cuando oyó el sollozo de Pablo y notaba como se separaba unos centímetros de ella para que nadie viera como lloraba la pérdida de la mujer que amaba.

—¿Te resulta difícil mirarme? —preguntó Aria girando el rostro levemente hacia él.

—¿Qué? ¡Claro no! —Se secó las lágrimas con la manga—. ¿Por qué dices eso?

—Lara y yo éramos iguales. Rafa me atacó por eso. Veía a Lara en mí. Creía que era ella.

—Ese hijo de puta está loco, Aria. —Se puso frente a ella para mirarla—. Yo siempre os vi muy diferentes. Lo sabes. Sé quién eres, tu familia sabe quién eres. Y sabemos quién y cómo era Lara. —Apoyó sus manos en sus hombros. Aria dio un pequeño bote y expulsó un corto gemido de miedo, pero no se apartó, aunque estaba algo tensa—. Créeme, Aria. No nos duele

mirarte por vuestro parecido. Si así sería, no estaría ahora hablando contigo. Nos duele lo mismo que a ti. Que se haya marchado para siempre.

—No puedo evitar pensar que si no me hubiera ido a por dinero, estaría viva. Me siento culpable por haberla dejado sola. —Sollozó.

Al ver como comenzaba a llorar sacando todo lo que se había guardado en el entierro, Pablo la abrazó notando la tensión en su espalda hasta que poco a poco percibió como se relajaba.

—No eres la culpable, Aria. Solo él. Y si piensas así, yo también lo sería. —Le acarició el cabello—. La amaba más que a mi vida y lo haré durante el resto de mis días. Si me la hubiera llevado antes, si la hubiera convencido mucho antes de macharse, estaría viva. No somos los culpables, Aria.

Ella se separó y coló los dedos bajo las monturas de las gafas para secarse los ojos. Fue la última en abandonar el cementerio junto con sus padres.

—Todas tus cosas están en vues... en tu antiguo cuarto —le informó su madre—. Imaginábamos que no querías volver a tu piso. En estos días, lo hemos sacado todo de allí. Así no tendrás que volver a pisar ese lugar.

Aria asintió.

—No es mi antigua habitación —anunció observándola—. Es nuestra. —Hizo hincapié en aquella palabra—. Siempre será nuestra.

Marta solo pudo asentir con la cabeza antes de dejarla sola. Aria estuvo varios minutos completamente quieta. Sus pies comenzaron a caminar a pasos pequeños hasta agacharse de rodillas frente al baúl donde guardaban sus juguetes. Lo abrió y sacó de él aquella manta de color morado claro. Tenía algunos agujeros y algunas pelusas se pegaban a la tela, pero le dio igual. Se la pasó por la espalda y se arropó con ella. Con la manta de los abrazos. Con la que tantas veces su hermana y ella se habían pedido perdón uniéndose en un abrazo lleno de amor acompañado de cálidos besos en sus sonrosadas mejillas. Ciñó más aquella manta a su cuerpo y se acurrucó contra la pared cerrando los ojos para sentirse cerca de Lara. Se quedó dormida sin darse cuenta.

—Eres Lara... eres ella y te voy a matar.

Aria notó como la mano de Rafa se enredaba en su pelo para tirar de ella y arrastrarla por el suelo hasta golpearla contra la pared. Un golpe. Dos. Tres. Un líquido caliente y espeso comenzó a deslizarse por el perfil derecho de su rostro.

—No pararé hasta que te mueras, Lara.

—¡Soy Aria!

—No lo eres.

Rafa tiró de su pelo de nuevo para ponerla en pie y la condujo hasta el espejo. Ella fue a apartar la mirada, pero él no se lo permitió. Le cogió de la barbilla con fuerza y le inmovilizó la cara.

—¡Mírate! ¡Eres ella...!

—No... —Sollozó Aria cerrando los ojos.

—Sí... y no pararé hasta acabar contigo.

La cogió del cuello para presionárselo durante unos segundos antes de lanzarla de nuevo al suelo.

Aria abrió los ojos de golpe y notó su pulso completamente acelerado, además del sudor frío que le recorría. Le dolía el cuello de haberse quedado dormida en el suelo y en aquella postura. Se llevó una mano a la cara y se masajeó las sienes, consciente de la realidad. Una que la asustaba. No era capaz de verle la cara de nuevo a aquel despreciable ser. Tenía mucho miedo. No iba a ser capaz de mirarle a la cara. Pero si no lo hacía, saldría e iría a por ella. No le quedaba más remedio que huir como una vulgar cobarde, pero estaría a salvo.

Cogió su maleta y metió en ella lo más imprescindible. Eran las dos de la mañana. Aprovecharía que sus padres dormían para irse. Abrió el armario empotrado que había y sacó de un cajón una caja de metal. Ahí su hermana y ella guardaban algunos ahorros, pero hacía tiempo que no metían dinero. Solo cogían. Había doscientos euros en billetes de cincuenta. Los guardó en la cartera junto con los cuatrocientos que sacó del cajero para su hermana, pero no sería suficiente. Lo mejor sería que fuera a varios cajeros para sacar el resto de sus ahorros de la cuenta bancaria. Cogería también la tarjeta de su hermana para sacar al máximo posible. Su cuenta era común.

Encendió su portátil y buscó vuelos baratos. Encontró uno a Londres por

50 euros para el día siguiente a las seis de la tarde, pero salía de Bilbao. Desde Santander eran demasiado caros. Buscó una línea de bus desde Santander hasta Bilbao y compró un billete por nueve euros que salía a las siete de la mañana. Aunque aún quedaban horas, necesitaba marcharse ya. Imprimió los billetes y los guardó en el bolso junto con el pasaporte antes de borrar el historial.

Cuando estuvo lista, llamó con el fijo a un taxi. Decidió no llevarse el móvil consigo. Era lo mejor. No debía encontrarla nadie. Si una persona sabía adónde iba, la voz se correría y aquello podría llegar a los oídos de Rafa. Cogió un post-it fosforito rosa y dejó una nota a sus padres.

Espero que algún día podáis perdonarme. Me voy. No sé adónde, pero estaré más segura que aquí. Lo siento, pero mi miedo de vivir en la misma ciudad que él es demasiado fuerte. Sé que vosotros me ayudaríais, pero no quiero vivir vigilando constantemente mis espaldas. Algún día, cuando esté preparada, volveré. Ahora más que nunca entiendo a Lara.

Os quiero.

Aria.

La dejó sobre el escritorio y fue a cambiarse de ropa. No quería ir con el vestido del funeral. Se vistió con otro de adornos florales y cubrió sus brazos con su chaqueta vaquera. También sustituyó sus zapatos por unas botas planas. Salió sin hacer ruido con su pequeña maleta. El taxi ya se encontraba en la puerta. Pidió al conductor que parara en varios cajeros y con su tarjeta y la de su hermana consiguió sacar todo el dinero. Llegó a la estación de autobuses a las tres y media de la madrugada y esperó en un banco a que llegaran las siete. Con aquella decisión, decía adiós a la que había sido su vida.

Capítulo 3

«¿Qué hago aquí?»

Es lo único que pudo pensar Aria cuando puso un pie en el aeropuerto de Heathrow. Se encontraba completamente rígida en la salida de la terminal. No se podía creer que estuviera en Londres. No se podía creer lo que había hecho. Esa necesidad de huir de su ciudad le había incitado a hacer aquella locura y ahora no sabía adónde ir. Podía coger un avión de vuelta de España y pedir perdón a sus padres por su impulso, pero por otra parte, no se sentía segura de hacerlo. No podía declarar contra el asesino de su hermana. No quería verle la cara. Pero ahora, por su culpa, iba a salir en libertad en unas horas. E iría a por ella. En Santander corría peligro. Pero en Londres no tenía absolutamente nada. Ni siquiera conocía la ciudad. ¿Qué iba a hacer? ¿Dónde iba a dormir? ¿Qué haría cuando el dinero se le acabara?

Alguien le empujó a su espalda y dio un pequeño grito retrocediendo hacia atrás con su maleta bien agarrada. La colocó delante de ella a modo escudo protector. La mujer que la había empujado le pidió disculpas en inglés y continuó su camino. Aria se percató que estaba en medio de la salida de la terminal y molestaba, por lo que anduvo hasta llegar a una zona apartada donde había unos bancos metálicos. Se sentó en uno de ellos y comenzó a mirar aquel amplio lugar. Se sentía muy pequeña en aquella zona desconocida. Y eso no era nada en comparación de cómo se sentiría en una ciudad como Londres. Contaba con la ventaja de que hablaba inglés a la perfección. Se había formado en aquel idioma desde que tenía recuerdos. Su madre le contaba que se interesó por el inglés en la guardería y que gracias a diversos profesores y a su afición por ver series y películas en el idioma original desde que tenía dos años, hizo que consiguiera entenderlo y hablarlo a la perfección. Es más, pensaba especializarse en inglés cuando terminara la carrera de Magisterio de Infantil, pero ahora esos sueños se habían esfumado. Había empaquetado su vida y no sabía si algún día retomaría sus estudios. De momento, le iba a ser imposible.

Suspiró y bajó la mirada a sus pies antes de recolocarse el fular que llevaba. Era uno que le regaló su hermana. Era de color beige con estampado en gris y morado. Intentó ponérselo de forma que se le viera el cuello lo menos posible. Aquellas marcas en él aún eran visibles. No quería que nadie las viera y mucho menos que la miraran con lástima o preguntaran.

Alzó de nuevo la mirada y observó como muchas personas se abrazaban alegres ante la llegada de sus seres más queridos, pero otras lloraban la despedida de ellos. Y los que iban solos por aquel amplio lugar arrastrando sus maletas, se les veía una seguridad de la que ella carecía. Ellos tenían un lugar en el que dormir y todo planeado para que no les faltara de nada en su viaje. Y ella... ella estaba sola, asustada, con poco más de dos mil euros para aguantar bastante tiempo y sin móvil. Se abrazó a sí misma y lloró en silencio. ¿Qué iba a hacer? Era increíble cómo había cambiado su vida en menos de 72 horas. Había perdido a su hermana, estaba amenazada de muerte por un psicópata y ahora se encontraba en una ciudad que no conocía completamente sola y sin ningún plan. Pensó en buscar algún hostel barato para hospedarse unos días, pero no tenía el móvil para buscar algo por Internet.

Se levantó de aquel asiento metálico y frío y decidió dar vueltas en busca de alguna señal que la ayudara. Le dio igual que la gente se la quedara mirando por culpa de sus lágrimas. Esas que no la habían abandonado en tres días. Parecía que era lo único que hacía. Llorar, llorar y llorar. Estaba muerta de miedo, pero debía buscar la luz al final del túnel.

Mientras, en otra parte del aeropuerto, Logan esperaba la llegada de su hermano. Llevaba tres meses sin verlo. Zach había viajado a Alemania donde había sido voluntario en una ONG que ayudaba a los niños huérfanos. Estaba a punto de graduarse en Psicología Infantil y deseaba trabajar en alguna organización de Reino Unido que se ocupara de actuar contra los trastornos que los niños pudieran padecer debido a una situación de una familia desestructurada.

Logan sonrió al ver a su hermano aparecer por la terminal 5 con la maleta, una mochila bastante grande en su espalda y el equipaje de mano. Llevaba unos vaqueros desgastados, una sudadera negra y unas converse del

mismo color que esta. Se sonrieron al encontrarse con la mirada y los hermanos Lowell se abrazaron tras tanto tiempo separados dándose unas ligeras palmadas en la espalda.

—Joder, hermano, te han tratado mal allá, ¿eh? Estás más delgado.

—La verdad que prefiero mil veces la comida de aquí. —Volvió a coger su equipaje que había dejado caer para abrazar a su hermano—. Y aún nos quedan dos horas hasta Leicester. —Logan cogió la mochila de su hermano para ayudarlo—. Gracias por venir a buscarme.

—No podía dejarte aquí tirado. —Sonrió—. Eres capaz de coger un tren y acabar otra vez en York. Y si pasa eso, mamá me mata.

—¡Tenía 12 años! —Rio Zach al recordarlo—. Además...

Se calló al oír cerca de ellos un grito. Ambos giraron el rostro y vieron a una joven rubia recogiendo del suelo su maleta mientras un hombre parecía disculparse con ella. Ambos hermanos se quedaron fijos mirándola. Tenía un aspecto desastroso. Sin pizca de maquillaje y el pelo recogido en una coleta, pero se notaba que estaba bastante desigualado. Como si las tijeras de su peluquero hubieran cobrado vida propia y le hubieran hecho el mayor desastre de la historia. Vestía con un vestido floreado hasta por encima de las rodillas. Llevaba una chaqueta vaquera remangada hasta los codos y unos botines de tela marrones claros. Sus piernas largas y delgadas parecían estar cubierta por unas medias de color carne, pero lo que más le impactó a los hermanos fueron sus ojos. Desde la distancia, no podían distinguir del color que eran, parecían claros, pero los tenía rojos e hinchados. Esa chica había estado llorando y se la veía muy pérdida y asustada.

—Acompáñame —le pidió Logan a su hermano mientras se encaminaba hacia ella, pero Zach le detuvo.

—¿Qué vas a hacer?

—Ayudarla.

—¡¿Estás loco?! ¡No la conoces de nada!

—Escucha —pidió poniendo una mano en su hombro—. Cuando viajé en verano a Francia me sentía como esa chica. Perdido y asustado. La gente me ayudó sin pedir nada a cambio y sin conocerme de nada. Y no veas como se lo agradecí, porque en lo único que pensaba era en volver a casa. Yo voy a

hacer lo mismo con esa chica.

Sin querer escuchar la respuesta de su hermano, Logan se encaminó hacia aquella desconocida que miraba todo aquello con ojos de cordero degollado. Se fijó en sus manos. Tenía los nudillos blancos debido a la fuerza que estaba ejerciendo contra el asa de la maleta. Se la veía muy tensa e insegura, por lo que decidió salvar las distancias.

—¡Hola! —la saludó—. ¿Necesitas ayuda?

Aria dio un paso hacia atrás por instinto y agarró con más fuerza el bolso. Como si aquel gesto le proporcionara una seguridad que no tenía.

—Yo... eh... estoy algo perdida y no sé adónde tengo que ir.

—Por tu acento, no eres de aquí.

Aria miró por encima del hombro de aquel chico para comprobar como otro muy parecido a él se acercaba hasta quedarse a su lado. Movié ligeramente la cabeza a modo saludo. Ambos eran bastantes altos y bajo sus ropas se notaban que tenían un cuerpo fuerte. Se fijó en sus manos. Eran grandes. Con una de ellas podrían rodearle el cuello. Tragó saliva y cerró un segundo los ojos para deshacerse de esos pensamientos. Tenía que entender que no todos los hombres eran como él. Volvió a fijarse en la cara de los jóvenes. Ambos tenían el pelo castaño, pero sus ojos eran diferentes. El que se había acercado a ella con una sonrisa que mostraba amabilidad y transmitía confianza, los tenía de un color verde claro muy intenso, pero el que la miraba con gesto serio los tenía oscuros y no estaba afeitado, pero eso no hacía que su rostro perdiera belleza. Es más, se la acentuaba.

—Soy española. A... Acabo de llegar. —Mintió, pues llevaba tres horas dando vueltas por el aeropuerto.

—Hablas muy bien mi idioma. —Le tendió la mano—. Me llamo Logan Lowell.

Aria miró aquella mano y despacio soltó una de las suyas que rodeaban el asa de la maleta para aceptar aquel saludo. Intentó disimular como le temblaba, pero no lo había logrado. Esperaba que Logan no se hubiera dado cuenta.

—Aria Rivera.

—Encantado. —Se giró levemente hacia su hermano—. Y este

maleducado, es Zach. Mi hermano pequeño.

—Hola —le saludó Aria desde la distancia.

—Hola, y no soy un maleducado. —Miró a su hermano—. Solo que no me fío de alguien que no conozco.

Aria le fulminó con la mirada durante un segundo ante aquel tono borde antes de apartarla hacia sus pies.

—Ya, yo tampoco lo hago. No confío ni en las personas que conozco. —Le miró—. No sabes cuándo te pueden sorprender con su verdadera faceta.

Ambos se miraron a los ojos durante unos segundos hasta que Logan incómodo por ese silencio rompió el hielo.

—Bueno, nosotros vamos a Leicester. Tengo el coche aparcado en el garaje del aeropuerto. ¿Vas a quedarte en Londres? ¿Quieres que te acerquemos a tu hotel o adónde te hospedes?

—En...en realidad yo también voy a Leicester. Pero no sé moverme por aquí y necesito un billete de tren o de autobús que me lleve. —Mintió de nuevo.

Estaba tan perdida que al mencionar adónde iban había visto una oportunidad de que la ayudaran a llegar a algún lado.

—¡No te preocupes! Ven con nosotros. Vamos a la misma ciudad y en nuestro coche hay sitio.

—No sé si es buena idea. —Se mordió el labio inferior—. No me conoces de nada. Ni yo a vosotros.

—¡En eso le doy la razón! —apostilló Zach que no estaba de acuerdo con la propuesta de su hermano—. No la conocemos de nada.

—¡Tú cállate! —le espetó Logan antes de volver a dirigirse hacia la joven—. No nos conocemos, pero tenemos más de dos horas por delante para hacerlo. Y no encontrarás un billete más barato. —Le guiñó un ojo—. ¿Qué me dices?

—Es... está bien —aceptó Aria.

Zach echó un largo y sonoro suspiro y se adelantó a ellos para ir yendo hacia el garaje. No le hacía ninguna gracia que aquella desconocida fuera con ellos. Podía llevar cloroformo en la maleta, dormirles y llevarse todas sus cosas. Al pensar en aquello, se detuvo. ¿Qué cojones estaba pensando?

Debería ver menos series policiacas. Su hermano tenía razón. Esa chica estaba perdida y asustada y sus ojos tenían todas las marcas que indicaban que había estado llorando recientemente. Se había comportado como un auténtico capullo. Le había ofrecido a ella el mismo trato que los alemanes le ofrecieron a él cuando llegó. Él estuvo en su lugar y sabía cómo se sentía. Lo mínimo que podía hacer era ser amable.

Se giró esperando a que Logan y Aria le alcanzaran. Se colocó al lado de ella y agachó un poco el rostro hacia su oído.

—Lo siento —se disculpó.

Aria se sobresaltó al tenerle tan cerca, pero poco a poco se iba relajando con la presencia de aquellos dos hombres.

«No son Rafa, no son Rafa, no van a hacerme nada. Solo me están ayudando. No todos los hombres hacen daño. Y ellos no me lo van a hacer a mí»

—No pasa nada —le respondió—. Yo me habría comportado como tú. No me fío de la gente.

—¿Y por qué estás viniendo con nosotros? Podríamos no ser de fiar.

Aria suspiró y le miró a los ojos rodeados de unas espesas pestañas negras. Estando más cerca de él pudo ver que eran de color marrón oscuro, casi negro. Su mirada era intensa, tanto que parecía que estaba ahondando en sus pensamientos y temores más profundos.

—Porque ya no tengo nada que perder.

Zach analizó aquellas palabras. Era demasiado joven para decir aquello. No creía que tuviera más de veinte años. Se fijó más en ella. A parte de su cabello lleno de trasquilones, se la veía demasiado delgada. Como si llevara días sin comer y dos pronunciadas ojeras adornaban sus ojos azules. Esa chica había pasado por algo por lo que no tenía que pasar una persona a tan corta edad.

Llegaron al coche rojo de su hermano y lo abrió con el mando. Guardaron el equipaje en el maletero y antes de montarse, Logan preguntó a la joven:

—¿Te mareas en coche? Son más de dos horas de viaje.

Aria notó como se sonrojaba mientras asentía con la cabeza. Casi

siempre acababa vomitando en los viajes. Esperaba que su estómago aguantara hasta llegar. Contaba con la ventaja de que lo tenía vacío.

—Entonces será mejor que vayas en el asiento del copiloto.

Ella asintió y rodeando el coche se colocó en el asiento, pero abrió los ojos al encontrarse el volante frente a ella. Oyó a los hermanos reírse por lo bajo y el color rojizo volvió a instalarse en sus mejillas. Se bajó sin alzar la mirada. ¡Qué vergüenza!

—Ya te acostumbrarás. Dudo que seas la primera persona que se confunde de lado. —Intentó tranquilizarla Logan.

—Siempre he dicho que los ingleses sois muy raros. ¿No podéis conducir por la derecha como todo el mundo?

—No somos los únicos que lo hacemos —se defendió Zach—. Y los españoles sí que sois raros. Todo el día gritando y comiendo a las tres de la tarde.

—¡No gritamos!

Zach la señaló dándose la razón. Al ver la cara de enfado de la joven, se sentó en los asientos traseros del coche con una amplia sonrisa. Parecía que su miedo e inseguridad por estar en un país desconocido había desaparecido durante unos segundos. Aria se sentó, esa vez sí, en el asiento del copiloto y se giró para mirar a Zach.

—No gritamos, solo hablamos alto. No como en las series inglesas y americanas que parece que mientras hablan están afónicos con ese tono bajo y ronco que ponen o a punto de alcanzar el orgasmo.

Ambos hermanos la miraron sorprendidos por aquella salida y apretaron la mandíbula para evitar reír. Viajaron con el sonido de la radio. En España, muchas emisoras emitían canciones internacionales, por lo que Aria conocía algunas de las que sonaban, pero otras eran completamente desconocidas. Se pasó la mayor parte del viaje mirando por la ventana y descubriendo esos nuevos lugares que se mostraban ante ella.

Estaba distraída, pero la voz de los chicos hizo que volviera a la realidad. Estaban conversando como si ella no entendiera lo que decían pues lo hacían a un volumen bastante bajo. Eso o que Zach tenía razón y ella hablaba bastante alto. Corregía. Gritaba.

Se le hacía muy raro que condujeran en sentido contrario. Sentía que en cualquier momento un coche aparecería en su carril y se estrellaría de frente contra ellos. Suponía que se acostumbraría en el tiempo que estuviera allí. ¿Pero cuánto sería ese tiempo? ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años? No sabía cuándo iba a estar preparada para volver. Para ser capaz de pasear por las calles de su ciudad sin miedo. O para ver la cara de nuevo al asesino de su hermana. El mismo que le había intentado matar a ella. Y, a pesar de estar lejos de su familia y con dos desconocidos, por primera vez desde hacía días, se sentía segura. Aunque lo mejor era que no bajara la guardia.

Tal y como dijo Logan, dos horas después llegaban a Leicester. La ciudad era preciosa. Sus edificios nada tenían que ver con los de España. No superaban los cuatro pisos y parecían muy acogedores. Toda la ciudad representaba un aire muy acogedor y el suelo mojado solo aumentaba más su esplendor. Tenía un estilo *vintage*, pero a la vez moderno. Aria se enamoró de aquella ciudad al instante.

—Nosotros vivimos en Lytton Rd, en una pequeña casa individual cerca de la universidad —informó Logan mirando a Aria antes de volver a fijarse en la carretera—. ¿Dónde tienes que ir? ¿O has quedado con alguien en algún sitio?

Aria bajó la mirada y comenzó a jugar nerviosa con sus manos. Solo tenía dos opciones. Decirle que iba a una casa en una calle cerca de la suya y que desde esa calle, iría andando o decirles la verdad. Que no tenía adónde ir. Sin saber por qué, se decantó por ser sincera.

—En realidad, no tengo adónde ir —dijo en un susurro—. Me... bueno no me he escapado de casa, más bien, he huido.

—¿Qué?! —exclamaron los hermanos.

Zach se coló entre los dos asientos delanteros para mirarla.

—Mi vida se... complicó mucho en apenas unas horas. No vi otra escapatoria.

—Vale, entiendo que a veces la vida haga que quieras largarte, pero... ¿a otro país? —preguntó Logan.

—Para que veas como se me complicó. —Sonrió sin ganas.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Zach sin dejar de mirar su perfil.

Se la veía muy frágil y se notaba que era muy malo lo que le había pasado para huir a un lugar tan lejano y completamente desconocido.

—Sinceramente, no lo sé. Buscaré trabajo de lo que sea y alguna habitación o estudio barato que poder alquilar. Tengo algo de dinero, pero se va demasiado rápido.

—¿Y qué vas a hacer esta noche? —quiso saber el pequeño de los Lowell.

Aria se mordió el labio inferior y se encogió de hombros. No conocía la ciudad, pero igual encontraba algún cajero o algún portal abierto donde pasar la noche. No quería decirles que dormiría en la calle.

—No sabe no contesta —bromeó Logan—. Sé sincera, Aria. ¿Tienes dónde pasar la noche?

Ella alzó la cabeza para mirarles y un tanto avergonzada, negó con la cabeza mientras soltaba un pequeño suspiro entrecortado.

—Hoy es tu día de suerte —anunció Logan adentrándose por una calle estrecha. Ya había oscurecido, pero la luz de los faros del coche alumbraba a la perfección aquella calle llena de casas rojas de ladrillo con ventanas blancas—. He comprado una botella de whisky para celebrar la llegada del enano. —Señaló a Zach con el pulgar—. Sé que ya es tarde, pero por un día no pasa nada y creo que pillarte una buena borrachera te vendría muy bien. Y nosotros, nos solidarizamos contigo, ¿verdad hermano? —Miró por el retrovisor.

—Verdad. —Sonrió—. Seremos unos caballeros y si es necesario, te ayudaremos a ponerte el pijama.

Ella rio.

—Gracias, pero creo que podré sola. —Les miró agradecida—. Y en mi país, a las doce de la noche aún hay gente cenando. Para mí, no es tan tarde —les informó—. ¿De verdad no os importa? —Quiso saber con ganas de llorar por aquella solidaridad.

—¿El qué? ¿Qué una chica muy sexy duerma en nuestra casa? —bromeó Zach—. No molestas, Aria. Además, así te compenso por mi comportamiento en el aeropuerto.

—Gracias —repitió en un susurro ignorando lo que había dicho acerca

de que era muy sexy. Sabía que en esos momentos estaba más cerca de ser una muerta viviente—. Solo será una noche.

—Quédate hasta que encuentres algo —dijo Logan accionando la puerta del garaje para aparcar el coche—. No vas a molestar y estoy de acuerdo con mi hermano. Estoy encantado de poder despertarme y alegrarme las vistas con una preciosidad como tú.

—¿Entonces no os molesta que vaya tampoco desnuda por la casa?

Zach y Logan la miraron con los ojos muy abiertos hasta que ella se comenzó a reír. Había estado de broma, pero ambos por un segundo le habían creído y habían visualizado a aquella preciosa chica desnuda. A pesar de ir sin maquillaje y su aspecto triste, aquella joven era muy guapa.

—A mí no me importaría. —Le siguió el juego Logan—. Pero creo que mi novia me mataría.

Bajaron del coche y Zach y ella subieron al piso de arriba para dejar el equipaje, pero antes de ir a la suya, Zach la acompañó a la que tenían libre. La dejó para que se instalara. A pesar del aspecto soso de la fachada, por dentro, lo que Aria había visto de la casa le había gustado. Aquella habitación en la que le habían instalado era muy pequeña pero acogedora. Daba a la calle y la ventana que tenía era bastante grande. Al lado de esta se encontraba un pequeño escritorio y se sorprendió al ver una chimenea en aquel cuarto. La cama estaba pegada a la pared, la cual estaba pintada de color verde claro y las sábanas blancas le daban un aspecto más moderno. Encendió la lamparita que había en una mesilla y apagó la del techo. Daba las gracias por haberse topado en el aeropuerto con esos hermanos. Su hermana, desde donde estuviera, la estaba cuidando.

Capítulo 4

—¡Sííí! ¡Soy la mejor! —dijo Aria poniéndose en pie y alzando los brazos.

Era de madrugada en la pequeña casa de los hermanos Lowell, pero ninguno de los tres inquilinos tenía sueño. Parte de ello, era debido a la media botella de whisky que se habían bebido. Aunque al principio su sabor amargo hacía que apenas pudieran tragarlo, a medida que su paladar se acostumbraba al sabor y el alcohol hacía mella en sus cuerpos, el resto del líquido dorado lo bebieron como si se tratara de agua.

Más animados tras esos chupitos, decidieron picar algo. Aunque lo que los ingleses llamaban picar, nada tenía que ver con el significado español. Los hermanos llenaron la pequeña mesa que tenían en el salón con tres pizzas y varias bolsas de patatas. Además, comer les vendría bien para bajar todo el alcohol que habían ingerido.

Hicieron zapping por la televisión, pero ninguno de los programas que había les convencía, por lo que decidieron echar unas partidas a la PS4. Pusieron el CD del FIFA y Aria les miró sorprendida porque ya tuvieran el último que habían sacado. Le propusieron jugar y le explicaron la función de los diversos botones. Primero jugó contra Logan y perdió por diez goles a uno que metió gracias a un penalti.

Logan se vitoreó y comenzó a darse palmadas en el pecho autofelicitándose por su victoria mientras Aria le asesinaba con la mirada y le daba ligeros golpes para que parara. El siguiente partido fueron los hermanos como rivales. Estuvo muy reñido, pero finalmente fue Zach quien ganó.

Logan le pasó el mando a Aria para que jugara contra Zach y esta se lo acomodó en las manos. Vio cómo su contrincante la miraba con una medio sonrisa de superioridad y ella, imitó aquella mueca. No era oro todo lo que reluce.

Zach sacó el primer balón que no le duró ni cinco segundos, pues Aria ya se lo había quitado y corría directa hacia la portería. Pasó la pelota a un

jugador que se encontraba en la banda y chutó marcando el primer gol.

—Suerte del principiante —le dijo Zach.

—Eso ya lo veremos —le contestó Aria retadora y le guiñó un ojo.

Continuaron jugando y Aria siguió mostrando su habilidad en aquel juego. Odiaba que los tíos la infravaloraran en aquellos juegos tan masculinos según la sociedad, por ser una chica. Pensaba darles una pequeña lección a esos ingleses y se la estaba dando. Ambos hermanos la miraban sorprendidos como marcaba goles uno detrás de otro mientras Zach no pasaba del medio campo.

El árbitro del videojuego pitó el final del partido y Aria se levantó del sofá para saltar al ver el marcador con siete goles a su favor. Zach no había conseguido meterle ninguno.

—¿Quién es la mejor? —preguntó mirando a su rival mientras ella seguía saltando y reía.

Un poco cansada por esos saltos, se detuvo y comenzó a abanicarse con las manos. De repente tenía mucho calor y no solo por los saltitos. Ese whisky era de los buenos. Bebió el último sorbo que le quedaba en su vaso y se quitó la chaqueta vaquera, pero decidió dejarse el fular puesto. Volvió a sentarse en medio de los dos chicos.

—¿Quién demonios te ha enseñado a jugar? —preguntó Zach.

—En España también hay videojuegos y consolas, ¿lo sabías? —le contestó eufórica—. Y no me enseñó nadie. Desde pequeña siempre he tenido aficiones etiquetadas como masculinas y eso no quiere decir que sea una marimacho. Cuando era pequeña prefería jugar al fútbol en el barro que a papás y a mamás.

—Por desgracia la sociedad tuvo que clasificar a qué juegos debes jugar en función del género —argumentó Zach—. Me alegra ver que eres una chica que demostró que un tipo de juego u otro no determina la sexualidad que manifiestes en el futuro.

—Soy lesbiana —soltó seria y comenzó a reír al ver como otra vez los hermanos Lowell se le quedaban mirando con los ojos abiertos. Dios ese whisky ya comenzaba a sacar a su yo más loco—. Era broma. —Se acomodó en el sofá y miró a Zach—. Me alegro de conocer a alguien que piense como

yo. No veas las veces que amigos de mis padres les decían que no me dejaran comportarme como un chico. No lo hacía. Era yo misma. Y siempre lo he sido. Menos mal que mis padres supieron verlo desde el principio.

Zach y ella continuaron hablando animados. A pesar de estudiar carreras distintas, ambas eran parecidas y tenían asignaturas y conocimientos comunes. Estaban teniendo una interesante charla con risas y debatiendo sobre diferentes teorías psicológicas. Logan se había quedado profundamente dormido a su lado escuchándoles. Al ver como su cuerpo se balanceaba, su hermano le despertó para que se fuera a la cama al comprobar que se había recostado en el hombro de Aria, aunque a esta parecía no importarle. Pero a él, sin saber por qué, sí le resultó molesto que su hermano se tomara esas confianzas. Por muy dormido y pedo que estuviera. Él se había ventilado solito el resto de la botella. Le ayudó a subir a su cuarto antes de bajar para reunirse con Aria quien estaba aún sentada en el sofá recogiendo los restos de comida de la mesa.

—Déjalo, ya lo haremos mañana.

—No te preocupes. No me cuesta nada. —Le sonrió llevando los platos a la cocina.

Zach se quedó mirando aquella sonrisa y le ayudó a recoger. Tras tirar los restos a la basura, comenzaron a fregar los pocos cubiertos que habían utilizado. Zach se fijó en ella. Parecía distraída y de nuevo triste, por lo que para intentar animarla, le salpicó un poco de agua. Como dos niños jugaron salpicándose el uno al otro. Él cogió la espuma que se había formado en la fregadera y le manchó la frente y la mejilla. Para evitar que se la devolviera, Zach la abrazó por detrás para inmovilizarla contra su cuerpo y ella comenzó a reír intentando soltarse.

Aria no pudo evitar sorprenderse consigo misma. Un hombre fuerte y alto la tenía inmovilizada. Podría hacer lo que quisiera con ella. Podría hacerle daño o amenazarla. Pero sabía que no lo haría. No tenía miedo. Por extraño que pareciera, no estaba nada asustada. Es más, deseaba que ese abrazo durara un poco más.

—¡Vamos a despertar a Logan! —le advirtió Zach—. Y se pone de muy mal humor.

—Pues ya sabes. —Giró la cabeza para mirarle—. Suéltame y no gritaré.

—¿Prometes no devolvérmela? —Sonrió mirándola a los ojos. Ahora brillaban contentos. Eso le gustó.

—Debería, por lo del aeropuerto, pero seré una chica buena. Ya habéis hecho mucho por mí ayudándome.

Él asintió y la soltó. Regresaron al pequeño salón para apagar la consola, aunque ninguno hizo amago de irse a la cama. Se quedaron sentados en el sofá.

—¿Puedo preguntarte algo? —rompió Zach el silencio.

—Claro.

—¿Qué te pasó para que huyeras? Sospecho que fue todo demasiado rápido para llegar aquí con lo puesto, prácticamente.

Ella no contestó. No estaba preparada para hablar de ello y menos con un desconocido. Pero algo en su interior quería desprenderse del enorme peso que llevaba a sus espaldas, por lo que se llevó una mano hacia el fular que cubría su cuello y despacio, tiró de él para quitárselo y mostrar las marcas que presentaba. Se llevó su otra mano a su frente y se retiró el pelo para mostrarle los puntos que tenía sobre la ceja y cerca del nacimiento del pelo.

Zach se sorprendió al ver aquellas marcas, pero sobre todo las de los dedos en su cuello. La rabia se apoderó de su cuerpo al entender que la habían atacado. Y probablemente, el desgraciado de su pareja. Puede que aquella tesis fuera equivocada, pues no la conocía de nada, pero cada día los casos de violencia de género aumentaban.

—No es exactamente lo que piensas —dijo en un susurro y tragó saliva—. Pero sí que es verdad que alguien quiso matarme. Aunque no estoy preparada para contarte toda la historia.

—Te sentías amenazada y... asustada. Por eso has huido.

—Sí. No quiero vivir con miedo a pasear por mi ciudad. No quiero vivir con miedo de que alguien vuelva a hacerme daño. Por eso huí, porque necesito estar preparada antes de volver. Necesito sentirme segura. —Juntó sus manos—. Y... y tampoco quiero tener miedo a que alguien me toque. —Una solitaria lágrima recorrió su rostro.

Zach la miró. Ahora entendía aquel grito en el aeropuerto cuando se la encontraron. Como se sobresaltaba cuando alguien la tocaba y ese miedo en sus ojos. Había pasado por algo que nadie debería pasar en su vida. Nadie debía maltratar ni física ni psicológicamente a una persona.

—Yo... cuando tenía dieciséis años sufrí los daños colaterales de un maltrato —confesó él antes de quitarse la camiseta.

El cuerpo de Zach era impresionante, pero Aria de lo único que se percató fue de la cicatriz que tenía en el abdomen. Mediría unos cinco centímetros. Se llevó las manos a la boca. Aquella cicatriz parecía a ver sido una herida grave.

—La historia es algo larga, pero sé que es estar asustado y sufrir por algo. Esto fue algo puntual y fue un accidente, a decir verdad, pero volvería a pasar lo que pasé por una persona que fue muy importante para mí.

—Fuiste una víctima indirecta —susurró Aria acercando su mano para acariciar aquella marca. Ella también las tenía—. No sufriste como esa persona, pero eso no hace que no sintieras parte de su dolor. Y esa parte... es demasiado intensa. —Rozó con las yemas de los dedos su largura—. Lo mío también fue algo puntual, pero... si me hubiera quedado en España, hubiera dejado de serlo. No era mi pareja. Pero sí la de alguien demasiado cercano a mí. —Dejó de tocarle para disgusto de él.

—¿Por qué dices que tienes miedo a que nadie pueda tocarte? Has estado con dos tíos a solas y no parecías tener ese miedo y bueno... en la cocina —le sonrió—. Jamás hubiera pensado que habías pasado por eso algo tan... terrible.

—Ya bueno...supongo que me sentía segura contigo. —Se sonrojó—. Pero me asusta que un día no me atreva a que un hombre me toque de forma más... íntima.

Zach alzó las cejas ante su sinceridad. Se giró un poco hacia ella y con algo de miedo por si se apartaba, cogió su rostro con las manos.

—Eres muy valiente, Aria. No todo el mundo haría lo que tú. Has viajado sola a un país que no conoces de nada.

—Soy una cobarde que ha huido. —Sollozó.

—No lo eres, Aria. —Le secó las lágrimas con los pulgares y acercó

más su rostro al de ella hasta que sus narices se rozaron—. No sé la historia completa, pero no lo eres. Solo te estás tomando un tiempo alejada de todo hasta que estés preparada para volver y vivir sin miedo. No tienes miedo a que te toquen, tienes miedo a que ese desgraciado sea el que te toque.

—¿Tú crees? —Él asintió, pero ella necesitaba creer su afirmación—. Pues tócame.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—Que quiero que me toques —consiguió repetir en un susurro.

—Aria, no sabes lo que dices. —Se separó de ella.

—Sí que lo sé. No hay nada malo en eso. Somos adultos. Solo... solo quiero no tener miedo. Por favor.

Con la excusa de que era el alcohol ingerido horas antes el que le movía a hacer lo que estaba a punto, se acercó más a ella y despacio, rozó sus nudillos con los de la joven. Aria expulsó un pequeño gemido y se apartó unos milímetros de su mano, pero enseguida volvió a acercarla para que siguiera acariciando aquella zona de su cuerpo. Zach vio como temblaba, pero no volvió a apartarse. Ambos tenían la mirada fija en sus manos. Él decidió dar un paso más y comenzó a rozar con las yemas de sus dedos su muñeca antes de ascender por su brazo desnudo notando como ella se estremecía.

Aria no dejó de mirar sus movimientos. No estaba asustada y estaba disfrutando de la suavidad de esas caricias. Incluso notaba como sus dedos le producían unas leves cosquillas. Cerró los ojos y su mente no vislumbró a Rafa haciéndole daño. Solo estaba concentrada en el pequeño placer que le producía. Incluso le pareció oír como su boca dejaba escapar un pequeño jadeo. Se sonrojó, pues Zach lo habría escuchado. Abrió los ojos para mirarle. Solo estaba concentrado en aquellas suaves caricias. Parecía tener miedo a hacerle daño, pero eso era imposible. Había demasiada ternura en aquellos movimientos.

«Zach no es Rafa. No va a hacerme daño», se convenció.

Aria expulsó un suspiro entrecortado al notar como su mano descendía por su espalda hasta alcanzar la curva de su trasero. Dejó ahí quieta su mano, como si estuviera pensando por dónde seguir. No tardó en decidirse, pues

aquellos dedos reanudaron su camino por su cuerpo. Esta vez por su muslo, pero por encima de la tela del vestido. Aria se sobresaltó al notar como sus dedos tantearon el filo de su vestido para introducirse por dentro. Zach se apartó.

—Yo... lo siento, Aria —se disculpó—. Será mejor que me vaya.

El joven hizo amago de levantarse, pero ella le detuvo. Hizo que se sentara de nuevo y para evitar que se fuera, se colocó a horcajadas sobre él. Zach notó como todo su liviano cuerpo temblaba sobre él y como empezaba a respirar de forma irregular. Prefirió no moverse para no asustarla.

—No... no quiero que pares. —Posó una mano en su nuca antes de mirarle algo insegura y nerviosa a los ojos—. Tócame.

Él no lo hizo. Apartó la mirada de aquellos asustados ojos azules y buscó las palabras adecuadas para que se levantara. No quería que forzara las cosas si no estaba preparada. No quería dejarla peor de lo que ya suponía que estaba. Aquella chica estaba rota por dentro y lo único que haría él sería joderla más. Tenía un don para ello.

Al ver que no se movía, Aria cogió sus manos para que las posara en sus muslos. Zach la miró y ella se atrevió a deslizárselas por debajo de la tela de la falda de su vestido. Pero aún las finas medias las separaba de su piel.

—No vas a hacerme daño...

—Joder, Aria. ¡Claro que no! Pero... mierda, ¡esto no está bien! Hemos bebido.

—Sí, pero sé que estoy haciendo... por favor...

—Aria...

—Por favor, tócame —le suplicó introduciéndole más las manos hasta casi alcanzar el final de sus piernas—. No hay nada malo en lo que hacemos... muchas personas lo hacen.

Zach se rindió y dejó la sensatez a un lado. O parte de ella, pues no pensaba ir a más de unas caricias. Solo la ayudaría a perder algo del miedo a que la tocasen. Al ver que él tomaba las riendas, Aria soltó sus manos y las posó en sus antebrazos. Ella también comenzó a acariciarle, pero sus caricias eran más tímidas.

Notó las manos del chico en sus nalgas, pero solo duraron ahí un

segundo antes de posarlas en la parte baja de su espalda. Zach la acercó más a él haciendo que sus cuerpos encajaran mejor. Sus rostros quedaron a apenas unos centímetros, pero ninguno dio el paso para hacer desaparecer aquella distancia. El único sonido de aquel pequeño espacio era el de sus respiraciones entrecortadas. No dejaron de mirarse a los ojos y Zach bufó al notar como la tela del vestido le impedía seguir tocándola como deseaba debido a lo ceñido que era a la altura del pecho.

Aria lo notó, por lo que apartándose de él, se llevó la mano a la espalda para desabrocharse la cremallera de su espalda. Pasó las mangas por los brazos y dejó caer la prenda que se posó arrugada en sus caderas.

—Aria...

—Chss... no digas nada. Estoy bien y quiero esto. No sé qué tienes. Quizá un pasado en común conmigo o que eres el primer chico al que le doy una paliza al FIFA. —Sonrió—. Pero siento que puedo confiar en ti. No pares...

Zach suspiró e hizo lo que le pedía. Se atrevió a meter las manos bajo el cierre del sujetador negro que llevaba. Aria cerró los ojos y se acercó más a él hasta que notó como su aliento chocaba contra su cuello. Aquella pequeña ráfaga de aire le produjo un delicioso cosquilleo.

—Joder, Aria —bufó acercando su boca a su cuello, pero se detuvo antes de tocárselo—. Tenemos que parar —dijo al notar como los vaqueros le apretaban más que antes.

—¿Por qué? —preguntó ella mirándole—. Dudo que sea la primera vez que hagas esto con una chica a la que acabas de conocer.

—Joder, no. Pero esto es muy distinto.

Aria le sonrió y le acarició tímida la nuca.

—Tranquilo. No voy a ser como el resto de las mujeres de la humanidad. No quiero que mañana me traigas el desayuno a la cama, ni que me pidas una cita, ni mucho menos que me prometas amor eterno. Solo quiero que me ayudes a deshacerme definitivamente de este miedo. Por favor... solo eso —pidió—. Estoy bien y estoy segura de lo que quiero hacer.

—Está bien. —Bajó sus manos por sus costados. Se fijó en su cuello marcado por unos dedos grandes y fuertes—. Quiero que ahora no cierres los

ojos. ¿Vale? Quiero que veas quien te toca y cómo. No voy a hacerte daño.

Aria asintió y Zach rozó con dos dedos un lateral de su cuello. Aria dio un pequeño brinco y se apartó. No pudo evitar cerrar los ojos y ver a Rafa rodeando su cuello para matarla.

—Aria... mírame.

Ella lo hizo.

—No voy a hacerte daño.

—Lo sé.

Zach volvió a acercar dos dedos a su cuello.

—¿Puedo?

Aria asintió y Zach acarició la largura de este sustituyendo el dolor de aquellas marcas por un placentero cosquilleo. Poco a poco fue acariciando esa parte de su cuerpo con todos los dedos al notarla más relajada, pero aún temblaba. Rodeó con una mano su nuca y vio como soltaba un pequeño gemido entrecortado. Aunque no sabía si era de placer o de miedo.

—Tranquila —le susurró antes de posar lentamente sus labios en la parte alta de su cuello.

No movió los labios de ahí durante unos segundos. Solo esperó a que su cerebro dejara de asociar sus labios con las manos del desgraciado que le hizo aquello. Poco a poco, Zach fue besando cada una de sus marcas. Aria cerró los ojos y soltó una pequeña carcajada. Él se apartó.

—Me has hecho cosquillas —se quejó divertida y él también rio—. No te rías.

—Perdón, preciosa. Pero eres la primera chica que me confiesa tener cosquillas cuando se le besa el cuello.

Ella sonrió y desvió la mirada de sus ojos oscuros para contemplar mejor su escultural cuerpo. Bajó las manos que tenía posadas en su cuello por sus fuertes brazos memorizando cada zona de su cuerpo. Perfiló con un dedo las líneas de sus abdominales y acarició de nuevo la cicatriz antes de subir por sus pectorales. Rodeó con sus manos de nuevo su cuello y atrevida, se acercó a él para besárselo con dulzura y a un ritmo lento que a Zach le volvió loco. Aria le regaló un suave mordisco en su barbilla antes de separarse unos centímetros para rozarle los labios con los pulgares.

—Qui... quiero que... me beses. —Acercó su rostro al de él hasta posar su frente sobre la suya—. Por fa...

No dejó que acabara aquella nueva súplica. Zach posó con suavidad sus labios sobre los de ella. Era algo que estaba deseando desde que empezaron con aquel juego de caricias. Esa chica tenía algo que le atraía como un imán, aunque en el aeropuerto se hubiera mostrado reacio a que les acompañara. Dio en silencio las gracias a su hermano por la magnífica idea de ayudarla. Nunca había conocido a nadie como ella. Tan decidida y tan valiente. Verla y sentirla sobre su regazo era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo.

Tanteó sus dulces y carnosos labios con la lengua antes de conseguir que ella le diera paso a su interior. Su lengua entró tímida en la boca de él, pero aquel erótico roce fue el más intenso que Zach había experimentado.

Aria dejó que él llevara el control del beso. Sintió aquel famoso hormigueo en el estómago y como las caricias de su lengua conseguían que se evadiera de la realidad en la que vivía. Solo podía pensar en ellos dos y en ese beso que le hacían sentir las emociones a flor de piel. Sus labios encajaban a la perfección y Aria no pudo evitar gemir sobre su experta boca. Ella no tenía demasiada experiencia y temía hacerlo mal. Se tensó ante aquella posibilidad, pero enseguida se relajó al ver como Zach aumentaba la intensidad pidiendo mucho más. Ella también necesitaba mucho más, por lo que posó sus manos en su cinturón y consiguió desabrocharlo tras tantos movimientos torpes.

Zach se separó de su boca al notar aquello, pero antes de que dijera nada, Aria se sacó el vestido por su cabeza y lo lanzó a un lado para quedarse solo vestida con la ropa interior. Zach gruñó al ver las medias que llevaba. Llegaban a medio muslo donde la goma se ceñía a su piel. Aquella imagen de ella semidesnuda sobre él era lo más sexy que jamás había visto.

—Aria si no paras ahora... yo no podré —le advirtió.

—No quiero que lo hagas —afirmó antes de volver a besarle y ceñir su cuerpo más al suyo.

Aria gimió al notar aquella protuberancia rozando el punto más sensible de su cuerpo. Comenzó a frotarse contra él y Zach gimió de nuevo en su boca antes de palpar su espalda hasta conseguir alcanzar el cierre de su sujetador.

Lo desabrochó con una sola mano, pero antes de quitárselo la miró pidiendo su permiso. No quería que se sintiera forzada. Necesitaba saber si era eso lo que deseaba. Ella asintió y se sonrojó al quedarse completamente desnuda de cintura para arriba. Zach volvió a dejar un reguero de dulces y suaves besos por su cuello y colocó una mano sobre uno de sus generosos pechos para cubrirlo. Lo acarició con una delicadeza infinita y realizó movimientos circulares impregnándose de su tacto. Aria volvió a gemir y arqueó la espalda pidiendo más. Mientras torturaba un pecho con la mano, rodeó el otro pezón con sus labios. Aria se mordió el labio inferior para no gritar y notó como sus bajos se humedecían por segundos.

Mientras Zach seguía dándole placer con su boca alternando entre sus pechos, comenzó a descender sus manos por las curvas de su cuerpo hasta alcanzar la goma de las medias. Intentó deshacerse de ellas, pero su postura era demasiado incómoda para lograrlo. Aria al ver que no podría quitárselas con ella sentada en su regazo, se levantó y ella misma se deshizo de ellas junto con sus botines, pero decidió dejarse las braguitas de encaje. Al menos de momento. Volvió a colocarse sobre él y le besó de nuevo al tiempo que empezaba a deshacerse de aquellos molestos vaqueros. Zach la ayudó alzando las caderas hasta quedar ambos en ropa interior. Aria volvió a frotarse contra aquella impresionante erección y él tuvo que apartarla o acabaría por correrse en los calzoncillos. Y ese no era el plan.

—Más despacio, Aria —gimió acariciando con sus manos el interior de sus muslos hasta alcanzar el borde de sus braguitas—. No hay prisa.

—Sí que la hay... porque no aguanto más —jadeó al notar como él apartaba la tela de su ropa interior para acariciar su zona más íntima con dos dedos.

Zach pasó las yemas de sus dedos por aquellos húmedos pliegues separándoselos para tocar lo que buscaba. Al encontrarlo, comenzó a mover sus dedos en círculos sobre aquel hinchado botón que parecía cobrar vida propia bajo sus caricias. Aria apretó los labios para retener un gemido que murió en su garganta y comenzó a moverse sobre su mano. La temperatura había subido bastante en esos minutos.

—Zach... por favor... —suplicó a punto de explotar.

Escuchar como pronunciaba su nombre entre jadeos terminó por llevar a Zach hasta límites insospechados y sin querer retrasar más aquello, terminó por desnudarla y desnudarse él. No podía aguantar más sin hacerla suya, por lo que elevando un poco su cuerpo, colocó su miembro erecto en su húmeda entrada para que poco a poco fuera deslizándose hasta entrar por completo en ella.

Joder. Estar dentro de Aria era el puñetero paraíso. No era virgen, pero aquella parte de su cuerpo era demasiado estrecha, por lo que rodeaba su erección por completo y el placer era inmenso.

Aria notaba como poco a poco su cuerpo iba amoldándose a él. El vientre le ardía y los músculos de su interior se contraían en cada una de sus embestidas. Acogiéndole. Sintiéndole.

—Dios, Aria... estás tan jodidamente prieta que me estás matando. Eres deliciosa.

Ella intentó decirle algo, pero no pudo. Lo único que salía de su boca eran numerosos jadeos cada vez más fuertes. Comenzó a moverse más rápido sobre él deseando más y queriendo alcanzar el apoteósico final de aquel acto.

Zach sonrió sobre la piel de su cuello al comprobar que ya no se sobresaltaba cuando le tocaba ahí. No dejó de besárselo hasta que el orgasmo les alcanzó.

Exhaustos se quedaron abrazados y Aria comenzó a jugar distraída con algunos cortos mechones de su pelo.

—Deberías afeitarte. Pinchas —le sonrió.

—¿En serio me has soltado eso tras lo que acaba de pasar?

Ella rio y notando el rubor en sus mejillas se levantó para ponerse su vestido. Le incomodaba estar desnuda hablando con él. Zach hizo lo mismo, pero solo se colocó los *bóxers*.

—Era eso o decir que me acabo de enamorar profundamente de ti —bromeó—. Gracias.

—¿Por qué? No tienes que dárme las. En fin que... me refiero que ha estado genial... y... joder... no tienes que darme las gracias por hacer algo que ha sido un auténtico placer.

—No ha sido solo por estos minutos de placer. —Se sonrojó—. Sino por

ayudarme con el que era uno de mis mayores miedos.

—¿Era?

—Sí, bueno. Tenías razón. No me da miedo que me toquen. Pero debe hacerlo la persona indicada.

Zach asintió y tras unos segundos bastante incómodos en el que se quedaron mirando intensamente recordando lo sucedido hacía unos minutos, recogieron el resto de su ropa y cada uno se fue a su habitación sin saber muy bien qué había sucedido entre los dos y cómo actuar cuando se despertaran a la mañana siguiente.

Capítulo 5

Zach se despertó aquella mañana con una sonrisa. Joder, lo de la noche anterior era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo, pero temía que ahora ella quisiera más. Era lo que le sucedía a la mayoría de las mujeres. Que tras una noche de sexo creyeran que al día siguiente se despertarían enamorados de ellas. Y eso estaba muy lejos de la realidad.

Él no quería complicarse la vida. Quería acabar su último año en la universidad y buscar un buen trabajo que le llenara. El resto ya llegaría. Si llegaba, pues jodía todo lo que tocaba. Desde pequeño. Jamás se implicaba demasiado en las relaciones de amistad y mucho menos amorosas. Siempre pensaba que en la otra vida tuvo que ser un auténtico hijo de puta para que todo el mundo al que quería que no fuera de su familia desapareciera. De una forma u otra. Lo mejor era que no se implicara emocionalmente con nadie o todo el mundo sufriría.

Se levantó de la cama y sin molestarse en vestirse, bajó por las escaleras cubiertas por una moqueta gris. Fue a la cocina y comenzó a preparar algo para desayunar. Hizo café y miró qué había por los armarios. Sacó una bolsa llena de bollos de leche. Devoró uno en cuestión de segundos. Estaba hambriento.

—Buenos días. ¡Joder que puto dolor de cabeza! —saludó Logan bostezando y rascándose el trasero por debajo del *bóxer*—. Joder, ni me acordaba de esos bollos. ¡Dame uno!

—¡Límpiate las manos!

Logan sonrió e hizo lo que le pidió su hermano antes de coger dos de los bollos.

—Tengo que ir a imprimir unos apuntes para mañana. ¿Necesitas algo?

—Mañana me informaré de lo que necesito y me pasaré por la tienda antes de volver a casa.

Su hermano asintió y caminó para ir al salón con su taza de café. Poco después llegó Zach con la suya en una mano, un vaso de zumo en la otra y la

bolsa con los bollos sujetándola entre los dientes.

—¿Y mi zumo? —preguntó Logan.

—Te lo haces tú.

Logan, con mucha pereza, se levantó y fue a la cocina donde vio en una bandeja otra taza de café, un vaso de zumo, un par de bollos y una pieza de fruta. Se encogió de hombros sin saber por qué Zach había dejado eso así y cogió el vaso de zumo para regresar al salón y desayunar viendo la televisión.

—Ey, capullo ese zumo no es tuyo —le informó Zach—. Ya lo estás dejando donde estaba. Lo de esa bandeja no se toca. Es para Aria.

Su hermano le miró alzando las cejas. Aún recordaba como su hermano se había comportado con ella el día anterior en el aeropuerto y, aunque después su comportamiento con la joven se suavizó, le sorprendía que le hubiera hecho el desayuno. No lo entendía. Zach no se implicaba con nadie que no fuera de su familia y jamás había preparado ni desayunos ni comidas ni absolutamente nada de nada para otra persona. ¿Qué tenía Aria de diferente? ¿Y qué le había pasado a su hermano con ella?

Dejó de darle vueltas y decidió pensar en lo más lógico. Zach solo quería ser amable con la chica tras su comportamiento de ayer.

Se levantó de nuevo para devolver el zumo a su sitio y notó como algo se enredaba en su pie. Bajó la mirada antes de agacharse para coger de entre sus dedos un trozo de tela de color carne. Era una media.

—¡Qué cabrón! —Se giró hacia Zach—. Ahora entiendo lo del desayuno. ¡Te la has tirado!

—¡No grites! —le regañó su hermano quitándole la media—. La vas a despertar.

—Ya son las... —Miró el reloj de su muñeca—, las siete y media. Ya es hora.

—Sabes que los españoles son unas marmotas.

—Sí, pero no cambies de tema. ¡Te la has tirado!

Zach volvió a fulminarle con la mirada. No pensaba darle la razón a su hermano, porque no había sido una noche loca. No. Era verdad que solo había sido sexo, pero aquello había sido demasiado intenso e íntimo. Ella solo quería sentir que no iba a tener miedo a que otra persona le tocara. Había

sido una especie de terapia de choque. Aunque era verdad que él jamás se había sentido tan completo con alguien. Lo mejor sería que se olvidara de todos esos pensamientos que rondaban por su cabeza, aunque su mente no podía dejar de pensar en los pocos momentos vividos con ella. Aquellos recuerdos estaban demasiado presentes, pero acabarían por evadirse.

Se oyó el sonido de unos pies moviéndose de un lado a otro y los hermanos alzaron la cabeza hacia el techo. La habitación de invitados, en la cual se encontraba Aria, se situaba sobre el salón.

—Cuando baje, no quiero que digas nada que la pueda incomodar, ¿entendido? —le advirtió Zach a su hermano.

—Entendido. —Le mostró una sonrisa pícaro y fue a la cocina para dejar el vaso de zumo en la bandeja.

Aria no dejaba de dar vueltas por la habitación. ¿Qué había hecho? Recordaba perfectamente la noche anterior. El alcohol hacía que su cordura brillara por su ausencia. No hacía falta que se emborrachara. Con medio cubata ya sacaba su yo más loco. Se sentía con más libertad, se soltaba más la melena y la vergüenza desaparecía hasta que el efecto del alcohol desaparecía.

No estaba borracha cuando se acostó con Zach. Es más, estaba más sobria que ebria, pero esas pocas gotas de alcohol que corrían por sus venas le habían hecho perder por completo la cabeza. Además, ese juego en la cocina con el agua y su conversación sobre un pasado en común no había ayudado en absoluto. Deseaba hacerlo. Quería que él y solo él, la tocara. Que le hiciera sentirse segura en brazos de un hombre. Y lo había conseguido, además con creces. No se arrepentía de ello.

¡Pero había sido una auténtica locura! Ella no era así. No se lanzaba a los brazos del primer hombre por el que sentía una mínima atracción física. No sabía cómo iba a mirarle a la cara. Aunque igual él no se acordaba de nada por culpa del (gracias al) whisky. Pero lo dudaba. Él también estaba demasiado sobrio. El único que de verdad se emborrachó fue Logan.

«¡Ay Dios! ¿Y si Zach le ha contado lo que sucedió anoche?»

¡Ahora no podría mirar a ninguno de los dos! No dejaba de dar vueltas por aquella pequeña habitación. Le daba muchísimo corte salir y bajar, pero

sabía que no podía quedarse eternamente allí. Debía dar la cara. Ahora sí que le vendría de perlas un chupito de whisky o de lo que fuera. No conocía mucho las tradiciones o costumbres inglesas, por lo que decidió vestirse en vez de bajar con el pijama. Se puso unos vaqueros claros rotos, una camiseta de manga larga y holgada blanca a juego con unas converse del mismo color. Se recogió su melena rubia llena de trasquilones en una coleta para que no se le notaran demasiado. Cogió su fular beige de estampado gris y morado y se lo colocó alrededor del cuello. Aunque Zach ya hubiera visto aquellas marcas y no solo visto, sino también tocado y besado, Logan no sabía nada y no quería que nadie más las viera.

Se armó de valor y caminó a grandes zancadas hasta la puerta, pero al posar la mano en el pomo algo en ella hizo que lo soltara. ¡No quería salir! Sabía que no miraría a Zach a la cara y a pesar de ser muy pálida, su cara adquiriría un color rojizo en cuestión de segundos en cuanto se topara con él. Inspiró profundamente y se armó de valor para abrir la puerta. Lo hizo y el chirrido que produjo fue demasiado escandaloso. ¡Ya no podía huir! Seguro que le habían oído abrir la puerta. No le quedaba más remedio que bajar, pero decidió hacer tiempo yendo al baño donde se lavó la cara para eliminar unas pocas legañas. Comenzó a bajar las escaleras a un ritmo bastante lento, alargando aquel incómodo momento que se avecinaba. Pero no solo iba lenta por eso. Aquellas escaleras eran bastante estrechas y la moqueta resbalaba. La situación ya iba a ser suficiente avergonzante para ella como para que hiciera una entrada magistral bajando con el culo.

—Buenos días —saludó con la boca muy pequeña.

Alzó la mirada y casi se pone a babear ahí mismo. Ni estaba ciega ni era de piedra y ver a dos hombres esculturales vestidos solo con la ropa interior hacía imposible que no se quedara mirándoles embobada. Pero a pesar de que Logan estaba de muy buen ver a ella solo le interesaba los músculos de Zach. Aún los sentía bajo las palmas de sus manos.

«*Oh my God* u *Oh my Gorrr*, como diría mi primo Roberto. Aria, piensa en cosas no eróticas, piensa en cosas no eróticas. Cachorritos adorables y esponjosos. Eso es, vas por buen camino»

—Se despertó la bella durmiente —bromeó Logan sentándose en el sofá

al lado de su hermano—. ¿Has dormido bien?

—Eh sí, la verdad que anoche acabé bastante cansada.

Zach se atragantó con el café y comenzó a toser. Su hermano le dio unas palmaditas en la espalda, aunque aquellos golpes le dejarían la marca de toda la manaza de Logan.

Como Aria suponía, se sonrojó. ¡No podía mirarle! Desvió la mirada al mayor de los Lowell y vio como apretaba los labios pareciendo contener la risa. ¡Lo sabía todo!

—Tienes el desayuno en la cocina —le informó Logan pues Zach seguía recuperándose—. Sírrete mientras nosotros vamos a ponernos algo de ropa.

Aria solo pudo asentir y se lo agradeció en silencio. Se sentía muy incómoda viendo a los hermanos semidesnudos. Fue a la cocina y vio un desayuno bastante completo sobre una bandeja. ¿Sería cosa de Zach? «Ay, Dios». Esperaba que no fuera de esos chicos que pedían citas tras acostarse con una mujer. Tuvo que descartar la idea. Esos hombres o no existían o estaban en un serio peligro de extinción. Además lo normal hubiera sido primero cita y luego sexo. Pero ella no quería ninguna cita. Ni más sexo. Que no se quejaba, había estado muy bien, pero no. Ella no era así. Y tampoco quería que pensarán que era una cualquiera por acostarse con un tío al que no conocía prácticamente de nada.

—Hola. —Se sobresaltó al oír la voz de Zach—. Perdona no quería asustarte.

—No, no lo has hecho. Estaba pensando en... mis cosas —dijo con una voz algo más aguda de lo habitual.

Aria suspiró aliviada al ver que se había vestido. Sería más incómodo hablar con él en gayumbos.

—Yo... espero que te guste el desayuno. No sabía que te gustaba y te he puesto algo de dulce y fruta si prefieres.

—Eh... está perfecto. Gracias.

—Sé que dijiste ayer que no esperabas como el resto de las mujeres de la humanidad —repitió sus palabras divertido—, que te preparara el desayuno, pero quería hacerlo. Quiero que no te sientas incómoda por lo de ayer.

Y por segunda vez en menos de diez minutos, Aria volvió a sonrojarse. Zach se acordaba. ¡Maldito whisky! No pudo evitar apartar la mirada. Se le había cerrado el estómago y su mente se había quedado completamente en blanco. No sabía qué decirle.

—Aria, mírame.

Ella lo hizo, pero no le dejó hablar.

—Te juro que no soy una de esas mujeres que ven a un tío bueno y se tira a sus brazos. ¡Lo juro! No sé qué me pasó ayer. Es la primera vez que hago algo así y también te prometo que no quiero nada de ti. No quiero ni una relación de pareja, ni de follamigos, ni nada de nada. Yo...yo...

Zach se acercó a ella y cogió su rostro con las manos para que le mirara. Aria cerró la boca ante aquella intensa mirada. Era tan excitante que no pudo evitar replantearse repetir lo de ayer. Pero no. Ni de coña lo haría.

—Solo fue sexo, ¿vale? No hay nada malo en lo que hicimos ni tienes porque avergonzarte. Tú necesitabas ayuda para superar un pequeño miedo y yo te ayudé. Y sí, ¡fue la leche! —Ella sonrió—. Pero no te comas la cabeza. Sexo entre dos adultos. Fin.

—Vale —dijo algo más calmada. Le había sentado bien hablar con él de lo sucedido—. ¿No serás de esos que presumen, verdad?

—Si lo que preguntas es si mi hermano lo sabe... sospecha porque se ha encontrado una de tus medias en el salón, pero no le he confirmado nada. — Le dio un beso en la punta de la nariz por puro instinto. Al ver lo que había hecho, la soltó—. Desayuna un poco.

Aria sorprendida por aquel casto gesto, se quedó unos minutos paralizada antes de tomarse el desayuno que saboreó gustosa. Llevaba días sin comer bien. Aunque sentía que habían pasado semanas. Parecía mentira que hiciera solo dos días que había salido del hospital. Era increíble que hasta hacía una semana pudiera abrazar a Lara. Aún no podía creerse que su hermana estuviera muerta y ella... ella se acostaba con un tío mientras ella se pudría bajo tierra. Sintió arcadas y acabó por tirar el desayuno que Zach le había preparado. Sabía que su hermana querría que viviera su vida. Pero quizá también esperaba que guardara un poco de luto por su memoria.

Se frotó las sienes. Su vida había dado un cambio radical de 180°. Todo

aquello le venía demasiado grande, pero debía aprender a hacerlo pequeño. Suspiró y salió al salón donde vio a Logan poniéndose una chaqueta. Oyó a Zach trastear por el piso de arriba.

—¿Dónde vas? —le preguntó.

—Tengo que imprimir unos papeles. ¿Quieres acompañarme? Así conoces un poco la ciudad.

—Claro. Si no te importa.

—Para nada. Ponte una chaqueta o algo y si tienes paraguas, cógelo. Tiene pinta de llover.

—¿Y cuándo no llueve en Inglaterra? —bromeó.

Enseguida volvió a reunirse con Logan y salieron de aquella pequeña casa. No hacía frío, pero la chaqueta vaquera no le sobraba, es más, si tuviera una más gordita se la habría puesto, pero era la única que había llevado.

Aria miró todas las calles intentando formarse un mapa mental de todo aquello, pero le resultaba bastante difícil, pues todas las casas eran iguales. Rojas, pequeñas y unidas. Era muy difícil no perderse. Giraron una esquina y frente a Aria se mostró una especie de parque. No eran como en España. No había columpios ni areneros ni nada, era más bien como un parque natural. Tenía un intenso color verde y un camino de asfalto para que los transeúntes pasearan sin estropear aquel bonito césped. También vislumbró algunos bancos de hierro negros y varias farolas para alumbrarlo por la noche.

—Eso es Victoria Park. Y un poco más adelante está la Universidad de Leicester, donde estudiamos Zach y yo.

—¿Qué estudias? —Quiso saber—. La verdad es que me extraña que no hayas acabado la carrera. Me dijiste en el aeropuerto que eras el mayor y Zach me contó que este año era su último.

—Vamos a la par. Cuando era adolescente, no hacía nada y repetí dos veces en el instituto. Mi hermano me alcanzó y se mofaba de mí, así que por orgullo dije que no iba a superarme y que no acabaría los estudios antes que yo.

—Vaya... el orgullo hizo que quisieras estudiar.

—Ya ves. —Rio—. Estudio arquitectura. Acabo este año también. ¿Y tú? ¿Qué hacías antes de meterte en esta aventura?

—Más que aventura... locura. Estudiaba en la universidad de mi ciudad Magisterio de Infantil y quería especializarme en profesora de inglés.

—Hablas en pasado.

—Sí, bueno. No sé si un día podré retomarlo. Acababa de empezar mi tercer año.

Logan asintió. No quería presionarla para que le contara lo que le había sucedido para huir. Apenas se conocían. Llegaron a la copistería y entraron en ella. Mientras Logan daba las indicaciones al dependiente, ella dio una pequeña vuelta mirando aquella tienda. Se acercó al corcho donde se encontraban varios anuncios y leyó uno en el que una chica finlandesa buscaba una compañera de piso en Edward Rd. No tenía ni idea de dónde estaba, pero podría preguntarle a Logan.

—Ya estoy. —Se acercó a ella—. ¿Qué miras?

—Este anuncio. —Se lo señaló—. Podría ir a verlo y si no es muy caro, alquilar la habitación que tiene libre.

—Llama al número que pone.

—No puedo. No tengo móvil. Lo dejé en España.

Logan abrió los ojos como platos. Aria era la primera persona del planeta que conocía y que no se volvía loca por no tener móvil.

—Sabes que he huido. No quiero que me encuentren —anunció.

—Está bien, pues llamo desde el mío y cuando vayas a verlo te acompaño. Esa calle es paralela a la nuestra, no está lejos.

Aria vio como Logan hablaba con aquella chica por teléfono y como le explicaba que la interesada en alquilar la habitación era una amiga y no él. Aria se quedó pensando en lo que Zach le dijo en el aeropuerto. Que los españoles gritaban muchísimo. Pues tendría que oír a los finlandeses. Esa chica no paraba de gritar a Logan que en el anuncio lo ponía claro. «Chicos no». No necesitaba manos libres para escucharla. El pobre chico se estaba poniendo bastante nervioso, pero pareció convencerla de que lo que le decía era verdad.

—Podemos pasarnos ahora si quieres —le informó a Aria tras colgar—. No está lejos de aquí. A cinco minutos andando.

—Está bien.

Aria no sabía cómo iba a poder moverse sola por aquellas calles. Absolutamente todas eran clavadas. Ningún elemento distinto a otro. Llegaron a la pequeña casa individual, que como no, era igual que en la que vivían Zach y Logan y tras llamar con los nudillos, una chica castaña de ojos grises les abrió.

—¡Menos mal que era verdad! —Fue lo primero que dijo—. ¡Hola! Me llamo Neida Järvi —se presentó a Aria.

—Aria Rivera —le devolvió el saludo.

—¿Eres española? Vaya, creía que eras del norte de Europa como yo. —Sonrió—. Al ser rubia, con piel blanca y ojos azules.

—Y yo creía que las finlandesas no eran castañas. —Le siguió el juego.

—Pues sí. Nací rara. ¡Viva la multiculturalidad! En esta ciudad hay mucha. —Miró a Logan—. ¿Es tu novio? Verás tengo un lema. ¡En esta casa, chicos no!

Aria no pudo evitar soltar una pequeña carcajada. No sabía que los finlandeses eran tan habladores y risueños. O igual es que Neida tenía razón y había nacido rara.

—No soy su novio. Soy un amigo y la he acompañado porque no conoce la ciudad.

—Yo te la enseñaré. Llevo aquí casi tres años y la conozco mejor que la mía. Pasa y te enseño un poco esto.

Aria entró, pero cuando Logan la siguió, Neida se colocó entre él y la puerta.

—Tú no.

—¿Qué? ¡No voy a quedarme! Yo ya tengo mi casa, pero he venido con ella y no pienso dejarla sola. ¿Y si estás loca? —soltó. Esa finlandesa le caía fatal. Y solo hacía unos minutos que la conocía.

—Córtate la colita y los huevos y podrás entrar.

—Confirmado. ¡Estás loca!

Aria se acercó a Neida y le prometió que solo estarían unos minutos y que Logan se estaría quietecito y callado. Finalmente la finlandesa aceptó y el joven entró emitiendo un gruñido. ¡Mujeres!

Neida, con su característica energía que parecía que se había bebido la

fábrica entera de Red Bull, le mostró la pequeña vivienda. Era parecida a la de Logan y Zach. Salón, cocina americana y en el piso de arriba estaba el baño, dos habitaciones y una buhardilla.

—El alquiler serían 300 libras al mes. La mitad cada una. Y tranquila, mi casero es un sol y me deja tener un compañero de piso que me guste. Confía en mi criterio.

—Pues ya tienes compañera —decidió Aria—. Tengo que ir a cambiar en un banco mis euros por libras y tengo suficiente para unos meses, pero necesitaré buscar trabajo.

—Yo trabajo en una discoteca y necesitan camareras. Siempre las necesitan. Muchas de ellas no aguantan a los babosos y acaban dimitiendo, pero siendo española, tendrás carácter. Será pan comido para ti. Si quieres claro.

—Me gustaría, gracias. Ahora mismo cualquier cosa es bienvenida.

—¡Pues perfecto! Luego llamo a mi casero para que firmes el contrato. La fianza corre de cuenta de mi familia, no te preocupes y puedes instalarte cuando quieras.

—¿Podría ser mañana?

—¡Claro! Te prepararé el que será tu cuarto. —Se acercó a ella y la abrazó—. ¡Bienvenida compañera!

—Gra... gracias. —Se sorprendió por aquella efusividad.

—Si necesitas ayuda con la mudanza, solo tienes que llamarme.

—No tiene móvil, pero tranquila, mi hermano y yo la ayudaremos. —Se le adelantó Logan.

—Vale, pero recuerda, nene. ¡Chicos no! —Neida formó una cruz con los dedos índices y la movió de adelante hacia atrás como si Logan fuera el mismísimo diablo al que espantar.

Salieron de la casa y Logan acompañó a Aria a un banco para que cambiara el dinero. Sus dos mil euros se quedaron en poco más de mil setecientas libras. Debía amortizar bien aquel dinero y dar la talla en el trabajo del que le había hablado Neida. Sabía que los borrachos eran bastante maleducados y algunos podrían propasarse, pero aguantaría. No tenía más remedio.

Capítulo 6

El estruendo de lo que parecía una sartén estrellándose contra el suelo hizo que Aria se despertara de su placentera siesta. Había soñado con Lara. No había sido ninguna pesadilla. Las dos estaban juntas paseando por el paseo marítimo de Santander y charlando como muchas veces hacían. Aria seguía sin poder creerse que fuera verdad. Creía que se despertaría en su cama, en su pequeño piso y que encontraría a su hermana en la cocina intentando hacer un nuevo postre. Le encantaba aprender hacer nuevos pasteles, galletas o flanes. Y muchas veces se frustraba porque no le quedaba igual que en la foto de la receta de Internet, pero acababan por comérselo. Además cuando salía algo decente, les llevaban un trozo a sus padres.

Con aquel ruido que había escuchado había tenido un *déjà vu*. Por un momento había pensado que nada había pasado y que solo se había tratado de una horrible pesadilla. Pero no. Era real.

Miró el reloj que había en la mesilla y comprobó que eran las seis de la tarde. Antes de echarse, había dejado preparada su maleta. Aunque no tenía mucho que guardar. Lo único el pijama y el vestido con el que llegó a Leicester. Aunque le faltaba una cosa. Su media. Zach le comentó que su hermano la había visto y por ello sospechaba de lo que pasó entre ellos, pero no la vio por la casa. ¿Se la habría guardado como trofeo? ¿O Logan pensaba atracar un banco con ella? Decidió no buscarla ni preguntar por ella. Podía comprarse más, al menos en España no eran demasiado caras. Esperaba que en Inglaterra tampoco.

Fue al baño y comprobó su cuello. Aún se notaban las marcas, pero poco a poco iban desapareciendo. Se acarició aquella piel y cerró los ojos para visualizar a Zach tocándola y besándola. Enseguida los abrió. No debía pensar en eso. Tras colocarse el fular, bajó para reunirse con los chicos. Al día siguiente se trasladaba a vivir a la habitación que había alquilado y, a pesar de haber estado solo 48 horas con los hermanos Lowell, los iba a echar mucho de menos. Se habían portado muy bien con ella. Además, su nuevo

hogar estaba cerca de ellos y Logan le iba a enseñar un truco para que no se perdiera por aquellas calles.

Fue a la cocina donde oía que estaban trasteando y abrió la boca impresionada. La pared estaba cubierta de huevo, al igual que el suelo. Aria en esas pocas horas, había aprendido que los ingleses por la moqueta iban descalzos, por lo que aquella vez llevaba puestos unos calcetines y no quería que se le mancharan, por lo que se quedó quieta observándoles. Zach sostenía una sartén mientras que Logan la cubría con una tapa. ¿Qué estarían haciendo?

—Venga. Sujétala bien, que voy a darle la vuelta. A la de tres. Una, dos, ¡tres!

Zach dio media vuelta a la sartén y Aria vio como una especie de tortilla se posaba en la tapa que sostenía Logan, quien con cuidado volvió a colocarla en la sartén.

—¿Qué hacéis? —preguntó Aria apoyada en el quicio de la puerta.

Ambos giraron la cabeza para mirarla y se colocaron frente a la sartén para tapar lo que le estaban preparando. Querían que fuera una pequeña sorpresa, pero les había pillado.

—La cena. Queremos que te sientas como en casa —le explicó Logan—. Pero no esperes mucho. No tenemos ni idea de cocinar.

—¿Os ayudo con esa tortilla? —Les sonrió.

—¡Ni hablar! Es nuestra cena de despedida. —Se giró Zach para coger de nuevo la sartén—. Ve al salón. Que enseguida vamos.

—Está bien.

Aria les obedeció y vio que los chicos ya habían puesto la mesa. Tres sencillos platos, vasos, cubiertos y una rosa en el centro. Comenzó a jugar con el extremo de su fular. En España no eran así. La gente no era tan amable ni ofrecían esa ayuda de forma tan desinteresada. No podía expresar lo agradecida que les estaba. De forma instintiva miró al cielo y sonrió a su hermana. Sabía que la estaba cuidando. Pronunció en silencio un «te quiero» para ella.

Poco después, Zach y Logan posaron en el centro de la mesa lo que parecía ser una tortilla de patata. No era redonda y por algunas zonas estaba

quemada, pero no tenía mala pinta.

—Que conste que es la primera vez que la cocinamos —se defendió Logan.

—Es la primera vez que cocinamos, a secas —replicó Zach.

Aria rio y acercó la tortilla para partirla. Por dentro estaba completamente cruda. La habrían hecho a fuego fuerte. Y cuando decía completamente cruda, era cruda. El huevo inundó el plato y las patatas flotaban sobre él. Crudas.

—Confieso que a mí la tortilla me gusta cruda, que se vea un poco el huevo, pero ¿sabéis que las patatas hay que freírlas? —les preguntó mirándoles y cogiendo una con el tenedor.

—¿En serio? —dijo Zach—. Yo creía que era cortarlas y al huevo.

—Pues no. —Apretó los labios para contener las risas—. Primero se fríen y cuando estén, se juntan con el huevo. Y vuelta y vuelta en la sartén a fuego suave para que se haga por dentro, no solo por fuera.

—Vamos, que no se puede comer —resumió Logan.

Aria se mordió el labio inferior y negó con la cabeza. Vio como sus caras se transformaban en las de un corderito degollado y como se miraban de forma cómplice. Aria pensó en hacer un intento por comerla. La habían preparado con su mejor intención y con todo el cariño para ella, pero es que no se podía comer.

—Las pizzas de anoche estaban muy buenas. —Intentó animarles—. Será una cena de despedida perfecta.

Al día siguiente, los chicos acompañaron a Aria a su nuevo hogar antes de ir a la universidad. Logan le indicó la calle principal por la que se debería guiar y desde la suya hasta la de ella, contar cinco calles paralelas. Al estar cerca, fueron caminando. Aunque tardaron en salir, ya que los chicos se pelearon por ver quien llevaba la maleta. Al final lo sortearon a cara o cruz y acabó ganando Zach quien celebró su victoria. Aria no podía estar más sorprendida por como actuaban esos dos.

No tardaron nada en llegar a su nueva casa y Neida le dio la bienvenida con un abrazo. Zach fue a entrar para dejar la maleta, pero la finlandesa se colocó en medio e hizo la cruz con los dedos índices.

—¡Chicos no!

Él la miró sorprendido y Logan echó un largo suspiro.

—No entres. Está loca y es antihombres.

—Seguro que le has hecho algo —bromeó Zach.

—¿Yo? ¿No ves que a ti también te está haciendo la cruz? —La imitó Logan—. Yo creo que Aria debería venir con nosotros. No me fio de ella.

—Tranquilo, nene. Que la cuidaré bien. —Cogió la maleta de Zach—. ¡Adiós! —Cerró la puerta ante sus narices.

Zach miró a su hermano frunciendo el ceño. ¿Qué mosca le había picado? Ni siquiera les había dejado despedirse de Aria. Caminaron hacia la puerta de entrada de la vivienda para marcharse, pero giraron el rostro al oír de nuevo la puerta. Aria se acercaba hacia ellos.

—Siento lo de Neida. No la conozco, pero si se comporta así, es porque hace poco que se deshizo de algún gilipollas. —Rio—. Gracias por todo, chicos. De no ser por vosotros probablemente seguiría tirada en el aeropuerto. —Se le humedecieron los ojos de emoción—. Espero veros a menudo.

—¡Eso no lo dudes! —Se acercó Logan para abrazarla—. Es una mierda que no tengas móvil, pero vivimos cerca. Fijo que nos vemos.

Aria asintió y se separó de él. Logan se despidió de ella y de su hermano. Llegaba tarde a su primera clase. A Zach aún le quedaba una hora para incorporarse.

—Bueno, pues supongo que aquí nos despedimos. —Se cruzó de brazos.

Zach no dijo nada. Se acercó a ella y con delicadeza se deshizo del fular que siempre llevaba. Las marcas ya casi no se le notaban, pero estaban ahí y en su mente sabía que perdurarían para siempre. Acarició con la yema de sus dedos su cuello y vio como ella cerraba los ojos y se estremecía.

—Ya no te asustas ni te apartas —le susurró.

—No. Gracias a ti. —Se sonrojó—. Tienes algo Zach. Transmites paz y confianza y lo que hice contigo, sé perfectamente que no lo podría haber hecho con ningún otro.

—No tengo nada, Aria. Fue el alcohol. —Ambos sonrieron.

—No. Sé que fue mucho más.

—¿Qué más?

—No lo sé. Aún no lo he averiguado.

Se quedaron en silencio y mirándose fijamente. Zach ascendió las caricias de su cuello hasta su rostro y rozó sus labios con la yema del pulgar. Eran suaves, rosados y carnosos y él ya había probado su sabor. Excitante y dulce. Aún recordaba las caricias de su tímida lengua y como con solo un beso había conseguido llevarle al séptimo cielo. ¿Qué tenía aquella chica?

—¿Qué te parece si nos despedimos bien, Aria? —Juntaron sus frentes—. Quiero volver a besarte. —Rozó su nariz con la de ella.

Aria cerró los ojos y suspiró cuando sus labios rozaron su mejilla ascendiendo hasta su oído. No la besó en ningún momento, pero la tentó con sus labios a que ella diera el paso que les separaba de volver a saborearse. Ella quería, pero no era lo correcto. Intentó dar un paso hacia atrás, pero Zach la abrazó por la cintura.

—Solo un beso, Aria. Un beso de amigos.

—Los amigos no se besan —consiguió decir antes de tragar saliva. Seguía con los ojos cerrados, pues si los abría, sabía que no podría resistirse.

—Nosotros sí. Ya hemos hecho más que eso. —Le mordió el lóbulo antes de aspirar el aroma que desprendía. Acababa de convertirse en adicto a aquel perfume, pero solo impregnado en su piel—. El último. Nuestra despedida.

La puerta se abrió y Aria consiguió separarse de él. Vio salir a Neida guardándose en un enorme bolso negro una carpeta rosa.

—Me voy a la universidad. A las doce salgo —le dijo a Aria—. Siéntete como en tu casa y recuerda nuestro lema. —Hizo la cruz—. Chicos no.

—Hasta luego —se despidió de Neida antes de mirar a Zach. Recuperó su fular y comenzó a retroceder—. Nos vemos.

Aria se dio la vuelta y caminó para entrar en su casa. Cerró aquella puerta blanca y se apoyó en ella. Si Neida no hubiera salido, lo más probable es que hubiera caído en los brazos de Zach. Se moría por besarle de nuevo, pero sabía que aquello no estaba bien. Un solo beso podría complicar demasiado las cosas. Podían ser demasiado adictos y aquel delicioso contacto podría convertirse en mucho más. Había hecho lo correcto.

Tal y como le había dicho, Neida volvió poco después de las doce.

Saludó a Aria y tras coger un refresco de la nevera se sentó a su lado. Estaba en el sofá viendo la televisión. La finlandesa se fijó en que se había puesto cómoda. Llevaba unos pantalones de algodón cortos, una camiseta bastante ancha y los calcetines. El cuello lo llevaba cubierto por su fular y se había quitado la coleta.

—Tienes el pelo lleno de trasquilones. —Se lo tocó—. ¿Qué te pasó?

—Oh. —Cogió Aria un mechón—. Me lo corté yo en un impulso. No he ido a la peluquería a que me lo igualen.

—Hace un par de años hice un curso de peluquería y no se me da mal. Si quieres te lo igualo.

—Eso estaría genial. —Sonrió Aria.

—¡Perfecto! Sube a lavarte el pelo mientras preparo todo.

—No... no tengo champú. Solo traje algo de ropa.

—No te preocupes. En una balda está el mío. Puedes usarlo siempre que lo desees, pero si quieres mañana vamos al centro y compramos todo lo que necesites. ¿Te parece?

—Claro.

Aria subió para lavarse el pelo y cuando bajó con el pelo húmedo vio que Neida había colocado en el suelo del salón una sábana vieja y sobre ella una silla. En aquella moqueta se debería barrer fatal. Aria se sentó y Neida se colocó detrás de ella.

—Necesito que te quites el fular.

—Está bien. Pero no te asustes. —Intento bromear antes de deshacerse de él. Oyó como la finlandesa soltaba un suspiro de sorpresa—. Ahora ya sabes porque no traje champú. Hui de mi casa para estar a salvo.

Neida miró impresionada aquellas marcas. Parecía que la habían estrangulado, además con fuerza. Eran todavía recientes, pero estaba segura de que aquellas marcas habían estado más pronunciadas.

—No voy a preguntarte qué te pasó, porque me imagino que no estás preparada, pero quiero que sepas que aquí tienes una amiga y que aquí te sentirás segura.

—Gracias.

—Y tras este parón de dramatismo, vamos a arreglar este precioso pelo.

—Recogió algunos mechones en lo alto de la cabeza.

Minutos después, Aria miraba su nuevo look. Sus ondas rubias reposaban por debajo de los hombros y parecía brillar más. Neida había hecho un buen trabajo.

Tras comer, fueron a dar un paseo por la manzana para que Aria conociera un poco la zona. Caminaron hasta la universidad y atravesaron Victoria Park para llegar de nuevo a casa. Ambas estaban hambrientas y a Aria se le ocurrió una idea. Cogió unas cuantas patatas y huevos y se dispuso a preparar dos tortillas. Una para ellas y la otra para los chicos. Enseguida estuvieron listas y Neida aplaudió al ver la pinta que tenía. Durante el proceso, no le había quitado el ojo a Aria e incluso le había ayudado. Le encantaba aprender cosas nuevas y no estaba nada de acuerdo con la dieta de los ingleses. Colocó papel de aluminio sobre la tortilla y caminó con ella hasta Lytton Rd. Tal y como le había indicado Logan, salió a la calle principal y contó cinco paralelas. Reconoció el coche de los hermanos frente a la puerta de la casa y entró. Llamó con los nudillos y esperó ver su reacción de sorpresa al verla, pero la sorprendida fue ella. ¿Qué demonios hacía Logan medio desnudo con su media en una pierna?

—¡Joder, Aria! —Escondió la pierna cubierta por aquella fina tela detrás de la puerta. Esa tela era muy suave y quería saber que sentían las mujeres con ella. Además, se sorprendió de lo bonita que se veía su peluda pierna—. ¡Qué sorpresa! ¿Ya has comprobado que tu compañera está loca?

—Eh. No. Venía a traeros una tortilla española de verdad. —Se la tendió.

—Gracias. Esto... lo de la media... verás estaba... estaba...

—No quiero saberlo. —Alzó las manos—, y puedes quedártela. Te queda mejor que a mí. —Contuvo la risa—. ¿Y Zach?

—En la ducha. ¿Quieres entrar y esperarle? —Se movió a un lado.

—No. Tengo que volver para cenar con Neida antes de que se enfríe la cena. Saluda a Zach de mi parte.

—Lo haré. —Aria asintió y se dio la vuelta para caminar de vuelta a su casa, pero Logan la detuvo—. ¡Aria! Estás muy guapa con ese look. —Le guiñó un ojo—. Me tienes que dar el número de tu peluquera.

—Ya la conoces. —Rio—. Es tu amiga la loca. —Hizo la cruz con los índices—. ¡Chicos no!

Logan puso los ojos en blanco y cerró la puerta. Esa chica ya había conseguido pegar a Aria su *antihombrismo*. ¡Maldita chiflada!

Capítulo 7

Aquello no podía ser verdad. Debía haber un error, pero ese trozo de plástico estaba más rosa que el coche de la Barbie.

Aria no podía dejar de observarlo. Estaba sentada en el frío suelo del baño. Con la espalda apoyada en los azulejos y frente a la bañera. La luz tintineaba amenazando con fundirse en cualquier momento, pero ella solo podía mirar aquel predictor esperando a que por arte de magia una de las líneas rosas desapareciera.

Ya hacía un mes que huyó de España y desde hacía un par de semanas su cuerpo comenzó a experimentar los síntomas de lo que más tarde descubriría. Estaba embarazada.

Sollozó y se pasó una mano por el pelo. Apretó la mandíbula con fuerza para que Neida no la oyera. Ambas estaban a punto de irse a trabajar. Había entrado en el baño para maquillarse antes de ir al Mosh, la discoteca donde trabajaba como camarera.

Mientras se arreglaba, uno de sus habituales mareos hizo que se tambaleara. Enseguida se recuperó, pero llevaba varios días pensando en la posibilidad de que esa falta que tenía, fuera algo más. Hacía días que compró el predictor, pero no se había atrevido a hacerlo hasta ese momento. Lo primero que pensó al ver el resultado fue en que necesitaba a su hermana. Ella sabría qué hacer y qué decirle. Pero no estaba.

Lo segundo, que le gustaría ir adónde su madre, contárselo y que ella le abrazara mientras lloraba. La echaba muchísimo de menos. La necesitaba y ni siquiera podía llamarla. Pronunció su nombre entre gemidos deseando que sintiera su dolor y fuera a buscarla. Pero eso era imposible. Estaba sola.

Aria dejó caer el predictor al suelo y se abrazó a sí misma. Estaba tan asustada y nerviosa que comenzó a llorar con fuerza. Sintió que se ahogaba. No entraba aire en sus pulmones. Comenzó a respirar con demasiada rapidez e inhalando poco aire, lo que hizo que terminara vomitando como llevaba días haciéndolo. Al acabar, se limpió un poco la boca con papel higiénico y

se tumbó en el suelo donde continuó llorando. Se acurrucó quedándose en posición fetal y cerró los ojos deseando despertar de aquella pesadilla. No podía tener ahora un bebé. No podría mantenerlo.

—¿Aria? —Oyó como Neida llamaba a la puerta del baño—. ¿Estás bien?

Neida estaba al tanto del estado de salud de su compañera de piso. Llevaba varios días vomitando y con mareos. No podía llevarse nada a la boca y pasaba muy malas noches. Además, en el trabajo muchas veces la tenía que cubrir mientras ella iba al baño.

En ese mes que llevaban juntas, jamás la había visto con un chico y en su casa no entraban hombres, por lo que la posibilidad de que estuviera embarazada era muy pequeña, y no pensó en aquello, aunque si se lo preguntó y ella le dijo que era imposible.

Aria tardó unos minutos en abrir la puerta y Neida se asustó. Llevaba el vestido negro ceñido con los laterales al descubierto que le había prestado mal colocado y el maquillaje corrido debido a las lágrimas, incluido el pintalabios rosa, que adornaba todo el contorno de su boca.

Neida se preocupó al ver aparecer por sus ojos dos lágrimas grandes y negras y Aria se tiró a sus brazos para llorar con fuerza. Al verla en ese estado, ambas entraron en el baño y la finlandesa la sentó en la taza del váter. Cogió un par de discos desmaquillantes y comenzó a limpiarle la cara. No le gustaba verla así y estaba aguantando ella también las ganas de llorar. No sabía qué le ocurría, pero fuera lo que fuese, le estaba haciendo mucho daño.

—Aria, tranquila.

—Te... tenías razón —sollozó y bajó la mirada antes de frotarse un ojo con el dorso de la mano haciendo que se esparciera más el maquillaje—. Me he hecho la prueba de embarazo y ha dado positivo.

—¿Qué? —preguntó sorprendida—. Me dijiste que eso no podía ser. Y yo no te he visto con nadie.

—Me lie con él antes de venir a vivir contigo. Es de Zach. Uno de los chicos que me acompañó hasta aquí.

—Nena, hace mucho que no veo a esos chicos y se parecían mucho. ¿Es el que me llamó loca?

—No. Ese es Logan. —La miró—. Solo fue una vez. Una sola vez y ¡pum! Da de lleno. —Se recostó en el respaldo del retrete.

—¿No usasteis protección? —Ella negó con la cabeza—. ¿Y tú? ¿No tomas la píldora o algo? —Volvió a negar.

En aquel momento, Aria estaba únicamente concentrada en que Zach eliminara el dolor y el miedo con sus caricias y besos. Fue una maldita irresponsable. Ni siquiera se le pasó por la cabeza. ¡A ninguno de los dos! Es cierto que se dio cuenta después, pero no imaginaba que por una vez pasaría eso. ¿Qué iba a hacer ahora?

Dejó que Neida volviera a maquillarla, pero esta vez cogió el maquillaje *waterproof*. Mejor prevenir que curar.

«O como se dice en España, mejor prevenir que bautizar o como cantaba Lara. Póntelo, pónselo», pensó apretando los labios para evitar llorar de nuevo, aunque notaba como le temblaban. Tragó saliva y expulsó un gemido entrecortado.

—Llegamos tarde a trabajar por mi culpa.

—No te preocupes, iremos en coche. —Terminó de expandirle el colorete—. Oye, una cosa que he estado pensando. ¿Has bebido alcohol algún día?

—Solo el día que vine, antes de acostarme con Zach. En el trabajo prefiero no beber cuando me invitan a un chupito, porque el alcohol me afecta enseguida. Hago uno de los trucos que me enseñaste —sonrió sin ganas—. Tirarlo al suelo o escupirlo en la botella de cerveza, pero ese lo tengo que perfeccionar. —Rio y se pasó las manos por el pelo atrapando algunos mechones entre sus dedos—. Dios... ¿y ahora qué hago, Neida?

—Lo primero, vamos a trabajar. Desconectas y cuando lleguemos a casa, hablamos.

Aria asintió y ambas salieron para ir al coche. Era una suerte que Neida tuviera uno, aunque apenas lo usaba. No le gustaba nada conducir por el sentido contrario que en su país. Ya había tenido más de un susto metiéndose por una rotonda en el sentido contrario a las agujas del reloj. Enseguida llegaron y entraron por la puerta de atrás para colocarse tras la barra. En diez minutos aquel local empezaría a llenarse. Neida aprovechó que el jefe se

había ido a su despacho para acercarse a Aria.

—Intenta que el jefe no se entere de que estás embarazada. Deberás ocultárselo o te despedirá.

—Lo sé. Lo dejó claro el primer día que entré.

En su primera noche, aquel hombre que siempre vestía de negro, medio calvo y con tripa cervecera, le explicó, o más bien, le gritó las normas. Nada de líos con clientes, nada de novios y si alguna se quedaba embarazada, quedaría inmediatamente despedida. Aria no podía permitirse perder aquel trabajo. Su sueldo la mantenía a flote y le permitía pagar sus costes.

Enseguida el local comenzó a llenarse de gente. En aquel mes, Aria había tenido muchas compañeras y todas acababan dimitiendo al sentirse un objeto de los borrachos y salidos. A ella no le gustaba aquel trato, pero no le quedaba más remedio que aguantar. Además, en España eran diez veces peores.

Comenzó a servir diferentes bebidas mostrando su sonrisa. Aunque era más falsa que un billete de tres euros. Por mucho que Neida le hubiera dicho que desconectara sus cuatro horas de trabajo, le era imposible. Solo podía pensar en el frágil ser que crecía en su interior y en qué haría. Solo era una camarera perdida en una ciudad que apenas conocía. Ahí no tenía apoyo familiar y nadie que le echara una mano. Era verdad que sus ahorros seguían prácticamente intactos. El sueldo que le proporcionaba el Mosh era suficiente para ella. Pero no llegaba para dos personas. Y menos si la segunda persona era un bebé. En cuanto llegara a casa preguntaría a Neida si conocía dónde se encontraba el centro de planificación familiar. Era lo mejor. Y también dejar de pensar en aquello o acabaría por echarse atrás y terminaría dando a luz a un niño que sería infeliz por su culpa. Por no poder proporcionarle lo que otros padres. Además, crecería sin padre.

Como cada noche, un tío la invitó a un chupito de absenta. Chocaron sus pequeños vasos y cuando vio como él echaba la cabeza hacia atrás para tragar, ella aprovechó para tirar el líquido y hacer como que se lo había bebido. El joven que era bastante guapo, no dejó de hablar con ella interrogándola sobre sus orígenes españoles al percatarse de su acento, hasta que vio que no tenía nada que hacer y se fue.

—¿Aria?

La joven miró hacia dónde había oído su nombre y sonrió al reconocerle.

—¡Logan!

Sin pensarlo, salió de la barra y le abrazó. ¡Como necesitaba que alguien le diera ese cariño! Y también que le susurraran al oído que todo iría bien y que no estaba sola, pero ella estaba lejos de sentirlo.

—¡Estás muy guapa! —Le cogió de la mano para que diera una vuelta—. Leicester te sienta bien.

«Sí, de maravilla», pensó irónica. De lo único que tenía ganas en ese momento era de tirarse por la ventana o de pegarse un tiro.

—Gracias. —Fue lo único que pudo contestarle—. Hace muchísimo que no os veo. —Se refirió también a Zach.

Al pensar en él, sintió un pellizco en el estómago. Esperaba que no estuviera allí. No podría comportarse de forma normal con él y acabaría confesándole que su única vez había traído consecuencias. No tenía por qué saberlo. Al día siguiente pediría cita para abortar y fin del problema.

Sabía que era egoísta, que tenía derecho a saberlo, pero dudaba que se quisiera hacer cargo o ayudarla con aquello. Solo fue un calentón y no le había vuelto a ver desde su despedida. Era lo mejor. No le haría responsable de algo en lo que ya había tomado una decisión. Y él no se lo merecía. Era problema suyo. Por irresponsable y por casi obligarle a que la follara para desprenderse de su estúpido miedo a que la tocaran.

—Lo mismo digo. Vivimos en el mismo barrio y parece que lo hacemos en puntas distintas.

—Ejem... —Oyeron el desagrado de una voz femenina.

—Perdona, nena. —Rodeó Logan la cintura de una chica pelirroja muy guapa—. Aria, esta es Chloe, mi novia. Chloe, ella es Aria. La chica que te conté que ayudamos mi hermano y yo.

—Encantada —contestó Aria desde la distancia.

—No digo lo mismo —contestó antes de mirar a Logan—. Voy un momento al baño, cariño.

Logan la asesinó con la mirada por su falta de educación y miró a Aria

pidiéndole disculpas por el comportamiento de su novia. Chloe era una egoísta. Solo quedaba con él cuando le interesaba y si él no podía, montaba un pollo de los gordos. Sus discusiones eran bastante fuertes, pero enseguida ella llegaba con sus pucheros y sus disculpas y sin saber por qué, él la perdonaba. No cambiaba y muchas veces se preguntaba qué hacía saliendo con ella. Quizá porque le podría proporcionar estabilidad sentimental, pero no quería comprometerse con una mujer así. Llevaba dos años esperando que su comportamiento cambiara, incluso que madurara, pero a cada día que pasaba, Chloe era más infantil.

—Tengo que seguir trabajando. Me alegro de verte.

—Y yo a ti. Saluda a tu amiga la loca de mi parte —dijo señalándola con un gesto con la barbilla.

Aria se giró y vio como Neida le hacía la cruz a Logan mientras bailaba. Era algo característico de ella. Había perdido la cuenta de a cuántos tíos se la había hecho ya.

Aria se acercó hasta su compañera y amiga y la saludó de parte de Logan. Ella divertida y de buen humor, cogió un vaso de chupito y echó vodka en él antes de deslizarlo por la barra para quedar frente a Logan.

—¡Invita la casa, nene! —Le guiñó en ojo.

—No sé si es seguro beber de algo que sirvas tú.

Aria y Neida vieron como Chloe volvía a reunirse con Logan, pero antes de irse con ella, alzó el vaso y bebió de una vez el líquido transparente.

—¿El padre es el otro, verdad? —le susurró al oído y Aria asintió—. ¿Está aquí? ¿Vas a decírselo?

—Ni está aquí, ni voy a decírselo. Acompáñame mañana al centro de planificación familiar. Voy a pedir cita para interrumpir el embarazo.

Neida la miró sorprendida. Sabía que aquello era una posibilidad, pero no que tomaría una decisión tan drástica tan rápido. Si le sucediera a ella, estaría los tres primeros meses pensándose. Dos como mínimo. Pero prefirió no comentar nada al respecto. Solo asintió. Era lo que Aria necesitaba en esos momentos. Apoyo.

—Sabes que yo te acompaño, pero, ¿por qué no llamas? En Internet estará el teléfono.

—No tengo móvil.

—Cierto. Se me olvidaba. Podemos llamar con el mío.

—No. Quiero ir y que me expliquen todo.

—Está bien.

Siguieron trabajando hasta que a la tres cerraron el local y media hora después, ellas se fueron. Neida había bebido un poco, por lo que Aria tuvo que conducir. Fue a una velocidad bastante lenta, pues era la primera vez que conducía un coche con el volante al otro lado y en una dirección contraria a la que estaba acostumbrada. Suspiró cuando llegaron a casa sanas y salvas.

Se dejaron caer agotadas en el sofá.

—Un puto condón, Neida. Un trozo de plástico habría evitado esto — suspiró con ganas de llorar otra vez, pero contuvo las lágrimas, aunque no pudo evitar que sus ojos se humedecieran.

—¿Quieres que nos vengamos de los condones? Quizá te sientas mejor. —Se deslizó por el sofá hasta sentarse en aquella mullida moqueta—. Tengo arriba una caja que no voy a usar en mucho tiempo. En serio, pasaré de los tíos durante una buena temporada.

—¿Y cómo nos vengamos?

—Seguro que algo se nos ocurre. Ahora vengo.

Neida subió por las escaleras y no tardó en bajar con una caja de preservativos sin abrir. Se la tendió a Aria y esta comprobó que no estaban caducados.

—¿Vas a desperdiciar 12 condones?

—No los vamos a desperdiciar. Nos vamos a vengar y a evitar que ese trozo de plástico esté en la polla de un tío con el objetivo de meterse en mi vagina. ¡Un dos por uno como en el supermercado!

Neida le arrebató la caja para abrirla y sacó el primero. Se quedó mirándolo pensando qué podía hacer y lo único que se le ocurrió fue hincharlo y atarlo como un globo. Divertida, se lo lanzó a Aria a la cara.

—¡Guerra de condones!

Ambas cogieron un puñado de preservativos y huyeron para estar a cubierto. Los hincharon y comenzaron a lanzárselos, aunque no llegaban muy lejos, por lo que salieron cada una de su respectivo refugio improvisado y

comenzaron a lanzárselos hasta que comenzaron a jugar a diferentes juegos. Al voleibol o intentando que ninguno de los condones tocara el suelo. Las dos acabaron riendo y sudando, por lo que Neida fue a abrir la ventana para que entrara un poco del aire fresco de Inglaterra. Siguieron jugando hasta que la mitad de los anticonceptivos acabaron en el pequeño jardín que tenían.

—Bueno, unos plantan tomates y nosotras cultivamos condones — bromeó Neida asomándose a la ventana.

Agotadas y más relajadas, ambas se tumbaron en la moqueta del salón.

—¿Por qué no quieres que los hombres se acerquen a ti? —preguntó Aria.

—Antes de que tú vivieras aquí, viví con un chico un año y me enamoré de él. Fuimos pareja y estaba feliz, hasta que un día descubrí su lado oscuro. Llegué a casa y el muy capullo había montado una orgía. Le eché de casa en pelotas y al resto de invitados también. Me engañó pero bien —suspiró—. Al día siguiente me llamó diciendo que no había hecho nada malo, que solo era sexo y que me amaba a mí. Yo respeto a las parejas que por mutuo acuerdo, tengan una relación abierta, pero yo no soy de esas. No me gusta compartir lo que es mío. Estuve destrozada, Aria. Me sentía inútil, engañada y humillada y casi ni salí de casa. Ni siquiera para ir a la universidad. Elliot, mi ex, me dejó muy jodida durante meses, hasta que un día me levanté, me duché, me puse mona y frente al espejo dije: ¡Chicos no! Nunca más. Y hasta entonces con ese lema.

—Por eso no dejas entrar a ningún chico. El último te dejó bastante mal y quieres asegurarte de que no se repita —dijo Aria acariciándose el vientre en círculos de forma inconsciente.

—Sí —suspiró—. Con uno, suficiente. Hice como Cameron Díaz en la película *The holidays*. Le tiré toda su ropa por la ventana. Lástima que no tuviera perro para que se la comiera. Aunque por contrato tenía derecho a estar aquí, se largó con una de sus amiguitas de orgía y sé que al día siguiente de que lo dejáramos montó una. En serio, Aria. Hay gente que está fatal. Créeme, estamos mejor solteras.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué?

—Por todo. Porque te convertiste en una buena amiga al minuto de conocernos, por ayudarme con esto. —Señaló su vientre—, por estar siempre que me han dado uno de mis bajones por estar lejos de mi familia, por confiar en mí, por hacerme reír. Por todo. —Dejó que las lágrimas cayeran hasta posarse en la moqueta.

Al escucharla y ver como se emocionaba, ella también lo hizo. Se sentó e hizo que Aria la imitara para poder abrazarla. Era increíble la confianza y la empatía que podías conseguir con una persona a la que apenas conocías, pero que sabías que se iba a convertir en alguien muy importante en tu vida.

—Oye —dijo separándose—. Las embarazadas suelen tener antojos, ¿tienes alguno?

—Mataría por chocolate de burbujas de Milka, pero aquí no venden.

—Bueno, hay chocolate en la nevera y ¡que casualidad! Yo también tengo antojo de chocolate.

Ambas rieron antes de levantarse para acabar con todos los suministros dulces de la casa. Al día siguiente deberían hacer una visita al supermercado.

Capítulo 8

—Me sabe fatal no poder acompañarte. Quizá podría saltarme hoy las clases.

—No, no te preocupes. Estaré bien.

Habían pasado dos semanas desde que Aria se había enterado de su embarazo. En ese tiempo, Neida no se había separado de ella. Gracias a la Tarjeta Sanitaria Europea, la habían atendido en un ambulatorio de la seguridad social, donde el médico de cabecera le había mandado un análisis de sangre y otro de orina para confirmar el embarazo. Como esperaba, lo hizo. Llevaba sin la regla desde septiembre y ya estaban en noviembre.

Aria le explicó al doctor su decisión de abortar y este le dio unas indicaciones y la clínica adónde debería asistir con los papeles. Le pillaba algo lejos, pero por suerte, había autobuses que la dejaban cerca. Neida le había dado las indicaciones.

Aquella clínica estaba saturada y no le dieron cita hasta dentro de dos semanas, lo que no gustó nada a Aria. Esos días no había dejado de pensar en si lo que hacía era lo correcto y muchas veces miraba su vientre y se lo acariciaba. No debería hacer eso. No debería coger cariño ni querer a esa criatura que nunca nacería. Odiaba pensarlo. Aún no lo había hecho y ya se sentía culpable. Era una vida lo que llevaba en su interior y se iba a deshacer de ella como si fuera un quiste. ¿Era una mala persona?

Pero por otra parte, ¿qué vida le podría dar a ese niño? Sabía que si lo tenía, no podría darlo en adopción, pero si vivía con ella no podría otorgarle todo aquello que necesitara y no podría verlo sufrir por su culpa. Por ser una mala madre. Aquella decisión era lo mejor para los dos.

Su cita era a las doce del mediodía y Neida no podía acompañarla, pues tenía prácticas en la universidad y eran obligatorias. Su compañera le había propuesto que llamara a alguno de los chicos para que la acompañaran, pero, obviamente, Aria rechazó aquella oferta. ¿Qué iba a decirles? «Hola, chicos, veréis en mi primera noche loca aquí me quedé embarazada y ahora voy a

interrumpir el embarazo y no quiero ir sola. ¿Me acompañáis?» Aquella idea era la peor que podría haber tenido. Si Logan se enteraba, se lo diría a Zach tras alucinar con la noticia y si se lo soltaba directamente a Zach... prefería no pensar en todas las opciones de lo que podría ocurrir.

Durante esos días, había leído en varias páginas web en qué consistía aquel proceso. En la clínica a la que iba, el médico introduciría una sonda en el útero y luego utilizaría una aspiradora especial para extraer los tejidos del embarazo a través del tubo. Aquella fue la última línea que pudo leer antes de cerrar el portátil de Neida. Solo pensar en aquello hacía que sus habituales náuseas fueran más intensas y el sentimiento de culpabilidad aumentara. Todas las noches soñaba con ese niño o con la llegada de la hora de interrumpir su embarazo. En aquellos sueños, salía de la clínica destrozada y llorando y sospechaba que en la vida real le ocurriría lo mismo.

Salió de casa con tres cuartos de hora de adelanto y tras coger el autobús rosa y morado que le había indicado Neida, contó seis paradas antes de bajarse. En esos momentos maldecía por no tener el móvil. ¡Cómo necesitaba el Google Maps! Preguntó a varias personas y con amabilidad, estas le indicaron el camino hasta que entró a aquella fría sala. Fue a recepción y dio su nombre. La recepcionista confirmó su cita y le pidió que esperara en la sala de espera.

En aquella clínica no solo trataban abortos, sino todo lo relacionado con los embarazos, métodos anticonceptivos y la prevención de enfermedades sexuales.

Aria fue a coger una revista mientras esperaba su turno, pero prefirió no hacerlo. En todas salían embarazadas y bebés rubios de ojos azules. ¿Cómo sería el suyo? Le encantaría que heredara los ojos tan intensos de Zach y su boca. Le gustaría que su bebé fuera rubio, como ella y con la naricita que toda la familia Rivera tenía. Y le gustaría que fuera una niña. Una pequeña muñequita a la que... «¡Basta!», se regañó. No debía pensar en ello. ¡Por Dios estaba allí para abortar!

Comenzó a jugar con sus manos, nerviosa. Le gustaría que alguien estuviera allí apoyándola. Que la cogiera de la mano y le dijera que todo saldría bien. Se quitó el fular que siempre llevaba. El que le regaló su

hermana. Ya no tenía las marcas del estrangulamiento, pero le gustaba llevarlo. Lo enredó con las manos y parte de los antebrazos y lo apretó intentando acercarse a Lara. La necesitaba demasiado. El día a día se le hacía muy duro sin ella y en varios momentos puntuales el suicidio había pasado por su mente, pero enseguida descartaba aquella idea. Su hermana no hubiera querido aquello. Sabía que Lara quería que fuera feliz y que viviera su vida. Pero era tan difícil...

No tardaron demasiado en llamarla y tras pasar a la consulta, el médico le hizo sentarse en una silla frente a su mesa. Aria desvió la mirada hacia aquella camilla donde todo acabaría. Sería mejor que dejara de darle vueltas, aunque le resultara imposible.

—Buenos días, señorita Rivera. ¿Me ha traído todas las pruebas que le han hecho?

—Sí —respondió en un susurro mientras le tendía los papeles.

El médico comprobó que todo estaba correcto y que, efectivamente, estaba embarazada por los altos niveles de la hormona gonadotropina coriónica humana más conocida como la hormona del embarazo.

—Voy a explicarte un poco en qué consiste la interrupción del embarazo. —Dejó los papeles sobre la mesa—. Es un proceso en el que extraemos el embrión siempre y cuando estés de menos de 20 semanas que es algo que ahora comprobaremos con una ecografía. —Eso a Aria no le hizo ninguna gracia. No quería ver ni escuchar a aquel bebé—. En 24 horas podrás volver a tu rutina y los síntomas que ahora presentas desaparecerán como en una semana. Debes evitar tener relaciones sexuales durante una semana. Puedes quedarte embarazada casi inmediatamente después de un aborto, por lo que es importante utilizar un método anticonceptivo si no deseas quedarte embarazada.

«Por eso no se preocupe. No pienso volver a follar en años», pensó.

—La mayoría de las mujeres sangran durante alrededor de una o dos semanas después de un aborto —continuó explicando—. Lo mejor es usar toallas sanitarias durante este tiempo. Es normal que el sangrado sea como un período menstrual normal. En la mayoría de los casos, el sangrado se detendrá, pero puedes experimentar manchado hasta tu próximo período. Si

el sangrado empapa dos o más toallas sanitarias por hora durante dos horas, entonces deberás ponerte en contacto con la clínica.

—¿Me va a doler? —preguntó Aria reteniendo las lágrimas y con voz ahogada.

—Te pondré anestesia en la zona, aunque sí que notarás un ligero dolor y los días posteriores también. Puedes tomarte un ibuprofeno o paracetamol cada ocho horas durante una o dos semanas.

Aria notaba como se le formaba una opresión en el pecho y una molestia en la garganta debido a que estaba aguantando para no llorar. Solo podía asentir con la cabeza a lo que le decía el médico.

—Hay mujeres que tras esto sienten alivio, pero otras se pueden sentir culpables —dijo pareciendo leerle la mente—. Si es tu caso, te recomiendo que pidas cita para el asesoramiento post-aborto. Este es un servicio gratuito para las mujeres que han tenido tratamiento en esta clínica.

—Está bien.

—Pues creo que no me dejo nada —dijo levantándose de su silla de cuero—. Ah sí, tu próximo periodo lo tendrás dentro de entre cuatro y seis semanas. De no ser así, hazte de nuevo un test de embarazo.

Aria asintió y cogió una especie de camisón que le entregaba el médico. Ordenó que se desnudara detrás del biombo y se lo colocara. Mientras lo hacía, escuchó como él preparaba todo el instrumental.

Al quedarse desnuda a excepción del sujetador, bajó la mirada para observar su vientre. Acarició a su pequeño por última vez. Se secó las lágrimas que había derramado y salió de detrás del biombo para tumbarse en la camilla. Colocó los pies en los estribos y cerró los ojos al notar como la sonda cubierta por un preservativo y un gel entraba en ella para realizarle la ecografía. Aria cerró los ojos y giró el rostro para no ver la pantalla.

—Aquí está —dijo el médico mientras movía la sonda para ver mejor al bebé—. Por el tamaño, estás de siete semanas y todo parece estar correcto.

«No me diga eso», pensó apretando los ojos y dos lágrimas cayeron por su rostro. Sollozó al oír el rápido latido del corazón de su hijo. No podía soportarlo más. Necesitaba que todo aquello acabara. Sorbió por la nariz y sin poder evitarlo, abrió los ojos y despacio giró el rostro para mirar aquella

pantalla. Pudo distinguir entre tanta mancha negra y blanca la forma de su bebé. Aria se emocionó y comenzó a llorar sin importar que el médico la viera. Una pequeña sonrisa se dibujó en su cara que rápidamente borró.

—Vale. Procedamos. —Sacó de su vagina aquel tubo y la imagen desapareció.

Las piernas le temblaban y sus manos reposaban sobre su vientre como si quisiera proteger a aquel bebé. Como si quisiera mantenerlo con ella sujetándolo con fuerza. Notó como el principio de un nuevo tubo se introducía en ella y siguiendo su instinto, se echó hacia atrás y cerró las piernas haciendo que saliera.

—No... no puedo. —Se quedó sentada notando como todo su cuerpo temblaba.

—¿Necesitas unos minutos para pensártelo mejor? —le preguntó el médico.

—No. Sé que no puedo hacerlo. —Bajó de la camilla para vestirse—. Voy a tenerlo.

El ginecólogo asintió con la cabeza y guardó el instrumental antes de colocarse frente al ordenador. La joven no tardó en salir del biombo ya vestida y con mejor cara que cuando había entrado. Se sentó ante la seña que el médico le hizo.

—En cinco semanas deberás hacerte una nueva ecografía para cerrar el primer trimestre de la gestación. Voy a recetarte ácido fólico y deberás acudir a tu ginecólogo cada dos meses. Te irá controlando el embarazo y te aconsejará sobre las clases de preparación al parto y todo lo relacionado con la gestación. —Le tendió un trozo de papel y ella sonrió al ver que era la ecografía—. Enhorabuena.

—Gracias. —Sonrió emocionada y de nuevo las lágrimas cayeron por su rostro.

Esta vez aquel hombre que había soportado durante unos cuantos minutos su constante lloro, le tendió un pañuelo.

Aria salió de la clínica eufórica y muy asustada. ¡Iba a ser madre! Y no tenía ni idea de cómo iba a hacerse cargo de ese niño, pero lo haría. Sacrificaría su vida si era necesario por ese bebé, pero conseguiría que su

pequeño fuera feliz, aunque debería buscar algún trabajo mejor pagado, pero sin estudios... era complicado. Sabía que podría estar un par de meses más en el Mosh, pero en cuanto su barriga comenzara a notársele acabaría en la calle. Debería empezar a buscarse un trabajo nuevo cuanto antes y reducir sus gastos en la mayor medida de lo posible.

Paseó por las calles de Leicester absorta en aquellos pensamientos, en la aventura que iba a vivir, pero en lo feliz que se sentía en aquellos momentos. Sabía que había hecho lo correcto y que si hubiera abortado, se habría arrepentido el resto de su vida.

Sin darse cuenta, llegó al centro y entró en una tienda para ir a la sección infantil. Era muy pronto para comprar ropita, pero no pensaba salir de allí sin el primer regalito para su bebé. Compró unos patucos blancos. Eran tan pequeñitos que Aria sonrió con ternura mirándolos. Cogió de nuevo aquel autobús rosa y morado para regresar a su casa donde Neida ya la esperaba.

—¡Hola! —Saltó del sofá para acercarse a ella—. ¿Cómo estás? ¿Te duele? ¿Necesitas algo? ¿Quieres estar sola? ¿Quieres que nos atiborremos de helado? —La acribilló a preguntas.

Aria no respondió. Sacó de la bolsa la cajita de plástico con los patucos y la ecografía. Neida, sorprendida, cogió aquello que le tendía. Miró durante unos largos segundos aquellos zapatitos y aquella ecografía donde difícilmente pudo distinguir la forma de un bebé. Alzó la mirada hacia su compañera con la boca abierta.

—¡No me mires así! —Caminó por el pequeño salón hasta sentarse—. Pero no sabes qué es eso y no he podido hacerlo. Sé que es una locura, que no tengo ni idea de cómo voy a mantener a este niño, pero sé que si lo hubiera hecho no me habría podido recuperar nunca de ese trauma.

—Sí, nena. ¡Estás loca! —Se sentó a su lado—. Pero es tu decisión y voy a ayudarte. Te prometo que a ese niño no le va a faltar de nada y que va a ser el bebé más feliz de todo Leicester.

—Gracias —dijo.

—Para algo estamos las madrinas. —Se autoproclamó riendo—. Nos las apañaremos, Aria. Ahora hay muchas webs donde venden cunas y cochecitos de segunda mano.

—Dios. —Se tapó la cara con las manos—. Quiero pensar que un día estaré preparada para volver a España y que mis padres me ayudarán. Y que podré retomar mis estudios, pero de momento, estoy sola y no tengo más apoyo que el tuyo. Te agradezco mucho tu ayuda —le dijo—. Pero nuestros sueldos muy elevados... no son.

—Tú por el dinero no te preocupes, pero prométeme una cosa. —Aria asintió—. Jamás me preguntes de donde saco el dinero.

—¿Eres de la mafia?

—Genial, cariño —Rio—. Acabas de batir el record de la promesa más corta de la historia.

—¡Perdón! —se disculpó divertida—. Está bien. Gracias por todo, Neida. No sabes cómo me alegro de haberte conocido y lo mucho que significas para mí.

—¡No me hagas llorar! —La abrazó—. Yo también me alegro y también significas mucho en mi vida. —Se separó—. Oye, hay aquí al lado una fiesta de la universidad y no me apetece ir sola. ¿Me acompañas? Te prometo que no estaremos mucho, solo para hacer acto de presencia y ya está.

—Está bien. Así celebramos lo que se avecina. —Rio.

A las seis de la tarde, el sol ya había caído en Leicester y las chicas se preparaban para ir a la fiesta. Iba a ser algo informal por lo que ambas se vistieron con unos vaqueros y una camiseta algo más decente. Neida se puso los taconazos, pero Aria prefirió ir con sus cómodas converse blancas. Se miró al espejo y se colocó de perfil. Sonrió mirando su vientre y posó una mano sobre él.

—Te prometo que voy a intentar ser la mejor mamá del mundo. Voy a estar a tu lado cuando llores y sonreiré cuando te vea reír. Te llenaré cada noche los mofletes de mil besos y me quedaré contigo hasta que te duermas. No me quejaré cuando me despiertes de madrugada para que te dé el pecho y haré todo lo que esté en mi mano para que nunca te falte de nada y seas feliz. Te daré todo el amor que tengo y te prometo todos los días de mi vida —susurró la frase que su hermana y ella siempre se decían—. Aún no estás en mis brazos, pero ya te quiero, mi pequeñín.

Sonrió sin dejar de mirar su aún inexistente barriga y salió de su

pequeño cuarto para reunirse con Neida quien ya la esperaba en la entrada. Se aseguraron de que cogían las llaves de casa y salieron hacia el lugar donde se celebraba la fiesta. No era muy lejos. Aquella casa se encontraba enfrente de Victoria Park y el ambiente ya estaba bastante animado. Aria miró el reloj. No eran ni las ocho y la gente ya estaba borracha. Ella no bebería nada, pero esperaba que Neida no cogiera semejante tajada porque pasaba de llevarla a rastras a casa.

Aquella fiesta le recordó a las americanas que veía en sus series. Con vasos rojos y la gente jugando a diversos juegos para beber. Lo único que faltaba era la piscina.

Neida le presentó a sus compañeras de la universidad. Estudiaba Biología. Todas se mostraron muy amables con ella, pero Aria no se sentía cómoda. Era la única que no bebía nada y no conocía a casi nadie. Además se sentía como una lapa que no se separaba de Neida mientras ella charlaba con sus compañeros de la carrera de Biología. Decidió dar una vuelta por aquella casa.

Era algo más grande que en la que ellas vivían y la cocina estaba conectada con el salón. Las escaleras eran iguales que las suyas, pero no se atrevió a subir. Normalmente, al piso de arriba subían las parejitas a enrollarse, pero necesitaba ir urgentemente al baño y por el piso de abajo no parecía haber ninguno. Subió a paso lento y vio que había cuatro puertas. Todas ellas cerradas. Prefería hacer como en España y mear entre dos coches a jugar a ver cuál era la puerta ganadora.

Iba a regresar junto con Neida cuando oyó algo. Parecía un grito. Se quedó quieta y alerta, pero no escuchó nada. No bajó ni un escalón cuando escuchó como alguien pedía ayuda. Aria caminó por el pasillo hasta abrir la puerta de la que provenía aquel chillido. Se asustó al ver como una chica morena gritaba y lloraba mientras el que parecía ser su pareja tiraba de su pie para darle la vuelta. Estaba tan concentrado en hacerle daño que no se percató de que Aria le miraba horrorizada. Cuando la tuvo como quería, se colocó a horcajadas sobre la joven y comenzó a ahogarla. Decenas de flashbacks invadieron la mente de Aria, haciendo que recordará esos largos segundos que se sintió como si estuviera en el infierno. A Lara no pudo salvarla, pero

no iba a permitir que otro canalla acabara con otra mujer por la violencia de género.

—¡Suéltala!

La adrenalina se apoderó de ella y se acercó para darle una patada en la cara a aquel chico que cayó al suelo tapándose el rostro completamente dolorido. Aria ayudó a levantarse a aquella joven que no dejaba de temblar y llorar. La abrazó y siseó intentando que se calmara. Oyó como gritaba de nuevo al ver como aquel chico se levantaba, pero Aria fue más rápida. Cogió la lámpara que había en la mesilla y la estrelló con fuerza en su cabeza haciendo que quedara inconsciente.

El corazón le latía con fuerza y más rápido de lo normal, pero estaba orgullosa. Había salvado a aquella chica de lo que parecía ser una muerte segura.

—¿Aria, dónde estabas? —Oyó su nombre a sus espaldas—. Me habías asustado al no verte. —Se acercó Neida y se sorprendió al ver a una chica que no conocía de nada abrazada a Aria llorando y a un chico inconsciente en el suelo.

—Llama a la policía —le pidió.

Neida asintió y no tardó en marcar el número de la policía y el de una ambulancia para que atendieran a aquella chica. Se llevaron a comisaría al agresor que ya había recuperado la conciencia y Aria no se separó de aquella joven que respondía al nombre de Hannah mientras un sanitario la atendía. No le soltó la mano en ningún momento y tras asegurar de que estaba bien, Neida y ella la acompañaron hasta su casa. Comprobaron que vivía con sus padres y al ver a su hija en ese estado, Aria les contó lo sucedido y recomendó que denunciaran ya. Según le había contado Hannah, era la primera vez que se ponía así de violento, pero si había recibido anteriormente amenazas verbales. Se despidieron de ellos y caminaron de nuevo hacia su pequeña casa.

—¿Estás bien? —le preguntó Neida a Aria mientras atravesaban Victoria Park.

Desde que habían dejado a la chica en su casa, se había percatado de que su amiga estaba muy callada y ausente. E incluso parecía asustada y a punto

de derrumbarse en cualquier momento.

Esta negó con la cabeza y acabó vomitando en una papelera. No había podido evitar recordar todo lo sucedido con su hermana y con ella al ver como atacaban a Hannah. Rememorar el preciso instante en el que su hermana falleció ante sus ojos y como después aquel asesino intentó hacer lo mismo con ella al confundirla con Lara, había sido muy difícil de apartar a un lado mientras salvaba a Hannah. Había aguantado sus ganas de vomitar o de desmayarse, pero su cuerpo no había podido más y había acabado haciendo lo primero.

Intentaba no pensar en lo sucedido hacía ya más de un mes, pero situaciones o pequeños detalles hacían que volviera a revivir aquel infierno. Volvía a sentir las manos de Rafa sobre su cuello. Volvía a estar en la cama del hospital y a ver como él entraba para acabar el trabajo. Deseaba que nadie viviera lo que ella o lo que su hermana.

Cuando acabó, Neida le pasó un pañuelo para que se limpiara y le tendió un chicle de fresa para el mal sabor de boca.

—¿Estás mejor?

—Sí —susurró—. Es solo que me ha traído recuerdos.

—Lo dices por las marcas de tu cuello. La que me enseñaste cuando nos conocimos. Fue tu pareja, ¿verdad?

Neida la había respetado y jamás le había preguntado sobre aquello, aunque se moría de la curiosidad. Tenía sus hipótesis, pero no quería hacerle daño a Aria por culpa de sus preguntas, aunque no había podido evitar soltarle aquella.

—Fue la pareja de mi hermana —confesó.

—¿Qué?

—Lara y yo éramos gemelas. Me confundió con ella. —Reanudaron el camino.

—No sabía que tenías una gemela.

—Y no la tengo. Él la mató. Y luego quiso hacer lo mismo conmigo.

A Neida le asustó aquella actitud tan fría y distante de Aria, pero sabía que era su escudo protector para poder hablar de algo que le hacía tanto daño sin derrumbarse. Ella no sabía qué era tener un hermano, pero podía

imaginarse el dolor de perder a una hermana. Y más si era una gemela. Aria debió pasarlo muy mal. No solo por lo de su hermana, sino porque ella también había estado al borde de la muerte.

—Lo siento mucho, Aria. —No sabía que decir en aquellos momentos—. ¿Quieres hablar de ello?

—No. No puedo. Pero ya sabes más que nadie en esta ciudad. —Rio irónica—. Nadie debería pasar por algo así. Solo le deseo ese sufrimiento a una persona. El asesino de mi hermana.

Neida prefirió no hondar más en aquello. El resto del camino lo hicieron en silencio. Aria no se encontraba nada bien. No solo por el embarazo, sino por lo que acababa de vivir. Se puso el pijama y se tumbó en la cama, aunque en vez de arroparse con el edredón lo hizo con su manta de los abrazos. La usaba siempre que necesitaba a su hermana cerca. Incluso muchos días hablaba con la manta como si fuera Lara. Cualquiera que la viera pensaría que estaba loca, pero ella sabía que aquellos monólogos hacían que el gran peso que cargaba sobre sus hombros se fuera haciendo más pequeño.

Estaba a punto de quedarse dormida, cuando oyó como Neida llamaba a su puerta. Al ver que no entraba, habló dándole el permiso que parecía necesitar. Aria encendió la luz de la mesilla y se sentó en la cama antes de hacerse a un lado para dejarle hueco a ella.

Neida se sentó a su lado y no dijo nada. Pasó un brazo sobre sus hombros e hizo que reposara su cabeza sobre su hombro.

—Eres la tía más loca y valiente que he conocido nunca. Si algún día necesito un trasplante de ovarios, espero que seas buena amiga y me des los tuyos.

Ambas soltaron una ligera carcajada. Sabía que Neida no decía aquello solo por el embarazo, sino también por lo que había sucedido aquella noche en la fiesta.

—¿Vas a decírselo al padre?

—¿Sinceramente? No lo sé. —Suspiró—. Lo que conocí de él me gustó, pero igual si me presento en su casa con un bombo me llama puta o algo de eso. A ver. —Se recompuso para mirarla—. Sé que tiene derecho a saberlo y no voy a obligarle a que se haga cargo. No le voy a pedir nada. Me da igual

que se desentienda. Sé que conociéndome, se lo diré a no ser que él me pille antes, pero de momento prefiero ver cómo evoluciona la cosa. —Se dio un par de palmaditas en el vientre—. Acabaré por contárselo, pero no me gustaría que me tachara de zorra, dijera que es mentira, que no es suyo o... yo que sé.

—¿Y si se lo cuentas y quiere hacerse cargo?

—No le alejaré de su hijo, pero tendríamos que hablarlo. Algún día regresaré a España y... ¡aún es pronto para saberlo! No adelantemos acontecimientos. —Finiquitó el tema comenzando a agobiarse.

—Vale. Esto que te iba a decir... ¿chocolate?

Capítulo 9

Zach salió de su entrenamiento de fútbol poco después de las cuatro y media. Odiaba los miércoles. Salía de sus clases y comía algo rápido antes de marcharse a entrenar. Se duchaba en los vestuarios del gimnasio de la universidad y nada más llegar a casa se ponía a adelantar alguno de las decenas de trabajos que tenía.

El año que viene presentaría su trabajo de fin de grado sobre los desequilibrios y los trastornos de los niños que vivían en una familia desestructurada. Llevaba desde segundo de carrera con aquel proyecto y a cada año que aprendía más cosas, lo iba modificando. Quería que la Universidad de Leicester diera buenas referencias sobre él para conseguir un buen trabajo. Le encantaría poder trabajar con niños con el problema que trataba en su UTP¹, pero sabía que así limitaría sus posibilidades, por lo que no descartaría comenzar a formarse profesionalmente en algún centro médico o en colegios. Aunque sí que le gustaba el lugar que le habían asignado para sus prácticas. Era un centro de acogida de menores, los cuales, habían vivido cosas que jamás debería vivir un niño. Incluso a algunos de ellos los tenían separados debido a que su comportamiento era algo conflictivo. Resultado de vivir con padres con un desequilibrio mental. Zach trataba con todos y en ocasiones, aquellos niños con un comportamiento más complicado de tratar, hacían que llegara a casa destrozado. Era muy difícil verles sufrir y ver como se protegían mediante peleas con otros niños, insultos o gritos. Zach había intentado aplacar esos problemas de varias formas, pero no veía ninguna evolución de mejora. Y eso le ofuscaba. Quizá no estaba hecho para ser psicólogo infantil.

Cada vez que llegaba mal a casa, se encerraba en su cuarto y se tumbaba en la cama para escuchar música. Su hermano era un gran apoyo en aquellos momentos y le recordaba que esos niños solo necesitaban más ayuda que otros y que había conseguido logros con los que tenían una edad más corta, ya que los más conflictivos, eran adolescentes que se sentían abandonados

por tener que estar en aquel orfanato. Acudía a él tres veces por semana y generalmente por la mañana, aunque alguna tarde había tenido que asistir.

Al llegar a casa, expulsó un largo suspiro. Estaba agotado. Abrió la puerta y dejó caer la bolsa de deporte de su hombro antes de agacharse para evitar que un vaso le diera en la cabeza y el cual reventó al chocarse contra la pared.

—¡Hijo de puta!

Zach abrió la boca al ver a Chloe, la novia de su hermano, echa una furia. Estaba roja y las venas de su cuello estaban a punto de explotarle. Solo le faltaba echar humo por las orejas. ¿Qué diablos pasaba?

Vio, alucinado, como no dejaba de lanzar todos los objetos que pillaba e iba caminando por el piso de abajo a medida que su hermano también lo hacía para evitar que todo lo que tiraba le diera. Logan había cogido su escudo de Capitán América para protegerse. Hace años se disfrazaron de Los Vengadores y su hermano quiso conservar aquel escudo de plástico.

—¡Deja de lanzarme cosas! —gritó Logan que consiguió encerrarse en la cocina.

Chloe se acercó e intentó abrir la puerta sin éxito hasta que Zach la apartó y la echó de su casa. Esa tía estaba loca y era una maldita egoísta que había utilizado a su hermano como había querido. Se quedó muy a gusto cuando le cerró la puerta en las narices.

—¡Te odio, Logan! —La oyó gritar—. ¡No vuelvas a llamarme nunca!

Zach vio como Chloe desaparecía calle abajo y dio dos golpecitos en la puerta de la cocina para que su hermano supiera que estaba a salvo.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó.

—Dejarla. Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo —suspiró y miró el escudo—. Y mamá quería tirármelo. ¡Me ha salvado la vida!

—La próxima vez, elige bien a tu novia.

—Tranquilo, hermano. Voy a hacer como la amiga loca de Aria. —Formó la cruz con los dedos—. ¡Chicas no!

Logan rio y se fue para subir a su habitación. Iba a ponerse al día con Juego de Tronos. Seguía sin entender como su hermano odiaba esa serie. ¡Era la hostia! Sangre, tetas y sexo. Mucho sexo. ¿Qué más se podía pedir?

Cuando su hermano desapareció escaleras arriba, Zach sacó de la nevera una coca cola bien fría. La necesitaba. Como le ocurría demasiadas veces, se quedó pensando en Aria. No la había visto desde que se despidieron y más de una vez había querido ir a su casa, simplemente para verla. No conseguía quitársela de la cabeza y su hermano no se lo ponía nada fácil recordándosela cada dos por tres. Sabía por Logan que trabajaba en el Mosh, pero nada más. Él odiaba ese antro y no pensaba pisarlo por nada del mundo.

Quizá le viniera bien salir. Había estado tan ocupado incorporándose de nuevo a la universidad, que llevaba sin salir con sus amigos bastante tiempo. Necesitaba aquello para olvidarse de ella. Pasarle bien, beber un poco y quizá pasar la noche con alguna chica que conociera. Pero sabía que eso no le reconfortaría. A medida que pasaba el tiempo, le gustaba menos salir a beber y a intentar conseguir llevarse a una chica a la cama. Prefería quedarse en casa con su hermano viendo alguna película y atiborrarse de comida basura. Sería una auténtica bola de grasa de no ser por su afición al deporte y sus entrenamientos de fútbol. Además, tampoco comían demasiada comida grasienta. En los cuatro años que su hermano y él vivían en Leicester, habían aprendido a cocinar, aunque lo justo. Carne a la plancha, verduras salteadas y pasta, pero muchos días a ninguno de los dos le apetecía estar entre los fogones y acababan por comprar comida rápida.

Se quedó mirando la nevera pensando qué hacer. La verdad que estaba bastante cansado para ponerse ahora a seguir con su trabajo y su hermano estaba enfrascado en aquella aburrida serie. Decidió salir a dar un paseo y visitar a Ezra, su mejor amigo. Estaba a más de media hora andando, pero no le importaba ir hasta allí dando un paseo y así pasaba por la floristería.

Al llegar, abrió la verja para entrar y caminó por aquel terreno silencioso hasta alcanzar su destino.

—Ey, hola, tío. Sé que hace mucho tiempo que no vengo a verte, he estado bastante ocupado, pero no creas que me olvido de ti. Sabes que eso nunca. —Se sentó—. Tengo novedades. He conocido a una chica. Bueno la conocí hace tiempo y nos enrollamos. Estuvo genial, pero tras despedirnos no la he vuelto a ver —suspiró—, y no dejo de pensar en ella. Si la conocieras sé que te encantaría. Es divertida, inteligente, preciosa y una puta crack con el

FIFA. ¡Qué paliza me dio! Y a Logan se la hubiera dado si no se hubiera dejado ganar para darnos una lección. También es jodidamente valiente. Ella cree que es una cobarde, pero ni de coña. Abandonó su país con lo puesto prácticamente y llegó aquí sin nada. No te lo había comentado, es española, así que imagínate el carácter que tiene y chillar. Habla gritando, aunque ella diga que no y piense que nosotros hablamos como si estuviéramos a punto de corrernos en cualquier momento. —Rio—. He pensado en ir a verla varias veces. Hacerle una visita, pero no me atrevo. Ya sabes cómo terminan todas las personas que se acercan a mí. —Bajó la mirada—. Solo... mírate. —Se frotó los ojos para evitar llorar—. Es mejor mantenerla alejada de mí. Y, aunque me encantaría tenerla de amiga, sé que acabaría por implicarme más con ella y no quiero que Aria desaparezca como lo hiciste tú. Y como lo hizo Sophia. También arruiné su vida al acercarme a ella. No quiero que le suceda lo mismo a Aria. Ya ha sufrido mucho. ¿Sabes? Alguien intentó matarla. Te sentirías muy identificado con ella y sé que os haríais buenos amigos. —Posó el ramo de flores sobre la tumba de Ezra—. No sabes cómo me gustaría que, hace seis años, todo hubiera sido distinto. Pero no me arrepiento por lo que pasé, aunque luego no sirviera de nada. Volvería a hacerlo por ti. —Oyó un trueno romper el cielo—. Tengo que irme, pero te prometo que volveré. Sabes que nunca te abandonaré, amigo. Jamás.

Se levantó del frío y húmedo césped y acarició la lápida blanca con el nombre de su amigo. Solo tenía dieciséis años. Toda la puta vida por delante y acabó de la peor manera posible. Se sentía culpable, pues todo el mundo que se acercaba a él, acababa sufriendo.

Notó como las primeras gotas caían y miró al cielo. Comenzó a llover con más fuerza, pero él se quedó unos minutos más allí quieto mirando en silencio los restos de su mejor amigo. No le importó que se mojara. Anduvo hasta la salida del cementerio al ver que comenzaba a oscurecer, aunque al salir, esperó bajo un portal a que amainara un poco la lluvia.

Vio como las farolas se encendían cuando pasó por Oakland Rd y metió sus manos en los bolsillos de sus vaqueros. Las tenía heladas. Estaba deseando llegar a casa, pero se detuvo al oír unos sollozos a su izquierda. Vio una sombra en aquel callejón. Por el pelo, parecía una chica. Estaba sentada y

sostenía algo alargado en las manos. Pensó en marcharse, no era su problema, pero la conciencia le reconcomería si no la ayudaba. Se acercó y se agachó para verla. ¿De qué le sonaba?

—¿Estás bien?

—No. Si estuviera bien estaría en mi casa, calentita, seca y con mi amiga. —Alzo la mirada—. ¡Tú!

—Ya sé quién eres —adivinó Zach—. La compañera de piso de Aria. No recuerdo tu nombre.

—Neida. —Bufó molesta—. ¡Inho miehet!

Zach frunció el ceño. No tenía ni idea de lo que había dicho. Suponía que había hablado en su idioma y quizá era mejor que no supiera qué significaba. Comprobó que estaba ebria ya que a su alrededor había seis botellas de cerveza vacías. La ayudó a levantarse e hizo que pasara su brazo por sus hombros para que no se cayera. Menos mal que no vivía muy lejos.

Se pasó el camino llorando y hablando con él, aunque no entendía la mitad de las palabras. La mitad eran en inglés, otra parte en finlandés y otras en su propio idioma. Se fijó en su rostro. Tenía el maquillaje corrido y no dejaba de sorber por la nariz. Además comenzaba a estar afónica.

—No tengo las llaves.

Zach suspiró y llamó a la puerta deseando que estuviera Aria. Esa tarde había jurado no volver a acercarse a ella ni verla y media hora después ya estaba rompiendo esa promesa. Enseguida abrió y por unos segundos, el mundo desapareció y solo quedaron ellos dos mirándose fijamente. Ella le observaba sorprendida, e incluso parecía asustada. Llevaba unas mallas negras y una camisa blanca. Su pelo rubio estaba mojado y reposaba sobre los hombros. Acabaría de salir de la ducha. No había ni pizca de maquillaje y su delicado cuello al descubierto ya no tenía aquellas marcas.

Aria no daba crédito. No sabía cómo no había acabado en el suelo tras la impresión de verle de nuevo. Calado hasta los huesos y sujetando a su amiga, pero Neida había pasado a un segundo plano. Estaba guapísimo. Se había afeitado la barba de tres días que llevaba dejando a la vista aquellos carnosos y perfectos labios que todavía sentía sobre los suyos. Y sus ojos marrones. Tan intensos como recordaba. Notó esa penetrante mirada recorrerla. ¿Se

percataría de su embarazo? La camisa que llevaba era bastante ancha y, aunque si tenía una pequeña, aunque casi inexistente curvatura en el vientre, era imposible que la notara.

—Dejad de follar con la mirada. Quiero entrar en mi casa.

Ambos bajaron de las nubes y Aria se echó a un lado para que Zach entrara junto con su amiga. Bajó la mirada para que no viera como se había sonrojado y desapareció escaleras arriba para coger unas toallas.

—Que sepas —dijo Neida mirando a Zach que la sentaba en el sofá—, que en mi casa no entran chicos, pero te dejo pasar por ser el pa... payaso amigo de mi amiga.

—El payaso es mi hermano, pero gracias por concederme el honor de entrar.

Neida decidió asentir y callar. Había estado a punto de cagarla. Se recostó en el sofá y cayó rendida en cuestión de segundos.

Aria bajó con un par de toallas para que ambos se secaran, pero se sorprendió al ver a Neida completamente dormida en el sofá mientras Zach caminaba por el pequeño salón con los dedos metidos en los bolsillos de los vaqueros. Aria se quedó unos segundos parada en la escalera observándole. ¿Debería decírselo? Se acarició el vientre y tras suspirar continuó bajando.

—Creo que te vendrá bien. —Le tendió la toalla—. ¿Quieres un café o algo?

—No, gracias. —Le sonrió antes de comenzar a secarse un poco el pelo y la cara.

—¿Qué hacíais los dos calados y Neida borracha? —preguntó intentando que no se le notara ese pequeño atisbo de celos en la voz.

—He salido a pasear y me ha pillado de lleno la tormenta y por el camino me la he encontrado borracha y llorando.

—¿Llorando? —Frunció el ceño—. Cuando se ha ido a la universidad estaba bien. ¿Qué le ha pasado?

—No lo sé, Aria. Solo me la he encontrado y la he traído. Ya está —contestó subiendo su tono de voz.

Aria retrocedió un paso al percatarse de que parecía enfadado. No era el mejor momento para soltarle la bomba que tenía para él. Pero ya le valía al

karma. Dos meses sin verle y justo aparece cuando menos desea. ¡Qué oportuno!

—Lo siento —se disculpó él.

Zach no quería haber sonado borde, pero sí quería mantenerla lo más alejada de él. Hacía una hora que había mantenido aquel monólogo con su mejor amigo y ya estaba metiendo la pata.

Aria solo asintió ante aquella disculpa y se abrazó a sí misma sin saber qué decir. Aunque lo que deseaba era contarle las consecuencias de su noche de lujuria y que él la abrazara. Sí. Eso quería. Que alguien le diera ese cariño.

—¿Estás bien? —le preguntó Zach al verla callada.

—Supongo. Mira, esto está siendo muy difícil para mí. Echo de menos a mi familia, me siento muy pérdida y los problemas parecen aumentar y... no sé por qué te cuento esto. No te importa. —Se dio la vuelta para darle la espalda.

—Si lo hace. —Vio como giraba el rostro y le pareció notar que se sonrojaba—. ¿Puedo ayudarte en algo?

A Aria le gustó que él se preocupara por ella, incluso notó un cosquilleo que no debería sentir, pero se sentía aún tan sola que cualquier muestra de cariño hacía que su estado mejorara al instante.

—No. No puedes. —Bajó la mirada—. Pero te lo agradezco. Ya hiciste por mí bastante.

Él asintió y durante unos segundos ambos se quedaron mirándose completamente en silencio.

—Te... te veo diferente —confesó Zach.

Y no mentía. Cuando la vio por primera vez tenía unas pronunciadas ojeras y los ojos hinchados. Estaba más delgada y su cara expresaba el miedo que sentía en aquellos momentos. La veía muy frágil. Ahora había recuperado algo de peso, tenía mejor color y sus ojos poseían un brillo del que antes carecía. Estaban más azules y ya no era frágil. Tenía ante él a una mujer segura y decidida que había sabido adaptarse muy bien a la ciudad.

—Me siento distinta. Créeme. —Le sonrió—. Zach yo... tengo que dec... —Posó una mano en su estómago para impregnarse de valor.

—¡¡Ahh!!

Ambos se giraron al oír un grito y un golpe contra el suelo. Neida se había caído del sofá, pero por suerte pudo reincorporarse sola. Se llevó una mano a la cabeza antes de dejarse caer otra vez sobre él.

—Aria... si me traes cinco litros de agua, te prometo que esta semana me ocupo yo de la plancha.

—Creo que es hora de que me vaya —comentó Zach mirando a Aria.

—Sí. Tienes que cambiarte de ropa antes de que te resfríes —suspiró.

Estaba a punto de contárselo y Neida le había interrumpido. Aquel pequeño valor que había tenido durante unos segundos, había desaparecido. Sabía que debía decírselo, pero le asustaba su reacción.

—Me ha gustado mucho volver a verte.

—A mí también.

Zach se acercó a ella y la abrazó antes de darle un candoroso beso en la frente. Fue por puro instinto, pero necesitaba aquello. Quería despedirse bien de ella.

Aria se sorprendió ante aquel contacto, pero no le rechazó. Pasó sus brazos bajo sus axilas para atraerle más hacia ella. Apoyó su cabeza en su fornido pecho y cerró los ojos escuchando el latido de su corazón. Se relajó entre sus brazos y cerró los ojos inspirando su aroma. Le encantaría estar así un poco más, pero Zach se separó.

—Adiós, Aria.

Zach abandonó su casa y ella se quedó unos minutos parada mirando aquella puerta blanca. Aquello había parecido una despedida. Como si nunca más volvieran a verse. Quizá fuera lo mejor. No podía implicarle en algo que era su problema. Él debía vivir su vida. Se graduaría, conseguiría un buen trabajo, se enamoraría de una chica sin tantos problemas, se casarían y tendrían diez hijos. Y ella... ella no sabía dónde viviría, pero sí que sería madre soltera, trabajaría día y noche para poder cuidar de su hijo, estaría sola, quizá nunca más viera a su familia y no encontraría el amor. ¿Quién podría querer a alguien como ella? Si hasta a ella le daban ganas de correr en dirección contraria.

Comenzó a llorar, pero se secó las lágrimas al oír un gemido que se escapaba de la boca de Neida.

—Aria... agua, por favor.

—Ya va.

Le llevó una botella de agua y se sentó a su lado en el sofá donde se la bebió casi entera.

—¿Qué te ha pasado?

—Hoy es mi cumpleaños.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¡Felicidades!

Neida se puso a llorar y se recostó en el sofá abrazándose a la almohada. Aria se mordió el labio inferior. No sabía qué decirle y sin duda felicitarle no había sido una buena idea.

—El día que nací también fue el día que mi vida se hundió.

—No creo que sea así, Neida.

—Mi madre murió mientras me daba a luz. Y mi padre, ese grandísimo hijo de puta, me entregó a la niñera para que me cuidara. Crecí sin el amor de un padre, porque él nunca me quiso. —Lloró con más fuerza y abrazó más la almohada a su pecho. Le destrozaba hablar de eso—. Muchos... —Hipó—. Muchos padres, en los libros o en las películas, dejan a sus hijos de lado porque les recuerda a su esposa y luego acaban juntos y felices, pero he visto fotos de ella. Me parezco más a mi padre. Ella era rubia y yo tengo el pelo oscuro. A los seis años, me metió en un internado hasta los dieciocho. Solo le veía en las vacaciones y me encerraba en mi habitación para que pudiera tirarse a la tía con la que había ligado. No le guardó luto a mi madre, Aria. —La miró y se sentó—. ¡Ni un puto día! —gritó con la voz rota y sorbió por la nariz. Le costaba hasta hablar—. Siempre me ocultó para que las mujeres no huyeran al verme. Se volvió a casar cuando yo tenía diecisiete años y tuvo dos hijos a los que adora. ¡Les adora! ¿Por qué a mí no, Aria? —preguntó—. ¿Por qué a mí nadie me quiere? ¿Por qué me tiene tanto asco? ¿Qué le he hecho? —Continuó llorando con intensidad—. ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! —gritó desahogándose de todo lo que había guardado durante sus veintiún años de vida. Aria comenzó a llorar en silencio y la abrazó—. Cuando... cuando cumplí los dieciocho años, mi padre y yo hicimos un trato. Yo elegía donde estudiar con la condición de que fuera lejos de Finlandia y a cambio él me pasaba cinco mil euros al mes, que son poco más de cuatro mil libras, para

subsistir y que le dejara en paz. A cambio de que no regresara a Finlandia y desapareciera de su vida para siempre. ¿Sabes que su mujer y sus dos maravillosos hijos no saben que existo? Se las apañó muy bien para que aquello fuera así. Ahora ese cabrón es feliz. Ha conseguido la familia que siempre quiso, su empresa y su fortuna crecen y me mantiene bien lejos de él. Y yo aquí estoy. Me siento muy sola, me siento abandonada y siento que no valgo nada. Que no soy suficiente para que alguien me quiera. ¡Mira mi exnovio! Creía que me quería. Me sentía amada de verdad y va y monta una orgía en mis propias narices. ¿Qué tengo de malo, Aria? ¿Qué tengo que cambiar para que alguien me quiera? Solo... solo quiero sentirme importante para alguien. —Se limpió los ojos con un pañuelo que había sacado del bolsillo de su sudadera—. Quiero sentir que he venido a esta vida para algo. —Le enseñó las marcas de sus muñecas. Eran cicatrices de unos cortes. Aria nunca las había visto pues casi siempre llevaba camisetas de manga larga. Y cuando no, las pulseras las tapaban. Entreabrió la boca al verlas—, que ese día en el que me hice estos cortes con catorce años, no morí porque en el futuro mi vida iba a cambiar e iba a venir alguien a decirme «te quiero» o algo que me hiciera sentir... viva. Quiero ser feliz. Solo eso.

Aria había permanecido completamente callada durante esa historia. Ahora sabía de dónde sacaba el dinero Neida. Era lo que le pasaba su padre, pero aquello no le hacía feliz. La entendía tanto. Ella también se había sentido muy sola, pero nada en comparación con lo que había vivido Neida. Desde que nació no había recibido cariño paterno, cuando aquello es fundamental para el buen desarrollo de un niño, y no solo eso, su padre se había deshecho de ella como un trasto. ¿Cómo un padre no podía querer a su hija? Era algo que jamás entendería. Neida seguía llorando sin parar. Tenía los ojos rojos e hinchados y todo el maquillaje corrido. Además, seguía calada, pero le dio igual, Aria se acercó a ella y la abrazó para que se desahogara. Le acarició el pelo y se secó las lágrimas para que no las viera. Aquella historia la había conmovido y no se podía imaginar por lo que había pasado. Hizo que se separara de ella y la miró a los ojos.

—Eres muy importante para mí, Neida. —Le secó las lágrimas—. Y no creas que esto te lo digo por lo que me has contado, es la verdad. Te quiero,

Neida. —Cogió su mano y la posó en su vientre—. Los dos te queremos muchísimo. —Sonrió—. Y ya verás que, cuando nazca, mi pequeñín irá detrás de su madrina dándole millones de besos y abrazos. Me pedirás que me lo lleve a dormir a otro lado. —Rio y Neida acompañó su risa.

—Eso jamás. —Se limpió los restos del maquillaje con el pañuelo—. Yo también os quiero mucho y creo que no hay mejor forma de gastar el dinero de mi cuenta que dándole a mi ahijado todos los caprichos.

—Bueno, tampoco te pases —advirtió Aria—. Lo necesario.

—Bueno, eso ya veremos.

Volvieron a abrazarse. Agradeciendo al destino por haber puesto a la otra en su camino. Se habían convertido en alguien muy importante y sabían que estarían juntas toda la vida ya fuera siendo compañeras, vecinas, viviendo en el mismo país o a kilómetros de distancia. No pensaban renunciar a aquello que tenían.

—Me muero de hambre. ¿Vamos al Jones a por algo de comida?

—Con tanta comida basura y tanto picar entre horas como hacen los ingleses, me voy a poner como una foca.

—Nena, te vas a poner igualmente como una foca. —Señaló su estómago donde su bebé crecía.

—Cierto. Pero paso de salir. Está lloviendo muchísimo y creo que en vez de gotas caen piedras. —Señaló el techo escuchando aquel fuerte sonido de la lluvia impactar con el tejado—. Yo cocinaré. Tú date una ducha, ponte el pijama y relájate.

Esa noche, cenaron en una especie de picnic que hicieron en la moqueta y vieron Mamma mia en el portátil conectado a la televisión. Cantaron todas las canciones y algunas se animaron hasta a bailarlas e interpretarlas. Esos momentos, eran los mejores.

1 Undergraduate Thesis Project: En España sería como el Trabajo de Fin de Grado.

Capítulo 10

Esa noche el Mosh estaba hasta los topes de gente. Era sábado y aquel día el equipo de fútbol de Leicester había ganado un partido bastante importante y todos los aficionados habían salido a celebrarlo. El aforo de la discoteca había alcanzado su máximo y Aria se sentía muy agobiada, pues tanto ella como Neida no paraban de servir y para más inri, su otra compañera acababa de dimitir y se había largado por patas llorando cuando un tío le había hecho un gesto desagradable con la lengua. Esas inglesas no aguantaban nada.

Los aficionados no hacían más que gritar sus consumiciones y ambas las servían lo más rápido posible, pero algunos acababan enfadándose porque aún no les habían atendido y otros que habían llegado más tarde, ya tenían sus consumiciones. Debían mostrar su mejor trato con ellos, pero odiaban que no entendieran que había muchísima gente y ellas solo tenían dos manos. Además, era imposible saber quién había llegado antes que otro.

Aria hizo un parón de unos pocos segundos para beber agua. Estaba agotada, estresada y sudaba como un cerdo, y eso que acababa de empezar. Además, aquel cansancio le hacía estar mareada. Neida se había acercado a ella para ver si estaba bien al ver como se apoyaba en las vitrinas donde estaban las botellas. Les dio igual que los tíos gritaran por no atenderles, su amiga era lo primero. Aria asintió y siguió con su trabajo cuando se recuperó. Por suerte, poco a poco la gente fue abandonando la barra y la cosa se calmó.

Aria no dejaba de mirarse nerviosa el vientre. Se había puesto un vestido con falda vaporosa para que no se le notara la curvatura que tenía. Si su jefe sospechaba la despediría y necesitaba el dinero. Sabía que llegaría un día, no dentro de mucho que se lo tendría que decir, pero hasta entonces quería conservar ese trabajo. Al menos durante los dos siguientes meses. En su carrera había estudiado varios aspectos relacionados con el embarazo y el parto por lo que sabía que su bebé no crecería de forma considerable hasta el quinto mes, que es cuando su tripa se iba a notar mucho más. Ya casi había

alcanzado el primer trimestre y estaba contenta de que todo hubiera ido sobre la marcha. En una semana tenía que ir a hacerse la ecografía de las doce semanas. Neida la acompañaría. Ambas estaban ansiosas por ver cómo iba todo, aunque Aria estaba también asustada por si algo no iba bien. Debía ser positiva.

—Neida, cúbreme —pidió Aria antes de correr para ir al servicio que solo podían usar los empleados.

Su compañera asintió y la vio marcharse corriendo como podía con los tacones. Sabía a lo que iba. Sus nauseas casi no remitían. Esperaba que ahora que había alcanzado el primer trimestre se encontrara mejor. No le gustaba verla mal y ocultarlo para que el idiota de su jefe no se enterara.

Era la una de la madrugada y el ambiente estaba algo más tranquilo. Neida odiaba trabajar en aquel lugar, pero no había encontrado nada mejor. Hacía unos días que Aria le preguntó por qué trabajaba si su padre le mandaba la cantidad de dinero que le enviaba cada mes. Neida no quería sentirse una inútil. Quería valerse por sí misma y tenía intacto el dinero que su padre le mandaba por lo que su cuenta corriente era bastante gorda. No había tocado aquel dinero en dos años de tres que llevaba en Leicester y solo lo haría en caso de ser una emergencia o para hacer algo bueno, como para ayudar a Aria con todos los gastos que supone tener un hijo. A sus espaldas, ya había mirado cunitas y cochecitos, además se moría por saber el sexo para comprarle toda la ropita que le gustara. Aria la amenazaba con aquello. No quería que se gastara su dinero en ella ni en el bebé. Decía que se las apañaría para conseguir todo lo necesario, pero Neida como madrina que era de la criatura, no le iba a hacer caso. Si las españolas eran cabezotas, las finlandesas lo eran aún más.

—Mira quien está aquí. La loca finlandesa. —Oyó a su lado.

—Hombre, has vuelto. —Se acercó a él—. Y sin tu lapa.

—Si por lapa te refieres a Chloe, la dejé. —Llevó su mano a su frente para apartarse el pelo y mostrar un moratón—. He aquí una de las consecuencias. He venido con unos amigos.

—Parece que no se lo tomó bien. —Rio Neida secando uno de los vasos de cubata—. ¿Qué te pongo, nene?

Neida vio como Logan la miraba de arriba abajo sin ningún tipo de pudor. Aquel día se había puesto unas mallas muy ajustadas negras y brillantes y un corsé con una cadena plateada que le rodeaba el pecho.

—Un chupito como el de aquella vez.

—Perfecto, pero esta vez me lo pagas.

Neida le sirvió el chupito de vodka y lo deslizó por la barra hasta quedar frente a él como la primera vez que se lo sirvió.

—Gracias. ¿Y Aria?

Neida abrió los ojos como platos. Hacía bastante que se había marchado al baño. Sin contestar a Logan, dejó la barra sola sin importarle las consecuencias que aquello traería y corrió al baño. Intentó abrir la puerta, pero el cerrojo estaba echado. Asustada, Neida la comenzó a golpear con fuerza con su cuerpo. Se estaba haciendo bastante daño en el hombro, pero le dio igual.

—¡¡Aria!!

Siguió golpeando cada vez más fuerte hasta que oyó como algo metálico caía al suelo antes de que la puerta se abriera. Daba gracias a que estuviera el cerrojo medio roto y aquella puerta fuera de papel.

—¡¡Aria!! —volvió a gritar dejándose caer de rodillas a su lado. La cogió de la cabeza y la apoyó en sus brazos—. ¡Aria, despierta!

Neida le subió el vestido y comprobó que no estaba manchada, pero no reaccionaba. No había bebido nada más que agua. Estaba siendo muy responsable con su embarazo, además de estar ilusionada. No había podido tomar nada para poner fin a todo.

—¡¡Vosotras dos!! —gritó la voz grave de un hombre que se acercaba a ella—. ¡¿Creéis que os pago para que ninguna esté en la barra?!

Neida giró la cabeza para ver llegar a su jefe. Le daba igual la bronca que le cayera después. Su amiga era lo primero.

—¡¡Llama a una ambulancia!! —le gritó.

Aquel hombre puede que fuera un auténtico cabrón cuando se trataba de trabajo, pero no tardó ni medio segundo en llamar a una ambulancia exigiéndoles que se dieran prisa antes de ayudar a Neida a levantar a Aria para llevarla a su despacho y tumbarla en el pequeño sofá del que disponía.

Cuando lo hicieron, Neida se quedó con ella y Bean, su jefe, ordenó a los de seguridad que echaran a todo el mundo, pues el local quedaba cerrado. Sabía que sus camareras no iban a trabajar el resto de la noche. Aria por su estado y Neida porque la acompañaría al hospital.

Los sanitarios no tardaron en llegar y tras comprobar que las constantes y las pupilas de Aria estaban bien, la pusieron en la camilla para llevársela.

—¿Sabe si ha tomado algo? —le preguntó un enfermero a Neida.

—No. Ella... —Miró a su jefe. Solo esperaba que Aria la perdonara—, está embarazada de once semanas.

Neida y Bean se miraron y este solo asintió antes de decirle a Neida que cuando Aria se recuperara se pasara por el local para recoger su finiquito. Sabía que su jefe no la quería despedir, pero una embarazada no tenía sitio allí. Y tampoco sería el mejor ambiente para ella.

Cuando llegaron al hospital, ordenaron a Neida que se quedara en la sala de espera mientras ellos atendían a su amiga.

Los minutos se convirtieron en horas y Neida no podía dejar de dar vueltas preocupada. Quizá ese niño no estuviera destinado a nacer, pero se negó a creerlo. Su madre era fuerte y él también lo sería. Se frotó los brazos. Tenía algo de frío, pues solo llevaba puesto el corsé. Estaba tan asustada por Aria que no se había dado cuenta de coger el abrigo y se lo había dejado en la discoteca. Las personas que ahí había no dejaban de mirarla. La gente mayor con desaprobación y los más jóvenes no disimulaban en absoluto como la desnudaban con la mirada.

—Disculpe, ¿eres amiga de la chica que han traído por un desmayo? —preguntó una enfermera.

—Sí. ¿Cómo está?

La enfermera no dijo nada, sino que le indicó sería que le siguiera y que el doctor se lo explicaría. La llevó a la habitación donde se encontraba Aria. Estaba despierta y llorando mientras el médico parecía explicarle algo a lo que su amiga asentía.

Neida se asustó y no pudo evitar pensar que había perdido al bebé. Se acercó a Aria y la abrazó antes de darle un beso en el cabello.

—¿Qué... qué ha pasado? —le preguntó Neida temerosa de la respuesta.

—Estaba en el baño por una de mis nauseas. —Se pasó los índices bajo sus ojos para eliminar la humedad de ellos—. Cuando me he ido a dar un poco de agua en la nuca, he sentido unos dolores abdominales muy fuertes. Te estaba llamando, pero me dolía tanto que no podía gritar. También intenté abrir el cerrojo, pero todo se volvió negro antes de alcanzarlo.

—La señorita Rivera ha tenido una amenaza de aborto causada posiblemente por el estrés. Nos ha dicho que han tenido una noche muy concurrida en su trabajo. —Neida asintió—. No ha habido sangrado y hemos realizado un examen para comprobar que todo esté bien. El bebé sigue creciendo sano, pero es mejor que ahora la paciente guarde reposo y pida la baja en el trabajo.

—Por lo del trabajo no va a haber problema, doctor —le contestó Aria.

Sabía que su jefe la llamaría a su despacho para echarla.

—Bien, por lo demás, cuídese y asista la semana que viene a su matrona para realizar la ecografía de las doce semanas. Esta noche se quedará aquí y mañana a primera hora le daremos el alta, por si acaso durante la noche vuelve a sufrir un episodio parecido. Lo mejor que puede hacer ahora es relajarse.

—Vale. Gracias doctor.

El médico se fue y Neida soltó un gran suspiro de alivio antes de abrazar a Aria. Ambas se habían llevado un susto muy gordo.

—Voy a ir a casa a cambiarme de ropa, pero luego vendré. No voy a dejarte sola.

—No, estaré bien y mañana tienes clase.

—Digas lo que me digas voy a hacer lo que me salga del... del... ¿cómo es la palabra que me enseñaste en español para referirte al coño? ¿Chochi?

—Tiene demasiados nombres. Chocho, chichi, conejo, raja... —Se los nombró en español riendo—. Puedes llamarlo como quieras. Pero las palabras que te enseñé fueron chichi y chocho. Has hecho una mezcla, pero seguro que el refranero español de «nombres para el coño» también admite chochi.

Ambas acabaron riendo tras el susto y Neida pidió un taxi que la llevara a casa. Decidió regresar al hospital en su coche. Subió a su habitación y se

vistió con unos vaqueros claros, una camiseta blanca bastante ancha y se calzó unas converse. Fue a coger una chaqueta cuando oyó como llamaban a la puerta. ¿Quién diablos sería a esas horas?

Bajó de dos en dos las escaleras y abrió para ver a Logan.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a Aria. Cuando te he preguntado por ella, te has ido corriendo y poco después nos han echado. —Intentó pasar, pero Neida se lo impidió poniendo las manos en su fornido pecho—. ¿En serio?

—¡Chicos no! —le recordó—. Aria está bien, está arriba dormida —mintió.

—¿No puedo pasar?

—No. Mi casa mis normas.

—Creía que habíamos firmado la paz con esos chupitos. —Le sonrió seductor.

—Nene, es mi trabajo. Tengo que comportarme bien con los clientes, aunque no quiera. Fingía contigo, igual que con un orgasmo —mintió.

—Lo siento, nena, pero no me creo que estuvieras fingiendo. —Se acercó a ella.

—Me da igual lo que creas. Tú y yo no seremos jamás amigos, ni conocidos ni nada. No te soporto.

Aquello enfureció a Logan. Creía que empezaba a caerle bien y que habían firmado una tregua, pero estaba muy equivocado. Aquella tía era tan insoportable como cuando la conoció por primera vez. ¡Era una auténtica chiflada!

—¡Ni yo a ti, pedazo de loca! —dijo cabreado bajando por las escaleras—. Es más —anunció dándose la vuelta—, no te quiero cerca y en serio bonita, si me ves, ignórame y si voy al Mosh que me atienda Aria o alguna de tus compañeras, no quiero tratar con falsas como tú.

—¡Idiota! —le gritó antes de cerrar de un portazo.

Neida soltó un pequeño grito de frustración. ¡Hombres! Los odiaba a todos y en especial a su padre y a su ex. Prefería alejarlos de ella a que se acercaran demasiado y acabaran haciéndole daño. Un hombre es aquel que te hace reír cuando estás triste. No el que se ríe de ti cuando lloras.

Echó un largo suspiro y algo más relajada, sacó de un armario una chaqueta de cuero negra antes de dirigirse a su coche. Si no le gustaba nada conducir por la izquierda, por la noche lo odiaba. Lo bueno es que no había tanto tráfico y si hacía una rotonda al revés, no correría demasiado peligro. Por suerte, no cometió ningún error. Puede que llevara tres años allí, pero no se terminaba de acostumbrar a conducir por el lado contrario que en su país.

Llegó a la habitación y entró con cuidado por si Aria estaba dormida, pero la encontró viendo la televisión.

—Hola —la saludó y se sentó a su lado en la cama para darle un beso en la sien—. ¿Cómo estás?

—Aún algo asustada —suspiró—. He pasado muchísimo miedo. —Se acarició el vientre—. Me he dado cuenta que ya lo quiero más que a mi vida. No puedo perderlo.

—No lo harás.

Aria la miró para sonreírle, pero frunció el ceño al ver algo verdoso en su brazo. Le levantó la manga y vio que un moratón comenzaba a formarse en él. Y no tenía muy buena pinta.

—¿Qué te ha pasado?

—He tenido que tirar la puerta para entrar al baño y no he pedido ayuda. Solo pensaba en abrir la puerta y la he golpeado con el hombro hasta que lo he conseguido.

—Deberías ir a que te lo mire alguien. ¿Te duele?

—Un poco. Me cuesta mover el brazo, pero se pasará.

Aria asintió, pero llamó a la enfermera con el mando que tenía en la cama para que le echaran un vistazo al hombro de su amiga. Tuvo un flashback. De repente no estaba en Leicester ni Neida estaba a su lado.

Se encontraba en el hospital de Santander y Rafa le aprisionaba el cuello con fuerza. Se ahogaba. Se moría. Intentaba respirar, pero el oxígeno no llegaba a sus pulmones. La garganta comenzaba a escocerle y su visión se puso borrosa. Su mano tanteaba por la cama buscando el mando y pulsó todos los botones para que alguien fuera en su ayuda. Quiso apartarle. Quiso golpearle. Pero él no se detenía. No dejaba de tocarla.

—¿Aria? —la llamó Neida al verla ausente colocando su mano sobre su

brazo.

—No... ¡¡¡no me toques!!! —Se apartó y comenzó a respirar con dificultad.

Notaba como el aire le faltaba y su corazón se le aceleraba. Lo sentía chocar contra sus costillas. Se llevó las manos a la cara y se la tapó. Atrapó unos mechones de su pelo con las manos y los apretó notando como sus raíces comenzaban a dolerle. Su mente había revivido un episodio horrible en su vida. Llevaba varias semanas sin pesadillas, aunque seguía con sus bajones debido a que echaba de menos a su familia, pero creía que lo había superado. Estaba equivocada. No creía que lo superara nunca. Y si no lo hacía, jamás regresaría a España y no volvería a ver a sus padres. El asesino de su hermana estaba en libertad.

—Lo siento —se disculpó con Neida.

Al oírla gritar aquello y apartarse, Neida bajó de la cama. Se había quedado bloqueada sin saber qué hacer o decirle a su amiga. Solo había esperado a que se calmara. No sabía qué había hecho para que reaccionara así y no creía que fuera buena idea volver a acercarse. Oyeron como la puerta se abría y entraba una enfermera.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —susurró Aria sin mirar a Neida—. Mi... mi amiga está herida. El hombro izquierdo.

La enfermera la inspeccionó e hizo que la acompañara. A Neida le dolió que Aria ni la mirara cuando abandonó la habitación. Le hicieron unas placas y el médico le explicó que tenía un esguince. Le colocó un soporte y salió de la consulta pensando qué hacer. Si regresar junto con Aria o marcharse a su casa. Optó por la primera opción. Necesitaba una explicación.

Aria no había conseguido dormirse tras lo sucedido. Odiaba esos flashbacks que a veces llegaban sin ella quererlo. No dejó de mirar la puerta esperando a que Neida regresara. No quería que pensara que la odiaba o que ya no la necesitaba a su lado, pues lo hacía. Más que nunca. Suspiró aliviada al ver como entraba por la puerta, aunque le dolió que guardara las distancias.

—Hola —la saludó—. ¿Qué te ha dicho?

—Solo es un esguince. Tengo que llevar este soporte unos días.

—Yo... sabes que a mi hermana la mataron y su novio intentó hacer lo mismo conmigo. —Neida asintió—. La segunda vez que lo intentó, yo estaba en el hospital y... lo he recordado. No quería apartarte. Lo siento.

Neida asintió y volvió a sentarse a su lado en su cama, aunque guardando las distancias, por si acaso Aria rechazaba su contacto.

—¿Has hablado de eso con alguien?

—Solo contigo, pero no todo. No puedo hablar de ello. No quiero recordarlo, pero sé que si no lo hago, no lo superaré y nunca regresaré a España.

—Ha pasado poco tiempo y ya sabes lo que te dije. Si algún día necesito un trasplante de ovarios espero que me des los tuyos. —Ambas rieron—. No puedes pretender que algo tan duro se olvide de un día para otro. Un día te despertarás y estarás preparada para hablar de ello. Ya sea conmigo o con algún especialista.

—Confías demasiado en mí.

—Claro que lo hago. Yo sería incapaz de hacer lo que tú has hecho desde que pusiste un pie en Inglaterra —dijo recordando lo que Aria le había contado de cómo llegó ahí.

Aria le hizo hueco y le indicó que se tumbara.

—Ya lo hiciste en su momento.

—Si Aria, pero yo tenía bastante dinero en el bolsillo y todo bien planificado. Tu no.

—Ya...

Ambas se quedaron en silencio viendo la teletienda. A esas horas no había nada que ver. Aria notaba a Neida aún algo tensa y le cogió de la mano para darle un ligero apretón.

—No te tengo miedo. Zach me enseñó que en realidad no tengo miedo de las personas sino de que me toque aquella que no sea la indicada. —Bajó la mirada—. Y tú eres la mejor amiga que puedo tener.

Neida sonrió y se levantó de la cama para darle un beso en la frente antes de ir ella al sillón que había.

—El hermano del idiota es muy listo. Y ahora a dormir que tú tienes que descansar y yo paso de ir mañana a clase con cara de zombie.

Capítulo 11

Aria iba a promocionar en Inglaterra el gran invento que eran las persianas. Ahora entendía por qué a los ingleses les encantaba madrugar. En invierno a las siete de la mañana ya era de día y en verano a las cinco de la madrugada. ¡Era un país de locos! Y las cortinas no eran suficientes para impedir que la luz del sol atravesara la ventana. Era muy molesto que diera en los ojos. Y si no la despertaba el amanecer, lo hacía Neida trasteando por la cocina antes de irse a la universidad. En resumen, era imposible tirarse hasta las tantas durmiendo. Aunque lo bueno de que amaneciera pronto, era que a las cinco de la tarde el sol se ponía y podía echarse una siesta. Esas siestas de las que te despiertas y no sabes la hora qué es.

Neida la comparaba con una marmota de las largas cabezadas que se echaba, pero era normal que lo hiciera tanto. Estaba cansada todo el día y cuando no estaba durmiendo, estaba comiendo.

Cuando estudiaba los cambios que las embarazadas experimentaban, no creía que los antojos fueran tan fuertes, pero se equivocaba. Eran más que fuertes y hasta que no lo comía, no se relajaba. Se ponía demasiado nerviosa pensando en devorar su nuevo antojo. Neida estaba harta de ir al supermercado, pero no se quejaba, pues quería lo mejor para su amiga y la nueva vida que se estaba creando.

Hacía un par de semanas que habían ido al ginecólogo para realizarle la ecografía de las doce semanas. Aria estaba bastante asustada y nerviosa y deseó que todo fuera bien. Desde su amenaza de aborto, no había podido dejar de pensar que en realidad su hijo no estaba vivo, pero sonrió cuando el médico le comentó que todo marchaba correctamente, aunque aún era pronto para saber el sexo.

Como hacía cada mañana cuando se levantaba, Aria se colocó de perfil frente al espejo y se subió la camiseta para dejar a la vista su vientre. Le encantaba ver cómo iba creciendo, aunque aún tuviera poquita tripa. Cogió la cámara de Neida digital y se sacó una foto. Quería tener el recuerdo de su

evolución cuando la criatura naciera.

En ese tiempo, había pensado mucho en su familia. Sabía que no les haría ninguna gracia que se hubiera quedado embarazada a los veinte años, pero también sabía que tras el enfado inicial, la apoyarían. Por ello se hacía cada día las fotos y escribía cartas a diario contando las cosas más importantes. Se lo entregaría todo a sus padres cuando regresara a España, si es que lo hacía.

Habían pasado ya más de tres meses desde que Rafa asesinó a su hermana gemela a sangre fría, pero aún no se sentía con fuerzas para regresar. Al no declarar, ese hijo de puta quedó en libertad y sin cargos. Tenía miedo. Sabía que en cuanto la viera, la atacaría pensando que era Lara. En Leicester estaba a salvo. Y su bebé también.

Por otra parte, llevaba desde que su jefe la despidió buscando trabajo. Cuando salió del hospital, Neida le pidió perdón mil veces por chivarse de que estaba en estado. Aunque Aria se agobió por no tener trabajo, no se enfadó con ella. Sabía que tarde o temprano aquello saldría a la luz. Ahora debía encontrar uno en el que no pusieran impedimentos por estar embarazada. A pesar de que Neida le había dicho que no hacía falta que trabajara, Aria se negaba a ser una mantenida. Siempre había sido muy independiente.

—¡Hola! —saludó Neida cuando llegó a casa—. ¿Tienes algún nuevo antojo? Aprovecha que voy al supermercado ahora a hacer la compra semanal.

—De momento no. —Rio con una mano en su vientre—. Pero te acompaño, así salgo un poco. Estoy cansada de estar encerrada en casa. —Se levantó del sofá—. Dame un segundo que me vista.

Neida asintió y fue a su habitación para coger algo de dinero que tenía bajo la ropa interior. Odiaba pagar con tarjeta.

Cuando ambas estuvieron listas, fueron a Tesco, el principal centro comercial de la ciudad. Era igual que todos los supermercados, pero sus productos tenían la palabra «British» en los envoltorios. Aria sonrió de lado. Eran unos orgullosos. También se sorprendió al ver lo amable que era la gente. Se apartaban y se disculpaban cuando entorpecían el paso o se

chocaban. Aquello era algo que en España era impensable. La gran mayoría eran unos maleducados que antes de apartarse, miraban con cara de asco, como si les molestara que pidieran permiso para pasar o coger un producto.

Cuando pasaron por el pasillo de los dulces, Aria comenzó a echar todo tipo de chocolates y galletas. Le apetecía todo y a su bebé le iba a dar todo lo que pidiera.

—Neida, ¿sabes que el jueves es mi cumpleaños? —dijo mirando una tarta de tres chocolates antes de cogerla—. Habrá que celebrarlo.

—Menos mal que no tenías antojos. —Rio viendo el carro.

Continuaron con la compra hasta que la finlandesa se detuvo al entrar en el pasillo de los cosméticos. Aria frunció el ceño extrañada y miró en la misma dirección que su amiga. Un joven pelirrojo llenaba una cesta de cajas de condones. Abrió los ojos como platos y dio un paso hacia atrás cuando el chico las miró y les sonrió antes de acercarse a ellas.

—¡Neida, cuánto tiempo! —Se inclinó para besarla en los labios, pero ella se apartó poniendo una mueca de desagrado—. Me alegra verte. —La desnudó con la mirada antes de hacer lo mismo con Aria—. Hola —la saludó de forma seductora y lo primero que pensó Aria fue en cruzarle la cara para cambiarle aquel gesto.

—Hola, Elliot y adiós Elliot —dijo seca Neida empujando el carro. No quería ver a ese desgraciado.

—Neida. —Le impidió el paso—. Creía que ya lo habíamos aclarado, bizcochito.

—¡Cómo me vuelvas a llamar así juro que te corto la polla para que no vuelvas a follar en tu vida! —gritó y las personas que había alrededor se detuvieron para observar aquel espectáculo.

Neida pareció no percatarse de ellos, pero Aria estaba roja como un tomate y bajó la mirada.

—Neida, vámonos —le susurró al verla tan tensa.

—Nena, siento no haberte dicho al principio mis... gustos, pero yo te quiero a ti. Eres la única que está en mi corazón.

—Oh que bonito —se mofó—. Pues yo quiero ser la única en el corazón de un hombre y que mi vagina sea la única que quiera también.

Aria observó cómo la gente comenzaba a murmurar. Su amiga no le había presentado a aquel joven, pero suponía que era el ex del que le habló el día que se enteró de su embarazo. Ese idiota montó una maldita orgía en su casa sabiendo que su novia llegaría en cualquier momento y encima se justificó argumentando que solo era sexo y que no pasaba nada. Le dieron arcadas al recordar aquella historia.

—No me gusta que estemos enfadados. Hoy tengo una fiesta, ¿por qué no os pasáis las dos? —Las miró antes de coger las manos de Neida—. Podrás acostarte con quien quieras y así entenderás lo que digo. Podemos intentarlo de nuevo.

Neida se soltó de su agarre e intentó contenerse para no comenzar a gritar todo lo que pensaba de él. Se había quedado muda con lo que acababa de soltar aquel gilipollas. No podía irse de allí sin que Elliot recibiera parte de su merecido, por lo que abrió la tapa de plástico de la tarta y cogiéndola se la estampó en la cara. La gente que había sido testigo de aquel numerito aplaudió y rio.

—No vuelvas a dirigirme la palabra. —Cogió de nuevo el carro para ir hacia la caja.

Aria se quedó unos segundos paralizada, pero enseguida la siguió. Neida tenía los ojos vidriosos. Sabía que a su amiga le dolía mucho el tema de su ex y encontrárselo en el supermercado comprando todas las provisiones de condones era lo que menos necesitaba.

—¿Le sigues queriendo? —le preguntó.

—No. —Expulsó el aire retenido—. Es solo que hubo un tiempo en el que sí lo quise y esa traición y encima a lo grande, duele muchísimo. Aria, yo jamás le haría a nadie algo así.

—Lo sé. Algún día encontrarás a alguien que te merezca.

—Uff... ¡ni loca! Ya sabes, nena. ¡Chicos no!

Ambas sonrieron y tras pagar la compra, regresaron a casa.

—Te he jodido la tarta. —Se lamentó Neida.

—No te preocupes. —Sonrió Aria—. Ahora voy al Jones a comprar una. No tardo.

Salió de casa y caminó por aquellas calles. Era increíble como en casi

cuatro meses ya sabía moverse por aquella ciudad, aunque aún le quedaban lugares por aprender. Miró por las ventanas y vio que el local estaba bastante lleno, pero lo que en verdad se fijó fue en el cartel que había. Necesitaban una camarera que trabajara de lunes a viernes tres horas por la tarde y los fines de semana, las mismas horas por las mañanas.

Aquel negocio lo llevaba una mujer de origen indio y era la única que llevaba el local. Cocinaba y servía y las colas en ocasiones llegaban hasta la calle. Aquel negocio servía desayunos, comidas y cenas que tenían bastante éxito y también vendían algo de pastelería. Muchas veces, ella y Neida iban a aquel local para pillar algo de comer cuando a ambas le daba pereza cocinar.

Se puso a la cola como una niña buena y compró una tarta de queso y otra de chocolate. Eran pequeñas, por lo que con una no tendrían suficiente. Había que tener en cuenta que ella comía por dos.

—Disculpe, he visto el cartel de que necesitan camarera.

—¿Estarías interesada? —Aria asintió—. Vale, ahora mismo no puedo hacerte una entrevista, pero ven a las cinco y media. El local estará cerrado, pero llama al timbre y te abriré.

—Genial. Gracias.

Aria regresó entusiasmada a casa. Decidió que iba a ser sincera con aquella mujer y le diría lo de su embarazo antes de realizar la entrevista. No quería hacerle perder el tiempo. Cruzaba los dedos para que tuviera suerte. Sabía que en caso de que la contrataran, se cansaría de estar horas de pie con su barriga, pero no creía que encontrara nada mejor y solo eran tres horas al día.

Cuando llegó a casa, metió las tartas en la nevera y cogió una tableta de chocolate con lacasitos. Se moría de hambre. Se sentó al lado de Neida que se encontraba en el sofá y le tendió un trozo. Mientras veían la televisión, Aria le comentó que tenía una entrevista a las cinco y media en el Jones y que sería sincera con aquella mujer y le contaría lo de su embarazo.

—¿Y Zach? —le preguntó Neida.

—¿Qué pasa con él? —Se extrañó Aria.

—Es el padre, Aria. En cinco meses va a ser padre y aún no lo sabe.

Aria suspiró y desvió la mirada a la moqueta. Neida tenía razón. Debía

decírselo. Pero cómo. ¿Qué iba a hacer? ¿Presentarse en su casa con un lazo rodeando su barriga? No le había visto desde aquella noche que llevó a Neida borracha a casa y recordaba su último adiós. Había parecido una despedida definitiva en toda regla. Se acarició su pequeña tripa pensativa. Neida tenía razón, pero no sabía cómo soltarle aquel bombazo de forma sutil y delicada. Y le asustaba también. Prácticamente no lo conocía y podría reaccionar de cualquier forma. Debería pensar cómo decírselo antes de hacerlo. Y conociéndose, a ese paso se lo diría cuando rompiera aguas. ¿Por qué era todo tan complicado?

—¿Cómo le soltarías a un chico que no conoces que en vuestra noche loca te dejó embarazada?

Neida miró al techo pensando una respuesta.

—Iría a su casa y le diría, nene asume lo que tu pene ha hecho.

Aria rio y dio un nuevo mordisco a su trozo de chocolate.

—Si fuera tan fácil...

—Nena, cuanto más lo retrases será peor.

—Lo sé. —Se giró hacia ella—, ya te dije que no le iba a obligar a hacerse cargo, pero me dolería que no quiera saber nada de su hijo. ¿Cómo le explicaré cuando crezca que su padre no le quería?

—Aria. —Le cogió de las manos—. No sabes si eso ocurrirá, pero si así es, es mejor que el niño no sufra directamente el daño de su padre. Créeme. Hubiera preferido mil veces que mi padre me diera en adopción o que no me hubiera llevado con él en vacaciones. Eso duele el doble. Si me hubiera entregado a otra familia, quizá hubiera sabido lo que era el amor de tus padres. Y eso a tu bebé no le va a faltar, porque te tiene a ti. Y ese amor, sustituirá el dolor.

Aria asintió y se recostó en el respaldo del sofá. Recordó que Zach estaba estudiando psicología infantil. Le gustaban los niños y conocía las consecuencias que la falta de una figura paterna podría traer. Eso era un punto a su favor. Pero también podría tener unos ideales en los que no incluyeran criar a un bebé que pudiera ser un bastardo para él. ¡Malditas dudas!

Dejó a un lado aquel dilema y tras comer, se preparó para ir a la

entrevista. Llovía a mares y a pesar de que llevaba el paraguas, sabía que se mojaría, pero mejor eran unas pocas gotas a calarse por completo.

Tal y como le indicó la dueña del Jones, llamó al timbre y enseguida le abrió. Le indicó que pasara y le ofreció un café, pero Aria lo rechazó con amabilidad. No solo por su embarazo, sino porque el café inglés era aguachirri.

La dueña, que respondía al nombre de Denali, le hizo pasar a su pequeño despacho, pero antes de sentarse, Aria le comentó lo de su embarazo. La mujer india se quedó sorprendida, pues esa chica era muy joven para estar embarazada, pero no le puso ningún impedimento, aunque si le advirtió que cuando ella tuviera que dejar el trabajo para hacerse cargo de su bebé, buscaría a otro empleado. Aria asintió comprendiendo aquello, pero suspiró aliviada al saber que podía tener trabajo hasta que el bebé naciera. La mujer le explicó que le pagaría diez libras la hora y que cobraría cada dos semanas. Mientras se lo explicaba, Aria comenzó a hacer cuentas mentalmente y sonrió al ver que su sueldo sería más alto que cuando trabajaba en el Mosh. Pagaría el alquiler y le sobrarían seiscientas libras para sus cosas. Además, parte de su sueldo lo apartaría en un bote para ahorrar para comprar todas las cosas que iba a necesitar con el nacimiento de su hijo.

Tras contestar a varias preguntas, Aria firmó el contrato y Denali le indicó que comenzara esa misma tarde para ver cómo se desenvolvía.

En esas tres horas, Aria se familiarizó con el local y se sorprendió al ver cómo comenzaba a estar vacío cerca de las nueve de la noche. Esos ingleses y su costumbre de cenar a la hora de la merienda. Pero lo agradecía, así no llegaba tarde a casa.

—¿Pero se puede saber dónde estabas?! —le regañó Neida—. ¿Qué clase de entrevista es esa que has hecho que ha durado casi cuatro horas?

—Hola, Neida. —la saludó—. Me han dado el trabajo y he empezado ya a trabajar. Y te habría avisado, pero recuerda, no tengo móvil.

—Lo sé, por eso te he comprado esto. —Le tendió una caja, y te he cogido una tarifa de mogollón de datos y llamadas ilimitadas para que me llames las veces que quieras avisándome de que llegarás tarde y evitarme estos sustos.

—¿Me has comprado un móvil? —preguntó Aria sorprendida al verlo.

Y no un móvil cualquiera. No. ¡Le había comprado el último modelo de iPhone que había salido al mercado! Al final iba a tener que darle la razón a Logan y admitir que aquella finlandesa estaba loca.

—Sí y ni se te ocurra quejarte, sabes que puedo colmarte de lujos — bromeó—. Considéralo uno de los regalos por tu maternidad.

—¡Neida! —Se lo tendió—. Es demasiado.

—No, no lo es. Tengo más de cien mil libras en la cuenta muertas del asco y es un honor gastarlas en algo importante. Te lo dije, Aria. Ni a ti ni al bebé os faltará de nada.

—Lo sé y te lo agradezco, pero esto. —Señaló la caja aún sin abrir—. Es demasiado.

Neida suspiró y puso los ojos en blanco. Madre de Dios que cabezotas eran las españolas, pero demostraría que las finlandesas mucho más.

—No es un capricho, Aria. —Puso los brazos en jarras—. Es algo necesario para que puedas localizarme en cualquier momento por si sucede algo, así que deja de replicar y cógelo.

Aria acabó sonriendo y fue a abrazar a aquella loca dándole las gracias. Neida le devolvió la sonrisa y la abrazó fuerte. ¡Cómo adoraba a aquella española! Se alegraba tanto de haberla conocido, aunque no de lo que causó que lo hiciera. A cada día que pasaba, la veía más recuperada, pero sabía que no estaba preparada para hablar de ello, pues significaba recordar algo que había vivido y que le hacía mucho daño. Algún día estaría lista. Y con ello, su vuelta a España. Aquella posibilidad le ponía muy triste.

—Y tengo otra cosa que enseñarte —dijo Neida entusiasmada y tiró de ella escaleras arriba.

Se pararon en medio del pasillo y Neida saltó para atrapar la cuerda con la que se abría la puerta de la buhardilla. Subieron por las escaleras y Aria abrió la boca.

—¡Neida!

—¿Qué? Solo he ido de compras mientras estaba preocupada por ti.

—Dios... ¿cómo te tengo que decir que no compres nada? ¡Que es cosa mía!

—¿Y yo cómo tengo que decirte que soy la madrina y que voy a malcriar a mi ahijado? ¡Hoy la VISA ha echado humo! —Rio—. ¿Pero a que son bonitos?

Aria suspiró negando con la cabeza mirando aquello que su amiga había comprado. Un moisés, una cuna, un cambiador y lo que le extrañaba era no ver también un cochecito, pero enseguida Neida le aclaró que se lo compraría cuando supieran el sexo pues tenía dos fichados dependiendo si era niño o niña.

Finalmente y a pesar de su enfado inicial, Aria terminó llorando emocionada por todo lo que Neida estaba haciendo por ella y por su bebé.

Capítulo 12

—¡Muchas felicidades, gordita! —gritó Neida lanzándose encima del cuerpo de Aria y comenzando a llenarle la cara de besos.

Aria gruñó y se tapó con el edredón. Cada noche le costaba dormirse y por la mañana se despertaba demasiado temprano, pero esa mañana, Neida había decidido interrumpir su placentero sueño antes de tiempo. Odiaba que la despertaran. Lo odiaba muchísimo y se ponía de un humor de perros. Volvió a gruñir e intentó que se levantara de su cuerpo.

Por suerte, Neida no estaba completamente apoyada en ella. Había tenido cuidado de no aplastarla y tras acabar de abrazarla y cantarle el cumpleaños feliz, se sentó a su lado antes de comentarle que le había hecho el desayuno.

Cuando oyó como salía de la habitación, Aria se destapó y desperezó estirándose y emitiendo un largo gemido. Se levantó y tras asearse, se colocó frente al espejo para hacerse una foto de perfil como cada día, aunque esa vez lo hizo con su nuevo móvil. Desde que Neida se lo regaló, había estado tentada de llamar a sus padres. Necesitaba hablar con ellos, que supieran que estaba bien, pero sabía que podía ser peligroso. Rafa se podía enterar e ir a por ella. Tenía tanto miedo. No sabía cómo su hermana pudo vivir tanto tiempo así.

«Lara...», abrió los ojos y miró al techo como si quisiera tener contacto con ella. Ese día no era solo su cumpleaños, sino también el de su hermana. Ella cumplía veintiún años. Lara no. Lara no pasó de los veinte. Estaba pudriéndose bajo tierra.

Al pensar en aquello, Aria tuvo una arcada y corrió al baño para vomitar, aunque por su boca solo salía bilis que le quemaba el cuerpo. Se lavó los dientes y se limpió una lágrima. Necesitaba tanto a su hermana. Cogió la manta de los abrazos y se la pasó por los hombros antes de bajar a desayunar. No tenía muchas ganas, pero Neida se lo había preparado por su cumpleaños.

Sobre la mesa, vio un plato con una torre de tortitas bañadas en sirope de caramelo y un poco de nata en la cima. Tenían muy buena pinta. Recordó como un día, Lara intentó hacerlas y aquellas tortitas nada tenían que ver con las que conocían, aunque no estaban malas de sabor. Sonrió recordándola y un sollozo se escapó de su boca.

Neida la oyó y al ver como comenzaba a llorar se acercó a ella preocupada.

—¿Qué te ocurre?

—Hoy también sería el cumpleaños de mi hermana. —Aria bajó la mirada y dejó que las lágrimas salieran.

Ciñó más la manta a su cuerpo y destrozada por el recuerdo de su hermana, se dejó caer de rodillas. Al verla en aquel estado, Neida se asustó y se colocó a su lado para abrazarla. Aria hundió su rostro en su pecho y lloró con fuerza ante el recuerdo de Lara. Aún no podía creerse que estuviera muerta. Recordó cómo, desde que tenían uso de razón, se reunían en el salón de sus padres, una frente a la otra, para darse mutuamente su regalo. Cuando eran pequeñas, se hacían dibujos que colgaban en la pared y a medida que fueron creciendo, los regalos cambiaban. Ya no volvería a vivir algo así con ella. Era increíble que nunca más volviera a estar con Lara. Y la necesitaba como el aire para respirar.

Neida no podía verla así. No era la primera vez que le daba un ataque de llanto por todo lo que vivió. Pero siempre se bloqueaba y no sabía qué hacer. Terminaba abrazándola y consolándola en silencio. También temía por ella. Le asustaba que hiciera alguna tontería desde el día que le confesó que más de una vez había estado tentada de suicidarse, pero desde que decidió tener al bebé, no había vuelto a tener esos pensamientos. Al menos, que ella supiera. Neida bajó la mirada y vio la manta morada que cubría los hombros de su amiga. Tenía agujeros y alguna que otra pelusa, pero Aria se negaba a lavarla. Neida no sabía el porqué, pero la respetaba.

—Lo siento —se disculpó Aria separándose—. Te he puesto perdida la camiseta.

—No seas tonta, nena. La camiseta se lava. —Le dio un beso en la frente—. Desayuna un poco. Se me ha hecho tarde y me tengo que ir, pero si

te encuentras mal, quiero que me llames y vendré, ¿de acuerdo?

Aria asintió y cuando Neida se fue, comenzó a desayunar. Esas tortitas estaban buenísimas, pero su sabor no conseguía animarla. Le escocían los ojos y en cierta parte, se avergonzaba por haberse derrumbado delante de su amiga. Otra vez. Pero se le hacía muy duro seguir adelante sin Lara. Ambas tenían un vínculo muy fuerte y se rompió en apenas unos segundos. Era su primer cumpleaños sin ella y le estaba resultando muy difícil, pero no quería pensar en cómo estarían sus padres. Se sentía muy egoísta. Les encantaría decirles que estaba bien y que algún día volverían a estar juntos, pero no se atrevía. Le daba miedo hasta mandar una carta sin remitente, puesto que el sello ya indicaría el lugar dónde estaba. Solo esperaba que la perdonaran por haber aumentado su sufrimiento.

Terminó de desayunar y fregó su plato antes de subir de nuevo a su cuarto, donde se tumbó en la cama y se acurrucó colocándose bien la manta. Cerró los ojos hasta que se quedó completamente dormida.

Neida llegó a la universidad bastante preocupada por cómo había dejado a Aria. Ojalá no tuviera aquel día prácticas, así podría haberse quedado con ella. Atravesó el campus para dirigirse a su facultad cuando vio a lo lejos un chico que le sonaba bastante con una chica en su regazo. Neida achinó los ojos y se acercó un poco hasta colocarse tras un árbol. Se trataba de Zach. La joven que tenía sobre su regazo era muy guapa, pero se veía a la legua que lo que tenía de bonita lo tenía de idiota. Hablaba como si se hubiera metido un pito en la boca y no dejaba de jugar con el pelo de Zach. Neida pudo apreciar como a él aquello le incomodaba e incluso cómo intentaba hacer que la chica se levantara. No estaba cómodo y miraba a todos lados como si buscara alguna escapatoria.

Ver aquello hizo que Neida se quedara pensando. Si Zach se enteraba del embarazo de Aria y asumía su responsabilidad, su amiga y el bebé sufrirían. No iba a ser fácil para Aria ver como aquel chico salía con otras mientras que ella se hacía cargo de su hijo y él solo iba a aparecer cuando le tocara. Ese niño no iba a tener una familia normal y no iba a ser bueno que creciera en una familia desestructurada. Aria era muy joven y estaba convencida de que algún día encontraría un hombre que la amara a ella y a su

hijo como si fuera suyo. Lo mejor era que Zach jamás supiera de la existencia de aquel bebé. Por el bien de todos. Y aunque Aria la odiara, iba a impedir que ese chico se acercara a ella o al bebé. Salió de su escondite y se colocó frente a él.

—¡Hey! ¡¿Se puede saber qué haces en el regazo de mi novio, zorra?!
—Neida cogió la mano de la chica rubia y tiró de ella para que se levantara de las rodillas de Zach—. ¡Lárgate! Y cómo te vuelva a ver tontear con mi chico te extraeré la silicona de tus tetas.

La chica la miró completamente asustada y se fue medio llorando con el claro propósito de no volver a toparse con aquella chica.

Zach seguía mirando alucinado a Neida. Al principio le costó reconocerla, pero enseguida supo quién era y aquello hizo que pensara en Aria. Ya habían pasado cuatro meses desde que la vio por primera vez y en ese tiempo no la había olvidado. No conseguía sacarla de su cabeza. No sabía qué le ocurría. Aquello jamás le había pasado con una chica. Pero estaba cumpliendo su promesa de mantenerse alejado. No quería que sufriera por su culpa.

Era cierto que multitud de veces había estado tentado de ir a verla, pero cada vez que aquella idea pasaba por su cabeza, pensaba en Ezra y Sophia. ¿De verdad quería que alguien más desapareciera? Logan siempre se enfadaba con él cuando le decía que no fueran a verla. Él quería ver cómo estaba y sabía que alguna vez había pasado por su casa, pero Neida nunca le dejaba entrar. Finalmente, Logan dejó de intentar visitarla por no ver a aquella loca finlandesa que ahora tenía frente a él.

—Supongo que gracias —le dijo Zach—. Naomi era insoportable.

—¿Te has acostado con ella? —le preguntó Neida con los brazos en jarras.

—¿Qué? ¿A ti que te importa?

—La verdad que tienes razón. Me importa bien poco, pero no te he salvado de esa rubia de bote por ti. Solo quería advertirte: no te acerques a Aria. No quiero que vuelvas a aparecer en su vida y que le hagas daño. Ya ha sufrido mucho como para que un tío la remate. Y ese tío, serás tú si vuelves a aparecer en su vida. Y si por casualidad la ves por el barrio, quiero que la

ignores, te des la vuelta y camines en otra dirección o cambies de acera. ¿Entendido?

—Tranquila, loca finlandesa. —Se levantó Zach algo molesto por lo que le había dicho. Él nunca haría daño a Aria intencionadamente—. No pienso volver a acercarme a ella, pero no porque tú me lo digas sino porque sé perfectamente que terminará sufriendo si formo parte de su vida.

Zach pasó por su lado sin querer analizar las palabras que le había dicho. Sabía que si no quería que se acercara a Aria era porque había ocurrido algo, y, aunque era verdad que le importaba, no quería comerse la cabeza y hacer una locura.

—¿Y esa cara? —le preguntó Logan al ver llegar a su hermano a la cafetería.

—Me he encontrado con tu amiguita.

—Tengo muchas amiguitas, hermano —le dijo divertido—. Sé más específico.

—Neida.

A Logan se le borró la sonrisa. Esa finlandesa se había propuesto volverles locos a los dos. Aún recordaba cómo le echaba de su casa cuando quería ver a Aria. Ella siempre le decía que no estaba en casa, pero no la creía. Le dolía perder a una amiga por culpa de aquella loca finlandesa.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no me acerque a Aria nunca más. Que la haré daño. —Bajó la mirada—. Lo que me ha dolido, es que tiene razón.

—Joder, Zach. No. ¡No tiene la puta razón! —dijo su hermano cabreado—. Estoy harto de que apartes a la gente porque piensas que acabarán como Ezra o Sophia. ¡No es así! Lo que les ocurrió a ellos fue mala suerte. No tiene nada que ver con tu persona. —Golpeó la mesa—. Si así fuera, mamá, papá, yo, toda nuestra familia también habría desaparecido, ¿no? ¡Y no es así! —Hizo una pausa—. Zach... —suspiró—, las personas vienen y van. De una forma u otra.

Él no dijo nada. Se despidió de su hermano y se encaminó a su facultad aún con mal cuerpo. No era agradable que te recuerden que solo has venido al mundo para hacer daño a las personas.

—¡Zach! —Oyó una voz aguda a su espalda. Era Naomi—. No sabía que tenías novia, pero no tiene por qué enterarse. Hace unas semanas nos acostamos y no se ha enterado, ¿verdad? —Sonrió—. Me pones mucho.

—Por tu bien, aléjate de mí —contestó antes de salir de la universidad.

Quería estar solo.

Aria se despertó dos horas después. Notaba los ojos hinchados, pero esa opresión que sentía en el pecho había disminuido. Se levantó de la cama y fue al escritorio que tenía donde cogió papel y boli. Necesitaba desahogarse.

¡Muchas felicidades, hermanita! ¿Te lo puedes creer? Ya somos unas viejas. Hace más de dos décadas que vinimos a este mundo. Y en estos años, hemos vivido muchísimas cosas. Aunque algunas jamás debían haber existido.

¿Recuerdas cuando cumplimos seis años? Papá tiró una de las tartas al suelo y tuvimos que compartir tarta y vela. No nos gustó nada y nos retamos con la mirada para ver quien soplabla más fuerte y apagaba la vela. Ninguna lo hizo, pero sí que pusimos la tarta llena de babas. Mamá la acabó tirando y ese año nos quedamos sin tarta.

También recuerdo tu último cumpleaños. Tenías un moratón en la muñeca derecha. Fue el día que discutimos para que se lo dijeras a papá y a mamá. Lo siento, Lara. Sé que no debería recordar esto en tu felicitación, pero no he podido evitarlo.

Espero que desde donde estés seas feliz. Ya no sufres. Ya nadie podrá hacerte daño y todos los que seguimos aquí te querremos hasta que volvamos a encontrarnos. Porque llegará un día en el que volvamos a estar juntas. Y cuando llegue el momento, te prometeré todos los días. Y esta vez, sí que podremos cumplirlos.

Ya te habrás enterado de que estoy embarazada. Me habría encantado verte la cara, pero sobre todo, haberte tenido en aquel momento a mi lado. Fue muy duro, ¿sabes? Pero sé que estabas ahí conmigo y que eres tú la que me estás mandando fuerzas para seguir adelante. Te prometo que cuando nazca tu sobrinito o sobrinita, le hablaré muchísimo de lo maravillosa que era su tía. Te quiero, Lara. Siempre lo haré y quiero que sepas que jamás te

olvidaré.

Siempre contigo.

Aria

Se secó las nuevas lágrimas e hizo un barco de papel con aquella carta. A Lara le encantaba hacer barquitos. De pequeña decía que, cuando fuera mayor, haría uno muy grande en el que cupieran las dos para surcar los mares. Se vistió y salió de casa para hacer que esas palabras, llegaran a su hermana.

Zach no estaba bien. Su hermano le había llamado varias veces, pero él no contestaba. Quería estar solo. Paseó por las calles de Leicester hasta que llegó Abbey Park. Caminó por el verde césped hasta que se sentó a orillas del río Soar. Dobló las rodillas y vio como una niña de unos dos años echaba pan a los patos. Reía y corría cuando estos se acercaban para comer los trozos. Zach sonrió viéndola. Le encantaría tener hijos algún día, pero lo veía bastante complicado teniendo en cuenta que alejaba a la gente de él por su bien. Puede que su hermano tuviera razón. Que solo dos personas han desaparecido en su vida y que no tiene que volver a pasar, pero esas personas eran muy importantes para él. No quería volver a pasar por aquello una tercera vez.

Vio como la niña se marchaba y en su lugar llegaba una joven que sonreía a la pequeña. Llevaba un abrigo de terciopelo negro y un gorro del mismo color. La reconoció en cuanto alzó la vista.

«Joder», maldijo Zach al reconocer a Aria. El destino era un auténtico cabrón. Las dos veces que había prometido no acercarse iba y se la ponía en su camino. Abbey Park estaba bastante lejos de su casa. ¿Por qué diablos había tenido que ir allí?

Se levantó antes de que lo viera para marcharse, pero estaba tentado en ver qué hacía allí sola, por lo que se quedó mirándola alejado. Comprobó su mano y vio en ella un trozo de papel. Parecía un barco. Vio cómo se ponía de rodillas y se inclinaba para soltarlo y que el río se lo llevara. Zach contempló su perfil y como sus ondas rubias caían por su hombro. Siempre la buscaba en las chicas con la que estaba. Pero nadie era como ella. Tan jodidamente

preciosa y valiente.

Aria se quedó mirando como la tinta se corría cuando el agua tocaba el papel. Lo siguió con la mirada hasta que sus ojos azules se posaron en el hombre que la miraba.

«¡Zach!»

Se levantó y se ahuecó el abrigo para que ocultara mejor su pequeña tripa antes de salir de allí a paso ligero. No estaba preparada para decírselo. Creía que sí, pero había sido toparse con su intensa mirada y querer alejarse de él. ¿Y si se lo había notado? Era una auténtica cobarde por huir de él para ocultárselo. Además de una egoísta, pero no. ¡No estaba preparada!

Aquel día estaba siendo muy duro para ella y lo que menos necesitaba era que las cosas empeoraran en su vida. Ya estaban demasiado complicadas. Giró la cabeza y suspiró aliviada al comprobar que no la seguía.

Zach se sintió dolido al ver cómo le veía y salía corriendo. Estaba convencido de que había ocurrido algo. Primero la advertencia de Neida y ahora la huida de Aria. Y estaba seguro de que él tenía mucho que ver en que ambas no le quisieran cerca. A cada día que pasaba, se concienciaba de la realidad. Acabaría solo.

Aria llegó a casa con el corazón latiéndole a mil por hora. Se llevó una mano al pecho para intentar frenarlo, pero era imposible. Ver a Zach le había impactado y ahora se arrepentía de haber huido de él, pero estaba tan bloqueada que no sabía qué hacer. Debería haberse acercado y hablar con él. Abbey Park era un lugar tranquilo y podrían haber conversado de todo lo sucedido sin que nadie les molestara. Pero no estaba preparada para escuchar de su boca que jamás reconocería a su hijo. Le daba tanto miedo.

Entró en la cocina y se quitó el gorro y el abrigo mientras veía a Neida devorar ella sola la tarta de queso que compró el otro día en el Jones.

—No me odies —pidió Neida—. Pero hoy he hablado con Zach.

Aria abrió los ojos como platos. No podía ser. ¡Zach lo sabía! Y ella había huido de él. Dios, ahora sí que no quería saber nada de ella.

—¿Le has dicho que estoy embarazada?! —gritó sentándose a su lado.

—No, no estoy tan loca, aunque la gente crea que sí. —Miró la cuchara de metal como si fuera lo más interesante de observar—. Le he visto con una

chica y le he dicho que no quiero que se acerque a ti.

—¿Qué?! ¡Neida no puedes decidir por mí!

—Lo sé y lo siento. Pero Aria, no quiero que sufras más. ¿Qué pasará si dentro de unos años Zach se casa y tiene hijos? ¿Qué será de ti y tu bebé? ¡Os abandonará! —suspiró—. Igual que hizo mi padre.

Aria fue a responder, pero finalmente calló. Sabía que no todos los hombres eran iguales, pero aquello que decía Neida, era una posibilidad. Ellos no estaban juntos y no soportaría que él se hiciera cargo y que después pasara de ellos cuando formara una familia de verdad. No quería que su hijo sufriera. Y haría lo posible para evitarlo.

Aunque no estaba de acuerdo con Neida. Tenía que hablar con Zach. Estaba bastante mosqueada por aquello, pero no quería discutir. Dejó el abrigo y el gorro en un taburete y cogió una cuchara antes de sentarse a su lado. Lo mejor era comer para no abrir la boca, ya que si lo hacía, Neida y ella podrían acabar mal.

—Pasa la tarta. El azúcar es el mejor medicamento para la evadirse de la realidad.

Capítulo 13

—¡Eres un puto crack! —felicito Logan a su hermano.

Había llegado febrero y tras dos semanas intensas de exámenes, en la universidad de Leicester ya habían subido las notas. Zach miraba asombrado las suyas en su portátil. Le habían concedido dos matrículas y con todo aprobado, solo le quedaría esperar a que llegara junio para presentar su trabajo de fin de grado. Parecía que era ayer cuando empezó la universidad. Siendo ese chico perdido por el campus junto con su hermano y nervioso por si no conseguía aprobar. Y ahora estaba a punto de licenciarse. Logan también había aprobado todo, aunque algunas por los pelos. Jamás le había gustado estudiar, pero se le daba muy bien aquella carrera. Más las prácticas que la teoría. Solo tenía que mirar su carpeta de dibujos donde reflejaba muchos edificios que su mente había diseñado. Ojalá algún día pueda hacerlos realidad.

—¡Esta noche hay que montar una fiesta! —Cogió su móvil—. Pizzas y mucho alcohol. —Palmeó la espalda de su hermano—. ¡Somos los mejores! Primer año que no me voy a llevar collejas de mamá.

Zach rio y apagó el portátil. No le apetecía demasiado hacer una fiesta, pero tras tantos días encerrado en su cuarto estudiando, un poco de desconexión le vendría bien, por lo que, al igual que su hermano, comenzó a avisar a sus compañeros de clase que fueran a las seis a su casa. Quedaban tres horas para que llegaran, así que los hermanos Lowell fueron al supermercado para comprar alcohol y los famosos vasos de plástico rojos.

Conocían esas fiestas y no era la primera vez que organizaban una en casa, por lo que subieron los sofás y la mesa del salón a sus habitaciones, las cuales cerraron con llave para que nadie entrara a darse el lote. Dejaron todas las botellas de alcohol en la mesa de madera en la cocina junto con los vasos y los refrescos. Cada uno de sus compañeros se serviría lo suyo hasta que se acabaran las existencias y se fueran. Zach y Logan calculaban que para las nueve de la noche todos estarían borrachos y comenzarían a marcharse. Ellos

ya recogerían el desastre que les dejarían al día siguiente. Daban gracias de no tener piscina o Leicester se quedarían sin unos cuantos ciudadanos menos.

A las cinco y media, compañeros de Logan comenzaron a llegar con provisiones de cerveza y media hora después, su pequeña casa se fue llenando. La música sonaba alta y mientras Logan se divertía, Zach estaba en una esquina con una cerveza en la mano. Últimamente no tenía ningún ánimo de fiesta, aunque se animó a integrarse cuando sus amigos le reclamaron. Se sentó en el círculo y comenzaron jugar al veintiuno. Un juego para beber que consistía en decir cada jugador un número por orden. Quien dijera el número veintiuno debería beber. A medida que el alcohol entraba en su cuerpo, Zach se iba animando.

Cuando todos ya estaban medio borrachos, cambiaron de juego. El objetivo del nuevo, consistía en rebotar una moneda en la mesa para que entrara en un vaso de chupito. El que no lo lograra, debería beber el vaso hasta el fondo. Casi ninguno de los jugadores acertaba debido a su estado de embriaguez.

Zach decidió abandonar el juego al sentirse ya demasiado ebrio. Se tambaleó hasta que consiguió llegar a la cocina para sentarse en una silla y beber agua.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Logan al verle.

—Esperar a que se vaya todo el mundo. —Se recostó sobre la mesa—. Quiero dormir la mona.

—Pues, lo siento, pero cuando toda la gente se vaya, voy a seguir la fiesta en mi cuarto con Abby. ¡Qué tetas tiene, hermano! Dejar a Chloe fue la mejor puta decisión de mi vida. Lo que me estaba perdiendo.

Zach miró a su hermano con gesto de desaprobación. Era un maldito escandaloso cuando follaba con Chloe y seguro que con la tal Abby sería igual. Prefería dormir en la calle que estar en su cama escuchando a Logan. ¡Por Dios, era su hermano! Y se le revolvían las tripas cada vez que le oía gemir. Además, se sentía incómodo en su propia casa.

—Mándame un mensaje cuando acabes. Voy a dar un paseo.

—Estás borracho. ¿Qué quieres? ¿Qué te atropellen?

—Voy a ir por el barrio. Estaré bien.

Y dicho esto, Zach cogió su chaqueta y atravesó a la multitud hasta que consiguió salir de casa. Eran poco más de las nueve de la noche, pero la fiesta estaba muy animada todavía. Esperaba que, cuando regresara, solo estuviera su hermano. Y durmiendo.

El frío le azotó en cuanto salió. Por lo menos no llovía. Llevaba sin ánimos desde que Neida le soltó aquellas duras palabras y la reacción de Aria al verle, no lo mejoró. Se sentía muy mal consigo mismo. Por ser como era. Por joder todo lo que tocaba. Sabía que acabaría solo y lo asumía, pero aquello le dolía. Él también quería tener una estabilidad. Una familia. En caso de que le contrataran en un trabajo acorde con sus estudios, sabía que sentiría una punzada en el pecho al ver a los niños con sus padres. Incluso esos padres podrían ser compañeros de la universidad dentro de unos años. Y él... simplemente vería la vida pasar.

Su familia siempre intentaba hacerle ver que el horrible destino de dos personas no tiene nada que ver con su persona, pero Zach no lo creía así. Dos personas que no eran de su familia y habían sido muy importantes para él, habían desaparecido para siempre. En cambio, las personas con las que mantenía una relación más de conocidos, seguían ahí.

Aquello lo confirmaba. No debería acercarse a las personas. Por mucho que le doliera, Neida tenía razón y Aria hizo bien en alejarse de él. Al menos, tuvo oportunidad de probar sus suaves y deliciosos labios. Aquella noche fue de las mejores de su vida. Aria le había calado muy hondo y en esos meses no había podido olvidarse de ella.

«Será mejor que deje de pensar en ella, que siempre que lo hago, me la encuentro», pensó Zach continuando su nocturno paseo.

Giró la esquina y vio cómo las luces del Jones se apagaban. Estarían cerrando. A su hermano y a él les encantaba ir a desayunar allí, pero hacía bastante que no pisaban aquel local. Deberían ir algún día de estos. Vio como de la puerta salía una chica y la cerraba con la llave. No la había visto nunca. Debería ser alguna nueva empleada. Su rostro estaba borroso debido a que el alcohol aún corría por su sangre, pero cuando quedó a un palmo de ella, solo pudo soltar una maldición.

—Joder, ¿en serio? ¿Por qué cada vez que pienso en ti tienes que

aparecer?

Aria gritó al oír una grave voz a su lado. Dio un pequeño salto y se giró un poco para quedar frente a él, aunque Zach ya no la miraba a ella. Sino a su redonda barriga.

«Mierda, mierda y mierda», fue lo único que pudo pensar.

Zach abrió los ojos como platos al ver el vientre de Aria. ¿Estaba embarazada? Y si...

«¡¡Joder!!», maldijo y comenzó a hacer cuentas con los dedos como si fuera un niño de tres años que estaba empezando a contar. Contó casi cinco meses desde aquella noche hasta aquel momento. Se fijó en su vientre de nuevo. Podría ser que...

«Octubre, noviembre, diciembre, enero, febrero...jodeer, ¡Joder!», volvió a contar con los dedos antes de mirarle a los ojos. Aria apartó la mirada y cogió aire.

—Es... es... ¿mío? —preguntó Zach.

—Mira, no voy a ser como el resto de las mujeres de la humanidad y voy a decirte eso de «no, no es tuyo, vete» —dramatizó—. Sí, es tuyo.

—Pero... pero si solo lo hicimos una vez —consiguió hablar tras varios segundos en silencio asimilando aquello.

—Pues ya ves que puntería tienes. —Rio sin ganas—. Quita esa cara. ¡Acertaste a la primera! Eso debe haberte subido el ego.

—Ahora mismo, se me ha bajado todo.

Se volvieron a quedar en silencio y Aria se llevó una mano a su barriga para acariciársela. Necesitaba fuerzas en aquellos momentos. Ver a Zach le había impactado y se regañó a sí misma por no haberse abrochado el abrigo. El jersey que llevaba no ocultaba su embarazo. Al menos el joven aún no había huido. Había llegado la hora de hablar con él. Estaba bastante nerviosa. No era un tema fácil de tratar y se había enterado de golpe porque la había descubierto. Ahora se sentía mal por no haber hablado antes con él. Tenía derecho a enfadarse con ella y no le reprocharía nada, pero esperaba que él entendiera que estaba asustada y que prácticamente no se conocían de nada. Estaba preparada para escuchar la decisión de Zach. Él también formaba parte de aquello y aceptaría que quisiera hacerse cargo o por el contrario,

desentenderse. Aunque esto último le dolería. Pero ella no era nadie en su vida para atarle con una responsabilidad tan grande. No quería privarle de todo aquello que él deseara, como acabar sus estudios o formar una familia en el futuro. Estaba convencida de que su bebé sería feliz tomara su padre la decisión que tomara.

Se quedaron mirando a los ojos. Zach parecía estar también asustado, pero sobretodo confuso. Ella le sonrió levemente intentando tranquilizarle y cogiendo las llaves de su bolso, abrió de nuevo el local. Era un buen lugar para hablar a solas y además, Zach necesitaba un buen café para despejarse. Apestaba a alcohol, pero tras la noticia, este parecía haber desaparecido de golpe.

—Entra —pidió Aria—. Creo que es hora de hablar.

Zach asintió y pasó al local, pero se quedó en la puerta hasta que las luces se encendieron. Aria se quitó el abrigo y él observó mejor su perfil. Estaba preciosa con aquella tripita. Madre de Dios. ¡Iba a ser padre! Desde lo ocurrido con Ezra, jamás pensó que pudiera formar una familia. Es más, en su paseo se estaba recordando que lo más probable era que jamás tuviera hijos y unos minutos después, se entera de que en unos meses iba a ser padre. No se lo podía creer.

Aria le señaló una de las mesas y se sentó mientras la veía ir tras la barra para prepararle un café que aceptó. Vio que ella también se había puesto un vaso y se fijó en su contenido. Suspiró aliviado al ver que no era lo mismo que lo suyo sino leche con cacao.

Nerviosa, Aria se sentó frente a él y comenzó a darle vueltas a su bebida buscando las palabras adecuadas.

—Cuando me enteré de que estaba embarazada —comenzó a relatarle—, me derrumbé. No podía tener ahora un bebé y fui a una clínica para abortar. —Le miró y vio como él se tensaba—. No pude hacerlo. Fue verle y oírle y decidir seguir adelante con esto. Sola. Aunque Neida me está ayudando mucho y ha decidido malcriarnos a los dos. Al bebé y a mí. —Ambos rieron algo más relajados—. El día que te vi en Abbey Park, me asusté. Me impresionó verte y tenía miedo de que, si te enteraras de mi embarazo, dijeras que era una mentirosa o una zorra y que no era tuyo.

Zach suspiró y dio un largo sorbo a su café.

—Jamás habría dicho eso de ti.

—Me alegro. Te pido perdón por no habértelo dicho, pero...

—Tenías miedo. Y no sabías cómo decirle a un chico que apenas conoces que en su única noche de pasión, te habías quedado embarazada.

Aria se mordió el labio inferior y sonrió antes de asentir. Se alegraba de que Zach la entendiera. Aquello hacía todo más sencillo y se arrepentía de no haberlo hablado antes con él, pero lo hecho, hecho estaba.

—No tienes que preocuparte, Zach. No te voy a pedir nada. Al igual que yo he tomado mis decisiones, tú debes tomar ahora una muy importante.

—No voy a desentenderme, Aria. Esto es cosas de los dos y ese bebé también es mío —suspiró—. Es verdad que no entraba en mis planes ser padre a los veintidós años, pero...

—Ni en los míos quedarme embarazada a los veinte.

—¡No me interrumpas! —le dijo divertido—. Pero voy a ser responsable de mis actos. Te prometo que a nuestro hijo no le faltará de nada. —Le cogió de las manos.

Aria sonrió al escuchar aquella última frase. Pero la situación no era tan sencilla y Zach debía saberlo.

—No quiero que sufra. ¿Qué pasará cuando alguno de los dos o los dos nos enamoremos de otra persona?

Zach suspiró. Aria tenía razón. Ahora era todo más fácil dentro de la complicación, pero en unos años, sus caminos se podrían separar.

—No permitiremos que le falte el amor de ninguno de los dos y tendremos que hacer que vea nuestra vida como algo normal, aunque sea algo atípico. Pero para eso aún queda. Y yo no creo que me enamore nunca.

Aria asintió. Tendrían que hacer ver a su hijo que su normalidad iba a ser tener padres separados y con vidas distintas, pero ante todo, hacerle saber que los dos le querrán. Aunque sabía que sería complicado, pero como decía Zach, para aquello aún quedaba y ella tampoco sabía si algún día encontraría a alguien de quien enamorarse y ser correspondida.

—Algún día volveré a España, Zach. Y el bebé vendrá conmigo.

Aquello a él no le hizo ni pizca de gracia. No quería que le separara de

su hijo. Se recostó en el asiento y desvió la mirada buscando la respuesta adecuada, aunque la única que le venía a la cabeza era que no quería que le separara de su hijo. ¡Joder! ¿Por qué tendría que ser todo tan complicado?

—Cuando llegue el momento, hablaremos. De momento, quiero hacerme cargo de todo. Quiero vivir contigo el embarazo. Acompañarte a las ecografías, ir a las clases de preparación al parto... en fin todo eso. De momento empecemos por hacer que el bebé nazca bien. A medida que avancemos, veremos las decisiones que tomamos.

—Está bien y tienes razón. —Sonrió—. Dentro de dos semanas tengo la ecografía de las veinte semanas y nos dirán qué es si se deja ver. —Se acarició el vientre antes de sacar su móvil—. Dime tu número para mantener el contacto.

Ambos se levantaron.

—Creía que no tenías móvil —dijo sorprendido antes de dictarle su número.

—Es un regalo de Neida. Ya te dije que nos está malcriando. —Rio—. ¡Ah! Y me contó lo que te dijo cuando te encontró en la universidad. No la hagas caso, ¿vale? Solo se preocupa por mí. —Posó una mano en su fuerte brazo—. Esto, es cosa de los dos y seremos nosotros los que tomaremos las decisiones.

—Está bien. ¿Alguna aclaración más?

—Sí. No quiero una relación, Zach. Solo seremos amigos y los padres de nuestro hijo. Cada uno irá por libre. Así que no te cortes si te gusta una chica.

Zach asintió, aunque no pensaba salir con nadie durante bastante tiempo. Su hijo era lo primero, aunque no le haría ninguna gracia ver a Aria en los brazos de otro hombre. De momento, lo mejor era pensar en el bebé.

—¿Puedo abrazarte? —preguntó Zach—. Me muero por hacerlo.

—Claro que sí, bobo. —Se acercó a él.

Ambos se fundieron en un cálido abrazo y Zach sonrió al notar el abultado vientre de Aria chocar con su abdomen. Le gustaría mucho acariciarlo, pero no se atrevía por si a ella no le parecía bien que se tomara esas confianzas. Aria hundió el rostro en su cuello y aspiró su aroma

masculino. No recordaba que oliera tan bien... y de lo único que tenía ganas era de besárselo y después...

«Ay, Dios, ¡las hormonas!»

Zach la ciñó más a su cuerpo y sin poder evitarlo, le besó en la sien. Se alegraba de tenerla junto a él. Había pasado meses pensando en ella y en el fondo, echándola de menos y ahora iban a pasar más tiempo juntos. Por dentro estaba saltando de alegría.

—Quiero que me llames si necesitas cualquier cosa, Aria.

—No te preocupes. Lo haré. —Le sonrió—. Me alegro de que lo hayas descubierto. Pensaba contártelo algún día, pero no sabía cuándo. Mi miedo lo retrasaba. Me he quitado un peso de encima —suspiró—. Gracias, Zach.

—No me las tienes que dar.

—¡Claro que sí! Probablemente entre el 60 y el 70% de los hombres ya habrían huido.

—Ya estás gritando de nuevo, española.

Zach rio y ambos caminaron hacia la puerta para irse a su casa. Aria se sentía muy contenta por haber hablado con él y saber que su pequeño tendría un padre la colmó de felicidad por él. Pero también le asustaba que todo se complicara al mantener una relación tan estrecha con Zach. Esperaba que su corazón se quedara intacto.

—¿Cómo es que tenías las llaves del Jones? —le preguntó él mientras caminaban hasta Edward Rd.

—Trabajo tres horas al día. De lunes a viernes por la tarde y los fines de semana por la mañana —le explicó—. Hoy mi jefa se ha tenido que ir antes por un asunto personal y me ha pedido que cerrara.

—¿No será cansado para ti? —se preocupó señalando su vientre.

—De momento, lo aguanto, pero sé que cuando vaya creciendo me cansaré más. Necesito el trabajo, Zach. Un bebé no es barato.

—No voy a prohibirte hacer nada, pero quiero que sepas que me preocupo por ti, Aria. Te puedo asegurar que no le faltará de nada al niño y que no tienes por qué trabajar.

Aria suspiró. Neida le había dado la misma charla cuando comenzó a trabajar en el Jones y le iba a dar a Zach la misma respuesta que a ella.

—No pienso ser una mantenida.

Zach al verla algo enfadada, levantó las manos en señal de paz. Lo que menos le convenía era cabrear a una embarazada. Sabía que sus hormonas revolucionadas podrían ser letales. No tardaron en llegar a la puerta de la casa de Aria y él se despidió prometiéndole llamarla pronto para seguir hablando. Aún había cosas que aclarar y organizar. Ella asintió y le deseó buenas noches antes de entrar en su casa para contarle a Neida las novedades. Iba a alucinar.

Zach continuó su camino por las frías calles de Leicester. Esperaba que la fiesta ya se hubiera acabado y su hermano no estuviera follando con la tal Abby.

Pero de camino a su hogar, unos pensamientos comenzaron a invadir su mente. Él hacía daño a la gente que estaba a su alrededor. ¿Y si por estar cerca de Aria y el bebé, ambos sufrían? ¿Y si su hijo no era jamás feliz por su culpa? ¿Y si Aria y el bebé acababan desapareciendo? Aquellas posibilidades le asustaron. Eso era lo último que quería. Quizá lo mejor fuera que se mantuviera alejado de ellos, aunque le doliera perderse la vida de su hijo. Necesitaba salir de allí y tiempo para pensar.

Capítulo 14

—No entiendo por qué tengo que ir yo.

Aria suspiró. No iba a volver a explicarle a Neida que debía disculparse con Zach por su comportamiento aquel día que se lo encontró en la universidad.

Cuando Neida se enteró de que Zach ya sabía lo del embarazo y que no iba a desentenderse, se quedó alucinada. Le parecía genial que hubiera sido lo bastante maduro para hacerse cargo, al igual que lo fue cuando folló con su amiga sin protección. Pero le daba miedo que en el futuro los tres acabaran sufriendo, aunque Aria tenía razón y eran ellos dos quienes irían tomando las decisiones a medida que el tiempo avanzara.

Por el momento, el padre del hijo de su amiga le acompañaría dentro de un par de semanas al ginecólogo para realizar la siguiente ecografía de las veinte semanas. Si el bebé se dejaba ver, sabrían por fin el sexo. Ambas estaban emocionadas, pues solo pensaban en ir al centro comercial a comprarle ropita. Le molestaba un poco no ir ella, pero sabía que a Aria le gustaría tener a Zach a su lado. Y a él también le comprendía. Al fin y al cabo, era el padre.

Su amiga llevaba toda la mañana llamándole, pero no cogía el teléfono ni respondía sus mensajes, así que decidió ir a su casa para seguir charlando más tranquilamente y, sobretodo, con Zach completamente sobrio. Aria la había convencido a acompañarla para que le pidiera perdón por aquella advertencia y llevaba todo el camino de brazos cruzados como si fuera una niña pequeña.

A Neida no le molestaba pedir disculpas a Zach, lo que de verdad lo hacía era toparse con el idiota de su hermano. Sabía que acabarían picándose. Como siempre. Aunque intentaría no cruzar demasiadas palabras con él. A Aria se la veía feliz y entusiasmada tras el cambio que había dado con Zach hacía unas horas. No había dejado de sonreír en toda la mañana, aunque sí se había disgustado al ver que Zach no respondía. Aria pensó que podría estar

en la universidad o estudiando, pero Neida le aclaró que hasta dos lunes no se recuperaba el horario normal de las clases. Aria no le dio importancia, por lo que, tras vestirse, ambas salieron de casa.

Entraron en el pequeño jardín y subieron tres escalones antes de llamar a la puerta. Logan no tardó en abrirles. Aria puso los ojos en blanco. Los ingleses eran unos confiados; o abrían sin mirar o directamente dejaban la puerta abierta. Lo peor de aquello, era que ella se estaba acostumbrando a lo primero.

—¿Aria? —Se sorprendió al verla, pero no tanto cuando se percató de su abultado vientre—. ¡¿Aria?!

—¡Felicidades! —dijo divertida—. ¡Vas a ser tío!

—¡¿No jodas?! Es broma... ¿verdad? —Ella negó con la cabeza—, o sea que ese día mi hermano si fo... se acostó contigo... —Se rascó la nuca—. Voy a darle una charlita cuando lo vea. ¿No sabe lo que es un preservativo?

—Algo de lo que debió acordarse tu madre para evitar tenerte a ti —le soltó Neida.

—¡¡Neida!! —le recriminó Aria.

Logan, lejos de enfadarse, se apoyó en el marco de la puerta y le mostró una sonrisa ladeada mientras la miraba de arriba abajo. ¿Para qué negarlo? Su desparpajo le ponía a cien.

—¡Qué alegría volver a verte!

—No puedo decir lo mismo y no hemos venido a verte a ti, sino al padre de la criatura. —Señaló el vientre de su amiga e intentó pasar.

—¿Adónde crees que vas, nena? —Le impidió el paso Logan—. ¡Chicas no! —Le hizo la cruz.

—¿Eres original, eh? —Alzó las cejas Neida.

—Ya ves. —Miró a Aria—. Tú sí puedes pasar. —Le dejó entrar antes de mirar a Neida.

—Y tú lo podrás hacer digamos si... te paseas en ropa interior. —Le retó.

Logan sonrió divertido, pues sabía perfectamente que ahora cogería y se largaría enfadada. Pero lejos de eso, Neida le mostró una sonrisa que no parecía traer nada bueno. Miró a Aria que se encontraba detrás de Logan

observándoles asombrada antes de deslizarse su cazadora por los hombros hasta que cayó al suelo. Se deshizo de sus botas y sus pantis antes de llevarse una mano a su espalda para bajar la cremallera de su vestido, el cual, dejó caer a sus pies.

«Eso por listo», pensó antes de pasar por su lado aprovechando que estaba sorprendido y con cara de bobo.

«Me cago en la puta. ¡Joder!», exclamó Logan en su mente mientras se daba la vuelta y cerraba la puerta. Aquella finlandesa le acababa de poner a mil en cuestión de segundos. Tenía las uñas de los pies y de las manos pintadas de negro y aquel conjunto azul grisáceo sencillo le quedaba como un guante. Una braguita de cintura baja que se moría por quitar con su boca y aquel sujetador escotado... aquella chica era demasiado sexy y si no llega a ser por Aria, probablemente ya la tendría atada a su cama.

—Eres increíble, Neida —le soltó Aria.

—Lo sé. —Miró a Logan—. Primera regla, nene. Nunca me retes.

—Lo apunto, aunque lo haré dependiendo del reto. ¡Con este he sido el puto amo!

Neida se dio la vuelta y caminó para sentarse en el sofá. Lejos de sentirse avergonzada por estar medio desnuda ante él, estaba disfrutando sintiendo su lasciva mirada. Lo mejor de aquello, era que Logan jamás tocaría su cuerpo.

—¿Zach no te había dicho nada de mi embarazo? —preguntó Aria cambiando de tema.

—¡Qué va! Ayer mi hermano llegó y tras coger una maleta, se largó. No me dijo dónde ni por qué. Aunque lo sospecho. —La señaló—. Yo habría huido despavorido si una tía aparece con un bombo.

—Eres un capullo —le insultó Neida.

Aquello a Aria le dolió y su gesto cambió en cuestión de segundos. Incluso notaba sus ojos vidriosos. Bajó la mirada y su cuerpo se tensó. De repente se sentía incómoda allí.

Así que anoche le mintió. No quería hacerse cargo del bebé. Solo le dijo aquellas palabras para tener tiempo y huir. ¿Pero por qué? Ella no le había puesto entre la espada y la pared. ¡Le había dejado escoger si pertenecer a la

vida de su hijo o no! Podría haber sido sincero desde el principio y hacer que el dolor que ahora sentía fuera menos intenso. ¡Le odiaba!

Sin esperar siquiera a que Neida se vistiera, salió de la casa y a paso ligero caminó hacia Victoria Park. Quería estar sola. Anduvo con la cabeza agachada para que nadie se percatara de que estaba llorando. ¿Por qué siempre que sonreía y se sentía bien, el destino decidía que ella no podía estar así? ¿Iba a pasar el resto de su vida llorando? ¿Nunca le iban a dejar ser feliz? ¿Siempre habrá alguien en su vida que le hará daño?

Por unas horas se sintió pletórica al saber que su hijo tendría un padre y una madre. ¡Incluso antes de dormirse anoche le estuvo hablando de él! Había sido una idiota por confiar en las palabras bonitas de un hombre. Neida tenía razón. Todos eran unos capullos y lo mejor era mantenerlos alejados de su persona.

Cansada de la caminata, se sentó en uno de los bancos de hierro y abrazó su vientre con sus manos. Sabía que su hijo era la única persona que jamás le iba a fallar.

—Hey, pequeñín —le habló susurrando en español—. ¿Te acuerdas lo que te contaba anoche? Pues, siento decirte cariño que no va a poder ser. Papá es un... un tonto. —No quería decir ninguna palabrota—. Pero él se lo pierde. Tú y yo vamos a vivir momentos increíbles con la tía Neida y él se arrepentirá por haberte dejado marchar. Te juro por Lara que no voy a permitir que papá te haga daño y que te voy a hacer muy muy feliz. Recuerda mi pequeñín, que yo te prometo todos mis días. Te quiero mucho y espero que pronto empieces a moverte. Estoy deseando sentirte. —Se secó las lágrimas—. Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

Zach estaba agotado. Tras acabar de hablar con Aria, las dudas habían surgido en él. No quería que ni el bebé ni ella sufrieran, por lo que tras decirle a su hermano que estaría ese fin de semana fuera, hizo la maleta para un par de días y fue a Margaret's Coach Station para coger un autobús que le llevara a Londres. Necesitaba hablar con su madre.

Llegó a Victoria Coach Station a las dos de la madrugada y de ahí cogió un taxi hasta la casa de sus padres en W Carriage Dr. Tenía llaves, pero no quería asustar a sus padres pensando que entraba un intruso en casa, por lo

que llamó varias veces. La primera en oírle fue Kia. Su madre no tardó en abrirle con cara de sueño y al verle allí a altas horas de la noche y con la maleta se asustó, pero él la tranquilizó argumentando que él y Logan estaban bien y que mañana hablarían. Saludó a Kia acariciando su peluda cabeza y el pastor alemán le siguió a su antigua habitación. Siempre le había gustado dormir con él.

A las siete de la mañana, el olor del café le despertó y sin molestarse en vestirse, salió solo con los bóxers puestos. Bostezó mientras se rascaba la nuca y casi cae al suelo cuando Kia se colocó delante de él para que le propiciara mimos.

—Buenos días, mamá —la saludó.

—Buenos días, cariño.

Zach le dio un beso en la mejilla de su madre y se sentó en una de las sillas de madera para tomar el desayuno. ¡Hacía tiempo que no lo hacía así de bien! Era cierto que Logan y él visitaban a sus padres algunos fines de semana, pero aquellos desayunos de su madre, eran los mejores. Varias veces los hermanos Lowell habían intentado convencerla de que se mudara a Leicester con ellos a lo que su madre respondía, haciéndose la molesta, que solo la querían por la comida.

—¿Y papá?

—Salió temprano esta mañana para realizar el reparto. ¿Qué tal tu hermano?

—Desde que lo dejó con Chloe está descontrolado —bromeó—. Estamos los dos bien, mamá.

—Bueno, cariño. El que hayas aparecido anoche a las dos de la madrugada, no sé si significa que estés bien.

Zach suspiró. Aquel tema era difícil de tratar con sus padres. Le iba a caer una buena bronca, pero si alguien podría ayudarle en aquel momento, era su madre. Era la persona en la que más confiaba y necesitaba de sus sabias palabras para saber si estaba haciendo lo correcto. Pero decidió aplazar un poco la charla.

—Todo lo bien que se puede.

—¿Ha pasado algo en la universidad?

—No, todo genial. Logan y yo hemos aprobado. Nos queda solo el empujón final.

A Kate se le iluminaron los ojos al escucharle y se acercó a su hijo para darle varios besos en la mejilla. Él lo odiaba, pero a ella le daba igual que se enfadara. Zach y Logan eran y siempre serían sus niños.

Zach acompañó a su madre a comprar antes de dar el paseo diario de Kia por Hyde Park. Sus padres vivían muy cerca de allí. Al llegar a casa, ayudó a su madre con la comida, además, a él le vendría bien a aprender a cocinar algo nuevo. Logan y él, estaban hartos de comer siempre lo mismo.

De repente el móvil de su madre comenzó a sonar y esta corrió a su bolso para cogerlo. Sonrió al ver que era su otro niño.

—Hola, cariño.

Zach la vio hablar y por aquel mote cariñoso pensó que el llamante era o su padre o su hermano, pero supo que era Logan cuando su madre le miró y le confirmó que estaba allí con ella.

No le había dicho nada a su hermano. No quería que aún supiera nada y para evitarlo, apagó el móvil en cuanto puso un pie en la casa de sus padres. Quería estar esos dos días desconectado de todo.

Su madre se despidió de Logan y le miró con un gesto que no le gustó. Era el que siempre ponía antes de echarles una bronca monumental cuando la liaban.

—Me ha dicho tu hermano que no sabía dónde estabas y que hable contigo que te voy a echar la bronca del siglo. Que ha pasado algo, palabras textuales, muy fuerte y que voy a alucinar.

—¡Puto chivato! —le insultó.

¿Cómo diablos se había enterado? Él no le había dicho absolutamente nada.

—Esa boca, jovencito. —Le señaló con un dedo—. ¿Y bien?

—Mamá, siéntate —le pidió Zach—. Por si acaso te caes.

—Dios mío, hijo, ¡me estás asustando!

Ambos se sentaron en el sofá y Zach buscó las palabras adecuadas para soltarle aquella bomba. No sabía cómo decírselo de forma sutil y a la vez que le hiciera un mínimo de ilusión. Lo ideal no era decirle «Mamá, en octubre

me lie con una chica y la dejé embarazada». Era muy difícil contar aquello, así que decidió hacerlo sin rodeos.

—Mamá, ¡vas a ser abuela!

Kate parpadeó varias veces y se aclaró la garganta antes de acercarse un poco más a su hijo. No podía haber oído bien.

—Cariño... ¿qué has dicho?

Zach suspiró. ¡¿Por qué su madre se lo ponía más difícil de lo que ya era?! Y solo con verle la cara, decidió levantarse por si se le iba la mano. A pesar de medir metro y medio, su madre daba unas collejas que mataban neuronas. Si su progenitora estaba alucinando, no quería imaginarse cómo se pondría su padre.

—En Octubre, Logan y yo ayudamos a una chica española —comenzó a relatarle—. Nos la encontramos en el aeropuerto el día que regresé de Alemania. Me comporté como un capullo con ella, pero tenías que verla, mamá. Estaba perdida y asustada. No tenía adónde ir. Logan y yo le ofrecimos una cama en casa para que pasara la noche. —Su madre frunció el ceño. ¿Cómo pudieron meter a una desconocida bajo su techo?—. Sé lo que piensas. Yo pensé lo mismo, pero no es mala persona. Al contrario, mamá. Esa chica es... alucinante. Valiente y cabezota como buena española. —Sonrió—. Y habla gritando. —Soltó una leve carcajada mientras empezaba a dar vueltas por el salón—. Me contó parte de lo que había sucedido para huir, con unas pocas cosas, desde España hasta aquí. Y mamá, si hubieras visto sus ojos llenos de dolor y miedo. Me mató. Y bueno... una cosa, llevó a la otra y...

—¡Zach! —Le detuvo cerrando los ojos y alzando las manos—. No necesito detalles, cariño. Sé cómo ha pasado. Tengo dos hijos.

—La cosa es que al día siguiente consiguió alquilar una habitación y no supe de su estado hasta anoche. Me quedé sorprendido y ella me confirmó que el bebé era mío, pero que no hacía falta que me hiciera cargo. Que no me iba a obligar.

—Cariño, al igual que fuiste maduro para acostarte con esa chica sin protección, lo eres para hacerte cargo del bebé. ¡Es mi nieto!

—Por eso estoy aquí, mamá. —Se detuvo y se colocó frente a ella

tapando la televisión que estaba apagada—. Estuvimos hablando y le dije que me iba a hacer responsable. No quiero perderme nada de la vida de mi hijo, pero... tengo miedo —dijo en un susurro.

Kate miró enternecida a su hijo y dio dos golpecitos en el sofá para que se sentara a su lado. Cuando lo hizo, le cogió de las manos mostrándole apoyo.

—No estás solo, Zach. Ni tú ni esa chica.

—No es por eso. Mamá. —La miró—, todas las personas que me importan que no son de mi familia, desaparecen. No quiero que ni el bebé ni Aria sufran por mi culpa.

—¿Quién es Aria?

—La chica española. La madre de mi hijo.

Kate acarició el pelo de su hijo. Sabía a lo que se refería. Ella había conocido a Ezra y a Sophia y también sabía lo que les ocurrió. Zach se culpaba de aquello. Siempre pensaba que el simple hecho de estar con él, traía consigo sufrimiento y dolor. Y no era así. Lo de aquellos dos chicos habían sido malas casualidades, pero su hijo sufrió tanto cuando les perdió, que llevaba años culpándose y alejando a las personas.

—Cariño, eso no pasará.

—¡Sí lo hará! ¡Mira a Ezra! ¡Mira a Sophia! —Alzó la voz—. Hago daño a todas las personas que me importan y que no sean de la familia.

—Cariño...

—No quiero que Aria ni el bebé acaben igual. —Sollozó y a Kate le dolió ver los ojos vidriosos de su hijo—. No podría perdonarme nunca el perder a mi hijo por no alejarme de él. —Se tapó el rostro—. Y quizá lo mejor sea no aparecer en su vida. Haré todo lo que esté en mis manos para que mi hijo no sufra nunca. Y aunque me mate, creo que lo mejor para conseguirlo, es que no sea parte de su vida.

Zach dejó que un par de lágrimas se deslizaran por su rostro y se las secó antes de que su madre las viera. Le mataba perderse la vida de su bebé. Él quería estar a su lado. Verle nacer, cogerle por primera vez, inhalar su aroma, coger su manita, verle dar sus primeros pasos, escuchar sus primeras palabras, calmarle cuando llorara... quería vivir aquello, pero tenía

muchísimo miedo. Si por su culpa les pasaba algo a él o a Aria, jamás se lo perdonaría.

—Zach. —Le abrazó su madre—. No permitas que dos malas experiencias guíen tu vida. —Se separaron—. Además, siempre dices que solo sufre la gente que no es de tu familia, aunque no creo que sea así y lo sabes, pero ese bebé, ya es tu familia y esa chica, ya sea como pareja, como amiga o simplemente, como la madre de tu hijo, también lo es. No los alejes de ti, cariño. O te arrepentirás toda la vida. Créeme, porque si doy marcha atrás y pienso en Logan y en ti de pequeños, me habría dolido mucho perderme toda vuestra vida.

Zach se quedó pensando las palabras de su madre. Tenía razón. Aria y el bebé ya eran parte de su familia y no permitiría que les faltara nunca de nada. Iba a cuidar de ellos. De los dos. No los alejaría de su lado. Mañana mismo cogería un autobús de vuelta y le diría esas mismas palabras a Aria. Quería que supiera que a su lado, estarían seguros.

—¿Y cuándo me vas a presentar a esa chica? —Sonrió pícara su madre.

—No lo sé. Aria no es mi novia. Quedamos en que solo seríamos amigos.

—Ay cariño, vais a pasar mucho tiempo juntos. Y se nota que te gusta. Solo tienes que oírte hablar de ella —rio.

—Ella no quiere ninguna relación.

—Yo tampoco quería cuando conocí a tu padre. El amor llega cuando tiene que llegar y ninguno lo podréis evitar.

Zach puso los ojos en blanco. Ni Aria ni él querían una relación. Aún eran demasiado jóvenes y, aunque era de verdad que en unos meses madurarían de golpe para criar a su hijo, no sabía si ellos estaban hechos el uno para el otro.

—Mamá, deja de leer tantos libros románticos.

—Hijo, más sabe el diablo por viejo que por diablo.

Zach dio por imposible a su madre. Puede que Aria le atrajera. ¡Joder que si lo hacía! Llevaba cinco meses en su cabeza. Esa española le había dejado marcado, pero quizá aquello no iba a más de una mera atracción y no quería complicar las cosas. Lo mejor era que le pusiera las cosas fáciles. Al

día siguiente regresaría a Leicester y comenzaría una nueva etapa. Pues su vida, ya no volvería a ser la misma.

Capítulo 15

—Aria, por favor ¡escúchame!

Como respuesta, Zach recibió un almohadazo en plena cara. Resopló y dio unos pasos hacia atrás para que no le volviera a dar.

Lo primero que había hecho tras regresar de Londres, había sido ir a su casa. Ni siquiera había pasado por la suya para dejar la maleta y darse una ducha. Quería verla nada más pisar Leicester, pero la había cagado marchándose sin decir nada. Lo sabía desde que encendió el móvil y vio varias llamadas y mensajes de Aria. En el último le decía que se fuera a la mierda y que no quería saber nada de él. No sabía muy bien qué había sucedido, pero se hacía una idea. Ella pensaba que había huido para desentenderse. ¡Y aquello no era cierto! Al menos, no del todo.

Fue a su casa dispuesto a disculparse y a hablar, pero ella se lo estaba poniendo muy difícil. No dejaba de gritarle. La mitad de los insultos eran en inglés, pero también hablaba en español y, aunque no entendía absolutamente nada, sabía que le estaba llamando de todo menos bonito.

Lo peor de todo es que Neida, su compañera de piso, estaba disfrutando de lo lindo. No hacía más que seguirles con la mirada mientras comía un helado de dulce de leche. Aquella escena era mejor que la de la película que estaban viendo, antes de la interrupción de Zach.

—¡Que te follen, Zach!

—Joder, Aria. ¡Escúchame! Me asusté vale y... —Se agachó al ver que le tiraba el mando de la televisión.

Se lo perdonaba porque tenía las hormonas revolucionadas y la había cagado enfadando a una embarazada.

—¡Yo también estaba asustada! ¡¡Y lo sigo estando!! Pero por suerte, tengo los huevos que tú no tienes para cuidar de mi hijo.

—¡Aria, no estaba asustado por eso! ¡¡Joder, no conoces nada de mi vida!! Temía que estando a vuestro lado, sufrierais los dos.

—¡Vete a otra con el cuento! —le siguió gritando buscando más objetos

que tirarle.

—Aria, en tu estado no es bueno que te alteres.

Aria rio sin ningún tipo de gracia y cogió el helado que se estaba comiendo Neida para tirárselo. Lo esquivó, pero algunas gotas le habían manchado la ropa.

—¡Eh, que era mío! —se quejó la finlandesa.

—¡No finjas que te preocupas por mi estado, Zach! —Ignoró a su amiga. Estaba al borde de las lágrimas—. ¡Huiste horas después de prometerme que me ayudarías! ¡¡Maldita sea, Zach!! ¡Yo no te obligué! ¡¡No tendrías que haberme mentido!!

—Vale, pero Aria, por favor no grites. Que si ya lo haces de normal... ahora eres capaz de hacer que todo Leicester se entere de nuestro asunto.

—¡¡Que yo no grito!!

Zach suspiró y se pasó una mano por el pelo. Estaba sudando como un auténtico cerdo. No hacía más que fastidiarla todo lo que le decía. Y le dolía ver cómo Aria estaba reteniendo las lágrimas. Joder, no le hacía ni puta gracia que él fuera el causante de su dolor. ¡Sabía que debía haberse alejado! No habían empezado y ella y el bebé ya lo estaban pasando mal. No hacía más que joderla. Odiaba ese puto don que tenía para romper todo lo que tocaba.

Estuvieron unos minutos en silencio para relajarse. Neida aprovechó ese parón para ir al congelador a sacar una nueva tarrina. Esta vez, helado de oreos. Se volvió a colocar en la misma posición en el sofá para ver cómo seguía aquel show.

—No te mentí, Aria —le dijo él más calmado—. Quería y sigo queriendo hacerme cargo de ti y del bebé. —Se acercó un poco a ella y no pudo evitar mirar su redonda barriga. Se moría por acariciarla—. Quiero ser parte de vuestra vida. De mi hijo, como padre y tuya como... amigo. —Ella desvió la mirada. Esperaba que no se pusiera a decir palabras ñoñas, pues estaba demasiado sensible y era capaz de darle una oportunidad. ¡Y no! No quería. No por ella, sino por su hijo. Jamás permitiría que nadie le hiciera daño—. Quiero cogerte de la mano cuando te hagan la próxima ecografía, ir contigo a las clases de preparación al parto y animarte cuando estés dando a

luz. Y también deseo acariciar tu vientre. Sentir como se mueve y hablarle para que sepa que su padre le quiere y que jamás permitirá que sea infeliz. Coger a ese pequeño en mis brazos y mecerlo para calmarlo cuando llore. Ayudarle a decir por primera vez «mamá» o «papá» y enseñarle a dar sus primeros pasos. Quiero vivir todo eso. Por favor, Aria...

El corazón de Aria se ablandó con aquellas palabras. Jamás pensó que él fuera capaz de suplicar por estar al lado de su hijo. Ella creyó que se iba a desentender, incluso antes de que él supiera que iba a ser padre. Pero no. Estaba muy equivocada. Aunque esas palabras no habrían logrado que su miedo desapareciera. No podía vivir con la duda de que volviera a huir. Porque podría hacerlo en cualquier momento. Un mes antes de que su bebé naciera o incluso cuando ya tuviera tres años. Si aquello volvía a suceder, ¿cómo iba a explicarle a su hijo que su padre era un cobarde que los abandonó tras prometer y jurar que les cuidaría? No confiaba en él.

—Ooh, que mono —habló Neida completamente embobada por aquellas palabras—. Te acabas de ganar un pase VIP para entrar en esta casa siempre que quieras. Pero no se comparte —le advirtió—. A tu hermano le quiero lejos de mis dominios.

—Lo siento, Zach —consiguió hablar Aria al borde de las lágrimas—. No te puedes hacer una idea de cómo te odié cuando Logan me dijo que habías cogido una maleta y te habías ido. Yo... —sollozó—, estaba muy entusiasmada y enterarme de lo que habías hecho, fue algo que no pude soportar. Me dolió muchísimo y estuve dos días llorando. Confiaba en ti. No podía pensar en alguien mejor para ser el padre de mi bebé y no has tardado ni veinticuatro horas en joderla. ¿Qué me espera después? ¿Qué vuelvas a salir corriendo sin decir nada cuando te toque cambiar un pañal? No, Zach. —Se le deslizaron dos lágrimas—. Te di la oportunidad y no has sabido aprovecharla. No pienso darte otra.

—Aria... —susurró intentando acercarse a ella, pero se lo impidió.

Aquello le dolió. Quería abrazarla y jurarle que jamás volvería a desaparecer.

—¡No! —Bajó la mirada—. Vete, Zach. Y por el bien de nuestro hijo, no vuelvas.

Dicho esto, Aria subió escaleras arriba. No quería que la viera llorar. No dudaba de sus palabras, de que de verdad quería estar en la vida de su hijo. Pero a veces, los actos tienen más poder que las palabras. Le había hecho mucho daño y no quería que se volviera a repetir. Si algo había aprendido de la relación de Lara con Rafa, era que no había que dar segundas oportunidades. Aunque era verdad que Zach nada tenía que ver con aquel hijo de puta.

—No se lo tengas en cuenta. —Intentó animarle Neida—. Se enfadó mucho cuando se enteró. —Se levantó para posar una mano en su hombro—, pero la conozco y sé que te perdonará. Tú demuéstrale que no vas a volver a huir y ya verás cómo lo hace. Lucha por ellos. —Le tendió un trozo de papel—. Este es mi número, por si necesitas ayuda.

—Gracias. Supongo.

—Naah, me caes bien. —Le sonrió—. Ah y ahora cuando vayas a tu casa, dile a tu hermano que me devuelva mis pantis. Se los quedó de recuerdo o algo, el muy capullo. Espero que no haya hecho nada con ellos, aunque los lavaré igual.

Zach miró a Neida con los ojos muy abiertos. ¿Acaso aquellos dos se habían acostado? No estaba ciego y veía entre ellos aquella tensión sexual no resuelta, pero se caían lo suficientemente mal para creer que habían pasado una noche juntos. Neida pareció leerle el pensamiento.

—¡No me he acostado con él! No estoy tan loca, pero... ¡bah! Es largo de contar. —Mintió notando el rubor en sus mejillas—. Que te lo cuente él si quiere. Nos vemos.

El joven salió de aquella casa cabizbajo y arrastrando su maleta. Debería hacerle caso a Neida. A pesar de que Aria le había pedido que no volviera, él no iba a rendirse. Sabía que había hecho mal, pero pensaba demostrarle que jamás volvería a abandonarles. A riesgo de ganarse que le lanzara nuevos objetos.

No tardó en llegar a su casa y saludó con un escueto «hola» a su hermano que estaba en calzoncillos jugando con la consola al FIFA. Zach sonrió levemente recordando el día que Aria le dio una paliza. Esa noche, las vidas de ambos cambiaron.

Pero también recordó cómo su hermano había llamado a su madre para chivarse, así que se acercó a la televisión y desenchufó los cables para fastidiarle la partida. Como esperaba, Logan se volvió loco.

—¡¡Eres un capullo!!

—Aquí el único capullo, ¡eres tú! Uno: ¿cómo sabías que Aria está embarazada de mí? Dos: ¿Por qué cojones tenías que chivarte a mamá? ¡Fui a Londres para contárselo, pedazo de idiota!

—Por una vez que las collejas no iban para mí... ¡No me puedo creer que te la tiraras! Está claro que aquí, quien duerme, pierde. —Rio divertido—. Lo sospechaba al encontrar su media, pero... ¡joder con mi hermanito pequeño! Y encima a pelo. Pues en nueve meses, tendrás premio.

—En nueve no, en poco más de cuatro. ¡Y tú ejercerás de tío perfecto! Y hablando de medias, dice Neida que le devuelvas sus pantis.

Logan soltó una carcajada y negó con la cabeza. Aquella fina y sexy tela estaba colgada en su pared con un par de chinchetas. Era su trofeo por soportarla, aunque lo que más le habría gustado habría sido quitárselas él mismo. No se engañaba a sí mismo. Lo que más deseaba era coger a aquella finlandesa para hacerla suya y hacerle gritar durante toda la noche, pero no era tan idiota como para acostarse con ella. No la soportaba, pero le ponía más duro que una piedra.

—Dile que cuando quiera venga a por ellas, pero sabe que el trato para que la deje entrar, es que se pasee por aquí en ropa interior.

—¡Te va a mandar a la mierda si le sueltas eso!

—Hermanito, cuando te largaste sin decir adónde, ellas vinieron. A Aria la dejé entrar, pero a Neida, no. Le dije eso y ¡sorpresa, hermano! ¡Lo hizo! Y no veas que buena está. Dios, lo único que podía pensar era en follarla.

—En serio, Logan... sois la hostia. ¡Los dos!

—Gracias, pero no te hagas ilusiones. No voy a tirármela.

—Así que, así fue como tú te enteraste de que vas a ser tío y Aria de que me fui sin decir nada. —Caminó hasta sentarse en el sofá—. Genial.

Logan vio cómo a su hermano le cambiaba el gesto. Algo no iba bien. A pesar de pasar la mitad del tiempo chinchándose, no podía ver a Zach pasarlo mal y estaba claro que algo había sucedido en los dos días que había estado

fuera. Se sentó a su lado y pasó un brazo por sus hombros para transmitirle ánimos.

Zach comenzó a contarle lo ocurrido en casa de Aria y Neida hacía apenas unos minutos. Le relató cómo se enteró de su embarazo y el resultado de su escapada para hablar con su madre. Se sentía hundido. No podía evitar pensar que ya le había fallado a su hijo y le dolía. Se encontraba muy confundido. ¿Qué debía hacer? Lo que Aria le había pedido o lo que él deseaba. Joder, jamás había pensado que llegaría un día en el que sus miedos se irían y podría formar una familia. Y aunque era verdad que sus miedos seguían intactos, no iba a renunciar a lo bueno que la vida le había puesto. Para una vez que lo hacía.

—Tienes que luchar por ellos, Zach. —Le miró—. Demuestra a Aria todo lo que le has dicho. Eso lo valorará más que ese cursi discurso que le has soltado.

—No sé qué hacer, Logan —suspiró—. Me ha dicho que por el bien del bebé, no vuelva.

—Eso no lo ha dicho en serio. Estaba enfadada y de hormonas hasta arriba. —Alzó el brazo hacia el techo—. Las cosas en caliente no son buenas. Y si de verdad quieres a tu hijo y deseas formar parte de su vida, lucha por ellos.

—¿Sabes? Eso mismo me ha dicho tu amiga.

Logan soltó una carcajada y se recostó en el sofá mientras le tendía un mando para darle una paliza al videojuego. Zach aceptó y tras conectar de nuevo los cables, comenzaron una nueva partida.

—Mi loca finlandesa y yo tenemos muchas cosas en común. Lástima que sea insoportable. —Zach le miró ante aquel pronombre posesivo que Logan parecía no haberse dado cuenta que había dicho—. ¿Quieres un consejo? —él asintió—. Cuéntale a Aria por qué fuiste a Londres a ver a mamá y háblales de Ezra y Sophia. Las tías son empáticas y esas cosas. Ganarás puntos si conoce la verdad.

—No he hablado de ellos nunca con nadie. Solo con vosotros.

—Si Aria va a formar parte de tu vida, deberá saberlo.

—Solo somos amigos y lo máximo que seremos, será los padres de

nuestro hijo.

—Sí, claro. Te la tiraste la primera noche sin apenas conocerla, ahora que vais a pasar mucho tiempo juntos, si te lo ganas, claro, ¿vais a ser solo amigos? ¡Ja!

—Suenas igual que mamá.

Los hermanos continuaron con la partida, pero Zach no estaba nada concentrado. No podía dejar de pensar en lo sucedido, pero sobre todo, en las últimas palabras de su hermano. Quizá debería hablar con Aria sobre su pasado, pero temía que le acusara de mentiroso y de que solo le contaba aquello para excusarse. Pero era la realidad. Fueron dos personas muy importantes para él y perderles fue algo que nunca ha podido superar.

Pero su madre y su hermano tenían razón. ¿De verdad iba a renunciar a su hijo por dos malas experiencias? No sabía ni cómo podía plantearse hacer caso a las palabras de Aria.

Dejó que Logan celebrara la victoria y él subió al piso de arriba para hablar por el móvil sin el cotilla de su hermano cerca. De camino a su habitación, pasó por la de Logan y se paró en la puerta abierta al ver los pantis de Neida colgados en la pared.

«Será capullo», pensó antes de enviarle un mensaje a la propietaria de esa prenda.

Zach

Pienso demostrarle a Aria que voy a ser el padre que ella quiere para nuestro hijo y un buen amigo para ella. Quiero que vea que no la voy a dejar sola con esto, pero tengo la impresión de que será difícil de conseguir. ¿Me ayudarás?

Neida

Dalo por hecho ;) Por cierto, ¿mis pantis?

Zach

Mejor no preguntes.

Capítulo 16

Aria se despertó tras pasarse más de diez horas durmiendo, pero no se sentía descansada. Tras la visita de Zach, se encerró en su habitación y solo salió para irse a trabajar. Aunque cuando acabó su turno, volvió a meterse entre esas cuatro paredes. Se sentía algo cruel por todo lo que le había dicho. Estaba enfadada y había pagado todo con él. De algunas palabras, se arrepentía, pero tenía claro que no le quería cerca de ellos dos. No se fiaba nada de él.

Neida intentó hablar con ella, pero no le sacaba más de cuatro palabras seguidas, así que tras desearle buenas noches, la dejó descansar. Sabía que necesitaba tiempo para asimilar todo lo que había ocurrido en tan poco tiempo.

Aria comenzó a pensar en todo el día anterior mirando ausente al techo. En el fondo, le dolía que Zach se alejara de ella y del bebé, pero no debía derribar aquellos muros que había construido. Era lo mejor. Con Lara había aprendido a no dar segundas oportunidades. Si la abandonó una vez, iba a volver a hacerlo. La gente no cambiaba.

Se estiró en la cama y se levantó para ir a asearse. Bajó la mirada a su vientre y vio como la camiseta del pijama se le había levantado dejando a la vista su redonda barriga. La ropa ya empezaba a quedarle pequeña, sobre todo la interior, pero se negaba a comprarse esas horribles bragas de cuello vuelto. Prefería ropa interior bonita, flexible y de tiro bajo para que quedara por debajo de su tripa. Como cada día, se hizo la foto y bajó para desayunar. Esa semana era la última que Neida tenía libre antes de retomar las clases. Le gustaba desayunar con ella.

—Buenos días —la saludó entregándole una taza de leche con cacao—. Te he oído caminar por el cuarto. En estas casas se oye todo. ¿Estás mejor?

—Sí. Ayer, fue un día... intenso.

—Pues la mañana también lo es. —Aria la miró extrañada—. Tienes algo en el salón.

Aria dejó la taza en la mesa y caminó hacia esa estancia de la casa para encontrarse sobre la mesa un jarrón con un ramo de flores en forma de corazón. No podía ser. Vio un trozo de papel blanco sobresaliendo del ramo y pensó en si cogerlo o no. Lo peor de todo es que Neida estaba expectante mirándola. Aunque esa vez, en vez de con helado, con un café y una napolitana.

Ambas se miraron y con un gesto con la cabeza, su amiga le animó a leer la nota. Aria cogió el trozo de papel y leyó:

**Al igual que con mis actos pensaste que te abandoné,
con otros voy a demostrarte que puedes confiar en mí y
que nunca dejaré de lado a nuestro hijo.**

Zach

Aria sonrió levemente, pero apretó los labios para que esa sonrisa que no debía haber aparecido, fuera a más. Suspiró y tras dejar la nota donde estaba, fue a coger el ramo.

—¡Ni se te ocurra tirarlo! —le advirtió Neida.

—¿Por qué?

—Tiene forma de corazón. Vale que las flores no sean nada originales, pero... ¡tiene forma de corazón!

Aria puso los ojos en blanco y dejó el ramo donde estaba.

—En la nota dice que con sus actos va a demostrarme que no volverá a abandonarnos. ¿Qué tienen que ver las flores con eso?

—¡Eres una quisquillosa! —le regañó Neida—. Lo que te está diciendo es que aunque tú no lo quieras, va a estar a tu lado hasta que le perdones.

—¡Oh, qué bonito! —se mofó—. Pues será mejor que nos olvide. No pienso dar segundas oportunidades.

—¿No tienes que irte al Jones? Creo recordar que me dijiste que hoy Denali te había reunido. —Intentó echarla Neida.

Aria puso los ojos en blanco y tras terminar de desayunar, salió de casa para ir al Jones. Cada día, acababa más cansada. Daba gracias que solo tenía

que estar tres horas y que pagaban bastante bien.

Neida comprobó que Aria se iba para comenzar a mensajearse con Zach. Prometió ayudarle, aunque aún no sabía muy bien por qué. Vale, sí lo sabía. Porque se había confundido con el chico y quería compensarle por ser una zorra mala con él cuando se encontraron en el campus de la universidad. Si Aria se enteraba, no solo le mataría a él sino a ella también.

Neida

No ha dado resultado. Sigue intentándolo.

Zach resopló al leer aquel mensaje. Le dieron ganas de tirar el móvil para estrellarlo contra la pared. ¿A las mujeres no les gustaban las flores? En las películas cuando el protagonista las manda, ellas sonríen como unas locas enamoradas. Solo les faltan los ojos en forma de corazón.

Era cierto que no estaba reconquistando a Aria tras una ruptura. Le estaba pidiendo perdón, pero no tenía imaginación para ver qué podía hacer para lograrlo. Vio cómo su compañera le volvía a escribir.

Neida

Aria no es una chica a la que le gusten las cosas materiales. Tienes que buscar detalles que pueden ser tontos, pero que a ella le emocionen.

Zach

¿Tiene antojos?

Neida frunció el ceño al leer aquel mensaje. ¿A qué venía aquella pregunta? Encogió los hombros y escribió:

Neida

Mogollón. Dice que le apetece mucho jamón, pero no el que conocemos, sino uno que hay en su país. Y claro, aquí no venden.

Zach

¿Y algo que sí vendan?

Neida

Chocolate. Bueno, dulce en general. Y cualquier cosa con vinagre. Patatas a la vinagreta, pepinillos, cebolletas...

Zach

Vale. Gracias.

Zach dejó el móvil sobre la mesa y se colocó en la mesa de su escritorio para encender su portátil. Fue a Google y escribió en la fina y alargada barra «cómo pedir perdón a una chica de manera original». Pinchó numerosos enlaces, pero en casi todos los consejos eran para que tu novia te perdonara. Uno de esos consejos era que pasaran toda la noche en la cama. No creía que el sexo iba a ser el mejor remedio, además de ser algo imposible. «Aunque bueno... no me importaría repetir. Dios, menos mal que nadie puede leerme la mente».

Alguno de los consejos, no estaban mal, pero eran algo difíciles de hacer. Miró la hora en su reloj de muñeca. Eran las doce. El Jones estaba a punto de cerrar, así que llamaría a la tarde. Tenía que pedirle un enorme favor a su jefa. Solo esperaba que Aria no le hubiera hablado de él. Sino, quizá lo tendría crudo para conseguir su propósito.

—¡Qué cutre! —Oyó una voz a su espalda.

Zach se asustó y dio un brinco sobre la silla antes de girarse para ver a Logan espiándole. Cerró el portátil para que no leyera nada.

—Ya lo he leído. Llevo aquí un buen rato. —Se acercó a él—. Así que las flores no han surtido efecto.

—Nada de nada.

Logan levantó la tapa del portátil y comenzó a leer el resto de las ideas que proponía la página en la que su hermano había entrado. ¿Qué clase de idiota hacía esas gilipolleces? Menos mal que él no tenía novia para cagarla, pero, aunque la tuviera, jamás haría esas cosas. ¡Ni borracho! ¿En serio a las tías les gustaban esos osos con un mensaje en la panza? Aunque la cosa era, ¿dónde conseguía la gente esos osos?

Zach apagó el portátil y bajó para que Logan dejara de espiarle. Ya seguiría investigando ideas cuando él no estuviera o durmiera profundamente. De lo contrario, sería imposible.

Logan le miró y vio cómo su hermano cogía las llaves del coche y se ponía la cazadora.

—Voy a hacer la compra, que si hay que esperar hasta que la hagas, nos morimos de hambre.

—¡Exagerado! —Rio Logan y se despidió de su hermano.

Logan sacó la última cerveza de la nevera y se tiró en el sofá para ver la televisión. Colocó sus pies sobre la mesa y cogió postura. Quería aprovechar sus últimos días de libertad antes de que comenzara de nuevo la universidad. Y lo hacía como más le gustaba. Vagueando. Ya había salido de fiesta otros días y había estado con alguna que otra chica, pero ahora quería tener tiempo para él. Además, no le gustaba la discoteca que últimamente frecuentaba. No había vuelto al Mosh desde que Neida le soltó aquello de que solo había sido amable con él porque era lo que se esperaba de ella en el trabajo. Aunque quisiera negarlo, aquello le molestó. Incluso se sentía dolido.

Oyó como llamaban a la puerta y suspiró al pensar que Zach se había olvidado las llaves de casa otra vez. Se levantó con una pereza infinita y abrió la puerta dispuesto a regañar a su hermano, pero se quedó mudo al ver a Neida frente a él. Llevaba unos tacones de infarto y un abrigo que le llegaba hasta las rodillas. Dejándole boquiabierto, se lo desabrochó y lo dejó caer para quedar ante él en ropa interior.

Logan la miró notando como su entrepierna comenzaba a despertarse. Neida llevaba un conjunto negro con adornos florales en rosa. La braguita era de tiro bajo y el sujetador demasiado escotado. Estaba seguro de que sus pezones se escaparían de un momento a otro.

Neida estaba sonriendo por dentro. Provocarle se había convertido en su mayor afición. Le encantaba ver como la miraba completamente embobado. Entró en su casa para evitar que más estudiantes del barrio la vieran y caminó para ir al piso de arriba.

—¡¡Joder!! —maldijo Logan cuando volvió en sí para seguirla mientras se desprendía de la camiseta.

Pero cuando llegó a su habitación vio a Neida poniéndose los pantis que le había robado el otro día. ¿Qué significaba aquello?

—¿Te has quitado la camiseta, nene? —le preguntó sorprendida—. ¿Creías que había venido a acostarme contigo.

—¡Te has desnudado ante mis narices! Eso es una indirecta, directa muy

clara.

—No, no, no. Me pusiste la condición de que podía entrar en tu casa si me paseaba por aquí en ropa interior. Y puesto que no estabas dispuesto a devolverme mis pantis, he tenido que venir yo a rescatarlos. —se puso en pie y miró su entrepierna divertida. ¡Dios, ese bulto era impresionante!—. Date una ducha fría, nene.

Neida le pellizcó la barbilla antes de bajar para recuperar su abrigo y volver a casa. Y para qué negarlo. Más caliente que un horno. Ver el efecto que causaba en Logan y haber visto aquel torso perfecto le había vuelto loca. Tenía que admitir que ella también iba a necesitar una ducha fría. Puede que odiara al género masculino, pero no era de piedra. Logan tenía algo que la ponía a cien y más de una vez había tenido un sueño erótico con él. Incluso cuando se daba placer, pensaba en él. Aquello no podía ser nada bueno. Por suerte, aquello no iría a más de unos pensamientos.

Zach llegó cargado de bolsas. Y lo peor era que no sabía dónde demonios estaba su hermano para ayudarle. Sabía que estaba en casa, sus llaves estaban en el cuenco. Dejó todas las bolsas sobre la encimera de la cocina y subió al piso de arriba. No se iba a librar. Le tocaría guardar la compra, salvo una bolsa que era para Aria.

Al ver que no estaba en su cuarto, fue al baño al comprobar la puerta cerrada. Llamó con los nudillos y al ver que no recibía respuesta, fue a abrir, pero el cerrojo estaba echado. Apoyó el oído y puso los ojos en blanco al escuchar gemidos.

—¡Oh, joder! Neida...

¿Neida? ¿Había dicho, Neida? Acaso esa chica y su hermano... ¡No podía ser! Se alejó para dejarles intimidad, pero le resultaba raro que a ella no se la oyera. Prefería no pensar en qué estaban haciendo. Bajó a la cocina y guardó lo de la nevera, pero el resto se lo dejó a su hermano.

Minutos después, oyó el agua correr y supuso que esos dos se estaban duchando tras el maratón de sexo. Esperó a que bajaran sentado en el sofá, pero frunció el ceño al ver aparecer solo a su hermano con una camiseta de tirantes blanca y el pantalón de chándal.

—¿Ya has vuelto? No te he oído llegar.

—Normal. Estabas... ocupado. ¿Y Neida?

—¿Qué? —le preguntó extrañado Logan.

—¿No te la estabas tirando en el baño?

Logan palideció en segundos. «¡Oh, joder!» No podía creer que su hermano le hubiera escuchado masturbarse pensando en ella. No era la primera vez que lo hacía, pero hostia puta, ¡no quería que nadie lo supiera! Además, era un tío y tenía sus necesidades. Y aquella loca finlandesa le había dejado con un dolor de huevos considerable.

—¿Qué has comprado? —preguntó intentando cambiar de tema y caminando hasta la cocina.

—Te toca a ti recoger. ¡Y no me cambies de tema! —Le siguió Zach—. Neida te pone.

—¡Claro que me pone! Es una tía espectacular y no me refiero solo de cuerpo, me encanta su personalidad, pero no pienso acostarme con ella. Seguro que si estamos en plena faena y llega la parte de penetrarla me hace la cruz y me dice eso de «¡Chicos no!»

Zach soltó una carcajada y se apoyó en el marco de la puerta mientras su hermano comenzaba a guardar la compra. Esos dos estaban igual de locos y se deseaban. No creía que tardaran en dejar sus pullas a un lado y liarse.

—¿Has comprado chocolate con fresa? ¿Y con naranja también? Y... pepinillos, cebolletas, patatas con sabor a vinagre... ¿qué pollas es todo esto?

—Es para Aria. Me ha dicho Neida que es de lo que más antojo tiene.

—Punto uno: ¿quieres que te perdone intentando cebarla? Las tías odian eso. Punto dos: ¿cuándo hablas con Neida?

—No la voy a cebar. Piensa que come por dos. Y en cuanto a lo otro... Neida me dio su número.

—¿Qué tienes su... qué tienes su número? —le preguntó sorprendido y aguantando las ganas de pedirle que se lo diera. ¡Era él el que debía tener su número! No su hermano.

—¿Lo quieres? —Le tentó Zach.

—No, no... ¡¿para qué voy a querer el número de esa loca?! —Se quedaron en silencio y Zach se le quedó mirando fijamente aguantando la risa—. ¡Oh, joder! ¡¡Claro que lo quiero!! ¡Dámelo!

—¡Ni hablar! Neida me ha dado una oportunidad para ayudarme con Aria, no pienso joderla.

—¿Y para qué me lo ofreces?!

—Porque me encanta verte así de nervioso por una mujer.

Zach comenzó a reír mientras Logan lo fulminaba con la mirada. Odiaba que su hermano pequeño se mofara de él. Por suerte, el teléfono comenzó a sonar y pudo salir de la cocina. Miró la pantalla de su móvil y vio que era su padre.

—¡Hola, viejo! —le saludó.

—¡A ti no te enseñé la fantástica función del preservativo! Te lo resumiré. —Se aclaró la garganta—. Trozo de plástico que impide que me hagas abuelo a los cuarenta y cinco años.

—Papá, te voy a dar otra noticia —vaciló Logan—. Yo no voy a ser padre. ¡Es Zach! —dijo pasándole el móvil a su hermano—. ¡Jódete! El karma ha hecho efecto. Te ríes de mí, pues te llega la bronca de papá.

Ahora fue Zach quien se puso blanco. Su madre ya debía de haberle puesto al día con su visita a Londres. Su padre era repartidor y había estado todo el fin de semana fuera, por lo que no tuvo oportunidad de hablar con él.

—Byron, cálmate. —Oyó a su madre de fondo.

—Zach, te digo lo mismo que le he dicho a tu hermano por error. ¿No os enseñé la maravillosa función del condón?!

—Papá, te juro que no me acordé. Estaba... estaba... intentando ayudar a esa chica... sé que es difícil de entender, pero estaba demasiado concentrado en ella y se me pasó.

—No quiero detalles, Zach. Pero tu madre y yo estamos de acuerdo en una cosa. Si has sido maduro para meter la polla, lo serás para asumir el papel de padre.

—¡¡Byron!! ¡Ese vocabulario! —le regañó Kate.

Zach se tapó la cara con una mano. Su padre a veces era demasiado directo a la hora de expresarse. Siempre había tenido un alma bastante joven, pero a la hora de tratar temas serios, se transformaba en el padre que era.

—Ella está enfadada conmigo, papá. La cagué y ahora no quiere que me haga cargo —suspiró—. Estoy haciendo todo lo posible para que me perdone.

—Pues más vale que le des al coco, hijo. Las mujeres son muy rencorosas. Pero ante todo, ni se te ocurra rendirte. Por el niño que hay en medio.

—No lo haré, papá.

—Así me gusta y ahora pásame con tu hermano que quiero hablar con él.

Zach sonrió y le tendió el móvil a Logan. Ese hablar, para su padre significaba regañar. Su hermano no se iba a librar y pudo oír perfectamente como su padre le regañaba por no ir a verles a menudo y preferir quedarse en Leicester para ir de fiesta. A pesar de esas pequeñas broncas, tanto Logan como él, adoraban a sus padres. Sin ellos, no habrían conseguido llegar donde lo habían hecho. Para ellos, la familia era lo más importante. En ese momento, Zach recordó las palabras de su madre. Aria y ese bebé, ya eran de la suya y estaba dispuesto a todo para recuperarles. Miró a su hermano cuando colgó.

—Logan, ¿sigues teniendo en el portátil ese programa de grabación? — Él asintió—. Pues vas a ayudarme.

Capítulo 17

—Buenas tardes —saludó Aria entrando por la puerta del Jones.

—Buenas tardes, cielo —le respondió su jefa.

Aria sonrió ante aquel mote cariñoso. Denali era alguien muy especial para ella y se había convertido en una segunda madre. Le estaba aconsejando con su embarazo, puesto que ella ya tenía tres hijos y era totalmente comprensiva con ella. Había días que no se encontraba muy bien y ella le decía, más bien le ordenaba, que fuera a su despacho a descansar hasta que se encontrara mejor. Aria se preguntaba cómo era que no la despedía, incluso un día se lo comentó a su jefa y ella le contestó que tuvo su primer hijo siendo madre soltera y que sabía lo que necesitaba el dinero en aquellos momentos. Había tenido mucha suerte en conocerla.

Fue al despacho de Denali para dejar su abrigo y su bolso y se puso la camiseta del uniforme. Iba a tener que pedirse una talla más grande. Le quedaba demasiado justa y parte de su vientre se le veía por más que bajara la tela.

—Ve a la cocina —dijo Denali—. Te dejaron ayer un encargo. Y un chico muy guapo, por cierto.

Su jefa se fue sonriendo y ella frunció el ceño hasta que cayó en quien podía ser el responsable. Vio sobre la encimera metálica una caja rosa pastel y la abrió para ver en su interior una tarta de tres chocolates con un mensaje en ella.

Lo siento. No quería que pensaras que hui. No fue así.

¿Qué no fue así? ¿Qué quería decir? ¿Qué no huyó? Entonces, ¿por qué se fue a las pocas horas de saber que iba a ser padre? Estaba demasiado confundida. Cerró la caja de la tarta y salió para empezar a trabajar. Sabía que solo Zach podría darle la respuesta a todas sus preguntas, pero no sabía si estaba preparada para hablar con él.

Comenzó a servir y retuvo las náuseas que le provocaban el olor de la comida. No sabía cómo podían tomar tanta comida pesada. Los ingleses

tenían unos estómagos a prueba de bombas.

A las nueve el local cerró y ella pudo regresar a casa donde Neida dormía. El día anterior había trabajado y había llegado agotada. Se le hacía muy costoso atender ella sola a toda la discoteca, pues las dimisiones en el Mosh seguían a la orden del día.

Dejó la tarta que Zach había encargado para ella en la nevera y cogió el zumo de naranja para beber un vaso. No sabía por qué había llevado la tarta a casa. Podría haberla tirado o servido entre los clientes, pero en el fondo, le encantaba que pensara en ella. Debía quitarse esos pensamientos. Aunque no podía. Llevaba varios días con ellos en la cabeza.

El día que fue a su casa tras volver de su pequeña, aunque dolorosa, escapada, no le había dejado explicarse. Ella estaba muy enfadada y lo único que hizo fue gritarle y ponerle entre la espada y la pared. Ahora, más relajada, veía que no era bueno hablar en caliente, pero le costaba tanto confiar en las segundas oportunidades.

Sabía que Zach no se parecía en nada a Rafa, pero en esos últimos cinco meses había pasado por muchas emociones negativas: la muerte de su hermana, su huida, el embarazo... todos esos acontecimientos estaban siendo muy duros para ella y no quería sufrir ninguno más. Aunque después se arrepintiera.

Oyó unos pasos que bajaban por la escalera y se giró para ver aparecer a Neida despeinada y con la cara sin lavar.

—Hola. —Bostezó—. Me estoy haciendo vieja. —Se dejó caer en una de las sillas de la cocina—. Ya no aguanto como antes. Por Dios, llevo todo el día durmiendo.

—No digas tonterías. —Rio Aria—. Tengo algo que enseñarte.

—Yo a ti también.

Neida se levantó y cogió de detrás de la puerta de la cocina una bolsa plateada con dibujos de corazones. La habían traído mientras Aria trabajaba. Neida se puso de muy mal humor cuando la despertaron. Estaba dispuesta a gritar a la persona que había interrumpido su placentero sueño, pero cuando abrió la puerta, no había nadie. Solo aquella bolsa. La dejó encima de la mesa y Aria se acercó para ver qué había. Abrió la boca al ver todo tipo de

chocolates, incluso una tableta de chocolate con palomitas. Siguió vaciando la bolsa y sacó alimentos avinagrados. ¿Cómo sabía sus antojos? Sin poder evitarlo miró a Neida.

—¡Eres una traidora! —la acusó—. ¡Te has aliado con él!

—¿Yo?! —Se señaló Neida—. ¡Qué va! —Apartó la mirada para que no pillara su mentira, pero notaba como Aria la observaba fijamente—. ¡Vale sí! Pero es que me da mucha pena. Él solo quiere demostrarte que quiere cuidaros. Por un hombre que hay que no es demasiado capullo. Ya me gustaría que mi padre hubiera sido así conmigo. O Elliot.

Aria suspiró y sacó del fondo de la bolsa un CD con una tarjetita que había. Esta vez, con una piruleta de fresa pegada con celo.

Para que veas que seré un buen padre, le doy a nuestro hijo todos los caprichos que pide. Que aproveche, que cuando crezca no será así, pero eso no quiere decir que dejaré de luchar por hacerle feliz. El CD...es simplemente para hacerte sonreír.

Zach.

Aria no pudo evitar sonreír. Zach se lo estaba poniendo muy difícil. De lo único que tenía ganas en ese momento era de hablar con él. ¿Por qué tenía que ser así? Estaba debilitando sus defensas y no podía ser. El recuerdo de Lara era lo único que lograba reforzarlas.

—¿Y tú qué me querías enseñar? —le preguntó Neida.

Aria dejó la tarjeta y el CD sobre la mesa y Neida aprovechó que se giraba hacia la nevera para leerla. Sonrió. Zach estaba haciendo un buen trabajo. Dejó de leerlo cuando Aria apoyó sobre ella una caja de color rosa. Neida la abrió y soltó un gran «Ohh» al leer lo que ponía en ella.

—¿Cómo que ohh? ¡Me quiere cebar!

—A mí también, porque todo lo que te ha comprado tiene una pinta. —Sonrió—, ya me gustaría que a alguien le importara tanto para hacer estas tonterías por mí. —Señaló la carátula de plástico—. ¿Qué es el CD?

—No tengo ni idea. ¿Me dejas el portátil?

Neida asintió y fue a buscarlo. Regresó a la cocina y lo apoyó encima de la mesa para encenderlo. Le pidió a Aria el CD y esta se lo tendió para que lo pusiera. Estaba nerviosa. No sabía qué clase de locura podría haber hecho.

Neida abrió la carpeta y vio que no era un video, sino un audio. Miró a Aria esperando su aprobación y esta asintió antes de que su compañera abriera el archivo. Los primeros segundos solo se oía lo que parecía ser el click de un ratón. Una música comenzó a sonar y Aria identificó aquella canción. Era una de Morat y se titulaba *Aprender a quererte*.

No sabía qué podría ser aquello, pero se tapó la boca al oír a Zach cantar en español aquella canción. Aria no pudo evitar reír al escucharle. Su pronunciación era muy mala y muchas palabras que no sabía pronunciar, las sustituía por el típico «nanana». Se notaba que la había estudiado, pero el idioma le resultaba complicado y algunas palabras las cambiaban.

*Cuando te vi sentí algo raro por dentro,
una mezcla de miedo con locura,
y tu mirada me juró que si te pierdo,
habré perdido la más grande fortuna.
No sé nada de tu historia, ni tu filosofía,
hoy te escribo sin pensar y sin ortografía.*

Aria rio al escuchar que en vez de decir «ortografía» había dicho «artografía». Se mordió el labio inferior, pero no perdió la sonrisa ni siquiera cuando Neida la miró sin entender absolutamente nada.

*Para aprender a quererte,
voy a estudiar cómo se cumplen tus sueños,
voy a leerte siempre muy lentamente,
quiero entenderte.
cuando te vi tuve un buen presentimiento,
de esos que llegan una vez en la vida,
quiero tenerte aunque sea solo un momento,
y si me dejas tal vez todos los días.*

La canción continuó sonando y Zach cantando como podía, pues le resultaba muy difícil hacerlo en un idioma que no conocía. Pero sabía por qué cantaba en español. Por ella. Eso le hacía muy feliz, pues echaba mucho de menos su tierra y sobre todo, volver a escuchar su idioma nativo.

No descansare solo quiero tenerte aquí a mi lado,
ruego que mi voz te demuestre lo que te he esperado.

—No he entendido nada —dijo Neida cuando acabó la canción—. Pero por tu cara tu sí.

Y te ha gustado.

Aria suspiró y asintió antes de mirar a su amiga.

—¿Crees que debería hablar con él?

Neida asintió y Aria se mordió el labio inferior. Cogió su móvil y subió a la habitación para sentarse en la cama. Aún no se había decidido si hablar con él o no. No dejaba de jugar con su móvil nerviosa y con aquel dilema que no resolvía.

«¿Qué harías tú, Lara? ¿Qué me dirías en estos momentos?», pensó y se inclinó para coger la manta de los abrazos que se encontraba al pie de la cama. Se la echó por los hombros y desbloqueó el móvil. Necesitaba la fuerza que su hermana le transmitía. Sin pensar, buscó el nombre de Zach y pulsó el botón verde. Se llevó nerviosa el móvil al oído. Cruzaba los dedos para que no respondiera, aunque sabía que después le devolvería la llamada. Antes de que el segundo tono sonara, ya había contestado.

—¿Aria? —preguntó con voz esperanzadora.

—Sí... —consiguió decir.

—¿Cómo estáis?

Al oír aquel plural, supo que también se refería al bebé. Se acarició el vientre y soltó un largo suspiro.

—Bien. Estamos bien, aunque me preocupa que no le note moverse. La semana que viene tengo que ir a hacerme la ecografía.

—Déjame acompañarte —le pidió.

—Zach... lo siento, no tendría que haberte llamado. —Fue a colgar, pero la voz del chico hizo que no llegara a pulsar el botón rojo.

—¡No, Aria, espera! Por favor... —Volvió a colocarse el móvil en la oreja—. Sé que lo fastidié. Sé que debería haberte avisado, pero si me fui, fue para hablar con mi madre. Necesitaba de sus consejos y su experiencia porque no tengo ni puta idea de lo que tengo que hacer. Pero sé lo que quiero. Estar a vuestro lado.

—Pero yo no sé si quiero que lo estés —sollozó—. Zach, sabes por qué vine aquí. Sabes parte de lo que sufrí. —Él asintió recordando las marcas de su cuello. Si se encontraba con el hijo de puta que le hizo aquello, le mataría—. Con ello, aprendí a no dar segundas oportunidades. Sé que no sabes toda la historia, pero desde aquello, vivo con miedo a seguir sufriendo, porque nada me sale bien, Zach. —Le mataba oír la llorar—. No puedo dejarte entrar en mi vida y que vuelvas a hacerme daño.

—Esa nunca fue mi intención, Aria —confesó triste—. Déjame verte. Déjame contarte mi historia. Puede que así me entiendas.

—Yo... no puedo, Zach. Todavía no.

Zach sonrió levemente. Aria dudaba. Había dicho todavía. Eso significaba que se lo estaba pensando. Y él no pensaba rendirse. Iba a compensarla por haberle hecho daño.

—¿He conseguido hacer que sonrías? —le preguntó.

—¿Qué? —dijo sin entender.

—La canción.

—Ah. —Una sonrisa sustituyó sus lágrimas—. Sí, lo ha hecho.

—Me alegro. Siento mi pésimo nivel de español. Solo sé lo básico. Hola, adiós, uno, dos, tres... —dijo en castellano—. Y también he aprendido a decir: Perdón por ser el tío más cobarde del universo.

Aria dibujó una tierna sonrisa al oírle hablar en español. Bajó la mirada a sus pies y movió los dedos pensando en qué decirle. Que se esforzara tanto por ella y por el bebé, le hacía feliz. Y se sentía una mala persona, ya que sus miedos la estaban venciendo. Y no solo ella lo pasaba mal, sino también Zach. Él no era un mal chico. Lo supo desde el día que lo conoció, pero no sabía los fantasmas que le rodeaban. Estaba dispuesto a contárselos. ¿Pero y ella? ¿Estaba preparada para afrontar los suyos?

—No eres un cobarde, Zach. Un cobarde no haría lo que estás haciendo.

—Aria, quiero que me conozcas. Que sepas de mis miedos y entiendas por qué me fui asustado a Londres para hablar con mi madre. Pensaba volver desde el principio, incluso lo hice antes de tiempo. Bueno, un día antes. —Rio levemente—. No pensaba dejarte sola. Esa opción jamás entró en mis planes.

Aria dobló las rodillas y se las abrazó. Dios, ¡le estaba ablandando! Aquel chico no podía ser real. Seguro que se había escapado de alguna novela y cuando menos lo esperase, sería absorbido por sus páginas. O era un chico de carne y hueso que estaba mostrando una faceta para que le perdonara y después se transformaría en el ser más terrorífico del reino. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil?

—Necesito tiempo, Zach. Tengo que pensar muy bien en todo antes de... decidir qué hacer. No por mí. Debo saber qué es lo mejor para el bebé.

Zach no pudo hablar. Sentía un nudo en la garganta y una opresión en el pecho. Incluso notaba sus ojos vidriosos. Si por sus actos perdía la oportunidad de estar con su hijo, no se lo perdonaría jamás. No pensaba rendirse.

Al ver cómo se quedaba en silencio, Aria abrió la boca para hablar, pero no sabía qué decirle. Ya le hizo daño con sus palabras el día que regresó de Londres. No quería hundirle más.

—Hablamos, ¿vale?

—Vale. Cuídate mucho, Aria.

—Lo haré. Ah y gracias por las flores, el chocolate, la canción... en fin... por todo. Me ha... encantado.

—Solo son tonterías, pero si hacen que estés mejor, yo me alegro.

—Adiós, Zach —se despidió en un susurro.

—Adiós, Aria.

Ella colgó tras expulsar un largo suspiro y bajó de nuevo al salón tras doblar la manta de los abrazos y dejarla dónde estaba. Neida se había quedado dormida en el sofá, por lo que aprovechó para salir y dar una vuelta por la manzana. Colocó los auriculares en el móvil y comenzó a escuchar las canciones que se había descargado, entre ellas, la que Zach le había grabado en aquel CD. Lo guardaría durante mucho tiempo. Nadie había hecho nunca aquello por ella.

Como se imaginaba, caminó por Victoria Park hasta sentarse en su habitual banco. Le encantaba ese parque. Se quitó los auriculares y comenzó a hablar con su bebé.

—¿Qué hacemos, pequeñín? ¿Le damos una oportunidad a papá? —le

habló en español—. La verdad que se está portando muy bien y creo que te quiere mucho. Igual que yo, pero no quiero que sufras. Aunque igual lo haces si él no está cerca de ti —suspiró—. ¿Qué me dices, cariño? ¿Se la damos?

Como respuesta, Aria notó como el bebé le daba una leve patada y ella se sorprendió. Era la primera vez que le notaba moverse. Los ojos se le llenaron de lágrimas de felicidad y sonrió al ver como su pequeñín no paraba quieto. ¡Se estaba moviendo! Y aquella sensación... era la más increíble que había sentido nunca. Aquello debía ser una señal. Su bebé se había movido al oír hablar de su padre. Y como buena madre, le daría lo que le pedía.

Caminó de regreso a casa y cuando entró con una sonrisa de oreja a oreja vio a Neida con una cesta en las manos, llena de globos. Su cara reflejaba su mal humor mientras la dejaba en la barra que separa la cocina del salón. Aria supuso que el mensajero la habría despertado de su cabezadita.

—Dile a Zach que se corte un poco, que parece un puto acosador y que cuando deje sus regalitos, ¡no lo haga mientras duermo!

—Le daré el mensaje. —Rio Aria acercándose a la cesta de mimbre.

Comenzó a sacar todos los globos en busca de alguna nota, pero no encontró nada, aunque sí se fijó que en los globos había palabras escritas. Se quedó unos minutos pensativa sin entender nada, pero enseguida lo hizo. ¡Era un mensaje oculto! Debía ordenar los globos para saber qué decía en ellos.

—¡Neida ayúdame! —le pidió entusiasmada.

Aria contó los globos. Había un total de veinticinco. En algunos globos había dos palabras, pero en otros solo una. Neida se agachó en el suelo junto con su amiga y cogió los globos donde se encontraban las letras mayúsculas. El mensaje era algo largo, pero ambas estaban emocionadas por averiguarlo.

—Creo que este va antes del punto —dijo Aria y lo colocó donde creía.

Leyó la frase y vio que encajaba. Sonrió y siguió con el resto. Entre las dos, lo consiguieron descifrar en unos minutos.

Puedo cantarte en español, bailarte, escribirte, enviarte flores o chocolate. Puedo hacer mil cosas y las haré si es necesario durante el resto de mi vida para demostrarte que siempre estaré a vuestro lado.

Zach

—¡Oh, Dios, qué mono! —habló, más bien gritó, Neida—. Por Dios, Aria. ¡Deja de ser tan cabezota! Ese chico no va a parar hasta que le perdones y tú te mueres por hacerlo. Solo tienes que ver la cara de idiota que tienes. —
Rio.

—El bebé hoy se ha movido —le dijo Aria.

—¿Qué?

—El bebé. Estaba en Victoria Park y me he puesto a hablarle de su padre. Le he preguntado que si quiere que le demos una oportunidad y... se ha movido.

—¡Cuántas señales más necesitas!

Aria rio y se quedó mirando aquellos globos. Sacó su móvil para hacerles una foto antes de que se desinflaran y se quedó un buen rato mirándola. Era hora de tomar una decisión. Solo esperaba que fuera la correcta.

Capítulo 18

El lunes las clases en la universidad volvieron a la normalidad, pero Zach no tenía ningún ánimo. No había sabido nada de Aria desde que dejó los globos en su casa y vio como una enfadada Neida los recogía. Quizá no había descubierto el mensaje oculto, pero lo dudaba.

Caminó por el campus al lado de su hermano y reconoció a lo lejos a la compañera de piso de Aria. Su facultad era la misma, a pesar de estudiar diferentes carreras y años. La finlandesa estaba hablando y riendo con el que parecía un compañero de clase. Zach oyó a su lado una especie de gruñido y giró la cabeza para ver a Logan con cara de pocos amigos y la mirada fija en aquella chica. Retuvo la risa que estaba a punto de emitir. Su hermano estaba celoso.

El chico le dio un beso a Neida en la mejilla y se despidió de ella para ir cada uno por un lado.

—La que era antihombres —bufó Logan.

—¿Te molesta? —le preguntó Zach.

—Para nada. Anda, vamos a la cafetería. Quiero un chute de cafeína.

Zach y Logan se sentaron en una de las mesas libres cada uno con su café y Logan preguntó por Aria. Vio a su hermano muy bajo de ánimo. Sus intentos porque le perdonara y le dejara explicarse eran nulos y, aunque el sábado habían quedado en hablar, ella no le había llamado ni enviado un mensaje, pero él tampoco se atrevía. No quería agobiarla, pero aquello no quería decir que fuera a rendirse.

Zach recordó que esa semana Aria tenía la siguiente ecografía. No tenía ni idea de qué día de la semana, pero le dolía perdérsela. Le gustaría acompañarla y ver a su hijo. Le encantaría escuchar el latido de su corazón.

Quizá debería mandarle un mensaje pidiéndole permiso, pero si no quería verle, mucho menos le iba a dejar acompañarla al ginecólogo.

—Tío, esa no es...

Zach giró la cabeza para comprobar a qué o más bien, a quién miraba su

hermano. Al reconocerla, se quedó paralizado. No podía ser. No la veía desde hacía seis años y era una puta casualidad que estuviera en Leicester. ¿No había más ciudades en Inglaterra? La miró fijamente. No había cambiado absolutamente nada.

Llevaba su melena pelirroja recogida en una coleta alta y vestía con prendas bastante caras. Tenía su mano entrelazada con el de un joven al que se le vía tenso. Zach observó como el chico tenía la mirada fija en sus pies mientras ella hablaba con la que parecía ser una amiga o conocida. El joven tenía muy mal aspecto. Estaba pálido y tenía ojeras. Además, se le podían ver las marcas de unos dedos en su mejilla derecha.

«Ezra...», fue lo único que pudo pensar Zach. Ese chico le recordaba tanto a su mejor amigo. Aquella zorra no había cambiado y él era su nueva víctima.

Zach no pudo soportarlo. No iba a permitir que esa mujer volviera a hacer daño a alguien más. Se levantó furioso tirando su café y Logan le siguió.

—¡No, Zach! —Intentó retenerle—. Déjala. Ya no puedes hacer nada para recuperar a Ezra. ¡Lo único que conseguirás es meterte en un puto lío!

Pero él no le hacía caso a su hermano. Agarró la muñeca de esa zorra y la arrastró haciendo que se soltara del joven al que tenía bien sujeto. Zach miró al joven que parecía asustado y le hizo una seña con la cabeza.

—Vete, cuenta a alguien lo que esta mujer te está haciendo y sobretodo...vive.

El chico solo asintió y le dio las gracias antes de correr. Su tortura iba a acabar.

—¿Te acuerdas de mí? —le espetó Zach a Jenna.

—Claro que lo hago, cariño. —Fue a acariciarle el rostro, pero Zach apartó su zarpa de un manotazo—. Aún quiero tenerte en mi cama.

—Pues yo quiero verte en la cárcel. ¡Le mataste!

Ella rio sabiendo a quien se refería. Dio un paso más hacia Zach. Sus ojos estaban inyectados en sangre y todo su cuerpo tenso. Apretaba los puños con fuerza y estaba segura de que quería darle un puñetazo, pero sabía que si lo hacía, él sería el que acabaría mal. Ella era la mujer.

—Se mató él solito. No me corresponde a mí ese mérito. Yo solo jugaba con él. —Le sonrió—. Me conoces, es lo que hago.

—Le humillabas, le eras infiel, le pegabas... —Enumeró notando la vena de su cuello hincharse—, y acabaste por matarle. Deberías estar encerrada. ¡Sigues ejerciendo la violencia con tus parejas!

—Sé lo que hago, querido. Pero soy mujer, ¿crees que me pasará algo? Yo te respondo. ¡No! Y lo seguiré haciendo, porque me pone a cien lo que hago.

Zach no pudo contenerse más, por lo que se abalanzó sobre ella, pero enseguida su hermano le cogió para impedirselo. Logan había sido testigo de todo. Y aunque tenía las mismas ganas de partirle la cara a esa zorra, sabía que aquello solo podía traer malas consecuencias para ellos.

Jenna dio varios pasos hacia atrás cuando Zach se separó de ella y corrió para alejarse de él. Esa zorra solo era una puñetera cobarde. Disfrutaba maltratando a todas las personas que se le ponían por delante. Ezra fue el desencadenante de que se asustara y se fuera. Ojalá nunca hubiera vuelto.

—¡Joder, Zach! ¡¡Estás loco!! —le gritó Logan sin soltarle—. ¡Joder, podrías haber acabado tú en la puta cárcel!

Zach asintió algo más calmado, pero no lo suficiente. Odiaba a esa mujer. Por su culpa, perdió a su mejor amigo y encima ella no mostró ningún ápice de pena o lástima por la pérdida de su pareja. Carecía de sentimientos.

Unas sirenas se escucharon en el exterior y dos policías entraron en la cafetería acompañados de Jenna. Logan vio como ella señalaba a su hermano y los agentes se acercaron a él para esposarle. Jenna lloraba argumentando que la había atacado y amenazado y que no era la primera vez que lo hacía.

—¡Eso es mentira! —quiso defenderse Zach.

—Cálmese —le dijo uno de los agentes—. Ahora en comisaría procederemos a realizarle unas preguntas. Si todo está en orden, mañana estará libre.

Zach optó por callarse para no empeorar las cosas y miró a su hermano que le miraba asombrado por lo que había sucedido en apenas unos minutos. Esa manipuladora no iba a salirse con la suya.

Logan decidió saltarse las clases y seguir a la policía hasta la comisaría

que había en Hinckley Rd. Él había sido testigo y aunque era verdad que Zach se había abalanzado sobre ella, no había llegado a tocarla. Y no era el único testigo. Había visto demasiadas series policiacas para saber que ahora uno de los agentes preguntaría a los testigos de la cafetería. Zach no tendría de lo que preocuparse, pues los estudiantes que se encontraban cerca de ellos habían escuchado como ella admitía que maltrataba a todas sus parejas.

Al llegar, los agentes no le dejaron pasar. Tenían que someter a Zach a un interrogatorio y lo más probable sería que pasara allí la noche. El cuerpo de policía estaba haciendo todo posible para aclarar cuanto antes lo que había sucedido.

Horas después, un agente salió para informarle de que, efectivamente, esa noche la pasaría en el calabozo y que lo más probable sería que al día siguiente saliera en libertad y sin cargos. Varios estudiantes habían declarado en su favor y un joven había denunciado a la mujer que les había llamado, acusándola de malos tratos.

Logan pidió ver a su hermano, pero el policía le explicó que solo podría recibir una visita y que era mejor que lo hiciera más tarde, puesto que sería bueno que le llevara algo de comer. Él asintió, y salió de la comisaría para ir a su casa donde se esmeró en prepararle a su hermano un par de sándwiches de cuatro pisos cada uno. Su misión como hermano mayor era cuidarle.

La casa estaba muy silenciosa y esperaba que Zach saliera libre. Él no era el culpable de nada. Solo había defendido a su amigo como no pudo hacerlo cuando era un crío de dieciséis años. Pensó en llamar a sus padres, pero decidió esperar a hablar con su hermano. No quería preocuparles a lo tonto. Aunque sabía que debían contárselo, pero lo mejor era esperar a ver como avanzaba la cosa.

Logan recordó lo que el policía le había dicho. Alguien había denunciado a Jenna. Y su hermano tenía una prueba de esos maltratos. Fue a su habitación y sacó de un cajón un álbum de fotos que tenía Zach de Ezra y él. Lo abrió y sacó aquel trozo de papel que su hermano había leído cientos de veces. Era una prueba. Logan no pudo evitar volver a leerla.

Lo siento, Zach. Soy un cobarde. Nadie me creerá si cuento la verdad, sabes que Jenna Straub es una manipuladora y le dará la vuelta haciendo que

quede yo de malo. No puedo aguantarlo más y lo mejor es que me vaya para siempre. Si sobrevives y puedes leer esto, perdóname. Jamás quise hacerte daño. Lo sabes, tío. Y te lo he hecho de la peor manera posible, pues estás al borde de la muerte. Lo mejor es que me vaya de este mundo. Eres el mejor amigo que he tenido nunca y sé que querías ayudarme, pero nadie puede. Te quiero, tío. No lo olvides nunca.

Ezra.

Logan se secó los ojos recordando ese horrible año en el que casi pierde a su hermano. Esa tía tenía que pagar todo lo que había hecho, pues estaba convencido de que Jenna había hecho mucho daño en esos seis años. Ojalá se hiciera justicia.

A las siete de la tarde, salió de casa para ir a ver a su hermano. Esperaba que le dieran buenas noticias. Subió al coche y fue a arrancar, pero por más que giraba la llave sobre el contacto el coche no arrancaba.

—¡¡Joder!! —Golpeó furioso el volante.

Probablemente se le había jodido de nuevo la batería. Salió y fue a casa de Aria. Su hermano le iba a matar cuando se enterara que se había chivado a ella. Sabía que Neida tenía coche y podría llevarle, pero necesitaba la ayuda de Aria para convencerla.

—¿Logan? ¿Qué haces aquí? —preguntó al abrir la puerta.

—Es muy largo de contar, pero en resumen. Zach está en el calabozo y necesito llegar antes de y media para darle la cena. El coche no me arranca.

—¿Qué?! —dijo sorprendida.

—¿Qué ha pasado? —intervino Neida apareciendo por detrás.

—Neida —la llamó Logan por su nombre—. Sé que te caigo fatal. Tu a mí también, pero necesito que me lleves a la comisaría. Si cojo el autobús, no llegaré. No lo hagas por mí. Hazlo por Zach. Sé que te cae bien. Le diste tu teléfono.

Neida sonrió y cogió las llaves del coche. Puede que Logan no fuera de su agrado, pero no era tan mala y si estuviera en su lugar, querría que la llevara.

—¡Espera! —pidió Aria—. Me visto en dos minutos y os acompaño.

Ambos asintieron y la vieron correr como un auténtico pato. Logan y

Neida retuvieron las carcajadas al verla. Era mejor no enfadarla.

Tal y como había dicho, en dos minutos Aria estuvo lista y los tres se montaron en el coche de Neida. Logan comenzó a explicarles lo que había pasado en la cafetería de la universidad y ambas se quedaron sorprendidas. Sabían que la violencia de género abarcaba tanto lo femenino como lo masculino, pero los casos del segundo no eran muy abundantes. Aunque aquello no quería decir que no existiesen. Incluso muchos de esos casos no salían a la luz.

Aria estaba nerviosa. Temía que por su culpa, Zach hubiera hecho una locura. Quizá tendría que haber hablado antes con él, pero no encontraba las palabras. Comenzó a respirar profundamente rezando para que no fuera nada grave. Cerró los ojos intentando relajarse, pero los abrió de golpe al notar un volantazo.

—¡¡Pero estás loca!! —gritó Logan desde el asiento de atrás—. ¡Las rotondas se hacen en el sentido de las agujas del reloj!

—¡¡Ya lo sé!! Pero apenas cojo el coche y sois tan raros que tenéis que conducir por el lado contrario.

—¡Para el puto coche! Déjame conducir a mí o no llegamos.

—Es mi coche, por lo que yo conduzco y si no te gusta, ¡te saco de una patada en el culo!

—Inténtalo, nena.

—¡Cómo no os calléis os juro que vomito! —les advirtió Aria—. Estoy de los nervios y me estás poniendo mala, así que los dos callados.

—Joder con la vena madre... —soltó Logan.

Aria se giró para fulminarle con la mirada y al verla, él hizo un gesto indicando que cerraba la boca. Ella asintió antes de volver a mirar al frente. Enseguida llegaron y Neida aparcó.

—Solo puede entrar una persona —dijo Logan tendiéndole a Aria la bolsa con la cena de su hermano—. Creo que a Zach le gustara verte. Y ambos necesitáis hablar, aunque sea unos minutos. —Ella asintió—. Dentro de la bolsa, hay una nota. Dásela a Zach y dile que sería bueno que la entregara. Es una prueba.

Aria cogió la bolsa y le dio las gracias a Logan antes de salir. Pidió a

Neida que la esperaran y su compañera asintió.

Entró en la comisaría y preguntó en la recepción por Zach Lowell. El agente asintió y la guio por la comisaría mientras le explicaba que los testigos habían testificado a su favor. El chico solo estaba defendiendo a una víctima de malos tratos. El mismo que había denunciado a la mujer que les había llamado para detener a Zach. A primera hora del día siguiente le dejarían en libertad.

Aria le dio las gracias y al distinguir a Zach tras los barrotes, no dudó en correr como pudo hacia él.

—Aria —susurró su nombre y apoyó sus manos sobre las de ella, las cuales rodeaban los barrotes—. No quería que me vieras aquí. Ahora sí que querrás alejarme de ti. —Bajó la mirada.

—Logan nos ha dicho que solo estabas defendiendo a un chico de una mala mujer. Él asintió—. No quiero que te alejes. Nuestro hijo no podría tener un padre mejor que tú.

Al escucharla, Zach alzó la cabeza para mirarla a los ojos. Vio como Aria le sonreía levemente, incluso sus mejillas estaban sonrojadas.

—Eso quiere decir que...

—Te perdono, Zach. Pero aún tenemos mucho que hablar.

—Sí, sí, claro —suspiró—. Dios, Aria. ¡Gracias! Te prometo que no te fallaré jamás.

—Aún tengo miedo, pero sé que debo enfrentarme a él para que desaparezca.

—Te ayudaré con ello, te lo prometo.

Aria notó como los dedos de Zach comenzaban a acariciar de forma inconsciente sus nudillos y sus rostros estaban demasiado cerca. Carraspeó y se separó de él.

—Solo seremos los padres de nuestro hijo, Zach. Quiero aclarar que... no quiero ninguna relación.

—Lo sé, Aria. Solo seremos amigos.

—Sí. —Le tendió la bolsa que colgaba de su muñeca—. Logan te lo ha traído. Él me ha contado un poco lo que ha sucedido. Dice que dentro hay una nota que podría servir como prueba.

Zach la sacó y sin desdoblarla, enseguida supo qué era. Aria se fijó como las manos comenzaban a temblarle. Ella se mantuvo en silencio mientras él la leía. Vio cómo se pasaba los dedos de la mano derecha por los ojos para no derramar ninguna lágrima y sorbió por la nariz.

Zach hizo una seña al agente que lo vigilaba y se la tendió argumentando que era una prueba más para el caso de Jenna Straub.

—Señorita, tiene que irse ya.

Aria asintió y miró a Zach para despedirse de él. No quería marcharse, pero no le quedaba más remedio. Le pediría a Logan que le dejara ir ella a buscarle a la comisaría a primera hora.

Se giró para caminar hacia la salida, pero la voz grave de Zach la detuvo.

—Aria. —Él se quedó mirando embobado el perfil de su redondo vientre—. Estás preciosa.

Ella no pudo evitar sonrojarse. Bajó la mirada para que no lo viera antes de alzarla para sonreírle como respuesta.

Aria regresó al coche y se sentó en el asiento del copiloto expulsando un largo suspiro. Les contó que mañana le dejarían libre y que todo estaba bien entre ellos. Neida y Logan sonrieron al saber que le había perdonado.

Tras dejar a Logan en su casa, ellas regresaron a la suya y agotadas, se fueron a sus habitaciones a descansar. Ni siquiera cenaron. Con lo sucedido, ninguna de las dos tenía hambre.

El despertador de Aria sonó a las siete y media de la madrugada y enseguida se puso en pie para ir a la comisaría. Ya había hablado el día anterior con Logan para que le dejara a solas con su hermano.

Llegó puntual y entró en el momento en el que un policía entregaba a Zach sus cosas. Sonrió al verle de espaldas y no pudo evitar darle un repaso. Tenía un cuerpo de infarto y sabía que todo estaba muy bien proporcionado.

«Oh Dios, ¡malditas hormonas!», pensó al ver como imágenes lujuriosas pasaban por su cabeza.

—Hola —le saludó acercándose a él.

Zach se sorprendió al verla allí. Creía que era su hermano el que iría a buscarle, pero prefería mil veces a Aria que a Logan, aunque no lo diría en

voz alta.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—Le pedí a Logan que me dejara secuestrarte. —Sonrió—. Quiero hablar contigo de... todo.

—¿Has desayunado?

—Sí, pero quiero hacerlo otra vez. —Rio acariciándose el vientre—. Nos morimos de hambre.

Zach sonrió y tras ponerse su cazadora, ambos salieron para ir a una cafetería cercana donde hacían unos desayunos muy buenos. Lo hicieron entre risas. Ninguno de los dos quería hablar de lo que debían todavía.

—Logan estará en la universidad —le informó—. ¿Quieres que vayamos a mi casa y hablemos más tranquilos?

—Será lo mejor.

Zach decidió llamar a un taxi que les dejara en casa. Aunque a él le gustaba caminar, sabía que Aria se cansaría. Al llegar, Zach abrió la puerta y se hizo a un lado para que pasara ella primero.

Aria suspiró al entrar de nuevo en aquella casa. Le ponía algo nerviosa estar allí y a solas con él, pero sabía que no iba a suceder nada malo. O eso esperaba. Se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero antes de sentarse en el sofá. Zach se colocó a su lado.

—Antes de todo —comenzó a hablar Zach—. Déjame explicarte por qué me fui. —Aria suspiró y asintió—. Es cierto que me asusté, pero no por ser padre. Si no porque jodo todo lo que toco. —Aria frunció el ceño sin entender—. Me asustaba que estando a vuestro lado, sufrierais, porque todas las personas que me importan demasiado y no sean de mi familia, acaban desapareciendo.

—¿A qué te refieres?

—Para que lo entiendas, te contaré qué ocurrió ayer, pero para ello, debo retroceder seis años.

«Conocí a Ezra en el instituto. Por aquel entonces, yo vivía en Londres. Nunca me he relacionado demasiado con la gente, pero él y yo teníamos un vínculo muy fuerte y se convirtió en mi mejor amigo. Era como un hermano para mí. Un día, en una fiesta, conoció a Jenna y comenzaron a salir, pero su

novia no era como parecía. Tenía dos años más que nosotros y... le maltrataba. —Oyó a Aria expulsar un suspiro entrecortado—, le humillaba, le pegaba y le era infiel. Ezra nunca se defendía porque sabía que acabaría él mal. Simplemente bajaba la cabeza y lo asumía todo. Pero todo el mundo tiene un límite. —Bajó la mirada a sus pies—. Un día Ezra me llamó para despedirse de mí. Iba a suicidarse. Corrí a su casa y conseguí colarme para impedirlo. Llegué justo a tiempo. Ezra iba a cortarse las venas, pero para que tuviera más valor, se había emborrachado. —Aria vio como Zach levantaba su camiseta para mostrarle la cicatriz de su abdomen. Como hizo aquella primera vez que la vio, Aria alargó la mano para acariciarla—. Tuvimos un forcejeo y por accidente me apuñaló con el cuchillo que tenía en la mano para poner fin a su vida. Perdí mucha sangre y estuve dos meses en coma. Estuve al borde de la muerte. Cuando me desperté, mis padres y mi hermano estaban conmigo. Me dieron una nota en el que Ezra me pedía perdón. Se suicidó al día siguiente de mi ingreso. Se tiró al vacío. Más tarde me entere que Jenna huyó del país el mismo día que Ezra se suicidó como la cobarde que era. Los padres de Ezra trasladaron su cuerpo al cementerio de aquí. De Leicester, ya que su familia es originaria de aquí y están todos enterrados en el cementerio de esta ciudad. Es una de las razones por las que quise estudiar aquí. Es... como si estuviera conectado a esta ciudad. Sé que suena a locura, pero la vida, distintas situaciones, han hecho que crea eso.

Aria abrumada por aquella historia, le cogió de la mano y se la apretó para transmitirle ánimos. Entrelazaron sus dedos y Zach suspiró antes de continuar.

—Ayer, vi a la culpable de que Ezra acabara suicidándose en la cafetería de la universidad. Estaba con un chico que tenía todos los signos del maltrato. No pude estar quieto. Odio a esa zorra. —La miró con los ojos vidriosos—. Ezra era muy importante para mí y acabó por desaparecer para siempre, pero él no fue el único. Años atrás, Sophia también lo hizo. Todas las personas importantes para mí que no sean de mi familia, desaparecen. Por eso me fui, Aria. Necesitaba hablar con mi madre para saber qué hacer. Nunca quise abandonaros, pero si para que estuvierais bien debía alejarme de vosotros, lo hubiera hecho. Y aunque me muera de miedo, voy a cuidar de los

dos. —Se detuvo unos segundos—. ¿Sabes? Llevo años viviendo con la creencia de que hay algo malo en mí. La gente que se acerca demasiado a mí, se va. Y si os pierdo algún día, no sé cómo voy a levantar cabeza.

—Zach, lo siento mucho —consiguió decir Aria—. Pero tienes que entender que no hay nada malo en ti. Solo fueron malas experiencias. —Le acarició la nuca—. No me va a pasar nada por tenerte cerca. Ni a mí, ni al bebé.

—Tengo que ir creyendo que lo que pasó con Sophia y Ezra fue solo mala suerte. Coincidencias malas de la vida, pero me dolió tanto perderles, que no quiero pasar por ello más veces.

—¿Qué le pasó a Sophia? —quiso saber, pero Zach negó con la cabeza. No podía hablar de ella—. Vale, tranquilo. Lo entiendo.

—Gracias. Prometo hablarte de ella, pero... no puedo. Recordar lo de Ezra... ha sido demasiado.

Aria asintió y sin poder remediarlo más, se acercó a él para abrazarle. Zach la rodeó con sus fuertes brazos y hundió el rostro en su cuello para aspirar su dulce aroma. Se alegraba tanto de que por fin hubiera conseguido que le perdonara. Esta vez no iba a cagarla y debía ser positivo. Él no traía el mal a la gente. Debía hacer caso a su madre y a Aria. Solo fueron casualidades.

—Sé que te marchaste por nuestra seguridad —dijo Aria al separarse—. Lo entiendo tras lo que me has contado, pero no lo hagas otra vez. Me está costando mucho darte esta segunda oportunidad. No habrá tercera, Zach.

—De acuerdo, no la fastidiaré.

—Yo también tuve mucho miedo cuando me enteré de que estaba embarazada. Me asustaba ser la peor madre del universo y no poder darle a mi hijo todo lo que necesitara y sabes que estuve a punto de abortar —le relató y vio como igual que la primera vez que se lo confesó, se tensaba—, pero en el último segundo no pude.

—Pues no sabes cuánto me alegro.

Aria rio y asintió con la cabeza fijando su mirada en su barriga. No se cansaba de observarla.

—Y yo. Le quiero mucho.

—¿Has ido ya a la ecografía?

—No. La tengo mañana. ¿Quieres venir?

—¡Claro que quiero!

Aria sonrió y asintió feliz. Ahora esperaba que nada ni nadie estropearan aquella felicidad. Ya había sufrido bastante durante aquellos cinco meses y quería que, por una vez en ese tiempo, la vida le sonriera.

Zach le propuso pasar el día juntos para seguir hablando, aunque aquello solo era una excusa. Simplemente, quería pasar tiempo con ella y que viera que no pensaba dejarla sola. Aria aceptó encantada. Aquel día estaba siendo de los mejores de su vida.

Logan estaba muy preocupado. No sabía absolutamente nada de su hermano. Le había llamado al móvil, pero ese idiota no se lo cogía. Al salir de la universidad, fue directo a su casa, pero no había nadie en ella.

Pensó que podía estar con Aria, por lo que se encaminó hasta su casa, pero para su mala suerte, fue Neida quien le abrió.

—¿Si me pongo en ropa interior, me dejas pasar?

—No.

—Mucho no deben molestarte los tíos. Ayer te vi muy a gusto con uno.

—¿Qué? —preguntó Neida.

—Ayer. En la puerta de tu facultad. Hablabas con un rubio y te besó la mejilla.

—Ese rubio, se llama Jordan y es gay. Son admitidos.

A Logan se le dibujó una sonrisa al saber que aquel chico que le dio un beso en la mejilla era gay. Dio un paso hacia adelante para poder entrar, pero Neida, como se esperaba, no le dejó.

—¿Qué quieres, Logan?

—Saber si está aquí mi hermano.

—No. Aria me ha llamado. Pasarán el día en familia.

Logan suspiró. Será capullo. ¿Qué le costaba avisarle?

—Así que, estás sola.

—Sí.

—¿Por qué no me dejas entrar y nos hacemos compañía?

Neida se estaba poniendo muy nerviosa. Logan le hacía perder la cabeza

y la cordura y aquellos preciosos ojos verdes que la observaban con intensidad no estaban ayudando. Él aprovechó su desconcierto para dar otro paso consiguiendo entrar en la casa. Cerró la puerta tras de sí y continuó caminando hasta que Neida se chocó contra la pared y él la arrinconó con su cuerpo. No sabía qué cojones estaba haciendo, pero aquella chica le ponía a cien.

—Déjame quedarme contigo —le pidió.

—No —consiguió responder.

—Si vuelves a decirme que no, no respondo, Neida. Me pones mucho y sé que yo a ti también.

Agobiada por sus palabras y por sentir su fuerte cuerpo contra el de ella, alzó la mano y le abofeteó. No lo hizo demasiado fuerte, pero aquel sonido hizo que en segundos se arrepintiera y se tapara la boca. Vio como Logan cerraba los ojos y se llevaba una mano a su mejilla. Neida no podía ni hablar.

—No te haces una idea de lo que te haría ahora mismo, fiera.

—¿Q.. q... qué? —tartamudeó.

—Te cogería y haría que rodearas con tus piernas mi cintura. Te devoraría la boca y te follaría hasta que te quedaras afónica gritando mi nombre. Te arrancarías la ropa con los dientes y jugaría con esos apetitosos pechos. Te lamería los pezones y les daría un ligero mordisco que haría que mojaras las bragas en segundos. Después, saborearía esa humedad y cuando estuvieras al borde, te penetraría con fuerza. Duro y rápido. Y sé que me pedirías que te diera mucho más —susurró muy cerca de su rostro—. No te haces una puta idea de cómo me pones desde el día que nos conocimos. Me encanta tu labia y pasearte en ropa interior por mi casa fue mi puta perdición. Estoy completamente loco por desearte, pero lo hago. Y no me arrepiento.

Neida se había quedado con la boca abierta, pero su cuerpo había reaccionado a aquellas palabras. Estaba más caliente que un horno y notaba como sus bragas se habían empapado. Pero le entendía. Ella también estaba loca por sentir aquel deseo hacia él. Sus continuos juegos la excitaban y lo único que pensaba en ese momento era en follarle.

Neida se agarró a su cuello y saltó para enredar sus piernas entorno a su cintura. Posó sus labios sobre los de él y lo besó como llevaba semanas

deseando. Los labios de Logan eran cálidos y suaves y su boca muy exigente pues su lengua no tardó en llevar el control y recorrer cada cavidad de la suya. Oh Dios, su sabor era el mejor que había probado y con solo ese beso le estaba poniendo a mil. Siempre había dado importancia a los preliminares, pero definitivamente estaban sobrevalorados.

Neida comenzó a tirar de su camiseta para quitársela y se quejó por separarse de sus labios para deshacerse definitivamente de ella. Antes de que la tela tocara el suelo, ya estaba de nuevo besándole.

Logan anduvo con ella en brazos y se dejó caer en el sofá dejándola a ella sobre él. Sus rodillas quedaron apoyadas a ambos lados de sus caderas y sus sexos se rozaron por encima de la ropa.

—Joder, nena. —Le besó el cuello mientras metía sus grandes manos bajo la camiseta de tirantes que llevaba—. Esto es una puta locura, pero no quiero que acabe nunca.

Neida seguía sin poder hablar. No llevaba sujetador y sentir las expertas manos de Logan acariciando sus pechos le estaban haciendo perder la cordura. Queriendo mucho más, se deshizo de su camiseta y él no tardó en meterse uno de sus rosados pezones en la boca. Lo torturó con los dientes y la lengua haciéndole gritar. Deseosa de más, se frotó contra aquella impresionante erección y Logan gruñó al notar sus pequeñas manos en el botón de su vaquero. Cuando se lo soltó, él alzó las caderas para que pudiera quitárselo junto con los bóxers y él hizo otro tanto con ella.

—Logan, fóllame ya —pidió Neida.

—Espera. —La miró—. ¿Tienes condones?

—¡Joder, no! Me vengué de ellos junto con Aria. Creía que no los usaría en mucho tiempo —suspiró—. Y bueno, lo he hecho, llevo casi un año sin sexo.

Logan bufó y cogió sus vaqueros para sacar de la cartera un preservativo. Neida sonrió y se lo arrancó para colocárselo ella.

—¡Qué previsor!

—Siempre llevo uno desde que me enteré de que voy a ser tío.

Neida se sujetó a sus hombros y despacio descendió su cuerpo sobre el de Logan. Gimió al notar como se unían y comenzó a moverse.

—¡Qué bueno, nena!

—Dios, Logan —gritó su nombre cuando él comenzó a guiar sus movimientos—. ¡No pares!

Logan posó una mano sobre su nuca y la atrajo hacia él para besarla de nuevo. No se cansaba de saborearla. Maldecía por no haber dado antes ese paso. Estar dentro de Neida era increíble y sabía que no tendría bastante con una vez. La quería todos los días en su cama y sobre todo, quería ver como se paseaba por su casa en ropa interior. Cogerla y volver a hacerle gritar como estaba haciendo en ese momento. Aquella loca finlandesa le volvía loco y era toda suya. El clímax les invadió y exhaustos se quedaron abrazados.

Neida sonrió y posó un beso en la zona alta de su cuello. Aquello había sido increíble. Y no iba a ser tan idiota cómo para alejarle de ella cuando lo único que deseaba era pasar mucho más tiempo con él. Definitivamente, había perdido la cabeza. ¿De verdad estaba dispuesta a estar con un hombre? Pero solo sería sexo, no había nada malo en ello. No pensaba enamorarse. Logan no despertaba sentimientos en ella. Aunque se quedó pensando. ¿Estaba segura de ello? No demasiado, pero sí de una cosa. Logan le atraía y el sexo había sido la hostia.

—Dime que no vas a echarme —pidió Logan—, dime que quieres repetir tanto como yo.

—Sí quiero —susurró en su oído.

—¡Oh, nena! ¡Acabas hacerme el hombre más feliz del mundo!

Volvieron a besarse, pero enseguida se separaron al oír cómo la puerta se abría. Cada uno cogió una almohada del sofá y se taparon con ella al ver a Aria entrar en el salón con varias bolsas.

—¡Oh Dios! —Fue lo único que pudo decir al ver a aquellos dos desnudos en el sofá.

—Aria, yo... —comenzó hablar Neida.

—Mira, luego me cuentas lo que quieras, ahora hacedme sitio que esto. —Se señaló la barriga—, pesa y vengo agotada.

Aria caminó pero antes de sentarse entre los dos, al ser consciente de lo que habían hecho, apoyó la mano en el respaldo del sofá y se impulsó para volver a quedarse de pie.

—No, prefiero que lo limpiéis primero y la almohada con la que te estás tapando el pajarito, también Logan.

—Claro —contestó como pudo.

—Veo que los hermanos Lowell tenéis afición de follar en los sofás. — Rio recordando su noche con Zach.

Aria subió a su habitación para dejarles algo de intimidad y así aprovechar para chivarse a Zach de lo que acababa de contemplar. Le había gustado pasar el día con él y al día siguiente irían juntos al ginecólogo. Se alegraba de haberle dado aquella oportunidad y su bebé no había dejado de moverse al escuchar la voz de su padre. Él o ella también estaba feliz por ello. Aria estaba deseando que pasaran las horas, no solo para saber qué tal iba todo ahí dentro, sino para volverle a ver.

Capítulo 19

Zach y Aria aguardaban en la sala de espera a que les llamaran. Zach no recordaba la última vez que había estado así de nervioso y ansioso a la vez. No se podía creer que en unos minutos fuera a ver a su hijo y no solo eso, sino que si se dejaba ver, sabrían el sexo del bebé.

Mientras esperaban, habían estado hablando de sus preferencias. Aria le había contado que una semana antes de cumplir el primer trimestre, había tenido en el trabajo una amenaza de aborto y que desde entonces, vivía asustada por si algo no iba bien, por lo que aquello era lo que más le importaba. Que todo fuera bien. El sexo del bebé le era indiferente. Siendo niño o niña, le querría igual.

Durante la espera, Zach no pudo evitar ver como el resto de la gente que había cuchicheaban en voz baja mientras les miraban. Eso no le gustó nada. Puede que tanto Aria como él fueran demasiado jóvenes para ser padres, pero estaba seguro de que serían mejores que otros de más edad, pues muchos de ellos maltrataban o no se ocupaban de sus hijos. Aria y él iban a luchar para que al niño que tuvieran no le faltara de nada.

—¡Para quieto con la pierna! —le pidió Aria—. ¡Me estás poniendo de los nervios!

—¿No me digas que tú no estás nerviosa por ver cómo va todo?

—Claro que lo estoy, pero deberías saber, señor psicólogo, que no es bueno que me altere, ya que todos mis estados de ánimo se transmiten al bebé por el cordón umbilical.

—Lo sé, pero yo soy el padre y puedo estar nervioso por los dos.

Aria rio levemente y sin poder evitarlo se quedó mirando a la mujer que tenía frente a ella. No tendría menos de cincuenta años y la observaba con desaprobación. Podría escuchar sus prejuicios hacia ellos. Apartó la mirada incómoda y Zach pareció notarlo, pues se acercó para hablarle al oído.

—Ignórales. Juzgan sin saber, Aria. Debes estar orgullosa de lo que estás haciendo. Cuando nazca, tendremos un bebé precioso y ellos seguirán

con sus vidas amargadas y juzgando, mientras nosotros disfrutamos de nuestro pequeño.

Sentir su boca tan cerca de ella le produjo un escalofrío que logró disimular. Zach le atraía demasiado, no lo negaba. Lo hacía desde el primer día. Aquel chico tenía algo. Le transmitía una tranquilidad solo con estar cerca de él que nadie conseguía. Cuando estaba a su lado, sentía que todo estaba bien.

Zach no debería haberse acercado tanto. Aria le volvía loco desde el instante en el que se conocieron. Debía salvaguardar las distancias. Ella así lo quería y no iba a volver a fastidiarla. Se lo había prometido. Pero aspirar su dulce aroma le había hecho perder parte de su cordura. Aún no sabía qué le pasaba con ella. A pesar de no haberla visto en meses, su cabeza la recordaba. No era como otras chicas con las que había estado. Y lo sabía, porque no se acordaba de ninguna y eso que había compartido con ellas más que con Aria. Y no solo era el hecho de que Aria no saliera de su cabeza, sino que además en sus veintidós años, jamás había hecho tantas locuras por una chica. ¡Por Dios, si hasta le había grabado una canción en español! Si unas semanas atrás le hubieran dicho que iba a hacer aquello, no lo habría creído.

A pesar de aquello, Aria tenía razón. Lo mejor para ellos y el bebé, era llevarse bien como amigos a forzar una pareja y que todos acabaran por pasarlo mal. Estaba convencido de que aquello que sentía por Aria era mera atracción. Y embarazada lo hacía mucho más. Estaba jodidamente preciosa con esa tripa.

—No me gusta que me juzguen. —Bajó la mirada—. Sé que no debería importarme lo que los demás piensen, pero lo hace. Más que por mí, por el bebé —suspiró—. No soporto que lo insulten o que piensen que será un desgraciado.

—Pues vamos a cerrar bocas demostrando que no será así.

Aria le miró sonriendo y le susurró un «gracias». Zach estaba siendo un gran apoyo en aquellos momentos y se sentía más segura con él a su lado.

Una mujer vestida de blanco y con una carpeta en la mano, salió y llamó a Aria para que pasara a la consulta 115. Ambos se levantaron y Aria aguantó la risa al escuchar como aquella enfermera había pronunciado su apellido.

—Buenos días —les saludó una mujer morena con una sonrisa—. Sentaos.

La sala estuvo unos segundos en silencio mientras la ginecóloga miraba algo en el ordenador, probablemente el expediente médico de Aria.

—¿Cómo lo llevas, Aria?

—De momento bien. Ya no tengo nauseas, aunque el cansancio no desaparece.

—Es normal, no te preocupes. —Sonrió—. Veo que acabas de entrar en la semana 20 de la gestación. Ya estás en la mitad del periodo. —Se levantó de la silla—. Pues tumbate en la camilla y vamos a ver cómo va todo. Te vamos a hacer una ecografía 3D.

Zach y Aria se levantaron y tras colocarse en la camilla, Aria se levantó el jersey y la camiseta de tirantes básica que llevaba por debajo, para dejar al descubierto su abultado vientre. Sonrió al ver cómo Zach se quedaba mirándolo. Era la primera vez que veía su tripa al descubierto y a él simplemente le pareció perfecta. ¡Dios, cómo quería tocarla! ¿Le dejaría? Le encantaría recorrer aquella perfecta redondez, pero sobre todo, notar a su hijo moverse, ¿y por qué no? Depositar en ella un pequeño beso y hablarle para que su pequeño supiera que él estaba a su lado.

Zach se colocó a su lado y sin estar muy seguro, cogió a Aria de la mano mientras se sentaba en el taburete que había al lado de la camilla, al otro lado de donde se colocaba la ginecóloga. Aria aceptó su gesto y le dio un ligero apretón mientras ella expulsaba el aire retenido en sus pulmones con un ruidoso suspiro. Zach notaba cómo su mano temblaba. Estaba igual que él. Nerviosa y asustada.

La ginecóloga echó en el vientre un líquido transparente y algo espeso y con un aparato comenzó a expandirlo por toda la piel. La doctora lo movió hasta que en la pantalla apareció en color sepia la carita de su bebé.

Aria no pudo evitar emocionarse al verle. Simplemente era perfecto. Le vio abrir la boca y meterse una manita en ella.

—Creo que no le gustan las cámaras —bromeó la ginecóloga al ver como se tapaba la cara con los brazos.

Zach y Aria rieron y ella giró un momento el rostro para verle. Zach

estaba completamente embobado viendo la pantalla y con una tierna sonrisa en los labios. Seguro que estaría pensando lo increíble que era que ese pequeño estuviera allí gracias a él.

—¿Queréis saber el sexo?

—¿Se ve? —preguntó Aria y la ginecóloga asintió—. ¡Claro!

—Pues es una niña.

Aria y Zach se miraron y se sonrieron al saber que iban a tener una hija. A la futura mamá se le escaparon unas lágrimas. Estaba muy emocionada. Tras varios minutos revisando las medidas y descartar malformaciones, salieron de la consulta con tres fotos de la ecografía en 3D que le habían hecho. Zach no podía parar de mirarla. Su pequeña era perfecta. Tenía una nariz muy pequeña y achatada y con sus manitas se tapaba la cara. Estaba deseando que naciera para cogerla en brazos. ¡Jamás se había sentido así! Su felicidad en aquel momento era completa.

Zach condujo hasta el barrio donde ambos vivían, pero aún no quería despedirse de Aria, por lo que la invitó a su casa. Aria aceptó. Neida le había dicho que aquella tarde había quedado, pero le pidió que en cuanto saliera de la ecografía le mandara una foto y le hiciera un resumen de cómo iba todo.

Le había mandado varios WhatsApps y Neida le contestaba con preguntas. Quería saberlo todo. Antes de que Zach aparcara en el garaje de su casa, Aria vio como Neida le había mandado una foto y rio al verla. En ella, salía su compañera con la boca abierta en el centro comercial y con un vestidito rosa en las manos. Debajo de la foto le había escrito algo.

Neida

El primer vestidito de mi ahijada.

Cuando Zach detuvo el coche, Aria le enseñó la foto y él también sonrió al verla. Al salir del vehículo, él le pidió que le diera una de las ecografías. Quería tener una con él.

Entraron en la casa y vieron a Logan poniéndose la cazadora. Estaría a punto de irse.

—¡Mira qué niña más bonita voy a tener, hermano! Es... ¡es preciosa!

Logan cogió aquella foto que su hermano le enseñaba y frunció el ceño. Solo veía una cara arrugada y grande. No era preciosa. ¡Era un trozo de carne

arrugado! Parecía una pasa.

—No sé dónde la ves preciosa. ¿Le falta un dedo? —Achinó los ojos.

—¿Qué le va a faltar un dedo? —Bufó Aria—. Lo tiene escondido.

—Eres un envidioso, Logan —le dijo su hermano—. Mi hija y tu sobrina es preciosa.

—Cuando nazca y no haga más que llorar, comer y cagar, ¡me lo cuentas! —Le dio una palmadita en la espalda—. Os dejo, que he quedado.

—¿Un martes? ¿Con quién has quedado? —le preguntó Zach.

—Apuesto a que con una chica castaña, de ojos grises, finlandesa y algo loca —intervino Aria.

Logan fue a responder, pero cerró la boca o se le vería más el plumero. Le jodía admitir que Neida le había tocado la fibra sensible. Desde el día anterior no había dejado de pensar en ella y en repetir lo sucedido. Su loca finlandesa le volvía loco. Le encantó tener su menudo cuerpo entre sus brazos y notar la suavidad de su piel bajo sus manos y sus labios.

—Sí, pero no os hagáis ninguna ilusión. Solo nos llevamos bien cuando vamos con poca ropa.

Aria puso una mueca de desagrado antes de soltar una leve carcajada. Zach y ella se despidieron de Logan y ellos dos se quedaron solos de nuevo.

—¿Quieres tomar algo?

—No, ahora mismo no me apetece nada.

Él asintió y se acercó a ella. Iba a pedirle aquello que se moría por hacer desde el día en el que sus caminos volvieron a cruzarse.

—Aria... me da un poco de corte preguntarte o más bien pedirte esto, pero... ¿puedo tocarla? —Le señaló el vientre.

Ella no pudo evitar sonreír. Estaba demasiado adorable pidiéndole permiso para acariciar su barriga.

—No tienes que pedirlo, Zach. Puedes tocarla siempre que quieras —le respondió—. Ven, ayúdame.

Él la siguió hasta colocarse en el centro del salón. Cogió las manos de Zach y le pidió que la ayudara a sentarse en el suelo. Cuando lo hizo, Aria se colocó a lo indio y se quitó el jersey gris que llevaba para quedar vestida con una camiseta básica de tirantes negra. Se la subió hasta quedar por debajo del

pecho y le miró desde el suelo.

—Colócate a mi espalda.

Zach se sentó en la mullida moqueta tras de ella acomodando sus piernas a cada lado de su cuerpo para que Aria quedara entre ellas.

—Acércate más. No muerdo.

Él sonrió antes de hacer lo que le pedía y acabó por pegar su fornido pecho a su espalda. Aria cogió sus manos y despacio las guio hasta colocar ambas en su estómago. El calor que desprendían hizo que Aria emitiera un leve jadeo. Hizo que las moviera por toda aquella curvatura hasta que vio como él cogía confianza. Soltó sus manos y dejó reposar las suyas sobre sus piernas cubiertas por unas mallas negras.

—Cuando le hablo, ella me responde. Yo lo hago en español, pero creo que le gustaría escuchar a su padre hablarle en inglés —le susurró.

—¿Qué le digo?

—Lo que sea. —Giró el rostro para mirarle—. Lo que le gusta es escuchar nuestras voces.

Aria volvió a girarse y Zach detuvo sus manos que posaban alrededor de su ombligo. Estaba muy nervioso. No sabía qué decirle, pero quería sentir como su pequeña se movía.

—Hola, mi pequeña. Soy papá. —Acarició el vientre con los pulgares—. Sé que mamá y tú os enfadasteis mucho conmigo, pero quiero que sepas que siempre me vas a tener aquí. Cuando llores, me levantaré para calmarte, cuando rías, lo haré contigo, cuando me lo pidas, jugaré contigo y sobretodo, espantaré a todos los chicos que intenten salir contigo.

Aria soltó una carcajada y negó con la cabeza. Zach rio con ella, pero ambos se quedaron en silencio cuando notaron como la niña se revolvía. Se quedaron embobados observando cómo se movía el vientre cuando el bebé lo hacía. Zach retomó las caricias y pegó más su cuerpo al de Aria para intensificarlas.

—Le gustas —dijo Aria sin perder la sonrisa.

—Yo la quiero.

Al escuchar aquello, Aria volvió a girar la cabeza y él también lo hizo para mirarla. Sus rostros estaban muy cerca y Zach se acercó más a ella para

que sus frentes se juntaran. Él rozó su nariz con la de ella y ciñó más su cuerpo al suyo. La necesitaba más cerca y se moría por besarla.

Sus alientos chocaban y sin poder evitarlo, Aria cerró los ojos y entreabrió la boca. La mano que reposaba en su delgada pierna se posó en su fuerte brazo. Lo acarició en dirección ascendente hasta posar la palma de su mano en su mejilla. El corazón le latía a un ritmo frenético y unos nervios se instalaron en ella. Quería volver a sentir sus labios contra los de ella. Pero no se atrevía a lanzarse, aunque sí que le acarició con el pulgar aquellos labios. Estaban calientes y sintió como Zach depositaba un leve beso en su dedo. Abrió los ojos y su penetrante mirada hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo. Era tan intensa, tan profunda... que conseguía que por dentro se derritiera y su sangre se transformara en lava.

Ninguno supo quién fue el que eliminó aquella distancia que los separaba, pero en ese momento aquello era lo que menos les importaba. Cuando sus labios se tocaron ambos reaccionaron de inmediato ante aquel leve contacto. Un cosquilleo recorrió sus cuerpos y Aria abrió la boca para dejar que Zach la besara como ambos deseaban. Su lengua entró en ella, al principio tímida, pero al degustar su sabor, devoró su boca como llevaba meses ansiando. Desde que se besaron por última vez hacía cinco meses.

Aria dejó que Zach recorriera cada lugar de su interior y ella hizo otro tanto con él. Enredaron sus lenguas y ella se volteó ligeramente para tener mejor acceso. Notó como él posaba una mano en su nuca para atraerla más hacia él y ella se abrazó a su cuello para intensificar aquel excitante y placentero beso. Un gemido se le escapó y se separaron unos segundos para tomar aire, aunque no tardaron en volver a besarse. Se anhelaban. Se deseaban. Y no habían tenido suficiente. Querían mucho más.

Sus cuerpos encajaban a la perfección y ninguno de los dos quería que ese momento acabara, pero la niña que ambos esperaban hizo que Aria regresara a la realidad y se apartara.

Se tapó la cara con las manos y sin poder evitarlo, se puso a llorar en silencio. ¿Qué estaba haciendo? Ambos habían dejado claro que una relación no entraban en sus planes y ella no estaba dispuesta a fastidiarlo todo por una simple atracción que sentía por el padre de su hija. ¿Pero de verdad aquello se

resumía a una atracción?

—Lo siento mucho, Aria. No he debido...

—No, Zach. No ha sido culpa tuya. —Le miró—. Yo... lo deseaba, pero sigo rota Zach. Yo nunca voy a estar preparada para tener una relación, porque me da mucho miedo correr la misma suerte que mi hermana. Por eso quise dejar claro que solo seríamos amigos, porque eres bueno. Y te mereces a alguien que pueda estar contigo sin miedo.

—¿Qué te pasó, Aria? —preguntó.

—A mí no mucho a decir verdad, pero a mi hermana, Lara. Le pasó todo.

Zach al verla llorar de nuevo al pensar en su hermana, se acercó a ella un tanto nervioso por si le rechazaba, pero al ver que no lo hacía, pasó una mano por sus hombros para que posara la cabeza en el hueco de su cuello.

—Lara y yo éramos gemelas. Éramos dos gotas de agua, pero personalmente, no podíamos ser más distintas. A ella le encantaba jugar a las princesas, disfrazarse con pomposos vestidos y cantar todas las canciones de Disney. Mientras que yo prefería jugar al fútbol, hacer batallas de barro con los chicos y ver mis dibujos favoritos en inglés. Dios. —Rio con tristeza—. Lara odiaba que los viera en inglés y mucho más que le hablara en ese idioma, pero ante todo, nos queríamos con locura. ¿Sabes qué hacíamos cuando nos enfadábamos? —Zach negó con la cabeza—. Teníamos una manta que la bautizamos como la manta de los abrazos. Así que para pedirnos perdón, la cogíamos, nos cubríamos con ella y nos abrazábamos para dejar de estar enfadadas. —Zach sonrió al escucharla y vio como a Aria se le escapaba una lágrima—. Traje la manta a Leicester. Y la sigo usando cuando necesito a Lara cerca —le confesó—. Cuando empezamos la universidad, Lara conoció a Rafa y enseguida se enamoró de él. Mi hermana siempre me hablaba de él con una sonrisa en la cara. Me decía que era el hombre de su vida y que se veía casándose con él y teniendo cinco hijos. —Rio al recordarlo—. Pero Rafa no era quien decía ser. A los meses de estar juntos, empezó a controlarla y a amenazarla verbalmente. Lara comenzó a asustarse, pero no nos dijo nada. Y yo me enteré por casualidad. Un día llegué al piso que ambas compartíamos dos horas antes y me encontré a Lara

llorando en la ducha. El agua estaba roja por la sangre y su rostro lleno de heridas. Me acuerdo perfectamente de su espalda. Llena de puntos de quemaduras de cigarrillos. Rafa sabía dónde hacerle daño para que nadie sospechara. Disfrutaba maltratándola. —Sollozó—. Siempre estaba sobrio cuando le hacía una nueva marca. Intenté convencerla de que le dejara y denunciara, pero Lara tenía tanto miedo. Y no solo eso. Decía que se merecía aquello. Que era la vida que se había ganado ¿Cómo podía pensar algo así? Nunca sabes qué pasa por la cabeza de la persona que sufre el maltrato. Desde fuera tú tienes claro qué harías. Que no vas a consentir aquello, pero cuando estás de lleno sufriendolo, es todo muy distinto. Lara se sentía culpable y avergonzada. Humillada Mala persona. Cuando le pegaba y le encontraba la nueva marca, me decía que solo había sido culpa suya por no obedecer o por cualquier cosa. —Sintió una arcada—. No quería ir al médico ni denunciar ni absolutamente nada. Cuando se lo proponía, lloraba y me decía que Rafa no se merecía eso. Que era bueno... Dios, no sé cómo podía pensar que lo era, pero es lo que te he dicho. No sabes qué pasa por la cabeza de la víctima. Cuando la convencía para ir al ambulatorio, procuraba no derrumbarme. Tenía golpes de muebles, de patadas, de sus propias manos e incluso escupitajos en la cara. Y después, llegaba él, lloraba y le pedía perdón. Le prometía que no iba a volver a ocurrir. Le decía que la amaba y la trataba entre algodones durante unos días. Y ella le perdonaba. Lara me hizo prometer que no les diríamos nada a nuestros padres y ahora me arrepiento de haber cumplido esa promesa. —Comenzó a llorar con fuerza y Zach la apretó más contra su cuerpo—. Visitamos muchas veces el hospital y en una de aquellas visitas, Lara conoció a Pablo. Él se interesó por su caso y la ayudó. Pasaban mucho tiempo juntos y se acabaron enamorando. Lara aprendió lo que era amar y que te amaran de verdad. Pablo le ofreció ayudarla a marcharse lejos de Rafa para que estuviera a salvo y el día antes a que Lara se fuera, Rafa descubrió todo. Yo había salido unos minutos al cajero y cuando regresé, la oí gritar. Dios, Zach, te juro que corrí, como nunca lo había hecho. —Cerró los ojos con fuerza al recordar aquello—. Pero no lo suficiente. Vi cómo la mataba ante mis ojos. —A Zach le dio un vuelvo el estómago al escuchar aquello—. Después, él me miró mientras yo abrazaba a Lara y me

confundió con ella. ¡Estaba completamente loco! Intentó matarme a mí, pero no pudo, pues oyó unas sirenas y huyó.

—Joder, Aria. Lo siento muchísimo. —Le besó la frente abrumado.

—La historia no acaba aquí. —Pasó sus brazos temblorosos por su cintura para abrazarse más a él. Necesitaba sentir esa seguridad que solo él le proporcionaba—. Cuando estaba en el hospital, él se coló y quiso volver a intentarlo. Seguía creyendo que era Lara. Me decía «eres igual que ella... eres ella. Eres Lara y vas a morir». Quería matarme y lo intentó ahogándome. Sus manos eran muy fuertes debido a su pasión por el rugby. Por suerte, volvió a fallar ya que conseguí pulsar el botón del mando para que la enfermera viniera y él se fue antes de acabar el trabajo conmigo. No pudo huir. La policía le cogió pero al no tener suficientes pruebas contra él y al carecer de antecedentes, yo debía declarar. No lo hice. Solo con volverle a ver ya me temblaba el cuerpo. Me asusté y hui. Y a partir de ahí ya conoces el resto. Logan y tú me encontrasteis y hasta aquí.

Aria se secó las lágrimas y Zach no sabía qué decir. Recordaba perfectamente las marcas de su cuello y lo asustada que estaba. Aquella noche, ambos hablaron de que fueron víctimas indirectas de un maltrato. También recordó cómo le dijo que si se hubiera quedado en España, su caso puntual habría dejado de serlo y entendía por qué. Aquel hijo de puta habría ido a por ella pensando que era su hermana Lara. Ese tío estaba completamente loco y esperaba que se hiciera justicia. Ojalá se pudriera el resto de su vida en la cárcel, pero Aria le había dicho que no declaró, por lo que ese despreciable ser estaba en libertad.

—Lo siento tanto, Aria. Nadie debería pasar por algo así y sabes que te entiendo. Conoces lo que le sucedió a Ezra. —Ella asintió—. Y es normal que tengas miedo tras ser testigo de lo que tu hermana vivió, pero quiero que sepas que como amigo siempre estaré aquí para protegerte y no permitiré que nadie te haga daño. Así que no temas enamorarte. ¡Hazlo! Porque no dejaré que pases por lo de tu hermana. Allí fuera. —Señaló a la ventana—. Habrá alguien perfecto para ti y si lo encuentras, debes luchar por él. ¿Vale?

Aquellas palabras a Zach le sentaron como cuchillos. No quería ver a Aria en los brazos de otro tío y le dolería mucho que su hija también le

llamara papá al novio de Aria. ¡Joder, todo era demasiado complicado! Cuando la había besado se había sentido completo. Ellas dos eran su familia y no quería renunciar a ella. Pero debía cumplir con la promesa que le había hecho a Aria. No complicarían las cosas, aunque él se muriera de ganas de complicarlas. De momento, iba a disfrutar de cada segundo su lado.

—Vale —respondió Aria enjuagándose las lágrimas y deshaciendo el abrazo en el que se había sentido protegida aquellos minutos que duró su historia—. Eres la primera persona a la que le hablo de esto. La primera que conoce la historia al completo.

—¿De verdad? —Ella asintió y ambos se quedaron unos segundos callados. Zach se quedó pensando en todo lo que le había contado y una idea le pasó por la cabeza. Miró el vientre de Aria y posó de nuevo una mano sobre él—. ¿Te... te gustaría que llamáramos a la niña Lara? —le preguntó un tanto inseguro.

Aria le miró con los ojos muy abiertos y se puso a llorar de nuevo con intensidad.

«Malditas hormonas, ¡las odio! Me han convertido en una llorona», bramó Aria en su cabeza. Se sentía avergonzaba por haber llorado tanto delante de él.

Zach maldijo en voz baja y la abrazó pidiéndole perdón, argumentando que solo había sido una idea y que esperaría a que ella decidiera el nombre.

—No, no, no es eso —dijo Aria cuando consiguió hablar—. Es que... me ha hecho mucha ilusión que propusieras ese nombre, que quieras que a nuestra hija la llamemos como a mi hermana. —Le sonrió y él suspiró aliviado.

—Es un nombre precioso y creo que así tu hermana estará más cerca de vosotras dos.

—Lara Lowell —susurró Aria poniendo sus manos sobre la de él que reposaba en su estómago—. Es perfecto.

Capítulo 20

—¡¡Neida!! —recriminó Aria a su amiga.

—¿Qué?

—¿En qué quedamos?

—No, no, ¡quedaste tú! Ya te dije que yo iba a malcriar a mi ahijada.

Aria suspiró mirando las nuevas cosas que Neida había comprado a Lara. Esa mañana la había despertado para llevarla a la buhardilla antes de que se fuera a sus clases. Aria ya sabía que ahí arriba había ya varias cosas para el bebé, pero ahora Neida había añadido dos más para la colección. Un cochecito de color rosa y un armario lleno de ropita. Definitivamente, Logan tenía razón. ¡Neida estaba como una regadera!

—Además, si te sirve de consuelo, lo he pagado a medias con el padrino.

—¿El padrino?

—¡Ese soy yo! —dijo Logan a sus espaldas.

Aria dio un brinco al escucharle y se llevó una mano al pecho. No sabía que hubiera pasado la noche allí. Cuando regresó el día anterior de trabajar, Neida estaba sola y con una cara de felicidad pura. Lo único que se le ocurría era que Logan había hecho como Romeo y de madrugada se había colado por la ventana en la habitación de su amiga. Menos mal que no les había escuchado. Ya había sido suficiente para ella verles desnudos en el sofá. Aunque cuando lo hizo estaba tan cansada que le dio igual pillarles. Lo único que le quería en aquel momento era tumbarse.

Cuando Logan se fue, Neida fue a su habitación y comenzó a explicarle a Aria lo que había sucedido. Le dejó claro que no iba a volver a dejar que un hombre le hiciera daño, así que solo disfrutaría del sexo sin sentimientos de por medio. Aunque tras decir aquello, Neida la miró y le confesó que lo más probable es que aquello se complicara. Pensó en llamar a Logan para no volver a verse, pero Aria la convenció para que simplemente disfrutara de lo que le llegaría. Se notaba a la legua lo que ambos se gustaban y sabía que si

Neida cortaba, no dejaría de darle vueltas a la cabeza pensando si había hecho lo correcto.

—¿Has pasado la noche aquí? —le preguntó Aria.

—No. Neida me llamó a las seis para que viniera a montar el armario y el cochecito. —Miró embobado a la chica que le volvía loco—. Y así de paso, vamos juntos a la universidad.

—Dejad de follar con la mirada un momento —se interpuso Aria—. ¿Padrino?

—Se autoproclamó ayer al enterarse de que yo soy la madrina.

—Bueno. —Rio Aria—. Tendrás que hablar con tu hermano. Yo elegí la madrina. —Ee agarró al brazo de Neida—. Él debe escoger padrino.

Minutos después, Logan y Neida se despidieron de Aria y esta regresó a la cama para continuar descansando. Aunque le fue imposible conciliar de nuevo el sueño. El día de ayer había sido demasiado intenso. Se sentía más ligera al quitarse el enorme peso que llevaba a sus espaldas. No sabía de donde había sacado el coraje para hablarle de Lara a Zach, pero no se arrepentía. Era cierto que le había dolido mucho recordar aquello, pero tras aquel sufrimiento, ahora se sentía muy aliviada. Pero lo que de verdad recordaba era aquel beso. Simplemente había sido perfecto. Se había sentido completa y protegida esos intensos segundos y le habría encantado parar el tiempo. Zach le hacía sentir cosas nuevas. Nunca lo había admitido, pero su cabeza llevaba desde que le conoció pensando en él. No podía sacarlo de su mente. Recordó algo que leyó: Sentir atracción por una persona solo dura cuatro meses. Si excedes ese tiempo, estás enamorado. Pero ella no podía estarlo. Era verdad que le encantaba estar junto a él y que en ese momento, no se veía conociendo a un chico. No quería conocer a nadie más. ¡Pero aquello era una locura! Solo hacía dos semanas desde que se habían reencontrado. Aunque en esos quince días, Zach ya había hecho más por ella que ningún otro chico.

—Ay, pequeña —habló a su hija en castellano—. Tengo que quitarme estos pensamientos. No estoy preparada para complicarme, aunque sea lo que más desee. Tú de esto a papá ni mu. —Sonrió—. Es nuestro secreto.

Finalmente, optó por levantarse y poner en la casa algo de orden. Neida

le prohibía limpiar desde la amenaza de aborto, pero ella se aburría como una ostra y su compañera no iba a enterarse. Aunque primero tomó un buen desayuno. Por la mañana tenía un hambre atroz, pero cuando empezaba a llegar la noche, el estómago se le cerraba. Cada día llegaba a las nueve a casa tras salir del Jones y lo único que quería al llegar era tumbarse. Acababa agotada y le preocupaba que cuando la niña creciera, no pudiera continuar.

Tras terminar su desayuno, metió los utensilios en el lavavajillas y lo puso en el momento que alguien llamaba a la puerta. Aquello le extrañó. Se colocó bien el pijama que llevaba y se peinó un poco con los dedos antes de abrir, como no, sin mirar o preguntar antes quién era. Aquella mala costumbre inglesa se le estaba pegando.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida.

—Vale, te prometo que yo no he organizado nada esto y que es una encerrona para mí también.

Zach entró en su casa y comenzó a dar vueltas nervioso por el salón mientras se pasaba las manos por el pelo. Aria cerró la puerta y se acercó a él para cogerle por los brazos y que se estuviera quieto. Le estaba poniendo histérica.

—¿Qué ha pasado?

—Mis padres están aquí.

—Vale, y eso ¿qué tiene de malo? —Alzó las cejas sin entender absolutamente nada.

—Pues que quieren conocerte.

Aria pestañeó varias veces y puso su boca en forma de O para hablar, pero las palabras no salían por su boca. ¡Tenía que haber oído mal! ¡¿Por qué diablos los padres de Zach estaban allí para conocerla?! Vale que fueran los abuelos de Lara, pero esa especie de familia que iban a formar, no era como otras. Ella no era la pareja de su hijo. ¡A saber qué pensaban de ella! ¿Y si eran muy tradicionales y habían ido a Leicester para obligarles a casarse? Ay Dios. ¡Aquello era una locura! Lo único que podía pensar en ese momento era coger su maleta y largarse al Polo Norte con los osos polares. Seguro que ellos le daban menos guerra.

—¿CÓ... cómo?

—Sabes que me fui a Londres cuando me enteré para hablar con mi madre. —Ella asintió—. Bien, pues le conté todo Aria. Pero tranquila, sin detalles. Mis padres saben que voy a ser padre y mi madre me dijo que quería conocerte, pero claro, ¿cómo lo hago? —Ella frunció el ceño—. A ver no me avergüenzo de nada de esto, pero qué les digo. «Papá, mamá, os presento a Aria. No somos novios, solo amigos. Ah y se me olvidaba comentaros que igual regresa a su país y no vuelvo a ver nunca más a mi hija».

Aria dio un paso atrás enfadada por aquello último que había dicho. ¿Qué volvería a España y le apartaría de su hija? Aunque no podía negar que había parte de verdad en aquello, pero deberían hablarlo cuando llegara el momento. Encontraría la forma de no privarle de Lara. No era ninguna víbora.

—Lo siento —se disculpó Zach—. Estoy nervioso por la visita sorpresa de mis padres.

—Zach, sé que regresaré a España, pero puede que para cuando esté preparada hayan pasado años. Y cuando llegue el momento, hablaremos, pero tan claro que no voy a privarte de Lara y a ella de su padre tampoco.

—Lo sé. Perdona, Aria.

—No te preocupes. Una pregunta, ¿tus padres son muy tradicionales?

—No están casados. Así que, no.

Aria expulsó un largo suspiro. Al menos aquello era un punto a su favor. No les recriminarían nada por ser padres fuera del matrimonio y sin ser pareja tan siquiera. ¿Pero y si ella les caía mal? Madre mía, poco a poco aquello se iba complicando. Nunca pensó en conocer a los padres de Zach. Jamás había conocido a unos padres. Había tenido varias parejas en su vida, pero ninguna de ellas fue nada serio como para llegar al nivel de conocer a la familia del otro.

—¿Dónde están tus padres?

—En mi casa. Les he dicho que esperaran allí mientras venía a buscarte y hablaba contigo. —Siguió paseando nervioso por la estancia—. Aria, no tienes que venir si no quieres.

—Van a ser abuelos. Tendré que hacer esto tarde o temprano.

—Vale. He mandado un mensaje a Logan para que venga a casa nada

más salir de la tutoría que tenía para su trabajo de fin de grado.

Ella asintió y se disculpó con él para subir a su cuarto a cambiarse. No sabía qué ponerse. Se decantó por un vestido sencillo. No era que quisiera ir demasiado elegante, pero era con la ropa con la que más cómoda estaba. Se calzó unos botines de flecos y tras ponerse su abrigo de terciopelo y el gorro se reunió con Zach para ir a su casa donde sus padres les esperaban. Estaba atacada. Demasiadas emociones en pocos días.

No tardaron nada en llegar y cuando Zach abrió la puerta, Aria distinguió en el sofá a un hombre y una mujer que no tendrían más de cincuenta años. Ella era castaña clara y tenía los ojos oscuros, al igual que Zach, mientras que el hombre que había a su lado, algo barrigón, tenía el pelo negro algo canoso y los mismos ojos verdes de Logan. Aria se quedó parada en la puerta mientras veía como Zach dejaba las llaves en un cuenco. Iba a desmayarse de un momento a otro.

Desde aquella distancia, vio como la mujer se levantaba para darle un beso en la mejilla a su hijo. Zach le sacaba dos cabezas y a Aria le resultó divertido ver como él se quejaba de los mimos de su madre.

—¡Hola! —le saludó la mujer—. Madre mía, eres guapísima y el embarazo te sienta muy bien. —Le tocó la barriga—. Tienes una tripita muy bonita y por lo redondita que está, yo diría que es una niña. ¿Cuándo te dicen el sexo?

—Mamá, ¿podrías ser más indiscreta? —le recriminó irónico Zach.

—¡Perdón! Soy Kate, la madre de Zach y tú debes de ser Aria. Mis hijos me han hablado mucho de ti.

—Encantada, señora Lowell.

—Ay querida, solo tengo cuarenta y cinco años. Llámame Kate. Y si estás haciendo cuentas te diré que sí, tuve a Logan con veintiún añitos y a mi otro pequeño con veintitrés. No quería que se llevaran mucho tiempo.

Aria sonrió ante aquella extrovertida mujer. Se había relajado en segundos. La madre de Zach le parecía un encanto de mujer y su sonrisa tan parecida a la de su hijo, se veía sincera.

—A mí tampoco me gustaría que mi hija se llevara mucho tiempo en el caso de que tuviera un hermanito, pero me da que esos planes se han

trastocado. —Rio.

—Ay querida, eso nunca se sabe. —Miró a su hijo y vio como este negaba con la cabeza.

Zach ya les había explicado que Aria y él solo eran amigos y que cada uno llevaría su vida separada. Kate le había dado una buena charla de lo perjudicial que podría ser eso para el bebé que tuvieran, pero decidió no insistir más. Con el embarazo estarían más unidos y podría ocurrir cualquier cosa.

—Aria —siguió hablado Kat—. ¿Has dicho que vas a tener una hija?

—Sí, ayer estuvimos en la consulta y nos dijeron que era una niña. Se llamará Lara —le informó Aria con una tierna sonrisa.

Kate se giró hacia su hijo y comenzó a echarle una pequeña regañina por no haberle llamado para contarle las nuevas noticias, pero Zach solo tuvo que sacar la foto de la ecografía y enseñársela a su madre para conseguir que se calmara. Como se esperaba, comenzó a sacar parecidos. Además, comentó lo que le gustaba el nombre que habían elegido.

—Veo que paso desapercibido. —Bufó el padre de Zach—. Encantado, preciosa. Soy Byron Lowell.

—Un placer.

—¡Ya estoy aquí! —gritó Logan entrando por la puerta completamente agotado. Se notaba que había corrido—. ¿Todo bien? ¿No la habéis torturado todavía, verdad?

—¡Logan! —le recriminó su madre.

El hijo mayor de la familia Lowell saludó a sus padres y a Aria con un beso en la mejilla. Adoraba a esa española que ya era parte de la familia. Se colocó al lado de su hermano y pudo ver como este le fulminaba con la mirada. Zach le había contado el beso con ella en el salón de su casa y estaba seguro de que le había molestado aquel casto beso en la mejilla. Era algo que él no podía, más bien no quería hacer por si volvía a joderla con ella. Logan estaba preocupado. Si su hermano no aclaraba lo que sentía por ella, iba a pasarlo muy mal. Aria era una chica muy guapa, inteligente y divertida. Estaba seguro de que no le faltarían candidatos para ser su futuro marido y si lo que Zach sentía por ella era más que una atracción, debería arriesgarse. Al

fin y al cabo, iba a tener un bebé con ella.

Zach se relajó al ver a Aria más tranquila y como sus padres se interesaban por ella. Su madre no dejaba de darle multitud de consejos hasta que llegó la hora de comer. Kate comenzó a cocinar y les echó una nueva regañina a sus hijos por tener una nevera tan triste. Solo había congelados. A ambos les obligó a estar en la cocina junto con ella para que aprendieran a cocinar, aunque Zach no estaba atento, pues su cabeza estaba más preocupado por Aria. No le gustaba dejarla a solas con su padre. Pero ella estaba en muy buenas manos.

Byron le contó a Aria historias y anécdotas de su vida de joven. Siempre había sido repartidor. Empezó con dieciocho años y gracias a su trabajo, conoció a su mujer. Él era el encargado de llevarle las verduras a la tienda que su suegra tenía. Kate estaba en ella algunos días cuando él llegaba. Ayudaba a su madre mientras estudiaba filología inglesa. Byron le contó cómo se quedó hipnotizado la primera vez que la vio y también le confesó que cambió horarios de reparto para coincidir con ella. Al principio solo se saludaban y no fue hasta pasados los seis meses cuando le pidió salir. Enseguida se enamoraron y cuando Kate se quedó embarazada con veintiún años, sus padres la repudiaron y no habían vuelto a saber de ellos. Por suerte, la familia Lowell la acogió con mucho cariño. Byron tenía un hermano que también estaba casado y tenían una hija que estaba a punto de cumplir los dieciocho años.

—Mis padres aún no saben nada de mi embarazo —le dijo Aria—. Pasó algo en mi vida que me hizo querer salir corriendo de España y me despedí de mis padres con una nota. Tampoco les he llamado ni escrito desde que me fui, porque tengo miedo a que una persona que quiere hacerme daño, me encuentre.

—Aria. —Byron le cogió de las manos—. No sé nada de tu historia, pero quiero que sepas que ya eres parte de la familia y que no permitiremos que nadie te haga daño, pero ya eres una adulta para tomar decisiones pensando en lo que es mejor para ti y para el bebé.

—Sé que algún día volveré. Necesito a mis padres más que nunca, pero tras contarme vuestra historia, me da miedo que acaben por repudiarme.

—Cuando Kate y yo supimos que seríamos padres tan jóvenes, eran otros tiempos. Y los padres de Kate muy tradicionales. No conozco a tus padres Aria, pero dudo mucho que lo hagan.

—Les quiero mucho. —Se le inundaron los ojos de lágrimas—. Y les echo muchísimo de menos. No poder hablar con ellos es horrible, porque les necesito más que nunca. Sé que el miedo a que me repudien es en vano, pero no va a ser fácil regresar y decirles, «mamá, papá, sois abuelos». —Rio sin pizca de humor.

—Pase lo que pase, quiero que sepas que aquí en Inglaterra, tienes un hogar.

—Gracias, señor Lowell.

—Llámame Byron. —Le sonrió.

Desde la cocina, Kate pidió que pusieran la mesa y los cinco se sentaron para comer. Aria se sentía más relajada. Los padres de Zach eran increíbles y se había sentido integrada desde el primer minuto. Sabían que ella y Zach no eran pareja y les respetaban. Eran mayorcitos para tomar sus decisiones, aunque sus ojos hablaban por ellos y Aria pudo deducir cómo ambos tenían el mismo pensamiento. Creían que con el tiempo estrecharían lazos, pero aquello estaba muy lejos de la realidad. Eso solo ocurría en las novelas románticas. En la vida real, todo era demasiado complicado. Y si te descuidabas, tu pareja podría acabar por matarte. Como a su hermana.

—¿Aria estás bien? —le preguntó Kate al ver como la cara le cambiaba.

—Sí, es que la niña se ha movido. Solo eso.

—Cuando estaba embarazada de Zach, no paraba quieto y cuando nació era igual de terremoto. Siempre iba desnudo por la casa corriendo de un lugar para otro y lo hacía porque veía su colita moverse y le hacía gracia.

—¡MAMÁÁÁ! —le reprochó Zach muerto de vergüenza.

Aria comenzó a reírse con ganas y se tapó la boca para que sus carcajadas no fueran tan sonoras, aunque no era la única. Byron y Logan no podían parar tampoco de reír mientras Zach les miraba a todos enfadado.

—Pues Logan de pequeño odiaba ponerse calzoncillos y mi madre tenía que comprarle bragas de princesas porque si no, se negaba a llevar ropa interior. —Quiso igualar Zach las condiciones, aunque se ganó una furiosa

mirada de su hermano que dejó de reír inmediatamente.

Aria al escuchar aquello, continuó riendo hasta que unas lágrimas comenzaron a salir por sus ojos. No podía hablar. Cuando lo intentaba, la risa volvía a ella imaginándolos de pequeños. Zach riéndose por el movimiento de su colita y Logan con bragas de princesas Disney.

El día se les pasó volando y a las cinco y media, Byron y Kate se despidieron de ellos. A ambos Aria les había caído de maravilla y tenían la esperanza de que ella y su hijo fueran más que amigos. Cuando vieron el coche desaparecer, Aria se despidió de los hermanos. Tenía que entrar a trabajar enseguida. Zach se ofreció a acompañarla.

—Siento mucho lo de mis padres. No contaba con ello.

—No te preocupes. Son increíbles. —Sonrió—. Me han caído muy bien y me alegra haberles conocido.

Se quedaron en silencio unos segundos hasta que a Aria se le escapó una pequeña risa.

—No sé si preguntarte en qué estás pensando.

—No dejes de imaginarte de pequeño correteando por tu casa desnudo y riéndote de tu... colita. —Se tapó la boca para ahogar las risas en la palma de su mano.

—¡Borra esa imagen de tu mente!

—¡Ni hablar! Así, cuando esté triste, la recuerdo para volver a reír.

—Bueno si es para eso, ha merecido la pena sentirme ridículo para hacerte sonreír.

Aria se detuvo al escucharle y su sonrisa fue desapareciendo. Al ver cómo se paraba, Zach hizo lo mismo y se colocó frente a ella preocupado por si había dicho algo malo. Vio como ella bajaba la mirada antes de volver a clavar sus ojos azules en él.

—Zach, me lo estás poniendo muy difícil.

—¿El qué?

—Mantener mis sentimientos bajo llave.

Aria no sabía de dónde había sacado aquella sinceridad, pero se había quedado sin palabras cuando él le había dicho aquello. Ella no debería ser la destinataria. Zach debía encontrar la chica perfecta para él y, por desgracia,

ella no lo era.

Capítulo 21

Zach había decidido darle espacio a Aria. Desde el día que se despidieron, habían hablado por el móvil, pero no se habían visto. Aquella confesión que le había hecho le había dejado más confuso de lo que ya estaba. Le dolía que Aria no dejara de repetir que solo serían amigos. Eso él ya lo sabía y odiaba no dejar de escucharlo de sus labios. Pero debía cumplir su promesa. Y esa distancia que se estaban dando, les iba a venir bien a los dos. Necesitaban su tiempo para conseguir hacerse a la idea de que su relación no iría más de una amistad. De momento iba en buen camino. O eso creía. Aquella noche tenía una especie de cita con una compañera de clase. Susan era una chica muy simpática y atractiva, pero no le atraía nada. Aunque no perdía nada por salir con ella y quizá acabara gustándole.

Zach se encontraba en su entrenamiento semanal. Aquel era su último año en el que formaría parte del equipo de fútbol de la universidad. Todos sus compañeros ya se habían marchado a las duchas, pero él quería quedarse un poco más. Tenía que ir al centro de acogida para hacer sus prácticas, aunque ese día solo le habían reclamado para una hora. Debía hablar con Kevin, un adolescente de quince años cuyos padres le abandonaron allí cuando tenía siete años. Llevaba desde entonces siendo un chico muy agresivo, pero con mucha paciencia, Zach había conseguido que comenzara a desahogarse con él. Por lo visto, el día anterior había tenido un ataque agresivo y sus cuidadoras no habían conseguido que les explicara qué le ocurría. Solo hablaría de aquello con Zach.

Aún tenía una hora hasta que fuera al orfanato. Cogió varias pelotas y las colocó en la línea de penalti para chutarla desde varios ángulos. Comenzó a dar patadas a los balones, pero como casi siempre, fallaba desde el ángulo derecho. Suspiró y chutó el último balón de mala gana. Acababa frustrándose cuando no lo conseguía.

—Si te inclinas un poco hacia la pelota, conseguirías mejor efecto.

Zach giró la cabeza para ver a Aria sentada en uno de los banquillos que

tenía el campo. ¿Cuánto llevaría allí? Vio cómo se levantaba y se acercaba a él con las manos metidas en los bolsillos. Como siempre, la vio preciosa y le sorprendió ver lo mucho que había crecido su pequeña en tan pocos días.

—Hola. —La saludó—. ¿Qué haces aquí?

—Logan ha venido a buscar a Neida para acompañarla a la universidad y le he preguntado por ti. —Se sonrojó—. Me ha dicho que estabas aquí, así que he venido con ellos y Logan me ha indicado cómo llegar al campo de fútbol.

—Ha crecido mucho. —Le señaló el vientre.

—Sí. Dios, si de veintidós semanas ya estoy así, ¡no quiero verme cuando esté a punto de parir!

Zach rio y se acercó a ella para posar sus manos en su vientre. Comenzó a hablarle a Lara en voz baja. Aria sonrió cuando le oyó decirle a su hija que la había echado de menos esos días sin verla.

«Yo a ti también», pensó Aria, pero no lo dijo. Al notar como sus defensas iban desapareciendo, carraspeó y dio un paso hacia atrás antes de caminar por el campo de fútbol. Hacía mucho que no pisaba uno y sonrió al volver a hacerlo. Vio en el suelo uno de los balones que Zach antes había chutado y con el pie lo atrajo hacia ella para darle unos pocos toques, pero con la tripa no podía hacerlo como antes.

—No sabía que se te diera bien el fútbol.

Aria se giró para mirarle.

—Ya sabes que yo nunca he jugado con muñecas. Llevo desde los seis años jugando al fútbol. —Sonrió—. Pertenecía al equipo de mi universidad antes de... bueno... ya sabes.

Zach asintió y para evitar que Aria recordara el tormento que vivió hacía unos meses, comenzó a darle toques al balón y le pidió que estuviera atenta para pasárselo. Aria no consiguió controlarlo y él se rio al ver la cara que ponía.

—¡No vale! —se quejó Aria divertida—. Tú no tienes una pelota extra. —Se señaló la tripa—. Apenas veo mis pies. ¡Soy una foca! —suspiró sintiéndose hinchada, gorda y fea.

Al ver su cambio de actitud, Zach se acercó a ella para que le mirara.

—No eres ninguna foca. Eres una preciosa embarazada. Más de uno ahora mismo me tendrá envidia.

—Estamos solos. ¿Quién te la va a tener? —Rio—. Gracias. Siempre consigues animarme.

—Tengo que procurar que tú y el bebé estéis bien. —Le regaló un suave toque en la punta de la nariz—. Tengo que irme, Aria. Hago las prácticas en un centro de acogida y hoy me han llamado para que trate a un adolescente.

—Oh, claro. —Se mordió el labio inferior sin querer separarse de él—. ¿Pu... puedo acompañarte?

Zach se quedó pensativo. La mayoría de los niños que allí había, habían pasado por cosas muy duras y temía que Aria se sintiera mal si le decían algo fuera de lo común. No quería exponerla a ello y que sufriera más.

—Aria, esos niños... han vivido cosas muy malas.

—Me lo imagino, pero, si quiero en un futuro ser maestra, tendré que enfrentarme a casos como estos.

—Vale. —Cludicó—. Escucha, no podré estar contigo, pero te quedarás con una de las cuidadoras. Si pasa algo, llámame, ¿de acuerdo?

Aria asintió y Zach le pidió que le esperara mientras él se daba una rápida ducha. Normalmente, él iba en autobús hasta el orfanato, pero Aria iría más cómoda en coche. Caminaron hasta llegar a Lytton Rd y cuando ella se subió en el asiento del copiloto, comenzó a abanicarse. Cada día se cansaba más.

Zach condujo hasta Netherhall Rd y ayudó a Aria al salir del vehículo tras aparcar. Cuando entraron en aquel centro, Aria se sorprendió. Era muy luminoso, con las paredes pintadas con temáticas infantiles y un gran jardín con muchísimos juguetes. Ella, cada vez que escuchaba la palabra orfanato, se imaginaba un lugar oscuro y con un toque maligno. Veía demasiadas películas y series.

—Aria, te presento a Clary, es la directora del centro. Clary, ella es Aria, una amiga.

Aria saludó a aquella mujer cincuentona y los tres caminaron por el amplio hall mientras Clary le contaba la evolución de un niño llamado Kevin. Zach se despidió de ella hasta dentro de una hora y la directora la acompañó a

una sala donde jugaban niños que rondaban entre los tres y seis años.

Todos aquellos niños se quedaron observándola ante la visita de alguien desconocido para ellos, pero Aria enseguida se los ganó. Le encantaban los niños. Una niña morena muy guapa se acercó a ella con una muñeca en los brazos. Aria vio que tenía partes de la cara rota y un brazo descolgaba del cuerpo.

—¿Qué le ha pasado a tu muñeca? —le preguntó mientras se agachaba como podía.

—Nada. Es que se porta muy mal y cuando lo hace y no me obedece, le pego. Cuando llego, no tiene la cena hecha ni me ha planchado mi camiseta favorita. Ella dice que no ha tenido tiempo. Pero es mentira. Es una puta y la pego.

A Aria le desapareció la sonrisa ante aquello que la niña había dicho. No creía que tuviera más de cinco años. Se paró para observarla mejor. Tenía una cicatriz cerca del ojo y otra que le atravesaba el brazo derecho desde el hombro hasta la muñeca. Aria fue a tocarla, pero la pequeña se apartó.

—¿Vas a tener un bebé? —preguntó abrazando a su muñeca.

—Sí —consiguió contestar.

Si aquella niña se había apartado era porque alguien le había hecho mucho daño. Tenía marcas en su cuerpo que afirmaban su teoría. ¿Cómo podían hacer daño a una niña tan pequeña? ¿Cómo había gente sin sentimientos? El mundo en el que vivían era demasiado cruel y las personas malas, siempre destruían a las buenas.

—¿Tú también vas a pegar a tu bebé como mi papá lo hacía conmigo y con mi mamá? A ella le clavó un cuchillo aquí. —Posó un dedo en su cuello —, y le salió por el otro lado. Después mi papá cogió una pistola, se la metió en la boca y disparó.

Aria se levantó y dio dos pasos hacia atrás mientras se llevaba una mano a la boca. Se disculpó con la niña y salió de allí para acabar vomitando en uno de los maceteros que había en una esquina. Escuchar aquello había sido demasiado para ella. Se abrazó a sí misma y se dejó caer por la pared hasta posarse en el suelo donde comenzó a llorar. Lloraba por Lara, por esa niña, por todas las personas que habían sufrido maltrato, por ella misma...

simplemente lloraba. Era lo único que podía hacer.

—Hey, ¿estás bien? —Se sentó Clary a su lado.

La había visto salir tras hablar con Emma. Esa pequeña solo llevaba con ellos dos semanas desde que los servicios sociales la trajeron. Al principio no hablaba, ni tan siquiera lloraba por haber visto a sus padres morir. Se mantenía muy pasiva. Los psicólogos estaban haciendo muy buen trabajo con ella, pues la niña había aprendido cómo se llamaba. Cuando ella y sus compañeras le preguntaban por su nombre, ella siempre respondía que se llamaba «Idiota»

—Lo siento. Zach tenía razón. —Se limpió las lágrimas—. No he podido soportarlo. —Se levantó del suelo como pudo—. Dígale que me he marchado y que ya le llamaré.

Clary asintió y le señaló el camino para que fuera a una parada de autobús, aunque debería hacer transbordo hasta llegar a Edward Rd. Ella le dio las gracias y salió para irse a su casa. Maldijo al ver que perdía el autobús que tenía que coger. Se sentó en la parada para esperar los veinte minutos que quedaban hasta que pasara el siguiente.

No podía olvidar las palabras que aquella niña le había dicho. Volvió a sentir náuseas, pero su estómago ya había expulsado todo lo que tenía dentro.

—¡Aria!

Ella no se movió. Giró la cabeza para que Zach no viera los restos de sus lágrimas.

—Vete, Zach —dijo cuándo se sentó a su lado—. Estoy bien.

—No lo estás. Clary me ha dicho lo que ha pasado. —Oyó cómo sollozaba—. Por favor, Aria. Mírame.

Ella negó con la cabeza y se frotó los ojos con los dedos para eliminar las lágrimas. Se avergonzaba de haberse derrumbado con las palabras de aquella niña. Eran muy duras, pero en su carrera podría escuchar cosas como esas y si no las soportaba, era que no estaba preparada para ser maestra.

No tendría que haberle acompañado. No se esperaba escuchar algo tan cruel de la boca de una niña de cinco años.

—Zach, tienes trabajo. Vete —pidió sin mirarle—. Yo estaré bien.

Zach se levantó para colocarse frente a ella y le cogió el rostro con las

manos para hacer que lo mirara. Le mataba verla así. Y sabía que lo que Emma le había contado le había afectado más por lo que le sucedió a su hermana.

—Aria, Emma no quería hacerte daño con sus palabras. Ha vivido un infierno desde que nació y ahora el maltrato lo tiene interiorizado como algo normal. Cree que lo que le hace a su muñeca está bien y estamos intentando corregir eso. Ella asintió entendiéndolo—. Escucha, vamos a una cafetería. Necesitas calmarte un poco y no puedo dejarte que te vayas sola a casa en este estado.

Aria no consiguió hablar, pues no dejaba de pensar en la imagen de una mujer con un cuchillo en su cuello. Asintió y Zach la animó a levantarse y caminar hasta llegar a una cafetería que estaba cerca de allí.

—Siento mucho haberte estropeado la terapia con el chico.

—No te preocupes. Es muy listo y fuerte. —Dejó delante de ella su leche con cacao—. Lo ha entendido y he quedado mañana con él. Voy a sacarle del centro de acogida para hacer la terapia en otro lugar.

—¿Puedo preguntarte algo? —le pidió Aria.

—Claro.

—Sé que puedes escoger varias opciones para las prácticas y luego una de esas opciones te elige a ti. ¿Por qué el centro de acogida?

—Por Sophia.

Aria le miró a los ojos al escuchar aquel nombre. Aún no sabía la historia, pero llevaba desde que Zach le había hablado de ella queriendo saber qué sucedió. Le vio suspirar y apartar la mirada nervioso.

Zach no sabía si era bueno contarle ahora aquello. Aria estaba muy sensible tras lo que había sucedido en el centro de acogida. Aunque sabía que tarde o temprano debería hablarle de otra de las personas más importantes de su vida y que acabó desapareciendo.

—Tenía tres años cuando conocí a Sophia. Acababa de comenzar Educación Infantil y la profesora nos la presentó como la alumna nueva. Los demás niños de mi clase se empezaron a reír de ella porque estaba sucia. —Bajó la mirada a sus manos—. Nadie se acercaba a ella y Sophia nunca hablaba. Se colocaba en una esquina de la clase para hacer las tareas y no se

relacionaba con nadie. La profesora tampoco se preocupaba por ella. Era la hija de una prostituta. —Aria expulsó un suspiro entrecortado—. A la hora del recreo, se sentaba en el bordillo al lado de la puerta. Algunos niños la tocaban con un palo y cuando ella se daba la vuelta para mirarles, ellos se reían y se iban corriendo. Fue la primera vez que la vi llorar. Me acerqué a ella y me presenté. Al principio, no confiaba en mí. Pero me gané su confianza cuando llegaba la hora del recreo y le daba la mitad de mi almuerzo o cuando en clase me sentaba a su lado y le prestaba mis pinturas. Nos hicimos buenos amigos y Sophia, con nuestra amistad, se transformó en una niña feliz. Estuvimos tres años juntos en la misma clase. Me decía que le encantaba venir al colegio porque era el tiempo en el que estaba feliz. —Aria sonrió—. Y un día, dejó de venir. Yo al principio pensaba que se había puesto enferma, pero pasaban los días y seguía sin aparecer. Mi madre, al verme tan triste porque mi mejor amiga ya no venía al colegio, fue a preguntar. Por lo visto, una profesora avisó a los servicios sociales tras ver el estado de Sophia y tras confirmar que la niña vivía en una familia desestructurada, la llevaron a un centro de acogida. En Leicester. La otra razón por la que quise estudiar aquí. Ya te dije que me sentía conectado a esta ciudad. No la volví a ver. Todos los días me despierto pensando si la trataron bien, si consiguieron hacerle feliz o si por el contrario, acabó como Ezra.

—Zach... —Le cogió Aria de la mano.

—Sé que no debó pensar eso, pero no puedo evitarlo. Llevo más de quince años sin saber nada de ella. —Entrelazó sus dedos con los de Aria de forma inconsciente—. Solo espero que esté bien, porque no se merece que la vida le siga haciendo sufrir.

—Estás en ese centro para asegurarte que los niños que hay ahí sean felices a pesar de las circunstancias. Porque es lo que te gustaría que le hubiera pasado a Sophia.

—Sí.

—Estoy convencida de que estará bien y en parte es gracias a ti. Le hiciste sonreír Zach. Hiciste que fuera una niña feliz. —Le dio un ligero apretón—. Tienes que dejar de pensar que eres perjudicial para la gente y darte cuenta de lo increíble que eres.

Zach le sonrió y se relajó al ver a Aria más calmada tras la conversación con Emma. Sabía que había sido una mala idea llevarla, pero se alegraba de haber conseguido tranquilizarla.

Una hora después, Zach la dejó ante la puerta del Jones para que Aria comenzara su turno. Seguía sin hacerle gracia que trabajara allí, pero era su decisión y debía respetarla.

—Neida hoy ha quedado con Logan para ir al cine y a cenar después. Así que estaré sola un buen rato —le dijo—. ¿Te apetecería venir a mi casa cuando salga de trabajar y vemos una película? Puedo coger de comer algo del Jones.

—No puedo, Aria. Yo... tengo una cita.

A Aria se le cambió el gesto y apartó la mirada de él. Miró por la ventanilla para armarse de valor y seguridad antes de contestar.

—Vale. —Forzó una sonrisa—. Pásalo bien.

Al ver que él solo asentía con la cabeza, Aria se quitó el cinturón de seguridad para salir del coche, pero la voz de Zach la detuvo antes de que lo hiciera.

—Solo es una compañera de clase. Simplemente vamos a cenar y...

—No tienes que darme explicaciones Zach —dijo con voz ahogada—. Debes hacer tu vida. —Le acarició la mejilla—. Quizá esa chica sea la indicada. La que te haga desprenderte de tus fantasmas. Nos vemos, ¿vale?

Él asintió y Aria se acercó para darle un beso en la mejilla. Necesitaba hacer eso. Le sonrió por última vez antes de salir del coche para entrar en su trabajo. Denali la observó triste cuando se metió en el despacho para cambiarse. Cuando salió, se interesó por ella. Aria simplemente le mostró una sonrisa forzada y le respondió que estaba bien. Su jefa la dejó ir, sabiendo que mentía.

Capítulo 22

Habían pasado varios días desde que Zach había dejado a Susan en la puerta del piso que compartía con unas amigas tras su especie de cita. Si es que él lo podía llamar así. Se sentía muy mal con ella. Mientras Susan le contaba cualquier cosa, su cabeza estaba en otro sitio. Aquella chica era muy simpática y guapa, pero no le atraía lo más mínimo. Y le daba corte decirle que no quería quedar más con ella, y por ello, no lo hizo. Sabía que era peor alargar esa especie de relación, ya que algún día debería ser sincero con ella.

No le había hablado de Aria ni de que esperaba un bebé. No por él. Tendría que hablar con la madre de su hija para ver si a ella le parecía bien que contara a Susan aquello. Y tampoco conocía tanto a la chica como para explicarle esa gran parte de su vida. Una parte, a la que no pensaba renunciar por nada ni por nadie.

Desde aquella cita, llegaron más. Quedar con Susan significaba no ver tanto a Aria. Zach la notaba distante con él y, aunque sonriera y le animara a seguir saliendo con esa chica, sus sonrisas eran muy forzadas y sus ojos se veían tristes. A pesar de verse menos, hablaban cada día por teléfono y si no podían, se mandaban mensajes para ver cómo iba todo.

—¿Has quedado hoy con Susan? —le preguntó su hermano poniéndose la cazadora.

Logan tenía que ir a la universidad para presentar lo que llevaba de su UTP. El profesor que había seleccionado para guiarle, debía ir echándole un ojo para realizar cambios y correcciones para que estuviera lo más perfecto posible.

—No lo sé. Hoy no hemos hablado.

—No sé cómo aún no te la has tirado.

—Porque no me gusta, Logan.

—Pero, Zach. ¿En serio? ¿Ni un puto beso? —le recriminó—. Esa chica tiene que pensar que eres un aburrido o peor. Un católico apostólico romano.

—¿Besarías a otra que no fuera Neida?

—¡Ni de coña! Pero tú no debes fidelidad a nadie. ¿O sí?

Zach no dijo nada. Se levantó del sofá y fue a su habitación mientras negaba con la cabeza. Responder a aquella pregunta, sería admitir una realidad que no podía ser. Le dolía, pero debía respetarlo.

Logan no pudo evitar sonreír al ver cómo su hermano se escabullía para esquivar lo que le había preguntado. Algún día se daría cuenta del error que estaba cometiendo.

Cogió las llaves y la carpeta donde tenía impreso su trabajo y fue a la universidad para que su profesor le diera un repaso y le dijera los fallos. Estaba deseando graduarse y comenzar a dedicarse a ello. Tenía en su cuarto un cuaderno lleno de dibujos de edificios que le gustaría diseñar algún día.

Llegó al campus y se encontró en la puerta de la facultad con algunos compañeros. Todos estaban esperando a entrar en alguno de los despachos y mientras lo hacían, se fumaban un cigarrillo en la puerta de su edificio. A lo lejos, Logan vio a Neida hablar con su amigo gay y otra chica. Reía ante algo que estaban hablando mientras abrazaba una carpeta a su pecho. ¡Estaba completamente colado por ella!

«¿Acabo de pensar eso? Lo que estoy es jodido. Muy jodido».

Neida pareció percatarse de que la estaba mirando, pues sus ojos se cruzaron y desde la distancia, le sonrió. Vio cómo se despedía de sus compañeros y empezaba a caminar hacia él. ¿Qué iba a hacer?

Neida se sorprendió al ver a Logan allí. Él ya había acabado sus clases teóricas y sabía que solo iba a la universidad para ir a tutorías. Siempre que tenía que ir, él la llamaba para ir juntos, pero cuando llegaban al campus, se despedían y cada uno iba por su lado. No lo hacían con un beso. Simplemente lo hacían con la mano. A Neida en esas despedidas, sí le habría gustado hacerlo con un beso. Pero se sentía insegura. No porque les vieran, eso a ella le daba igual, sino porque el no hacerlo significaba no derribar la última barrera que había creado contra los hombres y las relaciones. Era como su seguro. Pero ya estaba cansada. Quería pasear con él de la mano por el campus y despedirse con ese beso que tanto ansiaba. Tenía miedo. Siempre había tenido muy mala suerte con los hombres. Pero con Logan todo había sido distinto desde el principio. Se despidió de sus compañeros de clase y

caminó hacia su chico para darle un beso que hiciera pública su relación, pero su sonrisa se borró al oírle.

—Hombre, si está aquí la loca finlandesa. ¿A qué debo tu encantadora presencia?. —Ironizó—. Chicos, esta es la chica de la que os hablé, la que dice eso de «¡Chicos no!» —Agudizó la voz para imitarla mientras hacía la cruz.

Todos se rieron y se acercaron a Neida para comenzar a vacilarle y como no, a humillarla. Se sintió muy dolida con eso que le había hecho Logan. ¿Por qué? ¿Qué le había hecho o dicho ella para que la tratara así delante de sus amigos? Ella solo iba a darle un puñetero beso y él... ¡él era un imbécil que había estado jugando con ella! Le dieron ganas de darle en la cara con la carpeta llena de folios que llevaba, pero no merecía la pena. Con los ojos llenos de lágrimas, se dio la vuelta y se fue a su casa. No quería que nadie la viera llorar y menos por un tío.

¡Otra vez le había pasado! Había sido una idiota por haber dejado entrar a Logan en su vida y lo que era peor, en su corazón. ¿Qué tenía ella de malo? ¿Por qué la trataban siempre así? Primero su padre con su indiferencia, después su ex con su afición a las orgías y por último, Logan humillándola de esa manera. Había sido como si se avergonzara de ella. Por eso había dicho esas palabras ante sus amigos. Para que no supieran que se había liado con alguien como ella.

Llegó a casa y tiró las cosas en el hall antes de correr escaleras arriba, ignorando a Aria que se encontraba tumbada en el sofá. Llevaba días muy cansada y no aguantaba demasiado de pie. Se estaba replanteando dejar el trabajo en el Jones, pero no estaba segura de hacerlo.

Aria se asustó al oír ruidos en la entrada y al levantar la cabeza y ver a Neida correr escaleras arriba, supo que había sucedido algo. Como pudo, se puso en pie para ir a su habitación y hablar con ella, pero antes de dar un paso, oyó como llamaban a la puerta. Se dio la vuelta para abrir y vio a Logan con la respiración entrecortada, sudando y con cara de circunstancias. Aria solo tuvo que sumar dos y dos.

Logan fue a entrar, pero Aria se lo impidió y le pidió que esperara un segundo. Vio como cogía las llaves y salía cerrando la puerta tras de sí. No le

iba a dejar entrar.

—¿Qué le has hecho, Logan? —le preguntó enfadada.

—La he cagado, Aria. Lo sé. Me he comportado como un imbécil, pero déjame hablar con ella.

—Dudo que quiera. Se ha ido a su cuarto llorando, Logan. Ella ya lo ha pasado lo suficientemente mal por culpa de los tíos.

—Lo sé —suspiró—. Me contó lo de su padre y su ex y... ¡joder, Aria! Soy un capullo, ¿vale? Pero déjame pedirle perdón.

—Dudo que quiera verte. ¿Qué ha pasado? —Se cruzó de brazos apoyándolos sobre su vientre.

—Sabes que cuando voy a la universidad, paso a buscarla. —Ella asintió—. Bien, pues fui un gilipollas al creer que no quería que nadie se enterara de lo nuestro. Lo supuse porque nunca caminábamos cogidos de la mano y nos despedíamos igual que lo hago con Zach. Hoy se ha acercado adónde me encontraba con mis colegas y la he tratado muy mal delante de ellos para salvaguardar las distancias que era lo que creía que ella quería. Por mí todo puto Leicester sabría ya que esa finlandesa. —Señaló a su ventana—, me tiene loco. Pero me equivoqué al creer que quería ocultar lo nuestro y la he jodido a base de bien, Aria. No me exculpo de nada, pero déjame hablar con ella para pedirle perdón.

—Los Lowell tenéis un don para joder todo —suspiró y desvió la mirada—. Vete, Logan. Ahora Neida no está bien y lo único que harás será empeorar las cosas.

Sin dejarle hablar más, Aria abrió y entró cerrando la puerta en sus narices. Él se quedó unos minutos parado mirando aquella puerta blanca. No quería irse sin antes hablar con Neida. Pensó en coger piedras y tirarlas hacia su ventana, como en las películas. Pero la conocía y si lo hacía, ella respondería lanzándole los muebles. Sintióse como un completo imbécil, finalmente se fue.

Aria miró por la mirilla todo el rato hasta que un destrozado Logan abandonó su casa. Cuando lo hizo, subió para ver cómo estaba su compañera. La vio tumbada en la cama, encogida y abrazando la almohada mientras sollozaba. En silencio, anduvo y se sentó en el borde para acariciar su

cabello.

—Otra vez, Aria. ¡Otro tío me ha hecho daño! —Cerró los ojos con fuerza—. ¿Qué tengo de malo para ellos? ¿Qué tengo que cambiar?

—Nada, Neida. —Le acarició el brazo—. Eres increíble tal como eres.

—Nos vamos a tener que hacer lesbianas a este paso.

Aria sonrió sabiendo a qué se refería. Hablaba con ella de Zach y la tal Susan. Le dolía que saliera con ella. Y no lo negaba, se ponía celosa, pero ella no era la indicada para estar a su lado. No conocía a Susan, ni siquiera la había visto, solo sabía lo que Zach le contaba. Ella se comportaba como una buena amiga y le aconsejaba sobre todo lo que podía.

Aria había descubierto su lado masoca. A pesar de dolerle, no hacía más que preguntarle por ellos dos. Zach le comentó que de momento, solo eran amigos que no se habían besado ni nada. Le asustaba que llegara el día en el que le dijera que ya había dado ese paso. Sentía náuseas de solo pensar en ello. No sabía de donde salía su insistencia y entusiasmo a que se arriesgara con Susan. Cuando regresara a España, deberían darle el Goya a mejor actriz.

—Logan ha venido...

—¡No quiero verle! —sentenció Neida.

—Lo imaginaba, por eso le he pedido que se fuera, pero deberás hablar con él.

—¿Para qué? ¿Para qué me humille más? No, gracias.

—Ya me ha contado lo que ha sucedido —le comentó—. Y opino como él. Es un capullo. —Oyó como Neida reía levemente—. Sabe que ha hecho mal, Neida.

—¡Pues que la conciencia le reconcoma!

Neida abrió el cajón de su mesilla y sacó la caja de condones abierta que guardaba. Bajo la atenta mirada de Aria, abrió la ventana y los tiró poniendo así punto y final a su relación o lo fuera aquello que tenía con Logan.

Aria decidió dejarla a solas y bajó al salón. Vio que su móvil parpadeaba y lo cogió para ver diez mensajes de Zach. En todos ellos le preguntaba si sabía qué le había sucedido a su hermano.

Aria

Logan y Neida han roto.

Zach

Ahora entiendo a mi hermano. Ha llegado a casa hecho una furia y se ha encerrado en su habitación dando un portazo. Cuando hace eso, es mejor dejarle solo.

Aria

Por lo visto, Logan ha dicho algo inapropiado a Neida con sus coleguitas delante y ella se ha sentido humillada.

Zach

Veo que nuestra familia tiene un don para joder todo.

Aria

Eso mismo he pensado yo. Pero también lo tenéis para arreglarlo ;)

Zach

Nunca he visto a Logan en plan romántico regalando flores y bombones. Aunque yo tampoco era así, hasta que te conocí.

Aria

Nuestra situación era diferente. Más que a mí, estabas pidiendo perdón a tu hija ;)

Zach suspiró al ver cómo le daba la vuelta al tema. Esas pequeñas indirectas le salían solas, pero no quería dejar de lanzárselas. Respetaba lo que quería, pero aquello no quería decir que no iba a intentarlo. Aunque veía que tenía muy pocas posibilidades. Aria se mantenía firme. ¡Incluso le daba consejos con Susan! Una chica no haría eso si sintiera una mínima atracción por ti. Pero cuando se besaron, dijo que aquello lo deseaba. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?

Vio una notificación aparecer en la parte superior de la pantalla. Era un mensaje de Susan. Suspiró. No le apetecía nada hablar con ella. Era una chica muy maja, pero no se sentía cómodo con a su lado.

Susan

¡Hola! Mis compañeras de piso no están esta noche y he pensado que

podías venir para ver una película.

Zach

No puedo. Mi hermano está jodido y voy a quedarme con él.

Susan

¡Oh! No pasa nada. Ya quedaremos otro día. Dale ánimos a Logan de mi parte J

Zach

Lo haré.

Cerró el chat con ella y abrió el de Aria para contestarle.

Zach

Le estaba pidiendo perdón a Lara, sí. Pero también quería que tú me dieras una oportunidad y no solo como el padre de tu hija. Jamás había hecho por nadie lo que he hecho por ti porque llevas seis meses sin salir de mi cabeza.

A Aria le recorrió un sudor frío al leer aquello. Subió los pies al sofá y suspiró enredando una mano en su cabello rubio. Él también llevaba todo ese tiempo en su cabeza. Al principio era porque el embarazo le hacía recordarle, pero más tarde se dio cuenta que iba más allá.

Aria

Susan parece una buena chica.

A Zach le dieron ganas de lanzar el móvil a la pared al leer aquello. ¿De verdad le decía eso tras lo que le había confesado? ¡Era increíble! Y él un completo imbécil por luchar por un imposible.

Zach

Lo es.

Aria bloqueó el móvil y volvió a tumbarse en el sofá donde no tardó en quedarse dormida.

Neida bajó tras recuperarse un poco de lo que había pasado. Encendió el móvil y vio que tenía 20 llamadas perdidas de Logan y otros muchos

mensajes. Decidió borrarlos. Si los leía, estaba segura de que caería de nuevo en sus brazos y debía evitar aquello a toda costa.

Ese día, trabajaba en el Mosh. Y no tenía ánimo para ello, pero debía cumplir. Se vistió con una falda de cuero negra y un top con estampado de leopardo. Se calzó unos tacones a juego con el top y cogió el bolso tras despedirse de Aria. No le apetecía caminar sola hasta su lugar de trabajo, por lo que cogió el coche.

Al entrar, saludó a los porteros y a su jefe y se colocó al lado de su nueva compañera. Solo llevaba una noche allí. Esperaba que fuera la definitiva.

A partir de las once, el Mosh comenzó a llenarse de gente y Neida servía las consumiciones lo más rápido que podía. Al menos el trabajo le servía para desconectar de la mierda de vida que tenía.

—Muñeca, sírvete un chupito en tu ombligo y tumbate para que me lo beba —le pidió un cliente completamente borracho.

—Te lo sirvo en un vaso. ¿De qué lo quieres?

—Del sabor de tu coño.

El hombre le agarró por la muñeca y tiró de ella para besarla. Neida giró la cabeza para que no lo hiciera e intentó deshacerse de su agarre.

—¡Suéltame!

Oyó un puñetazo cerca de ella y sintió como sus asquerosas manos la liberaban de ese aprisionamiento. Neida se retiró el pelo de la cara y vio a Logan dándole una paliza a ese tío.

—¡Logan, para! —Saltó de la barra para interponerse entre los dos.

Logan llevaba toda la noche en un lado de la barra observándola y planeando su estrategia para abordarla y poder hablar con ella. Neida no se había percatado de su presencia, pero tuvo que delatarse al ver como aquel imbécil la tocaba. Jamás se había metido en una pelea, pero se había vuelto loco al presenciar aquella escena. La voz de Neida fue lo que le hizo detenerse.

Ambos se quedaron mirándose y ella se asustó al ver sus ojos inyectados en sangre y su gesto furioso. Movido en parte por el alcohol, Logan se puso de pie sobre la barra e hizo que todo el mundo le mirara.

—¡Si alguien intenta ligar con MI chica durante su trabajo, voy a partirle la puta cara! ¡Neida Järvi es mía!

Enseguida los guardias de seguridad le hicieron bajar de la barra y le inmovilizaron para echarle de la discoteca mientras Neida se moría de vergüenza tras la locura que había hecho aquel idiota.

—Neida —le llamó su jefe cuando la vio meterse de nuevo tras la barra. Ella se acercó a él y le hizo entrar en el despacho donde le entregó un sobre —. Una de las reglas era que nada de novios para evitar esto. Lo siento, pero debo despedirte. Sabes que soy muy estricto con esto. Ahí tienes el finiquito por todos los meses que has trabajado aquí. Sal por la puerta de atrás mejor.

Neida no dijo nada. Rio sin pizca de humor y tras coger su abrigo, salió dando un portazo. Atravesó el callejón y vio en la puerta de la discoteca a Logan discutiendo con los porteros para que le dejaran entrar. Sin poder evitarlo, se acercó a él.

—¡Eres un completo gilipollas! —Le empujó—. ¡Me han despedido por tu culpa, Logan! ¿Era lo que querías? ¡Pues enhorabuena, lo has conseguido! No sé a qué ha venido ese numerito de cavernícola cuando esta mañana me has tratado igual que a la basura. ¡Déjame en paz, Logan! Y no vuelvas a aparecer en mi vida.

Con los ojos llenos de lágrimas, Neida fue hacia su coche y entró ignorando las llamadas de Logan. Él comenzó a dar pequeños toques en su ventilla suplicándole perdón y pidiéndola hablar. Pero ella no pensaba ceder. Le había roto el corazón. Arrancó y salió de allí para regresar a su casa. Sola y sin trabajo. Logan Lowell había aparecido en su vida para trastocársela por completo.

Capítulo 23

Zach y Aria se encontraban paseando por Clock Tower. Llevaban varios días sin verse y aunque ninguno lo dijeran, se echaban de menos. Aria no se separaba de Neida. Su amiga la necesitaba más que nunca. Además de romper con Logan, la habían despedido del Mosh y, aunque perfectamente podía subsistir con el dinero que su padre le enviaba mensualmente, sabía que Neida no quería tocar aquel dinero, por lo que estaba buscando otro trabajo, aunque la mayoría tenían el cupo completo. A esas alturas era bastante complicado.

Por su parte, Zach continuaba con sus quedadas con Susan. No estaba ciego y sabía que ella quería más que esas salidas donde no iban más allá de unas charlas. Pero él no pretendía nada con ella. No sabía por qué era incapaz de cortar con ella o simplemente le decía que lo suyo no iba a ninguna parte.

Y si no estaba con Susan, Zach salía con su hermano para animarle. Logan no levantaba cabeza y lo único que hacía era trabajar en su UTP. Y si salía, era para dejar cosas a Neida en su puerta. Estaba usando la misma estrategia que su hermano, incluso le pidió a Zach que le enseñara el enlace donde él vio ideas para pedirle perdón a Aria. Estaba desesperado. Y haría lo que fuera para recuperar a Neida.

Zach miró a Aria. Se la veía cansada. Llevaban un buen rato caminando y aunque él estuviera bien, era consciente de que ella llevaba un peso extra.

—¿Quieres que nos sentemos? —le preguntó.

—Sí, por favor. No puedo más. —Agradeció sonriendo.

Se sentaron en un banco que había en frente de aquel precioso reloj alto y blanco con adornos en relieve. Aria no había estado jamás allí, aunque sí en las calles cercanas y agradecía que Zach la hubiera sacado de casa para explorar más de la ciudad. Llevaba seis meses en Leicester y ya sabía moverse por la ciudad. Era increíble que ya hubiera pasado medio año. Su vida había dado un giro impresionante y por suerte, lo sobrellevaba como mejor podía.

—A Logan no le están funcionando sus intentos. Cada vez que Neida ve algo suyo, me pide que me deshaga de él —suspiró Aria—. Por cierto dile que los bombones estaban buenísimos. A Lara y a mí nos encantaron. —Rio acariciándose el vientre.

—Sois unas golosas. —Le siguió Zach—. Jamás había visto a mi hermano así. Está destrozado.

—No defiendo a Logan, Zach, pero creo que ambos deberían hablar. Neida solo sale para ir a la universidad y lo que hace al llegar a casa es comer helado mientras ve películas con finales tristes para llorar.

—Yo tampoco defiendo a mi hermano, pero le entiendo y esas locuras que está haciendo, los Lowell no las hacemos por cualquiera. —La miró.

Aria volvió a sentir ese agobio cuando él le lanzaba una indirecta. Ese chico podría estar con cualquiera. ¿Qué diablos veía en ella? Y más en ese momento, que esta gorda, hinchada y se veía fea. Además, sus tobillos parecían los de un elefante. Por no hablar de que también tenía fantasmas y muy dolorosos que no conseguía superar. Simplemente, vivía con ellos. Decidió cambiar de tema.

—Estoy pensando en dejar el trabajo en el Jones. —Zach la miró sorprendido—. Sé que mi turno es solo de tres horas, pero no paro quieta y me canso demasiado. Y hay días que llego a casa encontrándome muy mal. Pero claro... necesito el dinero.

—Aria, puedo hacerme cargo unos meses de lo que necesites.

—No quiero sonar borde, pero Zach, no trabajas. Y tus padres tendrán suficientes gastos con Logan y contigo. Y no me podéis pasar al mes las 500 libras que necesito para subsistir.

Zach calló. No le iba a contestar porque sabía que no la iba a convencer. Era muy cabezota y sus intentos, inútiles, pero no le gustaba verla mal. Quizá hablara con Neida para que la convencieran entre los dos de que dejara el trabajo. Su madre le llamaba cada día para preguntarle por Aria y su nieta y siempre le recordaba que no dudaran en pedirles dinero o lo que fuera si lo necesitaban. Pero Aria no iba a aceptar que la mantuvieran durante unos pocos meses. Podía dejar el trabajo y buscar otro cuando Lara naciera. Entre los dos podrían encargarse. Además, cuando naciera, Zach ya estaría libre. En

junio, si tenía suerte, se graduaría y comenzaría a buscar un buen trabajo. Esperaba conseguir buenas recomendaciones de la universidad. Pero hasta que encontrara, podría hacerse cargo de su hija mientras Aria trabajaba.

—Aria, estás de seis meses y la niña seguirá creciendo. Mira. —Se volteó un poco para entrelazar sus dedos con los de ella. Le encantaba hacerlo e imaginarse con ese gesto que eran algo más—, mis padres van a ayudarnos, creo que si no les dejamos hacerlo, no me hablarán nunca más. —Bromeó consiguiendo que sonriera—. Puedes dejar el trabajo, dejarme cuidaros durante unos meses y cuando des a luz y pasen unos meses, buscar algo. No estás sola, Aria.

Ella se quedó unos segundos en silencio mirándole a los ojos. Observando aquella mirada tan intensa que siempre le había vuelto loca. Ojalá Lara heredara los ojos de su padre. Eran increíbles.

—Me lo pensaré.

Zach sonrió ante aquella respuesta y le dio un beso en la punta de la nariz feliz por aquella decisión. Tras descansar esos minutos, decidieron regresar. Él se levantó y Aria le tendió las manos para que la ayudara. Ante aquel impulso, los dos casi caen al suelo. Comenzaron a reír divertidos por aquello hasta que alguien les interrumpió.

—¿Zach?

Aria se giró y se quedó mirando a aquella chica. Tenía el pelo castaño cenizo y unos ojos café muy bonitos. Era alta y delgada. Perfecta candidata para ser una de las modelos de Victoria's Secret.

—¡Susan! —la saludó—. Qué... ¡qué alegría verte!

—Sí, he venido a Haymarket a mirar unas cosas. —Miró a Aria preguntándose quién sería aquella chica embarazada.

—Oh, perdonad, Aria esta es Susan, una amiga, Susan, ella es Aria otra amiga. Estábamos dando una vuelta.

—Encantada. —Mintió Aria.

—Un placer. ¿De dónde eres? Tu acento no es de aquí. ¿Italiana?

—Española.

Aria se sentía muy incómoda con la presencia de Susan. Y no pudo evitar compararse con ella. Bajó la mirada y dio un paso hacia tras para irse.

Sentía que sobraba en aquel momento y también poca cosa en comparación con la famosa Susan.

—Bueno yo ya me voy —intervino Aria—. Así, os dejo solos. Tres son multitud. —Rio sin gracia—. Un placer —le dijo a Susan.

—Aria. —La detuvo Zach—. Hemos venido juntos y nos vamos juntos. No voy a dejarte irte a casa sola.

—Estaré bien. —Le sonrió—. Ya sé moverme por aquí. Vosotros, pasadlo bien.

Aria no dejó que Zach le contestara, ya que se fue a paso ligero de allí. Echó un largo suspiro y se encaminó hacia la parada del autobús.

—Vaya —dijo Susan—. No sabía que tuvieras una amiga embarazada. Que putada, o sea me refiero, es genial que traiga a un bebé tan joven, pero hay que tener cabeza. Hay que usar métodos porque igual no tiene los medios para cuidarle y ese bebé puede ser infeliz. Es valiente, pero también inconsciente, sin ofender. ¿Sabe quién es el padre?

Zach la miró intentando ocultar su enfado. No le gustaba nada todo aquello que había dicho de ella y mucho menos que insinuara que era una puta. Le iba a dejar las cosas bien claras con solo cuatro palabras.

—El padre soy yo.

Susan palideció en cuestión de segundos. Acababa de meter la pata con el chico del que llevaba colada desde que empezaron la carrera. Pero, lo que no entendía era qué hacía saliendo con ella si ya tenía pareja. Y no solo eso, sino que esperaban un hijo.

—Lo siento. No sabía que era tu novia.

—No lo es. Llevamos vidas separadas, pero somos amigos por el bien de la niña.

—Ah, oye, siento lo que he dicho. Te invito a cenar algo para compensarte.

A pesar de no tener muchas ganas, Zach aceptó. Mejor era eso que llegar a casa y soportar el mal humor que se traía Logan. Cuando llegaron a un lugar de comida rápida, Zach sacó el móvil para mandarle un mensaje a Aria pidiéndole que le avisara cuando estuviera en casa.

Aria

Hemos llegado sanas y salvas, papi ;) Pásalo bien con Susan.

Zach sonrió al ver cómo le llamaba, pero se preguntó si detrás de aquellas palabras su actitud era la misma que la del mensaje. Divertida y alegre. No sabía por qué, pero algo dentro de él le decía que no.

Cuando Aria llegó a casa, se la encontró completamente oscura. Solo la luz de la tele alumbraba parte del piso de abajo. Neida estaba sentada en la moqueta con la espalda pegada al sofá mientras comía un helado y veía una película, como no, de drama. Alrededor de ella había decenas de pañuelos de papel.

Sin decir nada, fue a la cocina para coger una cuchara y se sentó a su lado. Neida colocó el helado en medio de las dos.

—¿Qué tal tu cita con Zach?

—No era una cita. Solo un paseo. Y bueno, ha estado bien, hasta que ha aparecido Susan.

Neida la miró con la cuchara metida en la boca.

—¿Esa Susan? —Aria asintió—. Zach la habrá mandado a paseo, ¿no? Estaba contigo.

—Me he ido yo. Para que afiancen su...relación.

—El Lowell que me gusta la caga conmigo y el que está loco por ti, le alejas. ¿Por qué el mundo es tan cruel?

—Zach no está loco por mí.

—Que tú estés ciega no significa que yo también. Aria, ¡mira cómo te trata!

—Como a una amiga embarazada. —Rio—. Es el padre, solo se preocupa de que Lara esté bien.

Neida desistió de seguir intentando conseguir que su amiga abriera los ojos. Sabía que tenía fobia a los novios por lo que le sucedió a su hermana. Habían hablado de ello y ambas sabían que Zach era un chico increíble, pero los fantasmas de Aria le impedían arriesgarse. Algún día estaría preparada para amar y si no era a Zach, sería a otro chico.

—He estado hablando con Zach. —Rompió el silencio Aria—. Puede que deje el trabajo en el Jones. Sé que es lo mejor en mi situación, pero, sin trabajo no hay dinero.

—Aria. Tengo más de cien mil libras en el banco. Ya sabes que no toco lo de mi padre a no ser que sea necesario. Puedo ocuparme de todo unos meses hasta que des a luz y encuentres algo de nuevo —explicó Neida—. Y mira, dejas el trabajo en el Jones y lo cojo yo.

Aria abrió la boca y le propició un pequeño empujón mientras reía divertida.

—¡Serás interesada! —Bromeó—. Quieres que deje el trabajo para cogerlo tú.

Neida rio y volvió a meterse un trozo de helado en la boca. ¡Estaba buenísimo!

—Podría sustituirte hasta que estés preparada para volver y hasta que lo estés, el hada madrina Neida se encargará de todo.

—No quiero ser ninguna mantenida.

—No lo serás. Solo son unos meses, Aria. Has demostrado ser una joven trabajadora y luchadora. Deja que ahora otros luchemos por ti. Más tarde me lo agradecerás. Y seguro que Zach querrá lo mismo que yo.

—Sí. Él también quiere que deje de trabajar hasta que nazca Lara.

—¡Pues no se hable más! Mañana vamos al Jones y se lo decimos a tu jefa.

Aria asintió rindiéndose. Sabía que era lo mejor. Ella ya no podía estar mucho tiempo de pie y corriendo de un lado para otro para atender. Y no dejaría el trabajo por ella, sino por Lara. Quería que estuviera bien ahí dentro.

Ambas se quedaron ausentes mirando la televisión cuando el sonido de alguien llamando a la puerta les sobresaltó. Era muy tarde para una visita. Neida se levantó para abrir y se sorprendió al no ver a nadie. Aunque al bajar la cabeza vio un osito de peluche con un mensaje bordado en la tripa.

Dame tu mejor golpe.

Sabía de quién era. Logan. Llevaba días enviándole diferentes cosas para que le perdonara, pero aquello estaba muy lejos de que sucediera. No quería saber absolutamente nada de él. Fue una idiota por volver a confiar en un hombre. ¿Qué esperaba? ¿Qué fuera el definitivo? Ellos dos se soportaban en la medida de lo posible y como mejor lo hacían, era desnudos. ¿Cómo pudo ser tan estúpida de no ver que Logan solo buscaba sexo? Lo dejó muy

claro la primera vez. Simplemente ella le ponía a cien. Y él a ella. Pero para Neida había significado mucho más. Incluso estaba deseando que cumplieran su primer mes juntos. ¡Tres semanas habían durado!

Aria se asomó para ver quién era y soltó una leve carcajada al leer el mensaje que traía el oso que Neida tenía en las manos.

—Le tiraría el oso a la cabeza si tuviera los huevos de estar aquí.

—Lo estoy —susurró Logan saliendo de su escondite—. Neida, por favor. Necesito hablar contigo. Solucionarlo, porque no quiero perderte. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—¡Ooh! —dijo Aria al escucharle y Neida la fulminó con la mirada—. ¿Jode, eh? Eso mismo hiciste tú cuando discutí con Zach el día que regresó de Londres.

Aria entró en casa y Neida suspiró antes de volver a fijarse en Logan. Seguía igual de guapo con su pelo corto castaño y sus preciosos ojos verdes observándola con dolor, pero también esperanza. Había perdido algo de peso y tenía las manos metidas en los bolsillos. Si era sincera, verle allí como un perrito abandonado, hizo que tuviera ganas de lanzarse a sus brazos y llenarle la cara de besos. Era tan mono... ¡Pero no! ¡No lo haría! Solo tuvo que recordar lo que le hizo en la universidad para reforzar las barreras que había levantado contra él. Enfadada, le tiró el oso a la cabeza, pero falló y cayó a varios metros de él.

—No quiero hablar contigo, Logan. No te lo mereces.

—Lo sé, nena. Lo único que me merezco es que me des una patada en las pelotas con tus zapatos más duros, pero no pienso dejar de luchar por ti. Aunque me lleve años, Neida. Haré lo que me pidas, menos alejarme de ti.

—¡Pues que te follen, Logan!

—¿Tú?

Neida abrió la boca al oír su contestación y ver su gesto pícaro.

«Pero... ¡¿pero de qué va este imbécil?!», pensó, aunque su cuerpo se calentó en segundos al recordar sus asaltos sexuales. Logan era muy intenso. Y a cada sesión de sexo le daba un toque animal que la volvía loca. ¡Con él había descubierto que era multiorgásmica! Incluso pensó en empezar a tomar la píldora para hacerlo sin condón. Sentirle piel con piel tendría que ser la

hostia. ¡Y por su culpa jamás lo averiguaría!

Al ver la cara que ponía, Logan supo que había vuelto a meter la pata. Hasta el fondo. Aunque era sincero. Se moría por que le follara de nuevo, pero primero quería solucionar las cosas y dejarle claro a esa finlandesa que en su corazón no iba a ser nadie más.

«¿En serio acabo de pensar esa puta cursilada? Estoy peor de lo que creía. Pero me da igual, por mi finlandesa voy a hacer lo que sea»

—Déjame invitarte a cenar y hablemos, Neida. Puedo cocinar para ti.

—No gracias, no quiero indigestarme. ¡Lárgate Logan! Búscate a otra a la que molestar con tus estúpidos regalitos.

—¡No quiero a otra, Neida! ¿No lo ves?

—Pues como quieras, nene. ¡Ya te cansarás!

Y dicho esto, cerró la puerta con un portazo ante sus narices. Logan suspiró y cabizbajo, regresó a su casa sin dejar de pensar una nueva estrategia. Pensaba reconquistar a su preciosa y loca finlandesa.

Capítulo 24

—Aria... —Oyó una voz susurrando su nombre.

Aria abrió los ojos y se asustó al no encontrarse en su casa de Leicester. Estaba en España. En su antiguo cuarto. Su cuerpo estaba cubierto por la manta de los abrazos y aún tenía la mirada borrosa. Poco a poco se fue aclarando y vislumbró a su hermana acercándose a ella.

Lara llevaba un vestido asimétrico blanco. Su pelo rubio y ondulado largo hasta la cintura, le caía suelto por la espalda e iba descalza. Aria vio como sonreía. Se sentó en la cama y su hermana se colocó a su lado donde ambas se abrazaron bajo su manta.

—Lara... —Sollozó Aria.

—Chss —siseó—. No llores. Estoy bien. Ya no sufro, ya nadie me hace daño.

—Llévame contigo —pidió Aria—. Te necesito, Lara. No sé vivir sin ti.

—Sí sabes. Mírate. —Le acarició el vientre—. Estás a punto de formar una familia y debes vivir para ser feliz. Sabes que siempre estaré a tu lado. Aunque no me veas, yo estoy siempre contigo.

Aria lloró y cogió la mano de su hermana cuando esta se levantó para marcharse. No podía dejarla ir. No quería que lo hiciera. Lara sonrió y retiró un mechón de cabello de su hermana detrás de su oreja.

—Jamás nos vamos a separar, Aria. Pero yo ya no puedo estar aquí. —Sonrió—. No vas a estar sola. Allá donde vayas, yo iré contigo. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, Lara. Siempre lo haré.

—Prométeme que no vas a hacer ninguna locura, Aria. Que vas a intentar ser feliz con tu pequeña.

—Te... te lo prometo.

Lara asintió y tras darle un beso en la mejilla, comenzó a alejarse. Aria comenzó a llamarla, pero fue inútil. Vio cómo su cuerpo iba desapareciendo antes de alcanzar la puerta.

—¡Lara!

Neida se levantó de la cama y corrió a la habitación de su amiga al oírle gritar. Abrió la puerta y la vio revolverse mientras lloraba y gritaba el nombre de su hermana.

—¡LARA, LARAAA!

—¡Aria, despierta!

Ella lo hizo y al reconocer a Neida, se lanzó a sus brazos donde comenzó a llorar desolada. Soñar con su hermana era algo que le producía un dolor muy intenso. Odiaba verla y después observar como desaparecía. Siempre que le sucedía, deseaba irse con ella. Acabar con todo y dejar de sufrir. Como su hermana. Ella ya no lo hacía. Ya no sentía dolor. Estaba a salvo allá donde estuviera. ría irse con ella!

Neida la calmó como pudo acariciando su cabello. Aria se apretaba a ella mientras seguía llorando y reclamando a su hermana. No paraba de llamarla. Se asustó al verla así y pensó en llamar a Zach para ver si él conseguía calmarla. Decidió hacerlo y Aria pareció no enterarse, pues seguía en aquel estado.

Al oír que llamaban a la puerta, Neida hizo que Aria se tumbara en la cama. Sus sollozos habían disminuido, pero no cesado. Vio cómo se acurrucaba como podía y se tapaba con aquella manta morada que se negaba a lavar.

Bajó aquellos finos escalones de dos en dos y abrió la puerta. Zach entró como un torbellino preocupado por Aria. No sabía qué había sucedido, pero cuando Neida le llamó pudo oír su llanto. Aunque no entendía qué decía, pues estaba hablando en español.

Neida le indicó que estaba en su cuarto y ella se quedó abajo preparando el desayuno mientras Zach intentaba calmarla. Aria no había hablado con ella desde que la había despertado. Había pasado por muchas caídas a su lado, pero ninguna tan grave como esa.

Zach no se molestó en llamar a la puerta de Aria. Entró y se sentó en el filo de la cama. Aria lloraba en silencio mientras apretaba aquella manta vieja contra su cuerpo. Intentó quitársela, pero ella se lo impidió. Zach supuso que era la manta de los abrazos de la que le habló el día que le contó la historia de

su hermana.

—Aria, ¿qué te ha pasado? —le susurró acariciando su pelo.

Ella no contestó, sino que se incorporó e hizo que la abrazara. Zach la sentó en su regazo para que sus cuerpos encajaran mejor. Aria apoyó la cabeza en el hueco de su cuello y él notó cómo temblaba.

—He... he soñado con Lara —consiguió hablar—. Ha... ha sido como revivir su muerte. Su despedida. Tenerla tan cerca para luego verla irse. He vuelto a decirle adiós. Y no quiero hacerlo, Zach. —Se relajó cuando él comenzó a acariciar su espalda—. No quiero ni puedo decirle adiós.

—Debes hacerlo, Aria. Porque si no jamás cerrarás ese capítulo y estas caídas que tienes no desaparecerán. Decir adiós no significa olvidar. —Pegó sus labios a su frente—. Yo tampoco quería decirle adiós a Ezra. Y no lo hice hasta pasado bastante tiempo. Sonará a locura, pero había días que creía que volvería. Que había un malentendido y en realidad no se suicidó, sino que huyó e hizo creer eso. Incluso un día salí a buscarlo. —Rio alzando los ojos al techo para secar la humedad que comenzaban a formarse en ellos—. Era un puto crío de dieciséis años que creía en los milagros. Hasta que me di cuenta de que era verdad. Que Ezra no volvería. Le dije adiós, pero eso no significa que le haya olvidado. Para mí sigue muy presente. En los momentos duros, siento que está a mi lado, ¿sabes? Y... y hablo con él. Le cuento todo lo que me preocupa. Un día le hablé de ti.

—¿De verdad?

—Sí. Fue el día que me encontré a Neida borracha.

—Lo recuerdo. Ese día estuve a punto de decirte lo del embarazo, pero al final no pude. Incluso pensé que lo notaste.

—Vaya... ¿lo ves? Creo que fue Ezra el que intervino para que nos encontráramos.

Aria rio levemente más calmada y se pasó las manos por los ojos para secárselos. Le escocían un poco.

—Dios, pensarás que estoy loco.

—No —susurró ella—. Yo también hablo con Lara y cuando Logan y tú me encontrasteis, creí que había sido mi hermana quien había provocado aquello. Que me estaba cuidando.

—Entonces tendré que darle las gracias. —Miró al techo—. Gracias Lara por ponerme a tu hermana en mi camino. ¡Buen trabajo!

Ambos sonrieron y se quedaron en silencio varios segundos. Aria estaba más relajada y esa opresión en el pecho iba desapareciendo. Zach tenía razón. Aunque le doliera, debía despedirse de Lara y asumir que jamás iba a volver.

—¿Estás mejor? —Se interesó él.

—Sí. Gracias por venir.

—Neida me ha llamado asustada. Y yo también lo he hecho al escucharte por el móvil.

—Lo siento —se disculpó y se separó de él. La última vez que estuvieron tan juntos acabaron besándose—. Debería bajar para pedirle perdón a Neida.

Zach asintió y sacó el móvil del bolsillo de su vaquero al notar que vibraba. Era un número desconocido. Deslizó el emoticono verde por la pantalla y contestó. Un hombre le explicaba que su hermano estaba en el hospital por un accidente de bicicleta. Zach palideció, aunque se calmó al saber que no era grave.

Logan había salido temprano con la bicicleta para no pensar en Neida. Por lo visto iba distraído y casi atropella a una persona. La esquivó, pero él se chocó con una farola y acabó en el suelo y con mucho dolor.

—Sí, enseguida voy. Gracias.

—¿Qué ha pasado?

—Logan ha tenido un accidente en bicicleta y está en el hospital.

Aria y Zach se asustaron al oír un fuerte estruendo. Miraron a la puerta y vieron a Neida con la cara desencajada. La bandeja que llevaba reposaba en el suelo. La taza se había roto y la leche con cacao se había esparcido por la moqueta. Le había subido el desayuno a Aria para que comiera algo y de paso, ver cómo estaba, pero al oír lo que Zach había dicho, algo en ella hizo que se quedara paralizada y las fuerzas le abandonaran.

—Neida, tranquila, me han dicho que está bien. Si quieres puedo mandarte un mensaje cuando le vea.

—No. —Negó—. Voy contigo.

—Neida, no justifico a mi hermano, pero si vas a verle para luego volver

a dejarle tirado, mejor no vayas. Ya lo está pasando bastante mal.

—Yo... —Se quedó pensativa—. ¡No! Quiero ir y te prometo que no le dejaré tirado. Yo... yo le... nada... pero por favor Zach. Necesito verle —le suplicó.

Zach se quedó pensativo. No creía que aquello fuera buena idea. Si Neida le veía para luego dejarle tirado, Logan se enfadaría con él y su hermano tardaría más en recuperarse. Pero finalmente asintió. Conocía a Neida y si no iba con él, se presentaría ella por su cuenta.

Aria también pidió acompañarles, por lo que Neida y ella se vistieron mientras Zach iba a su casa para coger el coche.

Neida estaba de los nervios y no dejaba de decirle, más bien gritarle a Zach que se diera más prisa. Aria se volteó para pedir a su amiga que se calmara. Ella asintió pero se sentía culpable. ¿Y si el día que fue a su casa lo hubieran solucionado? Probablemente a esas horas estarían desnudos en la cama y no con Logan en el hospital.

Zach aparcó y cuando entraron preguntó en recepción por su hermano. La mujer le dijo el número de la consulta y les explicó que le estaban atendiendo y que aún no podían pasar. Debían esperar a que el doctor terminara de curarle. Pero Neida no hizo caso y corrió a la consulta que la recepcionista les había dicho.

Entró como alma que lleva el diablo y vio a Logan con un apósito en la frente y con el brazo escayolado mientras el médico le daba unas indicaciones. Se acercó a él y le dio un golpe en el pecho desnudo.

—¡Eres un imbécil! ¡¿Cómo se te ocurre darme estos sustos?!

—¿Neida?

Logan no sabía si ella estaba allí de verdad o los calmantes le estaban haciendo tener alucinaciones. Aunque los golpes que le estaba dando en el pecho mientras seguía gritándole el susto que se había dado pensando que le había pasado algo grave, le hacían ver que era muy real.

El médico que estaba siendo testigo, decidió abandonar la consulta para dejarles a solas. Ya había terminado con aquel chico y le había entregado el papel del alta. En tres semanas tenía que volver y, si todo estaba bien, le retirarían la escayola. Lo más probable es que tuviera que ir a rehabilitación.

—Ya que el oso no funcionó, decidí cambiar de estrategia y romperme los huesos por ti. —Bromeó—. Ha surtido efecto. Estás aquí.

—¡Eres un idiota! —le insultó dejando escapar una carcajada al oírle.

—Sí, un idiota enamorado de ti. —Logan vio como Neida se quedaba con la boca abierta y él se asustó. ¿Habría metido la pata otra vez?—. No jodas que lo he dicho en voz alta.

Neida asintió aún sin poder hablar. No podía creerse que Logan hubiera dicho eso. ¡Pero sí, lo había dicho! Y ella... ¡ella se sintió completamente feliz! Cogió el rostro de Logan entre las manos y pegó sus labios a los de él. Al principio, él se quedó sorprendido, pero enseguida rodeó su cintura con su brazo sano para devolverle el beso. La había echado muchísimo de menos y ahora que la tenía junto a él no iba a perderla de nuevo.

Mientras ellos se reconciliaban en aquella consulta, Zach y Aria esperaban en la sala de espera.

—Mañana tengo mi primera clase de preparación al parto. Puedo ir sola, pero la chica me dijo que era mejor estar acompañada para algunas actividades.

—¿A qué hora es?

—A las siete —le dijo—. Creía que no iba a poder ir a las clases por el tema del trabajo, pero desde que Neida me sustituyó, tengo todo el tiempo del mundo. —Rio—. Y me aburro como una ostra tanto tiempo sola, pero bueno.

—He quedado con Susan para ir al cine. Lo siento.

—Oh, no, ¡no te preocupes! —Forzó una sonrisa—. Tendría que haberte avisado antes.

—Podría llamar a Susan y...

—No, Zach. —Le miró—. No canceles nada por mí. Tendré varias clases y...

Neida y Logan aparecieron por la sala cogidos de la mano y con una sonrisa de felicidad de oreja a oreja. Aria sonrió al darse cuenta de que lo habían solucionado. Se alegraba mucho por los dos. Ahora esperaba que duraran. Aquellos dos juntos eran una auténtica bomba y si explotaba, ardería Troya.

Logan les contó lo que había sucedido y que solo tenía una brecha en la

frente y una fractura en la muñeca. En tres semanas tenía que volver a hacerse una radiografía para ver si los huesos soldaban o, por el contrario, había que operar. Pero el médico era positivo y ya le había comentado que lo más probable era que todo fuera bien y en que en un mes empezaría la rehabilitación.

Zach paró en frente de la puerta de la casa de las chicas dando gracias al cielo por llegar. Logan y Neida no habían dejado de meterse la lengua en los asientos de atrás y él y Aria se sentían demasiado incómodos.

—¿Aria, te importa dejarnos la casa un par de horitas? —le preguntó su compañera.

—¿Y qué hago dos horas?

—Irte con Zach. —Neida le miró—. ¿A qué no te importa cuidarla en lo que me follo a tu hermano?

—¡Joder, no había que ser tan específica! —se quejó Zach—. Salid del coche ya.

Neida y Logan le hicieron caso y salieron para recuperar todos los polvos perdidos. Desde el coche, Zach y Aria les observaron besarse con auténtica devoción mientras Neida intentaba buscar la cerradura con la llave. Al ver cómo Logan metía una mano bajo sus pantalones, Zach aceleró para irse de allí. ¡No quería ver más!

—Madre mía. —Rio Aria cuando entró en casa de Zach—. ¿Quién se lo iba a decir cuándo se conocieron?

—Están hechos el uno para el otro —dijo Zach divertido viendo a Aria sentarse en el sofá.

Zach se acercó a ella y posó una mano en su vientre. Le encantaba acariciárselo, pero sobretodo, notar a su hija moverse. Un tanto inseguro, Zach le subió la blusa que llevaba para mirarla mejor. Sonrió al ver a su hija reclamando atenciones, por lo que se agachó un poco y depositó un leve beso. Aria se mordió el labio inferior al notar aquel beso. Sabía que no era para ella, sino para Lara, pero le encantó. Aquellos pequeños gestos hacían que miles de mariposas revolotearan por su estómago. Se sentía muy especial con él a su lado, pero aquella sensación solo duraba unos segundos. Lo que tardaba en volver a la realidad.

—Se me ha ocurrido una idea. —La miró—. Cuando Ezra murió, estuve bastantes meses muy deprimido. Así que mi madre me compró exactamente cien farolillos. —Aria abrió los ojos como platos—. Dijo que escribiera todo lo que quisiera decirle y después, lo soltara al cielo para que él lo leyera. Parece una tontería, pero lo he hecho muchísimas veces durante estos seis años. Por eso me traje aquí farolillos y los tengo arriba.

—¿Y cuál es la idea?

—Que le escribas lo que quieras a tu hermana diciéndole adiós, pero recordándole que nunca la olvidarás.

Aria desvió la mirada y suspiró. No estaba segura de querer hacer aquello. Zach quería que la dijera adiós para asumir su pérdida y que parte de sus fantasmas se fueran con ella. Pero le resultaba tan difícil. Aunque sabía que era lo mejor. Asintió con la cabeza y vio como Zach subía al piso de arriba para bajar poco después con dos farolillos, un par de papeles y dos bolígrafos. Se los tendió a Aria y se apoyaron en la mesa para escribir.

Hola, Lara,

Es increíble que empiece esta carta con esa palabra para después decirte la contraria. Quiero que sepas que me resulta muy duro hacer esto, pero te prometí que sería feliz. Quizá no lo recuerdes, pero lo hice esta misma mañana en mi sueño. Y para ello, para ser feliz, debo decirte adiós. Sabes que aunque te lo diga, no voy a olvidarte. Eres mi hermana y no dejarás de serlo aunque estés tan lejos de mí. Puede que te deje ir, pero voy a seguir hablándote y tu pequeña sobrina conocerá la maravillosa tía que tenía.

No sé qué más decirte, porque me derrumbo y en estos seis meses no he hecho más que llorar. O esa es la impresión que tengo.

Te quiero, hermanita. Me hace feliz que ya no sufras ni nadie te haga daño, pero desde un principio nadie debió hacerlo. De ser así, seguirías respirando. Será mejor que no indague en eso.

Te prometo ser feliz y vivir por las dos.

Adiós.

Aria suspiró al escribir esa última palabra y dobló el papel varias veces mientras veía a Zach seguir escribiendo.

Querida, Lara.

Sé que no me conoces, por ello, me presento. Me llamo Zach Lowell, soy de Londres, aunque actualmente vivo en Leicester y desde hace seis meses me siento el tío con más puta suerte del mundo porque he conocido a tu hermana. Estoy seguro de que tú tuviste mucho que ver en que nos encontráramos y te doy las gracias. ¡Voy a ser padre! Antes de conocer a Aria, tener mi propio hijo solo era una fantasía que creía que era mejor no cumplir, pues jodo todo lo que toco. Pero estoy muy feliz porque el destino jugara. Aunque aún queda mucho que recorrer. Quiero intentar algo con tu hermana, pero es muy difícil. Tiene mucho miedo por lo que te pasó y la entiendo, por ello le doy espacio. Poco a poco estoy luchando por ella, aunque sé que Aria intenta esquivar mis intentos. Confío en que hagan efecto a pesar de que ella no muestra sus reacciones ante mis intentos o no mucho, porque noto cómo se estremece cuando la toco y como sus ojos brillan cuando le sonrió. Sé que no será un camino de rosas, pero quiero intentarlo. Le canté una canción en español para hacerle sonreír (tuvo que ser horroroso) y recuerdo una de las frases. Decía algo así como que su mirada me juró que si la pierdo, habré perdido la más grande fortuna. No sé español, pero el Google Translate ayuda mucho. Y al entender esa frase, pensé en ella. Automáticamente. No pienso perderla.

¿Sabes que he pensado en seguirla a España cuándo decida volver? Estoy loco, lo sé y eres la primera persona a la que se lo digo.

Bueno, creo que ya es hora de despedirme de ti yo también. Aunque no quiero hacerlo sin darte las gracias y prometerte que cuidaré de tu hermana y de la pequeña Lara. Te prometo para ellas todos mis días.

Adiós.

Zach.

—¿Has escrito a Ezra? —le preguntó Aria cuando dobló la carta.

—No. A Lara.

Aria se sorprendió. ¿De verdad le había escrito a su hermana?

—¿A mi hermana? ¿Y qué le has dicho?

—Eso es un secreto. —Le guiñó un ojo.

A pesar de ser aún de día, encendieron los farolillos y juntos dejaron volar sus mensajes a Lara. Ambos estaban seguros de que ella los leería.

Capítulo 25

Aria se encontraba en la sala de espera del centro de salud junto con más mujeres embarazadas. Aquel día iba a tener su primera clase de preparación al parto y estaba nerviosa por si en alguna de las actividades hacía el ridículo. Aunque si era sincera, aquello era lo que menos le importaba. Se sentía sola y le dolía ver a todas esas mujeres acompañadas de sus parejas.

Neida la habría acompañado de no ser porque tenía que trabajar. Se había disculpado mil veces con ella y Aria le pedía que dejara de hacerlo, que quien de verdad tenía que estar allí con ella estaba ocupado tirándose a la idiota de Susan. Sentía que a Zach le importaba más ella que su hija. Neida se sorprendió al ver a Aria furiosa. Era la primera vez que lo estaba por el hecho de que Zach hubiera quedado con Susan.

Aria estaba enfadada, sí. Muy enfadada con Zach. Vale que ella le hubiera dicho que no cancelara su cita por ella, pero le molestaba mucho que dijera que quería hacerse cargo y luego irse con aquella futura modelo de Victoria's Secret. No era propio de ella enfadarse. Pero lo estaba y mucho.

Miró de reojo su móvil. Tenía muchísimos mensajes del susodicho y otras tantas llamadas, pero no quería hablar con él. Si quería saber qué tal le había ido la clase, que hubiera ido con ella.

La matrona abrió la puerta y pidió a la futuras madres y padres que allí había que entraran. Aria cogió su bolso y se levantó de aquella incómoda silla. Se colocó detrás de aquellas mujeres y esperó a que entraran para hacerlo ella, aunque antes de pasar a la sala notó como alguien le agarraba de la muñeca. Asustada se giró, pero se relajó al ver que era Zach. Estaba hiperventilando.

—¿Por qué diablos no me respondes al móvil?! —le espetó—. ¡Joder, me he asustado! Creía que te había pasado algo.

—Vaya, que confianza —ironizó—. No te contestaba porque no quería molestarte con TU cita —dijo molesta.

—Pues que sepas que he cancelado MI cita porque tú y la niña sois lo

primero y te estaba llamando para ver dónde eran las puñeteras clases. He tenido que ir al Jones a preguntarle a Neida y luego correr hasta aquí. Literalmente, porque se ha vuelto a estropear la batería de mi puto coche.

Aria se mordió el labio inferior al verle tan enfadado. Quizá si hubiera leído sus mensajes ninguno de los dos tendría ese enfado con el otro, aunque ella ya no tenía derecho a estarlo con él. Su cabezonería había conseguido que ahora él estuviera molesto con ella. ¡Pero creía que estaba con Susan! Y sí, no lo iba a negar. ¡No le gustaba que pasara tiempo con ella! Es más, había empezado a odiarla.

—Disculpen —les dijo la matrona—. ¿Van a entrar?

—Sí —contestó Zach.

Cogió la mano de Aria y prácticamente la arrastró dentro de la sala. Estaba bastante cabreado con ella. Y no sabía a qué había venido aquel tono cuando se había referido a su cita con Susan. ¡Si era quien le animaba a que intentara algo con ella! Susan había sido comprensiva cuando le contó el motivo de por qué debía cancelar su cita. Era una buena chica y no se merecía lo que él estaba haciendo. Usarla para intentar olvidar a Aria.

Zach ayudó a Aria a sentarse en una de las esterillas que había y él se colocó de rodillas a su espalda. Eran los más jóvenes y todos les miraban, pero a él le daba igual, aunque veía que a Aria no, porque había bajado la cabeza hacia sus pies para no enfrentarse a esas miradas.

—Bienvenidos todos —comenzó a hablar la matrona—. Bueno, por lo que veo todas o la gran mayoría ya estáis en el último trimestre de la gestación. ¡La recta final! —Sonrió—. Vale, en estas clases vais a aprender distintas técnicas de respiración y relajación para disminuir el dolor del parto. Os enseñaremos a distinguir si algo va mal y/o si ya ha comenzado el proceso del parto. El contenido se divide en clases teóricas y prácticas. En las teóricas, os mostraremos los cambios propios de la gestación, a reconocer las señales del parto, en qué consiste la anestesia epidural, la monitorización, entre otras cosas y las clases prácticas incluyen gimnasia prenatal, técnicas de relajación y masajes de estimulación.

Tras tragarse aquel tostón, las matronas procedieron a pasar la primera media hora explicando el proceso del parto y no solo eso, sino que lo

simularon con una vagina de plástico y un muñeco. El rostro de Zach mostraba lo poco que le estaba gustando ver eso. Si con la simulación ya se estaba poniendo malo, no quería saber cómo sería el momento del parto de Aria. Aunque dudaba que ella le dejara asomarse ahí. Después, las matronas cogieron al bebé de plástico y les mostraron cómo bañarlo y cambiarlo. Los padres que allí había comenzaron a ponerlo en práctica y Aria rio al ver como a Zach se le pegaban a los dedos los adhesivos del pañal.

—No tiene gracia —bufó.

—¡Si la tiene! Este bebé no se mueve, pero Lara si lo hará y que sepas que te tocará cambiarla también.

—Vale, pero cuando eso pase, será mejor que estés cerca por si acaso.

—Seguro que lo haces genial.

Tras practicar con el muñeco, el siguiente ejercicio era para las futuras madres. Cogieron una pelota de yoga para que se movieran sobre ella en círculos mientras respiraban. Era bueno que, durante el parto, pidieran una al hospital para la dilatación y la respiración. Mientras ellas se movían sobre la pelota, sus parejas les masajearon los hombros cómo las matronas les indicaban.

—Vale, ahora os vamos a explicar los dos masajes que son aconsejables hacer. Uno de ellos lo pondremos a continuación en práctica, que es la estimulación de las mamas para la subida de la leche.

Zach abrió los ojos como platos. Esa mujer tenía que estar en broma. ¡No pensaba estimularle las mamas a Aria! Sería mejor que lo hiciera ella, aunque había dicho que había dos masajes. Quizá era el otro el que harían. Pero no, había dicho que el de las mamas iban a poner lo en práctica.

—Y el otro es el masaje del perineo.

«Vale, ni en sueños voy a hacer... eso», pensó Zach y soltó un largo suspiro. Aquel momento le estaba resultando muy incómodo y ver las mejillas sonrojadas de Aria le hizo entender que a ella también.

—La estimulación de las mamas se hace con ambas manos. Se masajea alrededor de la mama y se estimulan los pezones y las areolas con los dedos y los pulgares. Se presionan las areolas mientras se jalan los pezones, ya que así se imita la succión del bebé. Lo mejor es que sea vuestra pareja o alguien

muy cercano de confianza quien lo haga, así que papis, colocaros detrás de vuestra pareja e introducid bajo su ropa vuestras manos. No tengáis vergüenza. Y os aconsejaría a las mamás que os desabrocharais el sujetador.

Zach y Aria se miraron. Ella roja como un tomate y él sudando como un cerdo. ¿De verdad tenían que hacer eso?

—No hay por qué hacerlo. Podemos fingir.

—¿Y eso cómo se finge?

—No sé, yo sin tocarte las tetas muevo las manos como si lo estuviera haciendo y tú gimes o algo.

—¿¿Cómo voy a gemir?! —Le miró alucinada—. No me voy a... excitar. Tu hazlo, que no pasa nada —dijo desabrochándose su sujetador.

«Yo no estaría tan seguro», pensó Zach metiendo las manos bajo la camiseta que llevaba. No estaba muy seguro de aquello y Aria pareció verlo, ya que ella también metió las manos y empujó las suyas. Cuando tocaron sus senos su cuerpo reaccionó de inmediato. Estaban más grandes de lo que recordaba y muy calientes. Notaba los pezones erectos y la piel de la areola muy suave.

«No, no, no, soldadito. ¡Abajo!», le pidió a su entrepierna al notar como se ponía en posición de ataque. Se separó un poco de ella para que no notara el bulto en sus pantalones. Zach siguió las instrucciones de la matrona. Masajeó sus pechos en círculos y estimuló los pezones. Aria estaba muy tensa y él... él solo podía pensar en llevarla a un lugar donde estuvieran a solas y seguir estimulando sus senos con su boca. Estaba completamente perdido. Miró a los otros hombres y vio que ellos aguantaban como campeones. ¿¿Acaso ellos no deseaban a sus mujeres?! Porque él a Aria sí y hacer aquello estaba siendo su perdición. ¡Jamás había estado tan excitado en su vida! Era un tío y no era de piedra. ¿En qué estaba pensando aquella mujer para que les pidiera hacer eso?

Zach se movió incómodo y Aria pudo escuchar como una especie de gruñido salía de su boca. No era tonta y sabía que aquello que rozaba la parte baja de su espalda era la erección que él tenía y que no hacía más que intentar apartar para que no lo supiera. Ella también se estaba poniendo a mil. Su sexo estaba completamente húmedo. Lo notaba y se estaba muriendo de la

vergüenza. Menos mal que nadie lo podía notar.

—Muy bien. —Dio una palmada aquella mujer—. Ahora os voy a explicar cómo masajear el perineo. Pero tranquilos, este no es necesario que lo hagáis aquí, pero es bueno que en vuestra casa, lo realicéis. Este masaje es necesario para que toda la zona tenga la capacidad de adaptarse al paso del bebé hacia el exterior con el menor riesgo posible de sufrir un desgarro o minimizar la necesidad de practicar una episiotomía. —Zach estaba alucinando. Ni de coña iba a hacer eso—. Se aconseja la utilización de aceites que faciliten la técnica. Puede ser ejecutado por una misma, aunque bien es cierto que, a medida que pasan las semanas y por la incomodidad del tamaño de la tripa, esta tarea se complica para la mujer y aunque puede seguir siendo ella quien lo ejecute con ayuda de un espejo, es más práctico que la pareja sea el que lo haga.

—Joder —bufó Zach en voz baja—. Aria, sabes que te aprecio, pero esto... como que no.

—Tranquilo, nosotros decimos que lo hacemos y ya.

—Ahora os explicaremos cómo se hace —continuó hablando la matrona—. Primero, debemos asegurarnos de tener los dedos bien lubricados. Si es la mujer quien lo va a hacer, se utilizan los dos pulgares, si es otra persona, los índices. Se introducen los dedos de 2 a 4 centímetros y se dibuja una U estirando hacia afuera, dilatando las paredes de la vagina, con firmeza, pero sin dolor. Se empieza en la parte alta sin tocar la uretra hacia la parte baja en dirección al ano y una vez allí, se presiona hasta sentir un leve quemazón. Se debe aguantar y aprender a relajarse, pues servirá de entrenamiento para cuando en el día del parto, la cabeza del bebé pase por ese punto.

—¡No quiero escuchar más! —dijo Zach imaginándose aquello. Como tuviera que hacer eso acabaría por mandar su autocontrol a la mierda.

La matrona siguió con aquella explicación hasta que dio la clase por finalizada. Ambos soltaron un suspiro de alivio. No entendían cómo el resto podía a ver aguantado aquello. Primero el dichoso masaje de las mamas y ahora aquella explicación.

—Aria, dame tu bolso —le susurró al oído.

—¿Qué?

—Es algo... incómodo de explicar, pero soy un tío y no soy de piedra. Y necesito ocultar lo que el dichoso masaje me ha provocado.

Aria ahogó una carcajada y le tendió el bolso mientras ella se abrochaba de nuevo el sujetador y se ponía la cazadora. Vio como Zach se tapaba con su bolso la entrepierna y cuando estuvieron listos, corrieron hasta salir a la calle.

—¿Podemos esperar a que... se me baje?

Esta vez Aria se sonrojó y asintió desviando la mirada a la calle. Llovía a mares, así que esperarían bajo cubierto y el frío que hacía, haría que la entrepierna de Zach se colocara en su posición con más rapidez. O eso esperaba.

Pidieron un taxi y tras dejar a Aria en la puerta de su casa, el chófer condujo hasta la suya.

—¡Hola! —saludó Neida—. Acabo de llegar de trabajar y he traído algo de cena. ¿Qué tarde has salido no?

—La clase ha durado hasta poco más de las ocho. Y... ha venido Zach.

—Lo sé. Vino para preguntarme dónde estabas. ¿Por qué no le cogías el móvil?

—Lo tenía en silencio. No me di cuenta —mintió.

—Bueno y, ¿qué tal?

Aria se sonrojó al recordar como Zach se había excitado. Al ver como a su amiga le subían los colores, Neida hizo que se sentara en el sofá para que le contara todo. Aria no dejaba de hablar mientras su compañera se reía a carcajada limpia. Le habría encantado estar allí para ver a esos dos.

—¡No te rías! —Le dio un ligero golpe en el brazo—. Pobre Zach. Y cuándo se ha puesto la matrona a explicar el masaje del perineo, creo que ha dejado hasta de respirar.

—Lo raro es que haya sabido dónde está el perineo. —Rio.

—¿Cómo no va a saberlo?

—Te apuesto a que si vas adónde Logan y le sueltas que has ido a su casa para que su hermano te dé un masaje en el perineo, no va a poner ninguna cara rara porque seguro que no sabe dónde está ni qué es.

—¡Seguro que sí! Pero Zach no me va a dar ningún masaje ahí —protestó.

—No tiene por qué dártelo. Simplemente es ir y decírselo. Quien pierda la apuesta, tendrá que cocinar durante una semana.

—¿Estás hablando en serio?

—¡Claro! Yo digo que Logan no sabe qué es ni dónde está el perineo.

—Vale, yo que sí.

Ambas se levantaron y caminaron hasta la casa de los Lowell. Cruzaban los dedos para que fuera Logan quien abriera. Y por suerte, así fue. Neida puso los ojos en blanco al verle en ropa interior. ¿Y si fuera otra chica la que llamara a su puerta? Ese escultural cuerpo solo era suyo.

—¿A qué debo el placer, chicas? —preguntó desnudando a Neida con la mirada.

—Hemos venido a que tu hermano me dé mi masaje diario en el perineo —soltó Aria.

Logan se quedó alucinado. La miró ojiplático. ¿Había oído bien? Sabía que Zach y Aria solo eran amigos, pero ¿qué clase de amistad era esa en la que su hermano le tocaba el... la... el perineo?

—¿Qué mi hermano te tiene que dar un masaje en el coño?

—¡Toma! —Aplaudió Aria—. He ganado la apuesta. Gracias, Logan.

Neida maldijo, pero se acercó a Logan para darle un suave beso.

—Me has hecho perder una valiosa apuesta, cariño. —Rio—. Creíamos que no sabías que el perineo era el... coño. ¡Qué mal me suena esa palabra en inglés! Prefiero decirlo en español. —Miró a Aria—. ¿Chocho?

Aria rio al escucharla y asintió. A ella le sucedía lo contrario. Le sonaba mejor aquella parte de su cuerpo en inglés que en español. En su idioma le sonaba muy bruto y de mal gusto.

—¡Hey! —saludó Zach saliendo—. ¿Qué hacéis aquí?

—Aria ha venido a que le des su masaje en el perineo —soltó Logan.

—¿Qué?! Aria, creía que nosotros no...

Ella se rio al escucharle y negó con la cabeza antes de explicarle la apuesta que Neida y ella habían hecho. Zach suspiró un tanto aliviado y se despidió de ellas. Había quedado con Susan, pero prefería que Aria no se enterara. Había empezado a sospechar aquella tarde que a ella ya no le hacía mucha gracia sus citas.

Susan le había llamado para quedar a ver una película en su casa. Le sentaba mal rechazar su invitación tras cancelar la cita que tenían aquella tarde. No le apetecía nada, así que vería la película con ella y se iría a su casa. Por suerte, no vivía lejos.

Cuando llegó, Susan le recibió con un pantalón corto de algodón y una camiseta de la universidad. No negaba que fuera una chica preciosa y tenía unas piernas kilométricas que serían la perdición de cualquier hombre. Pero no la suya.

—¡Hola! —Le sonrió—. Pasa. Mis compañeras están con sus novios.

Zach asintió y entró para sentarse en el sofá. Susan ya tenía todo preparado. Tenía suerte de que no le gustaran las películas románticas o aquella cita sería insoportable. Poco después, ella se sentó a su lado con unas palomitas. Él le dio las gracias girándose hacia ella para sonreírle.

Susan se quedó hipnotizada con aquella sonrisa. Zach era un chico increíble. Guapo, atento, responsable, inteligente. Cada día que pasaban juntos, ella se colaba más de él, pero aún no se habían lanzado ninguno de los dos. Quizá fuera tímido y estaba esperando a que ella diera el primer paso. Decidió hacerlo.

Zach se sorprendió cuando Susan se lanzó a sus labios. Le besó con ternura y con miedo. Él intentó responder a aquel beso, pero no pudo. La separó y bajó la mirada sintiéndose un completo capullo.

—Lo siento, Susan. Eres una chica increíble y cualquiera mataría por estar contigo, pero yo...

Ella se sintió dolida y rechazada. Puso distancia entre ellos y miró las uñas pintadas de sus pies.

—Es por ella, ¿verdad?

—¿Qué?

—Por tu amiga embarazada.

Zach se rascó la nuca. No podía hablar, pero asintió con la cabeza. Susan se merecía saber la verdad y que le echara de su casa con una merecida patada en el culo.

—¿Por qué empezaste a salir conmigo si estás enamorado de ella? —quiso saber.

—Porque no lo sabía. Es más, acabo de darme cuenta de ello —confesó.

Aquello era una locura. Susan había sido la primera persona a la que le había confesado que quería a Aria. Sabía que aquello solo le había hecho más daño. Pero debía ser sincero con ella y consigo mismo. Estaba locamente enamorado de Aria.

Ella asintió y se levantó para abrir la puerta de su casa. Quería que se fuera y no la viera llorar. Zach se levantó y volvió a disculparse con ella al pasar por su lado. Susan no contestó. Cerró la puerta y se deslizó por ella mientras lloraba. No era agradable escuchar que el chico por el que llevas loca casi cuatro años, estaba enamorado de otra. Pero ella creía en el famoso hilo del destino. Zach estaba unido a aquella chica. Y ante eso, nada podía hacer.

Capítulo 26

Aria sonrió al leer el mensaje que Zach le había mandado anoche, pero hasta esa mañana no lo había leído. En él le decía que Susan y él ya habían dejado de verse. No habían roto, ya que no se podía romper algo que jamás había empezado. Aria no podía dejar de leer una y otra vez el mensaje por si acaso había leído mal, pero no. Zach y Susan ya no estaban juntos. Le dieron ganas de saltar y lo haría, pero su tripa se lo impedía.

Aunque tras esa alegría, el resentimiento la invadió. ¿Era mala persona por alegrarse de aquello? Puede, pero es que odiaba verle con otras. No le gustaba nada ver como la trataba a ella y a Lara tan bien y que después se fuera con otra chica. Le daba miedo pensar que un día podría enamorarse de otra y formar su propia familia. Le dolería mucho y no solo por su hija, sino también por ella.

Al ver como su ánimo bajaba, volvió a leer su mensaje para sonreír de nuevo. Definitivamente, era mala. Aunque le contestó con un escueto lo siento para que no se le notara su alegría.

—¿A qué viene esa sonrisita? —le preguntó Neida.

Aria no habló. Le pasó el móvil y su amiga rio al entenderlo. Neida sabía que su compañera estaba colada por Zach, pero era tan cabezota que no iba a admitirlo. Pero por Dios, ¡a ambos se les veía a la legua! El chico se preocupaba muchísimo por las dos y Aria sonreía feliz cuando él estaba cerca, pues se olvidaba de su horrible pasado.

—¿Cuándo lo vas a admitir, Aria?

—¿El qué?

—Que estás loquita por Zach.

—¡No lo estoy! Solo es amable. —Sonrió—. Es un buen amigo.

—Nena, a mis amigos no les sonrió con esa cara de enamorada.

Aria borró aquel gesto y carraspeó para comenzar a prepararse el desayuno, aunque debería ser Neida la que se lo hiciera, ya que perdió la apuesta, pero así estaba distraída y no pensaba en Zach. Su amiga tenía razón.

Sonreía como una tonta enamorada cuando le veía o pensaba en él. ¡Pero solo eran amigos! Aunque llevaba semanas deseando más, pero claro cuando se veía preparada para lanzarse, recordaba algo. Y era que salía con Susan. Ahora tenía vía libre. ¿Estaría preparada para ser sincera con él y consigo misma?

—¡Voy yo! —gritó Neida cuando llamaron a la puerta.

Aria asintió y tras beberse su vaso de leche con cacao, salió de la cocina mientras masticaba un bollo de leche, aunque se atragantó al ver a Logan sujetando a su amiga con su brazo sano y empotrándola contra la pared mientras le devoraba la boca. ¡Esos dos no se cortaban! No sabía qué prefería: que se llevasen mal o por el contrario, demasiado bien. Como era el caso. Y ese era el problema, que se llevaban excesivamente bien y a veces no se daban cuenta de que había más gente en la sala.

—Siento cortaros el rollo, pero estoy aquí y paso de veros... así. Discreción, por favor —pidió Aria.

La parejita feliz rio y Logan dejó a Neida en el suelo para acercarse a Aria y darle un beso en la mejilla.

—¿Cómo va todo aquí dentro? —Le tocó la barriga.

—Creo que está dormida —dijo divertida—. Antes me quejaba de que no se movía y ahora prefiero que no lo haga tanto. Por las noches me da muchísima guerra.

—Clavadita a mí hermano. Los genes Lowell. —Miró a Neida—. ¿Nos vamos, nena? Vas a llegar tarde.

Neida asintió y subió a por su bolso. Cada día desde que se reconciliaron, Logan iba a buscarla para acompañarla a la universidad, a pesar de que él podía quedarse en casa durmiendo. La dejaba en la puerta de su facultad y le daba un buen beso para que todo el mundo supiera que esa loca finlandesa, era suya.

—Aria —la llamó Logan—. Zach me dijo que eres muy futbolera y esta tarde hay un partido. El Barcelona contra el mejor equipo del mundo. El Leicester. ¿Te apetecería venir a casa a verlo con Zach y conmigo?

—¿Y Neida?

—Odia el fútbol, pero me dijo que se iba a quedar estudiando para un

examen parcial que tiene la semana que viene. Es a las siete.

—Vale. —Sonrió—. Así veré vuestras caras de perdedores cuando MI equipo os de una paliza.

—Ni en sueños.

—¡Ya estoy! —dijo Neida cuando se reunió con ellos—. Os he escuchado así que más vale que me la cuidéis muy bien. Yo saldré del Jones y me encerraré para estudiar. Qué ganas tengo de ser bióloga de una vez.

—La bióloga más sexy del planeta. —La besó Logan.

Aria al verles, se dio la vuelta y regresó a la cocina. Pasaba de hacerlo. Eran tan monos que daban asco. Cuando se fueron, se dejó caer en el sofá y decidió llamar a Zach. Debía disculparse con él por su comportamiento del día anterior.

—¡Hola, preciosa! —la saludó.

—Hola. Te llamaba para decirte que siento mucho que lo tuyo con Susan no haya funcionado. —«¡Serás mentirosa», pensó comenzando a jugar con el filo del vestido que llevaba—. Me siento algo responsable por cómo me porté ayer contigo cuando viniste a las clases.

—No lo eres, Aria. Llevaba pensando acabar desde la primera cita, pero no fue hasta ayer cuando pude hacerlo. Me besó y la rechacé.

El corazón de Aria le dio un pequeño retorcijón. ¿Se besaron? Ahora mismo sus celos estaban a flor de piel. Menos mal que Zach no la veía para notarlos. Como odiaba que Susan hubiera probado aquellos labios que la volvían loca cada vez que los saboreaba.

—¿La rechazaste? ¿Por qué? Es la clase de chica que les encanta a todos los hombres. Alta, curvilínea, cara angelical...

—Lo es, pero Susan no es para mí, es más, gracias a ese beso, me di cuenta de algo muy importante.

—¿El qué?

—No sé si estás preparada para saberlo, Aria.

—Oh —se lamentó—. ¿Crees que podrás contármelo cuándo lo esté?

—Cuándo vea que lo estés, no dudaré en decírtelo.

Aria sonrió mordiéndose el labio inferior. ¿A qué se refería? Como siempre que hablaba con él por teléfono, notó como Lara se movía. Aquella

niña era muy lista y se volvía loca cuando escuchaba la voz de su padre.

—¿Estás en casa? —le preguntó deseando verle.

—No. Estoy en la estación de tren esperando a alguien. No llegaré a casa hasta la hora del partido. ¿Te ha dicho Logan que vengas a verlo con nosotros?

—Sí. ¿Le digo a Neida que nos saque algo de cena?

—Me ha dicho Logan que se encarga. —Aria asintió—. Oye, tengo que dejarte. Nos vemos más tarde, ¿vale? Y llámame si necesitas algo.

—Lo haré. Adiós.

Aria colgó y se levantó para ir a Haymarket. Quería comprarse algo de ropa, ya que las mallas que llevaban empezaban a estarle pequeñas y de paso, mirar más cosas para Lara. Neida y ella ya habían ido varias veces de compras para Lara. Esas prendas tan pequeñas eran preciosas y ninguna de las dos podía resistirse.

Poco antes de las siete de la tarde, Aria ya estaba en casa de los hermanos Lowell. Logan fue el que abrió, ya que Zach todavía no había llegado. La mesa estaba llena de comida que había comprado en el Jones, pero decidieron esperar a que Zach llegara para empezar a cenar. Aún quedaban veinte minutos para que el partido comenzara, así que Logan le ofreció a Aria jugar una partida al FIFA, a lo que ella aceptó.

Logan recordaba la paliza que le dio la primera vez el día que se conocieron, pero se la dio porque ella se dejó. Ahora Aria estaba dándolo todo en el campo y él se estaba frustrando. Esa española era muy buena. Acabaron su particular partido quedando cinco a dos.

Se oyeron unas voces fuera y Aria distinguió la de Zach. La otra era una voz femenina. ¿Sería Susan? Logan que también lo había oído, se levantó para ir a la cocina a coger los platos. ¡Ya estaban todos!

La puerta se abrió y por ella apareció él riendo con una chica joven, rubia y de ojos verdes. Resumiendo, una chica increíblemente bonita. Como no. No podía creerse que ya tuviera un nuevo ligue. Ver aquello le sentó como una puñalada. Y ella pasaba de soportar sus ñoñerías.

Mientras ellos seguían riendo, Aria se levantó y cogiendo su abrigo se fue sin decir palabra, aunque muerta de celos. Definitivamente, no soportaba

verlo con otras. Le dolía mucho. Sabía que debía asumirlo, pero cada día que pasaba le resultaba más difícil.

Así que ella era el alguien con el que Zach había pasado el día. Sintió como el estómago se le revolvía. No iba a soportar estar allí mientras él y esa chica se daban carantoñas. Caminó hasta llegar a Victoria Park y triste, se sentó en uno de los bancos de hierro negros bajo una farola. El parque estaba desierto y ella así lo prefería. Estaría allí hasta que esa opresión que notaba en el pecho disminuyera. Neida tenía razón. ¡Estaba colada por él! No tenía ni idea de cuándo había sucedido. ¡Pero qué más daba! Era una idiota por haber dejado que sus sentimientos volaran libres.

—Aria. —Oyó a su lado y se giró para ver a Zach sentarse—. ¿Qué te ha pasado para que huyas de mi casa con cara de querer matar a alguien?

—Nada —contestó, pero Zach no la creyó y siguió mirándola hasta que por fin habló—. ¡Mira! Ya tengo suficiente con ver a Neida y a Logan dándose el lote, así que paso de ver a otra parejita haciendo lo mismo. Solo te he dejado a solas con tu nuevo ligue.

—¿Mi nuevo ligue? —Rio—. ¡Estás celosa! —Afirmó divertido. No sabía muy bien por qué, pero le encantaba que lo estuviera.

Aria suspiró y se cruzó de brazos. Odiaba que comenzara a conocerla tan bien. Eso o que ella no había disimulado nada.

—No voy a negar como el resto de las mujeres de la humanidad que no me ha molestado verte con... esa. Porque sí, ¡estoy muy celosa! Pero no te lo creas tanto, que no es por ti. —Mintió y posó sus manos en sus rodillas—. No estoy celosa de ti, sino de lo que tenéis. Me he dado cuenta de que no quiero estar sola. Que ya no tengo miedo, que quiero tener lo que tienen Neida y Logan o tú con esa... chica. Quiero sentirme querida, que me abracen, que me besen cuando lo necesite y que me hagan reír cuando esté llorando. Pero claro, ¿quién va a querer estar conmigo? Nadie quiere a una madre soltera.

—Yo —declaró Zach.

Aria volteó la cabeza rápidamente. Había tenido que oír mal. Si eso fuera verdad, no tendría ya una nueva novia.

—¿Qué? —preguntó Aria.

—Esa chica, por la que estabas celosa, es mi prima Gina. —Se acercó a

ella y le retiró un mechón de cabello—. Y la razón por la que ayer dejé a Susan, fuiste tú. Aria. —Le cogió de las manos—. ¿Te acuerdas lo que te he dicho esta mañana? ¿Qué cuando estuvieras preparada te contaría qué he averiguado gracias al beso de Susan? —Ella asintió—. Pues lo que averigüé es que no quiero estar con otra que no seas tú. Que quiero intentarlo. Que me vuelves loco desde el primer día, Aria. Y no solo quiero estar contigo por el bebé. No quiero que veas esto como una obligación, ya que no lo es. Sería el tío más afortunado de la ciudad si me dieras la oportunidad que llevo meses ansiando para demostrarte todo lo que provocas en mí. —Al ver que ella se quedaba muda y que no reaccionaba decidió continuar—. Cuando... cuando te canté esa canción en tu idioma, la traduje y hay una frase que al entenderla, inmediatamente tu imagen me vino a la mente. Sabes que no sé hablar nada de español, pero quiero decirte esa parte de la canción en tu idioma y quiero que sepas que es sincera. —Cogió aire antes de hablarle en castellano—. Quiero tenerte aunque sea solo un momento, y si me dejas tal vez todos los días. —Aria se emocionó al escucharle y sonrió—. ¿Lo he dicho mal?

—No, no, no. —Posó una mano en su mejilla—. Lo has dicho perfecto.

—Vale. —Rio nervioso. El corazón estaba a punto de salirse por la boca—. Quiero tenerte todos los días, Aria. Y yo a cambio, te prometo todos mis días.

—¿Qué has dicho? —preguntó Aria, pero no le dejó hablar—. Eso...esa frase nos la decíamos Lara y yo desde que éramos unas niñas. Ahora yo se la digo a nuestra hija. —Se miró el vientre.

—¡Oh! Lo siento, no quería...

—¡No! —Le interrumpió Aria—. Es...perfecto. Tú eres perfecto —susurró.

Aria se deslizó por el banco para quedar más cerca de él. Sus cuerpos quedaron a apenas unos centímetros. Zach posó sus manos en su rostro y le acarició las mejillas. Acercó el suyo al de ella hasta que sus narices se rozaron. Un cosquilleo recorrió el cuerpo de Aria y cerró los ojos para sentir mejor sus caricias. Le daba miedo abrirlos por si era un sueño, pero no. No lo era.

—¿Qué me dices, Aria?

—Pues... no soportaba verte con Susan. Me daban ganas de vomitar cuando te animaba a intentarlo con ella. Llevas meses en mi cabeza y poco a poco te has colado en mi corazón —confesó—. ¿Recuerdas el día que nos despedimos? Fue mi tercer día aquí y me acompañasteis hasta la que es ahora mi casa. Te dije que tenías algo. Siempre me has transmitido paz, confianza y seguridad. También te comenté que lo que hicimos aquella noche, no podría haberlo hecho con nadie más. —Él asintió—. Tú ponías la excusa del alcohol. —Ambos rieron—. Y te contesté que no, que fue mucho más, pero que aún no había averiguado qué era ese más. Pero ya lo he hecho. He averiguado ese más que hizo que solo pudiera entregarme a ti. Mi corazón sabía que me enamoraría de ti.

Zach sonrió como un bobo al escucharla y se levantó del banco para ayudarla a ella. Cuando ambos estuvieron de pie, rodeó su cintura y la atrajo hacia él. No pensaba soltarla nunca.

—¿Sabes que voy a hacer ahora? —Ella negó—. Voy a besarte y no voy a soltarte hasta acabar con cualquier tipo de miedo que tengas. Voy a cuidarte y a protegerte y voy a luchar por ti cada día.

—Me parece perfecto —contestó.

Por fin, tras meses anhelando aquel momento, se besaron bajo la luz de aquella farola. Y esa vez, era un beso sin miedo. Aria abrió la boca para darle mejor acceso y él la saboreó ciñéndola más a su cuerpo. No era la primera vez que se besaban, pero sí la más intensa y especial. Dejando ver lo que sentían el uno por el otro. Sus lenguas se enredaron en un baile erótico y Aria no pudo evitar gemir. Se sentía completa con él a su lado. Por fin había dado ese gran paso que tanto deseaba y estaba siendo mucho mejor de lo que había imaginado.

Aria pasó sus brazos por su cuello e hizo que intensificara el beso. Le encantaría poder acercarse más a él, pero la tripa se lo impedía. Zach abandonó una mano de su cintura y la posó abierta sobre su mejilla. Recorrió con la lengua cada recoveco de su boca y atrapó con sus dientes su labio inferior para tirar ligeramente de él.

Juntaron sus frentes y él le regaló un último beso en la punta de la nariz. Se había quitado un gran peso de encima siendo sincero con ella.

Arriesgándose. Aquello era lo mejor que le había pasado en la vida. Se quedaron varios segundos allí quietos y mirándose completamente felices.

—¿No piensas soltarme? —preguntó Aria al ver que él no quitaba el brazo de su cintura.

—No. Por si acaso te escapas o te desvaneces.

Aria rio y negó con la cabeza. Ese chico la tenía completamente loca. ¿Cómo podían haber aguantado tanto tiempo siendo solo amigos? Aunque seguía teniendo miedo, pero no a que él le hiciera daño como Rafa a Lara, sino a la llegada del día en el que ella regresara a su país. Cada día se sentía más fuerte, pero no era suficiente. Al menos, de momento.

—No voy a hacer ninguna de las dos cosas. —Rio—. Y si no me sueltas, ¿cómo vamos a ver cómo mi equipo gana al tuyo?

Zach rio y la soltó para comenzar a caminar de vuelta a casa, pero pasó un brazo por sus hombros para atraerla hacia él. Le dio un beso en la mejilla y ella sonrió. Su corazón aún latía desbocado por lo que acababa de suceder entre los dos. Hasta Lara estaba contenta, pues en ese momento se estaba moviendo más que nunca.

Salieron de Victoria Park y regresaron a su casa donde Logan hablaba con la chica que antes reía con Zach. Era su prima y ella por culpa de sus celos, se había comportado muy mal con ella.

—Hola de nuevo —les saludó Logan—. Ya veo que lo habéis solucionado.

—Antes no nos han presentado. —Se levantó Gina para saludar a Aria—. Soy Gina Lowell, prima de Logan y Zach. Espero que no te haya importado verme aquí. Voy a quedarme el fin de semana para ver la universidad y un piso que he alquilado con unas amigas. El año que viene empiezo aquí a estudiar.

—Encantada. Yo soy Aria Rivera, la... —Se detuvo. No sabía cómo presentarse.

—Mi novia —terminó Zach por ella y Logan se atragantó con la hamburguesa que estaba comiendo—. Y esta de aquí. —Acarició su vientre—, es Lara. Nuestra hija.

—Así que eres la famosa Aria de la que la tía Kate no deja de hablar. —

Rio—. Toda la familia sabe ya de ti y estamos muy contentos con la nueva incorporación a la familia. ¡Seguro que tenéis una hija preciosa! Y como en agosto me mudo, podré verla a menudo. Si no es molestia claro.

—No, no... para nada. Y siento mi actitud de antes —se disculpó aún confundida por cómo la había llamado Zach.

Logan se quedó mirándoles. No se esperaba aquello. Bueno, en realidad sí, pero no tan pronto y tras un enfado por parte de Aria. Se alegraba por ellos. Aria necesitaba a alguien con quien sentirse segura y su hermano, una mujer a su lado que le ayudara a desprenderse de sus fantasmas y miedos. Y poco a poco, ambos estaban consiguiendo aquello. Cogió su móvil para mandarle la buena nueva a Neida. Tras las presentaciones y aclaraciones, Gina se disculpó con ellos. Estaba cansada y decidió subir al cuarto que sus primos le habían proporcionado para descansar.

Aria se sentó en el sofá al lado de Logan que se inclinó a su oído para susurrarle lo mucho que se alegraba por ellos. Ella se sonrojó y cuando Zach se sentó a su lado, pasó una mano por sus hombros para que se apoyara en él. Aunque aquella muestra de afecto no duró mucho ya que el equipo de Aria marcó su tercer gol y ella lo celebró. No había acabado el primer tiempo y ya les habían marcado tres goles.

—¡Toma! —Aplaudió Aria—. Os vamos a ganar.

—Aún queda el último tiempo —avisó Logan.

Los siguientes cuarenta y cinco minutos, el Leicester metió dos goles al equipo español y este último marcó su último finalizando el partido con un cuatro a dos. Aria celebró la victoria y ayudó a los chicos a recoger la cena. Tuvo un déjâ vu de la primera noche que pasó allí.

—Quédate —le pidió Zach en el oído.

—No sé si es buena idea. —Se mordió el labio inferior.

—Aria solo vamos a dormir. Necesito tenerte cerca para saber que es real. Quiero despertarme y verte a mi lado.

—Si me dices eso, cualquiera dice que no. —Rio y se puso de puntillas para darle un beso—. Eso sí, no pienso dormir en ropa interior. Iré a casa a por el pijama.

—Pues te acompaño —sentenció Zach.

Logan se unió a aquel pequeño paseo. Aprovecharía que Neida tendría la casa para ella sola para pasar la noche allí. No la había avisado, pero sabía que no pondría pegas y si lo hacía, se encargaría de convencerla como mejor sabía. Sexo salvaje.

Tal y como imaginó, Neida estaba más que encantada de aquella especie de intercambio. Abrazó a su amiga y a Zach felices por ellos y Aria subió a su cuarto para coger el pijama.

—Mañana tienes que contármelo todo —le pidió entusiasmada Neida dándole un beso en la mejilla—. Y si tenéis problemas para follar, en internet habrá algún kamasutra para embarazadas. —Rio.

—No vamos a... no vamos a acostarnos. —Se sonrojó mientras sonreía.

—Y cuando os conocisteis tampoco y mira lo que pasó.

Aria y Zach regresaron y subieron a la habitación de él. Por suerte la cama que tenía era de matrimonio y ahí cabrían los dos. Él la dejó a solas unos minutos para que se preparara y una vez ambos listos, se metieron en la cama. Aria se puso de lado y él la abrazó por la espalda poniendo una mano en su vientre.

—Si estás incómoda, dímelo.

—No lo estoy. No he estado mejor en mi vida —susurró cerrando los ojos para dejarse llevar por Morfeo.

Capítulo 27

Aria notó unas caricias en su espalda desnuda. Le producían un suave y placentero cosquilleo. Sonrió aún sin abrir los ojos. Murmuró un leve buenos días al notar como Zach acercaba su nariz a su cuello para aspirar su aroma y Aria rio al sentir cosquillas. Se cubrió más con la sábana y se volteó para mirarle. Pero no era Zach. Era Rafa. Vio como sonreía con maldad y se colocaba sobre su cuerpo. Le ató las manos a la cama con unas esposas y sacó una navaja que paseó por su vientre.

Aria intentó gritar, pero no podía. De su boca no salía ningún tipo de sonido. Era como si se hubiera quedado muda. Sintió el filo de la hoja recorriendo su piel y como la sangre emanaba de su cuerpo notándola caliente. Empezó a llorar ante aquel intenso dolor. Rafa le arrebató a la niña de su interior y sin ningún tipo de pudor, acabó con su vida.

Al ver aquello, esta vez Aria sí que pudo gritar. Comenzó a tirar de sus muñecas para soltarse de su agarre, pero era inútil. Rafa tiró el cuerpo sin vida de su hija y posó sus manos en su cuello para intentar matarla de nuevo. Se ahogaba. No podía respirar. Iba a morir...

—¡Aria, despierta!

Ella lo hizo sobresaltada y soltando un grito. El corazón le latía tan deprisa que podía notarlo chocar contra sus costillas. Se sentó en la cama apoyando la espalda en el cabecero y se tapó la cara con las manos. Hacía mucho que no soñaba con él. ¿Significaría aquello que aún no estaba preparada? Llevaba días planteándose volver para ver a sus padres o mandarles una de las tantas cartas que tenía escritas para ellos, pero cuando tenía el valor, soñaba con aquello. Se sentía una completa cobarde.

Zach se había despertado al oírla gritar y revolverse mientras lloraba. Incluso por un momento vio como dejaba de respirar. Estaba teniendo una pesadilla, por lo que no lo dudó y la despertó.

Llevaban varias semanas juntos y cada noche se había quedado a dormir en su casa. Se había convertido en una rutina. Además, siempre estaban

solos, pues Logan prácticamente se había mudado con Neida.

—Gritabas mucho —le explicó al verla más relajada—. Joder, me has asustado muchísimo.

—Lo siento. Solo ha sido una pesadilla con... el asesino de mi hermana.

Él asintió e hizo que se volviera a tumbar. Por las noches apenas dormía debido a la incomodidad de la tripa y aún era demasiado temprano. La abrazó e intentó dormir. En unas horas él tenía que ir al centro de acogida. Era su último día de prácticas. La semana que viene presentaría su trabajo de fin de grado y si todo salía bien, se graduaría. Estaba muy nervioso, pero Aria no dejaba de animarle. Ella había leído su proyecto y se había quedado impresionada. Era muy bueno y bromeó con cogérselo para uno de los muchos trabajos que tenía que hacer en su carrera. Se notaba lo que echaba de menos estudiar. Zach veía como el grado que había iniciado le apasionaba y le fastidiaba que hubiera tenido que dejarlo todo atrás por lo que le sucedió. Pero sabía que un día lo retomaría y se graduaría. Sería una maestra magnífica.

—No puedo dormir —susurró Aria acariciando con la yema de los dedos sus nudillos—. No quiero volver a soñar con él.

—Entonces piensa en algo que te guste para soñar con ello.

—¿El qué?

—No sé. ¿Qué echas de menos de España?

—Muchas cosas. —Sonrió—. Mi ciudad, el sol, mis amigas del equipo de fútbol, mi familia y pasear. Me encantaba caminar por la playa. Me daba igual el tiempo que hiciera. Cuando podía, iba. Lara y yo nos acostumbramos cuando nos regalaron un perrito. Teníamos diez años y cinco después, el pobre enfermó de cáncer y falleció. Lo pasamos muy mal, pero nos teníamos la una a la otra. —Notó como él le besaba en la nuca y después en el cuello—. También echo de menos el jamón. —Río—, pero ante todo, las persianas. ¡Dios, no sé cómo podéis vivir sin ellas!

—Costumbre.

—Pues yo odio que la luz me despierte. El aceite de oliva, el tomate frito, un buen vaso de Cola Cao... ¡muchas cosas! Pero me encanta estar aquí. —Se giró para mirarle—. Esta ciudad me ha conquistado por completo.

Y he conocido a gente fantástica: Denali, Logan, Neida... tú. —Sonrió acariciando su mejilla.

Zach sonrió y se acercó a ella para besarla, pero Aria le tapó la boca con una mano. Él puso los ojos en blanco al entenderlo. La primera vez que se despertaron juntos, él quiso besarla, pero ella le dijo que en los libros y las películas, ya se despiertan con los dientes lavados, pero en la vida real, el aliento apesta, así que antes de besarse, ambos siempre se lavaban los dientes.

Vio como Aria se levantaba y se colocaba frente al espejo para levantarse la camiseta del pijama y hacerse una foto de perfil. La primera vez que lo vio, le preguntó por qué lo hacía y sonrió cuando ella le explicó que lo hacía para que sus padres no se perdieran nada. Un día que estuvieron en su casa, Aria le enseñó las fotos de los primeros meses que ya tenía reveladas.

Mientras Aria se daba una ducha, Zach bajó para preparar el desayuno con una idea rondando en su cabeza. Cogió el periódico del buzón y entró de nuevo en casa para leerlo mientras se tomaba el café. Se quedó asombrado al ver uno de los titulares.

UNA MUJER DE 24 AÑOS ENTRA EN PRISIÓN POR EJERCER EL MALTRATO A TODAS SUS PAREJAS.

Zach reconoció en la foto a Jenna, la culpable de que Ezra se suicidara. Estaba muy pálida y más delgada, pero a él le dio igual. Se alegraba de que la justicia le diera su merecido. Iba a pagar todo lo que había hecho.

Leyó el artículo y vio que tras la primera denuncia, llegaron hasta diez más. Víctimas que habían callado por miedo hasta ese momento. Vio como el periodista que había redactado aquello, mencionaba a Ezra como el joven que se suicidó por culpa de sus constantes humillaciones.

Aria bajó tras la ducha vestida con unas mallas y una blusa blanca. Era con lo que más cómoda iba. Llevaba el pelo húmedo suelto e iba descalza. Vio a Zach ausente mientras leía el periódico local y se acercó a él para darle un beso en la mejilla antes de sentarse a su lado.

—¿Estás bien?

—Sí. —Le tendió el periódico para que lo leyera—. Se ha hecho justicia. Espero que ahora Ezra descanse en paz.

—Es fantástico, Zach. —Le miró—. Ojalá se pudra allí dentro.

Mientras desayunaban, oyeron cómo la puerta se abría y entraba un apurado Logan. Aria y Zach ya iban conociendo esa cara y todo indicaba que él y Neida habían discutido.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Le ha bajado la regla, le duele y me ha dicho que no le diga nada o se enfada —explicó sentándose en la mesa.

Logan fue a quitarle una napolitana de chocolate a Aria, pero su hermano le dio un manotazo. Ese desayuno era el de Aria y el de su hija. Si quería comer, que fuera a la cocina a prepararse él el desayuno.

—¿Tienes que trabajar hoy? —le preguntó Aria a Zach.

Zach llevaba dos semanas trabajando en un colegio como entrenador de fútbol. Decidió buscar un trabajo para ayudar a Aria con todos los gastos hasta que ella pudiera volver a trabajar. No quería que Neida y sus padres se encargaran de todos sus gastos. Solo estaría dos meses, pero el dinero les iba a ir bien. Iba cuando el colegio solicitaba sus servicios y podía compaginar bien su trabajo con sus prácticas. Sus entrenamientos ya habían acabado. Aria estuvo en su último partido animando más que nadie. Todo el mundo les miró cuando se besaron. Los estudiantes cuchicheaban sobre el embarazo de Aria, pero ella pareció no percatarse. Se le veía feliz y a él le bastaba con eso.

—Sí, pero a la salida tengo que irme a Londres a recoger a alguien para traerla aquí.

—No me has dicho nada... —Apartó la mirada. Estaba celosa, pero no quería que él lo notara.

—Es una decisión de última hora. —Le dio un toque en la punta de la nariz al ver que le molestaba—. Volveré mañana a primera hora. Pasaré la noche en casa de mis padres y conocerás a alguien muy importante para mí. Y pasaremos el fin de semana los tres juntos fuera de Leicester.

«Tres son multitud», pensó Aria mientras asentía.

—¿Qué planificado! ¿Seguro que es una decisión de última hora?

—Sí. —Sonrió—. Tengo que irme a las prácticas. —Se levantó para dejar las cosas en la cocina—. Sabes que llevo el móvil. —Se agachó para robarle un beso—. ¡Logan cuídala!

—¡Que sí! —Bufó él—. Y no dejaré que nadie se le acerque, me lo dejaste claro la primera vez.

Aria rio al escucharles. Se sentía muy querida en aquellos momentos y estaba feliz, pues había formado una pequeña familia en Inglaterra. Incluso había dejado de sentirse sola y perdida. Aún recordaba hacía siete meses cómo se sentía. Estaba orgullosa de la persona en la que se había convertido, pero odiaba el porqué de aquello. Ojalá todo hubiera pasado de forma distinta.

—Nadie se va a acercar a mí —le dijo a Zach que seguía de cuclillas frente a ella—. ¿No me has visto?

—Cada día, cariño. Y estás preciosa embarazada. —Le besó el vientre—. Desde que te vi por primera vez con esta tripita me pareciste la chica más sexy de Leicester.

—¡Seguro! —se mofó riendo—. Pero gracias. —Se inclinó y le robó un suave beso.

Logan puso los ojos en blanco al verles y bromeó con ellos argumentando que habían terminado con el azúcar de la ciudad con sus constantes muestras de cariño. Ambos le ignoraron y Zach atrajo a Aria para devorarle la boca como más le gustaba consiguiendo que su hermano les dejara en paz. Odiaba verles besarse.

Aria notó con aquel beso como su cuerpo se calentaba. Gimió contra su boca y Zach se volvió loco al escucharla. No veía el día en que la haría suya de nuevo, pero esa vez, le daría el tiempo que necesitara. No quería precipitar nada, aunque se muriera por darle placer.

Tras acabar de desayunar, Aria decidió marcharse a su casa. Logan se ofreció a acompañarla, pero esta se negó. No necesitaba que fuera su sombra por mucho que Zach pensara lo contrario.

Quería pasar el día con Neida, ya que la conocía cuando tenía la regla y sus cambios de humor eran algo bruscos. Además, era una buena excusa para empacharse de helado, chocolate y chuches.

Aria contó cinco calles paralelas como Logan le había enseñado el primer día y giró para ir a su casa, aunque se detuvo en seco al ver a un hombre hablando con Neida. Desde la distancia, miró al hombre que parecía

intentar conversar con su amiga mientras ella gritaba y lloraba. Asustada por si ese hombre le estaba haciendo algo, corrió como pudo hasta ella.

Neida al verla, alzó una mano para tranquilizarla y asegurarle que lo tenía todo controlado. De cerca, Aria pudo ver mejor a aquel tipo y abrió los ojos al comprobar el gran parecido con Neida. Ambos eran castaños y sus ojos grises, idénticos. Aquel hombre rondaría los cincuenta años. ¿Sería su padre? Pero lo dudaba. A ese hombre no le interesaba su hija.

—Aria, entra, por favor —le pidió su amiga.

Ella dudó. Pero tras mirar de nuevo a aquel hombre y ver sus ojos llenos de dolor, decidió hacerlo, aunque no podía quedarse de brazos cruzados. Decidió llamar a Logan. Preocupada y alterada, le contó que un hombre estaba discutiendo con Neida, pero no les entendía ya que lo hacían en finlandés. Le contó que ella no le había dejado entrar en casa y Logan no pudo evitar sonreír levemente. Era típico en ella, pero le comentó a Aria que enseguida iba para allá.

—Neida, por favor —le pidió Eikki—. Necesito explicarme. He cometido muchísimos errores, todos graves, pero déjame enmendarlos.

Neida rio sin ganas y apartó la vista. ¿Enmendar? Se había vuelto loco. Llevaba veintiún años pasando de ella. No se creía nada de él.

—Vete papá —le contestó en finlandés—. Regresa a tu maravillosa vida y déjame en paz. He cumplido mi parte del trato. Cumple el tuyo también.

—No voy a irme sin que me dejes explicarme, cariño.

—¡Ni se te ocurra llamarme así! —le gritó.

Su padre bajó la mirada. Llevaba varios días llamándola, pero no le contestaba. No quería hablar con él. Para ella su padre estaba muerto y enterrado. También recibió una carta al ver que no contestaba sus llamadas y Neida no la leyó. Directamente la quemó.

—Neida, entiendo tu enfado. Pero déjame contarte qué sucedió el día que naciste. —Ella se cruzó de brazos sin saber por qué quería escucharle. Aunque sabía que aquello no cambiaría nada—. Amaba a tu madre más que a mi vida. Y estaba muy emocionado al saber que en unos meses te tendríamos a ti. El día del parto, todo empezó bien. Normal. Fuimos al hospital y se complicó. Tu madre murió a los pocos minutos de nacer tú. —Neida vio sus

ojos empañados por las lágrimas—. No me dejaron estar a su lado. Cuando el médico me lo dijo, me derrumbé. Me pasaron a una salita y allí, te cogí por primera vez. Eras tan frágil. —Juntó sus brazos como si estuviera cogiéndola de nuevo—, tan pequeña y tan perfecta... enseguida te quise. Me acuerdo como atrapaste mi dedo y te acurrucaste contra mí como si supieras qué había pasado. Como si me dijeras con gestos que jamás te soltase ni abandonase. Y no cumplí. Me volví a derrumbar y perdí la fuerza. Te caíste de mis brazos y comenzaste a llorar. Me quedé paralizado. No sabía qué hacer. Me di cuenta que jamás sería un buen padre. Las enfermeras entraron cuando las llamé y te cogieron del suelo para llevarte a hacer unas pruebas. Me dijeron que, por suerte, no te había sucedido nada malo. —Neida suspiró entrecortadamente—. Pensé en darte en adopción, pero no quería que te alejaran de mí para siempre. Así que por eso te entregué a la niñera que contraté hasta los seis años. Hasta que cumpliste la edad mínima necesaria para entrar en el internado. Prefería que me odiaras y que te mantuvieras lejos de mí a tenerte cerca y hacerte daño como el día que naciste. Estuve dieciséis años sumido en una depresión. Era alcohólico, drogadicto y me juntaba con malas compañías. Por ello, cuando venías a casa en vacaciones, te encerraba. No quería que vieras cómo era y mucho menos hacerte daño por culpa de mi estado. Era mi forma de protegerte y quererte. —A Neida se le deslizaron dos lágrimas—. Además, casi llevo mi empresa a la ruina. Menos mal que aquello no sucedió —suspiró—. Esto no lo sabes, pero un día estuve a punto de suicidarme y una mujer lo impidió. Ahora ella es mi actual esposa. Ella me ayudó a salir de mi mala situación y conectamos. Le hablé de ti. Ella y mis hijos, tus hermanos, saben de ti, a pesar de que a ti te hiciera creer lo contrario.

—¿Por qué? —quiso saber Neida—. He crecido creyendo que no valía una mierda. Creyendo que no debería haber nacido... ¡incluso me intenté quitar la vida por tu culpa! —Le enseñó las marcas de sus muñecas.

Su padre se asustó al ver aquellas marcas y se llevó una mano a la boca. No tenía ni idea de aquello. Vivía en su infierno particular y no se enteraba de casi nada de lo que a su hija le sucedía en el internado.

—Taimi, mi mujer, me insistió en que hablara contigo. Fue el día en el

que hicimos el trato. Cuando te vi, pude apreciar el dolor en tus ojos. No podías ni mirarme y en vez de decirte esto que te estoy explicando ahora, me bloqueé y se me ocurrió ese trato. Cuando se lo conté a Taimi, estuvo varios días sin hablarme, incluso quiso ponerse en contacto contigo. Le dije que no podía permitir hacerte más daño del que ya te había hecho. Que creía que lo mejor para ti y para tu felicidad, era que estuvieras lejos de un monstruo como yo. Que lo hacía porque te quería y no te merecías tener cerca a nadie como yo. Pero no quería que te faltara de nada, por eso te enviaba al mes cinco mil euros. No sé cuánto será en libras, pero espero que haya sido suficiente. Solo quería que fueras feliz.

—¿Feliz? Me sentía sola, abandonada y pensaba que nadie me quería. Que era un estorbo en este mundo y que sobraba. Te deshiciste de mí como un trapo sucio. Te odiaba y una parte de mí, te sigue odiando. Eres el peor padre que una niña podría tener y espero que con tus otros hijos no hayas hecho lo mismo que conmigo. Porque nadie se merece lo que tú me has hecho pasar.

—Lo sé. Me equivoqué y lo siento. Por eso he venido aquí. Neida, quiero que sepas que te quiero y que ahora todo va a ser distinto. Quiero que regreses a Finlandia, quiero que conozcas a Taimi y a tus hermanos. Los tres lo están deseando. Ellos no tienen que pagar por algo de lo que solo yo soy el culpable. Y quiero que sepas, que nunca he olvidado a tu madre. Que la sigo queriendo. —Ella asintió. Era lo único que podía hacer—. ¿Me dejarás llamarte?

Neida se lo pensó. Era demasiado que asimilar. Su padre había metido la pata hasta el fondo desde el primer instante en el que ella nació. Sabía que él había sufrido. Lo entendía, porque si ella perdía a Logan, no sabría cómo iba a levantar cabeza. Pero no justificaba su trato hacia ella. Aunque fuera por su bien. Las cosas podrían haber sido muy diferentes.

—Hablaemos. Pero eso no significa que te perdone —sentenció Neida—. Sigo odiándote por todo lo que he pasado y... ¿Logan?

Logan se quedó mirando a su novia. Tenía los ojos hinchados y rojos. Se fijó en el hombre que se había girado hacia él y se sorprendió al ver el gran parecido.

—Hola —le saludó el hombre.

—Papá, este es Logan, mi novio. —Les presentó sin ánimo—. Logan, este es Eikki, mi padre.

—Así que tu padre...

Logan rio y sorprendiendo a los dos, le dio un puñetazo a aquel desgraciado. Conocía la historia de ese hombre y al ver a Neida en aquel estado no pudo contenerse. Era un completo capullo y se merecía ese puñetazo. Eso y mucho más. Fue a abalanzarse sobre él para amenazarle, pero Neida lo detuvo.

—¡Logan para! —Se colocó en medio—. No es lo que piensas. Entra en casa, luego te lo explico.

Él asintió, pero no entró sin antes lanzarle una mirada asesina a aquel desgraciado. Si volvía a hacer daño a Neida, no respondería. Decidió quedarse en el umbral por si acaso. No se fiaba de él.

—Me alegro de que hayas encontrado a alguien que te merezca, Neida. Me lo merecía. —Se tocó la mandíbula y sacó algo de su cartera. Era una foto. En ella salía una mujer rubia muy guapa y unos mellizos de unos tres años. Sus hermanos. Eran un niño y una niña y eran preciosos. No pudo evitar emocionarse—. Ellos siempre han sabido de ti y desean conocerte. No saben nada de lo que sucedió. Solo que tienen una hermana mayor que está estudiando fuera. Cuando estés preparada para ir y conocerles, llámame, por favor.

—Está bien. Ahora será mejor que te vayas.

Su padre asintió. Le hubiera encantado abrazarla y darle un beso. Nunca lo había hecho y era lo que más deseaba. Pero no era el momento. Más de veinte años sin mostrarle amor era mucho tiempo. Ojalá le diera una nueva oportunidad.

Neida vio como su padre se iba y se secó las lágrimas antes de subir las escaleras para entrar en su casa. Logan la abrazó y le dio un beso en la frente para calmarla. Aria estaba de pie en el pequeño hall y se acercó a ella preocupada. Los tres se sentaron y Neida les contó lo ocurrido.

—¿Le crees? —le preguntó Logan mientras le acariciaba la espalda.

—Sí. Jamás he visto a mi padre así —suspiró—. Pero no puedo

perdonarle.

—Es entendible —comentó Aria.

—He vivido una mentira —suspiró—. No sé qué es perder a alguien que amas para siempre. —Miró inconscientemente a Logan—. Pero es algo duro y hay gente a la que se le va la cabeza. —Miró la foto que le había dado—. Quiero conocerles.

—¿Estás segura? —Quiso saber su novio y ella asintió—. Está bien, pero no irás sola.

Neida le miró y le sonrió antes de darle un beso pensando en las vueltas que da la vida. Solo esperaba que esta vez, fuera para mejor.

Capítulo 28

Zach llevaba desde las seis de la mañana frente al volante. Regresaba de Londres e iba de camino a Leicester para darle a Aria una pequeña sorpresa.

El día anterior había hablado con su hermano y le había contado el incidente de Neida con su padre y que esa noche, Aria había dormido en su casa, por lo que a las ocho de la mañana, aparcó en Edward Rd. Salió del coche y lo rodeó para sacar a Kia del asiento de atrás. La perra se alzó para chuparle, pero él la apartó.

Había ido a por ella a Londres al escuchar una de las cosas que Aria dijo que echaba de menos. Y, aunque no iba a ser lo mismo, esperaba que se pareciera y se sintiera más en casa.

Agarró a Kia del collar y cruzó la carretera antes de soltarla. Esa perra era muy buena y lista. Casi nunca llevaba la correa, pues siempre iba al lado de sus dueños y cuando le ordenaban algo, lo cumplía.

Zach llamó a la puerta para que le abrieran y Kia aprovechó esa pequeña espera para pasear por el pequeño jardín y vaciar su vejiga. El pastor alemán llevaba aguantándose dos horas.

Neida abrió y sonrió a Zach antes de decirle que pasara y de comentarle que Aria seguía dormida. Vio como aquella finlandesa corría hacia la cocina para que no se le quemara el desayuno y él antes de entrar silbó para que su perra regresara.

—Eres chica, así que digo yo que Neida te dejará entrar —le dijo divertido mientras le acariciaba el pelaje—. Quédate aquí.

Kia se sentó y Zach subió por las escaleras para ir al cuarto de Aria. La vio durmiendo de lado con una pierna por fuera del colchón y rodeada de muchísimas almohadas. No pudo evitar sonreír al verla, pero sabía que pasaba muy malas noches. Cuando dormían juntos, muchas veces la oía levantarse y dar vueltas por la habitación.

Se acercó a ella y retiró varias almohadas para sentarse en el filo de la cama e inclinarse para comenzar a dejar un reguero de besos por su rostro.

Ella se revolvió y se dio la vuelta para continuar durmiendo. Zach escuchó que decía algo, pero no la entendió ya que había hablado en español.

—Buenos días —le susurró en el oído—. ¿No me vas a dar la bienvenida?

Aria abrió los ojos al reconocer su voz y volvió a girarse para lanzarse a sus brazos como pudo. Zach rio ante aquella efusividad y se movió para que se colocara mejor. Como sabía que no le gustaba que la besara con los dientes sin lavar, le besó el cuello. Siempre que lo hacía, procuraba ser delicado. Aquella parte de su cuerpo antes albergaba unas marcas que nadie debería tener. Metió una mano bajo su camiseta del pijama y acarició su vientre notando a Lara moverse.

—Creo que la pequeña también se ha despertado. —Rio Aria—. Ambas nos morimos de hambre y huelo a las tortitas de Neida.

—Sí, ella...

—¡¡Ahhh!!

Aquel grito interrumpió a Zach y ambos se levantaron para bajar y ver qué había pasado. Lo hicieron asustados, pero se relajaron al ver a Neida de pie encima de la mesa con la espátula en la mano mientras seguía gritando y pidiendo ayuda.

Zach vio a los pies de la mesa a su perra sentada y mirando a Neida con sus ojos de cachorrito para que le diera algo de lo que estaba preparando. Su dueño la llamó y la perra fue hacia él.

Aria sonrió al ver aquel precioso pastor alemán. Siempre le habían gustado los perros. Sin agacharse, ya que si lo hacía, probablemente no podría levantarse, le acarició la cabecita suave y peluda y la perra la correspondió con unos lametones.

—¡¿Cómo se te ocurra meter un perro más grande que yo en mi casa?! ¡¿Y de dónde ha salido?!

Cuando Neida le abrió la puerta, su perra estaba por el jardín, por lo que no la vio. Pero no tenía de que tener miedo. Kia era la perra más buena del mundo y lo único que quería de ella, era que le diera su desayuno.

—Tranquila, Neida. Kia solo quería ser tu amiga y que le dieras de comer. —Rio Zach.

—Mira, me gustan los perros. Pero prefiero los que caben en el bolso a los que puedo montarme en su lomo como si fuera un caballo.

—Es preciosa —dijo Aria sin dejar de acariciar al animal—. Así que ella era ese alguien importante para ti y que tenías que ir a buscar a Londres.

—Sí. Nos la regalaron mis padres a Logan y a mí cuando nos graduamos en el instituto. Es un miembro más de la familia, así que Neida...ya puedes quitarte el miedo a los perros grandes —bromeó.

Ella le sacó la lengua y Aria le pidió a Zach un minuto para ir a asearse y cambiarse. Él le pidió que preparara una pequeña bolsa para pasar el fin de semana fuera de Leicester. Le miró sorprendida y quiso sonsacarle algo, pero no consiguió absolutamente nada.

Tras darse una ducha y ponerse ropa cómoda, bajó a la cocina para desayunar, pero antes de sentarse, fue adónde se encontraba Zach apoyado en la encimera para atraerle hacia ella y darle el beso que llevaba esperando desde que se despidieron. Le dio igual que Neida estuviera delante. Devoró su boca mientras se abrazaba a su cuello y solo paró cuando notó algo impactando en su cabeza. Su compañera le había tirado un trozo de tostada para que pararan. Lejos de enfadarse, Aria rio y le dio otro suave y tierno beso a su novio antes de sentarse a desayunar.

Zach cargó el equipaje de Aria en el maletero y tras meter a Kia en los asientos traseros, la parejita se despidió de Neida.

Aria se acomodó todo lo que pudo en el asiento mientras Zach le explicaba que estaban a poco más de dos horas de viaje de su destino y que irían a una casita que sus abuelos compraron hace años. Ambos ya habían fallecido, pero los descendientes se ocupaban de que aquel hogar no fuera abandonado. Lo habían convertido en una casita rural. Debido a la buena ubicación que tenía, mucha gente la alquilaba. Había tenido suerte de que aquel fin de semana nadie la hubiera reservado. Aún no estaban en temporada alta, pero en dos semanas, empezaría. El hermano de su padre, su tío, llevaba la gestión de aquella casa. Los ingresos se repartían entre los dos hermanos y les proporcionaban más ayuda económica. No eran ninguna familia rica, pero vivían bien y de vez en cuando, podían permitirse algún capricho.

Dos horas después, Zach aparcó delante de una casa muy modesta.

Estaba construida en madera. Las tablas de la estructura estaban pintadas en azul y unas escaleras conectaban con la playa. El tejado era de tejas negras y las ventanas blancas y grandes.

—Bienvenida a Skegness —dijo Zach.

Ella sonrió y salió del coche. La brisa que corría era fría, pero no le importó. Aspiró el olor del mar y siguió a Zach para sacar las cosas del maletero. Entraron en la casa y vio que su interior también estaba formado por madera. La cocina y el salón estaban conectados y en el piso de arriba había dos habitaciones y un baño. Además, la parte de atrás gozaba de un porche. Era igual que en las películas. Con una mesa y una mecedora donde poder leer o simplemente ver las estrellas con una manta cubriendo sus hombros.

Kia fue la primera en pisar la arena de la playa para perseguir a los pájaros que había. Aria rio al ver aquella escena y notó como Zach la abrazaba por la espalda. Ambos desde aquel porche miraban a la inmensidad del mar. Ella cerró los ojos y por un momento imaginó que estaba en su bella Santander.

—Me dijiste que echabas de menos pasear por la playa de tu ciudad y que te acostumbraste a hacerlo con tu hermana cuando os regalaron un perro. —Besó su mejilla—. Sé que no es lo mismo. El clima de Inglaterra no es como el de España. Pero quiero que te sientas cerca de tu país y de tu ciudad. Solo que en vez de allí, en Skegness y con la compañía de Kia y mía. Y si te sientes más cerca de tu hogar hablando español, te dejo, aunque no entienda nada. —Rio—. Solo aprendí a decir lo de la canción.

—Dime la frase —le pidió.

—¿Qué frase? —preguntó frunciendo el ceño.

—La que me dijiste aquella noche en Victoria Park.

Zach sonrió recordando qué frase decía y antes de pronunciarla en español, la pensó para decirla del tirón.

—Quiero tenerte aunque sea solo un momento, y si me dejas tal vez todos los días —declaró en su idioma y mirándola a sus preciosos ojos azules que ahora sonreían enamorada.

—Me encanta el acento que tienes. —Rio—. Es muy divertido.

—Vaya, gracias —bromeó antes de juntar su frente con la de ella.

—No —susurró—. Gracias a ti. Por todo. Eres increíble, Zach Lowell.

Él no respondió con palabras. Abrazó su cintura y la besó. Al principio, tanteó sus labios para impregnarse de su suavidad, pero no le bastó, por lo que hizo que abriera la boca para intensificar más aquel beso. No se cansaría nunca de aquello. Sobre todo, de escuchar como ahogaba un gemido sobre sus labios. Le volvía loco.

Jadeantes se separaron y él le regaló un último beso en la punta de la nariz antes de abrazarla apoyando su barbilla en su cabeza mientras observaban a Kia seguir corriendo. Aria se sentía segura y completa entre sus brazos. Pero también se agobiaba. ¿Qué pasaría con ellos cuando ella decidiera volver a España? En Leicester estaba muy a gusto, pero sabía que debía volver a su hogar. Zach pareció notar su preocupación.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo estoy algo cansada y necesito ir al baño urgentemente. —Rio y él la siguió. Le regaló un suave beso en los labios y la dejó irse.

Zach se sentó en uno de los escalones y se metió dos dedos en la boca para silbar. Kia al escucharle, le miró antes de correr hacia él. Su dueño la acarició y ella le respondió lamiéndole la cara.

Tras descansar del largo viaje, pasaron el día paseando por aquel lugar, aunque no fueron demasiado lejos, ya que Aria no aguantaba demasiado de pie. Zach se encargó de preparar la comida que ambos devoraron. Hablaron de la presentación que él tenía la semana que viene. Si todo iba bien, el martes se graduaría. Y no solo eso, el centro de acogida en el que había hecho las prácticas, le había ofrecido un puesto de trabajo en caso de que lo consiguiera. Todos creían en él. Los niños y adolescentes que había tratado le echaban de menos y querían seguir con él. Kevin, el adolescente con el que más tiempo pasó, había evolucionado mucho y era un joven totalmente distinto. Y aquello era gracias a él. Era muy bueno en su trabajo.

Zach no estaba muy seguro de aceptar. Le asustaba decepcionarles. No era típico conseguir un puesto de trabajo en tu lugar de prácticas. Era una oportunidad única. Un lugar que le gustaba y un sueldo con el que poder dar a su hija todo lo que necesitara. No podía dejarla pasar.

Tras comer, él se fue con Kia a pasear por la playa mientras Aria descansaba. Los españoles y sus siestas. No sabía cómo después podían dormir por la noche. Cuando llegó, seguía descansando. Le encantaba verla dormir. Sobre todo comprobar como la camiseta de su pijama se subía para dejar al descubierto su abultado vientre. La línea de alba ya se le marcaba adquiriendo una tonalidad marrón, pero a él seguía pareciéndole adorable.

De repente, escuchó como ella se revolvió. ¿Estaría teniendo una pesadilla? Fue a despertarla cuando por sus labios escapó un gemido seguido de su nombre. No era ninguna pesadilla.

—Zach... —volvió a jadear—. Sí...

El recién nombrado se tapó la boca para retener una carcajada. Estaba teniendo un sueño erótico con él. Su entrepierna comenzaba a palpar. Le encantaría hacer aquel sueño realidad. Se desprendió de la camiseta y las deportivas quedando vestido solo con unos vaqueros caídos a la altura de la cadera donde se podía apreciar la V que formaba su cuerpo. Con cuidado de no despertarla, se fue tumbando a su lado y atrapó con su boca aquel carnosos trozo de carne de su oreja. Lo mordió con delicadeza y Aria aún dormida, jadeó más fuerte.

Él comenzó a excitarse y ciñó más su cuerpo al de ella, aunque se apartó al ver que se despertaba.

—Buenas tardes, bella durmiente. —La besó—. ¿Has tenido sueños bonitos? —Retuvo una carcajada.

Aria asintió y se sonrojó al recordar su sueño. Ellos dos en una habitación a solas, desnudos y recorriendo sus cuerpos con las manos y la boca. Solo pensar en aquello hacía que sus hormonas se revolucionaran. Más de lo que ya estaban. Durante los primeros meses de embarazo, su apetito sexual no había aumentado. Estaba demasiado preocupada como para pensar en eso. Pero desde la aparición de nuevo de Zach, este se había disparado.

—¿No me lo vas a contar? —le preguntó pícaro.

—Eh... no me acuerdo mucho —mintió.

—Hagamos memoria. —Le besó el cuello—, en él salía yo y seguro que ninguno de los dos llevábamos ropa.

Ella abrió los ojos como platos y le miró. ¿Cómo sabía aquello? Era

imposible que se hubiera metido en su cabeza. A no ser que...

—¿He hablado en sueños?

—Más que hablar... gemías —le susurró al oído—. Y pronunciabas mi nombre con voz ronca. Nena, me encanta que tengas sueños eróticos conmigo. —Le mordió de nuevo el lóbulo—. Y como buen novio, haré realidad todos tus sueños. Cuéntamelo.

—Oh Dios, no me avergüences más. —Se tapó la cara.

—¿Te has corrido? —siguió interrogándola.

Ella le dio un suave golpe en el brazo. No pensaba decirle nada. Ya estaba pasando suficiente vergüenza por su maldita somniloquia. Cogió la almohada y se cubrió el rostro con ella.

Zach bajó la mano que antes tenía apoyada en el colchón por el centro de sus senos por encima de la camiseta y se detuvo unos segundos en su barriga. Lara no se movía.

—La niña está dormida —susurró—. Creo que hay que aprovechar.

Aria no sabía qué planeaba Zach, pero le dejó hacer. Notó cómo jugaba con la gomilla de su pantalón y una de sus grandes manos se colaba en él. Sorprendida, retiró la almohada con la que se tapaba haciendo que se cayera al suelo.

—Tranquila, cariño. —Juntó su frente con la de ella—. Relájate y déjame hacer realidad tus sueños.

La besó con pasión mientras acariciaba su pubis por encima de la ropa interior. Sonrió sobre su boca al ver como separaba sus piernas por inercia y cerraba los ojos disfrutando de sus caricias. Con la yema del dedo índice, acarició el borde de la braguita notando aquella zona suave y caliente. Le encantaría verlo y darle placer con la boca, pero irían despacio. Sabía que las víctimas de maltrato solían tener flashbacks de lo vivido y quería evitar que a Aria le sucediera. La primera vez que se acostaron, el alcohol ingerido ayudó a que ambos estuvieran relajados. Sobre todo ella.

—Eso es, cariño. —La apremió introduciendo más su mano y comprobando lo húmeda que estaba—. Te has corrido en el sueño —afirmó—. Cuéntamelo —le pidió besando la comisura de sus labios mientras acariciaba sus pliegues con dos dedos.

—Estaba... —gimió Aria cerrando los ojos y lamiéndose los labios sintiendo arder el centro de su cuerpo—, estábamos tú y yo en una habitación de madera con una cama en el centro... igual que esta. —Elevó las caderas pidiendo más, pero Zach se había propuesto torturarla—. Yo... no estaba embarazada. Lara ya había nacido y se había quedado con Neida y Logan mientras nosotros nos escapábamos aquí. —Sintió como él le abría los pliegues y con el pulgar comenzaba a estimular su clítoris—. Me cogías en brazos y me besabas con fuerza contra la pared. La ropa enseguida desapareció y me tumbabas en la cama. Cogías mis muñecas y las colocabas sobre mi cabeza. Tu boca me hacía tocar el cielo y... ¡Oh dios! —gimió cuando Zach pellizcó con suavidad su hinchado y duro botón.

Aria no pudo continuar contando aquel excitante sueño. Zach la besó con fuerza mientras su cuerpo se ceñía al suyo. Ella pudo notar el deseo que escondían sus pantalones y quiso corresponderle. Solo pensar en tenerle sometido a ella le ponía a mil, pero sus hábiles dedos le hacían estar a su merced.

Zach tanteó la carne que rodeaba su sexo y descendió más sus dedos hasta que la penetró con ellos. Aria gritó y arqueó la espalda. Una fina capa de sudor cubría su cuerpo. Zach sabía cómo volverla loca. El ritmo de sus dedos era lento, pero muy placentero. Sus paredes se contraían con cada embestida y su sexo palpitaba pidiendo mucho más. Notó como su pulgar volvía a tocar su sensible botón y Aria se tapó la boca para no gritar.

—Dios, Zach. ¡No pares!

Escucharla suplicar le volvió completamente loco y aumentó el ritmo de su mano mientras volvía a juntar sus labios con lo de ella para beberse sus gemidos. Aria sintió cómo se tensaba antes de que una gran explosión de placer recorriera su cuerpo.

—Eres preciosa —declaró él abandonando su sexo para acariciar su costado.

Tenía la respiración entrecortada y la boca abierta para tomar aire. Se inclinó hacia ella para volver a besarla. Su pequeña mano se posó en su mejilla y profundizó el beso. Aria quería mucho más. Lo necesitaba, por lo que logró que Zach se quedara tumbado bocarriba en la cama y ella se colocó

a horcajadas sobre él, aunque apoyando el peso en sus rodillas. Era consciente que había engordado más que un par de kilos aquellos meses.

—Aria... no es necesario —le dijo acariciando su mejilla.

—Lo sé. Pero te deseo demasiado. —Se inclinó para besarle el cuello. Le encantaba su aroma tan característico de él—. Estoy embarazada, con las hormonas revolucionadas y llevo siete meses sin sexo.

—¿No has estado con nadie desde que nosotros...? —Ella se incorporó un poco y negó con la cabeza antes de que él acabara la frase.

—Los primeros días, aún estaba abrumada por todo lo que había pasado —confesó—. Mi vida había cambiado radicalmente y cuando empezaba a asimilar todo, supe que estaba embarazada y volví a sentirme muy asustada, sola y perdida. Después empecé a engordar y a nadie le parece eso atractivo —bromeó.

—A mí sí. —Posó sus manos en su trasero y ella rio—. Mi hermano me dijo que trabajaste en el Mosh. ¿Ningún cliente intentó algo?

—El noventa por ciento, pero teníamos reglas. Nada de novios, nada de líos con clientes y si nos quedábamos embarazadas, seríamos despedidas. Cuando sufrí la amenaza de aborto, estaba allí y mi jefe se enteró. Sabía que tarde o temprano lo haría, pero quería mantener ese trabajo lo máximo posible.

Zach le retiró un mechón de pelo tras la oreja. Sus ojos se volvieron tristes. Debió pasarlo muy mal y él se culpaba por no haber aparecido antes. Por querer alejarse de ella cuando lo que más deseaba era volver a verla.

—¿Y tú? —preguntó Aria al ver que se quedaba callado sin saber qué decir—. ¿Has estado con alguien?

—Aria, no preguntes algo que no quieres saber. —Acarició sus muslos desnudos.

—Ya me has respondido —dijo dolida y bajándose de la cama. Se le había bajado toda la libido.

No tenía derecho a enfadarse. Zach era un chico que atraía a las féminas allá donde fuera. Era muy atractivo con un cuerpo de escándalo y con una mirada profunda que era la perdición de cualquiera. Pero no podía evitar sentirse molesta por que otra hubiera estado con él. Otras, mejor dicho.

¿Cómo podía estar con ella? No era nada del otro mundo y ahora estaba de todo menos guapa. Gorda e hinchada. ¡Por Dios, si ni siquiera podía verse los pies! Y hasta le costaba vestirse. ¿Y si en verdad solo estaba con ella por el bebé? ¿Y si estaba haciendo doble vida y había otra chica?

Salió al porche que aquella casa tenía y se sentó en la mecedora. Solo llevaba puesto el pijama, que encima, era de manga corta, por lo que cogió la manta que había apoyada sobre el mueble y se la echó por los hombros.

—Solo he estado con una chica después de ti. —Oyó a Zach a su espalda, pero no le miró—. Estaba bastante borracho y enfadado conmigo mismo por no poder sacarte de mi cabeza. Habían pasado ya tres meses desde que nos acostamos y seguía obsesionado contigo. Pensé que si me acostaba con otra chica, te olvidaría, pero no fue así. No... acabamos. La dejé a medias. Sentía que te estaba traicionando y me dieron hasta náuseas. Pero a ella aquello no le importó y me persiguió hasta que Neida la espantó aquel día. —Sonrió recordándolo.

—¿Por qué yo, Zach? —No pudo evitar preguntarle—. Puedes estar con cualquiera. Soy una chica que por dentro sigue perdida. Una chica que sigue rota, que se está reconstruyendo, pero a pasos de tortuga. Una chica que sigue llorando la muerte de su hermana. —Zach se acercó y se colocó frente a ella de cuclillas para mirarla—. Una chica que no sabe si sus padres la seguirán queriendo por lo que ha hecho. Sigo sintiéndome egoísta y cobarde por huir. Siento que mi hermana desde donde esté, se sentirá defraudada conmigo por no declarar y permitir que ese asesino... SU asesino siga en libertad. Que en estos meses puede que haya vuelto a maltratar o incluso a matar a otra joven inocente. Soy esa clase de chica. Ni siquiera sé si podré darte lo que quieres. Si soy lo que deseas o si solo estás conmigo por lo que la vida nos ha puesto por delante. —Se tocó el vientre refiriéndose a su hija.

Zach sintió una punzada ante sus últimas palabras, pero sabía que debía ser paciente. Aria había pasado por algo que nadie debería sufrir en su vida y esos sentimientos que tenía eran normales. Sentirse culpables por algo que no lo son. Con Ezra, él también se sintió así.

—Mírame —le pidió y ella lo hizo—. Quiero que veas en mis ojos lo que aún me asusta decirte con palabras. —Le secó unas lágrimas que se

deslizaban por sus mejillas—. Eres todo lo que deseo. Si te sientes perdida, yo te ayudaré a encontrar lo que buscas. Si te estás reconstruyendo lentamente, yo me amoldaré a tu ritmo para hacerlo a tu lado. Si sigues llorando, te abrazaré para que lo hagas sobre mi hombro. —Ella sonrió—. Y no dudes en que tus padres te siguen queriendo, porque es imposible no hacerlo y tampoco dudes de que tu hermana está orgullosa de ti. Que sigue estando a tu lado, cuidándote y protegiéndote. Y no eres ni una egoísta ni una cobarde. Eres la persona más valiente y generosa que he conocido nunca y aunque es difícil, debes olvidarte de ese desgraciado. No puedes vivir a través de él. Solo así el miedo que aún albergas desaparecerá. Aria, no estoy contigo solo por el bebé. Sabes que antes de ser pareja, fuimos amigos. Dijimos que solo seríamos los padres de nuestra hija y que llevaríamos vidas separadas. Y yo acepté. Y ambos comprobamos que nosotros no podemos ser amigos. Que lo que sentimos va mucho más allá de eso. —Entrelazó sus manos con las de ella—. Créeme cuando te digo que no me imagino una vida lejos de ti. Sé que somos muy jóvenes... joder... ¡somos unos putos críos! —Sonrió nervioso—, aunque creo que la situación en la que estamos nos ha hecho madurar demasiado rápido. Y no es lo que esperaba y creo que tú tampoco. —Ella negó—, pero no me arrepiento porque tú y Lara sois lo mejor de mi vida. Y estoy deseando que esta pequeñaja. —Miró su vientre—, nazca para cogerla en brazos, besarla y hacerla feliz. Aunque también estoy muerto de miedo por si no sé ser padre. —Aria sonrió levemente. Ella sí sabía que lo sería—. No puedo asegurarte el futuro, pero sí el presente. Y... creo que este es el discurso más largo y cursi que he dicho en mi vida. —Rio y Aria le siguió aún con los ojos vidriosos.

Sorbió por la nariz y se limpió los ojos antes de hacer que Zach se levantara para ayudarla a hacerlo a ella. Le abrazó y notó como su cuerpo se relajaba en cuestión de segundos. Había sido una idiota por dudar de él. Tenía que empezar a volver a ser la misma que era antes de que Rafa destruyera gran parte de ella. Poco a poco sentía que lo conseguía. No se sobresaltaba cuando la gente la tocaba y cuando no tenía sus caídas, era la de siempre. Conocer a Zach, Neida y Logan era lo mejor que le podía pasar y sabía que no podía vivir sin ellos. Les necesitaba en su vida, pues sin saberlo, ellos la

estaban haciendo resurgir de sus cenizas. La hacían feliz.

Capítulo 29

—¿Otra vez?

Aria fulminó a Zach con la mirada. Era la tercera vez que iba al baño en menos de una hora y su chico se estaba divirtiendo de lo lindo cada vez que, apurada, se levantaba del sofá para subir al piso de arriba para vaciar su vejiga. Ya le gustaría que él estuviera en su situación. Además, en aquella preciosa casa de madera, el baño estaba en el piso de arriba y acababa sin respiración cada vez que alcanzaba el último escalón. ¡Qué ganas tenía de dar a luz y recuperar su figura! Le encantaba su tripa, pero cada día pesaba más y sus riñones comenzaban a resentirse.

Suspiró aliviada cuando salió del baño y rezaba para que aguantara más tiempo la próxima vez. Había leído sobre aquello. Por lo visto, al abultarse el vientre, la vejiga quedaba presionada y era normal que quisiera ir a vaciarla cada dos por tres, incluso leyó que podría tener pérdidas involuntarias. Eso no le dejó nada tranquila. Zach y ella dormían en la misma cama y no le haría gracia que amanecieran con un lago amarillo rodeándoles. Preocupada, se lo comentó y le pidió que durmieran separados. A lo que él se negó. Tras reírse a carcajada limpia, por supuesto.

Aria bajó por las escaleras de una en una y levemente inclinada hacia atrás. Hasta bajar se le hacía costoso, pero a pesar de aquellos impedimentos, sonreía pensando en su pequeña. Era lo mejor que le había pasado nunca.

Regresó al lado Zach que seguía devorando las palomitas que había preparado para ver la película que estaban viendo. Se sentó a su lado y notó su intensa mirada fija en ella. La miraba divertido.

—¡No me mires así! —le pidió—. Si estuvieras embarazado verías que estarías más tiempo con las bragas bajadas.

—¡Joder! —bufó Zach imaginándose a ella con las bragas bajadas—. No me digas esas cosas o no respondo. —Se acercó para besarle el cuello.

El día anterior habían dado otro paso y había sido increíble. Sentirla temblar y escucharla gemir de placer entre sus brazos le había encendido

hasta límites insospechados. Le había encantado aquello y no veía el momento de hacerla suya otra vez. Cada día le quedaba menos autocontrol.

Aria aún no sabía qué veía él en ella. Siempre le decía que no entendía cómo podía gustarle. Se quejaba de lo fea y gorda que estaba y él se reía y le respondía que si todavía no se había dado cuenta de cómo se quedaba embobado mirándola. Y que para él, era la chica más sexy de toda Inglaterra. Le volvía loco ver, tocar y besar aquella tripa antes de escalar por su cuerpo para alcanzar sus labios. Se sentía feliz con ella a su lado. Y aunque no lo dijera en voz alta, él también tenía miedo. No sabía qué pasaría cuando Aria regresara a su país. Sabía que debía hacerlo y que cuando lo decidiera, iba a dar un gran paso. La apoyaría, aunque no le gustara que las dos personas más importantes de su vida se alejaran de él. No quería pensar en aquello ahora. Cuando llegara el momento, hablarían. Era en lo que habían quedado hacer la noche que se reencontraron y de momento, no les iba mal.

—No sé qué habrás imaginado, pero créeme, no es nada sexy. —Rio Aria besándole en los labios—. Tenemos que ir saliendo. Son las cuatro de la tarde y tenemos que ir primero a Londres a dejar a Kia y luego a casa. Son más de cinco horas de viaje.

A Zach le gustó como sonó aquello de «casa». Al principio ambos se consultaban para ver dónde dormir, pero poco a poco se había convertido en una rutina. Habían iniciado una especie de intercambio. Aria dormía en su casa y Logan en la suya con Neida.

—¿Damos un último paseo? El equipaje ya está preparado.

Aria asintió y los tres salieron para dar un paseo por la playa. Aquel día hacía buen tiempo, por lo que ella se animó a quitarse las manoleínas que llevaba y tocar el agua del mar con sus pies. Estaba helada, pero ella lo soportó. Echaba de menos tocar el agua salada.

Kia la imitó y se metió con ella por completo haciendo enfadar a Zach. Ahora le calaría el coche. La llamó para que saliera de allí y le obedeció, aunque se sacudió calando también a Aria y Zach. Ella reía divertida y al ver el ceño fruncido de él, le salpicó un poco de agua con el pie para que cambiara el gesto. Al principio no lo consiguió, pero cuando la vio sonreír divertida, Zach también lo hizo y la salpicó con la mano. Regresaron a

aquella casa de madera paseando por la arena cogidos de la mano. Aria miró por última vez aquel paisaje. Giró la cabeza hacia el mar y el viento colocó sus ondas rubias cubriendo su rostro. Se las apartó con los dedos y echó un largo suspiro. ¿Volvería?

Tras secarse un poco y Aria hacer una nueva visita al cuarto del baño, subieron al coche para abandonar Skegness y poner rumbo a Londres. Durante el camino, hicieron varias paradas por culpa de la vejiga de Aria, pero a las siete y media, Zach aparcó frente a la puerta de sus padres.

Aria estaba algo nerviosa. Era la primera vez que iba a casa de los padres de Zach, pero ambos eran encantadores. Sabía que no se sentiría incómoda. Kate al ver a su hijo, le llenó las mejillas de besos para risa de ella. La cara de Zach mostraba lo poco que le gustaba que su madre fuera tan cariñosa. Después le tocó el turno a ella, pero Kate solo le dio un beso en la mejilla antes de posar sus manos en su vientre. La futura abuela se emocionó al notar a su nieta moverse.

Zach ya le había contado a su madre que estaban juntos, pero le advirtió de que no se hiciera muchas ilusiones, pues no sabía lo que pasaría en el futuro. Estaban empezando. A Kate aquello le hizo muy feliz. Su hijo por fin estaba dejando sus miedos de un lado y se estaba arriesgando para conseguir todo lo que deseaba.

Kate arrastró a Zach a la cocina y Aria se quedó en el hall unos segundos para colgar la cazadora en el perchero.

—¡Hola, gordita! —la saludó Logan apareciendo en el hall con una cerveza en la mano. Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla—. ¿Qué tal por Skegness?

—No sabía que estabas aquí —le dijo Aria—. Muy bien. Aquello es precioso.

—Hemos venido porque mis padres me han llamado. Se ve que tienen que decirnos algo y como sabían que Zach y tú vendríais hoy, han aprovechado para reunirnos.

—¿Hemos?

—Sí. Zach se llevó el coche y además mis padres...

—¡¡¡Ahhh!!! —Le interrumpió un grito.

Ambos se giraron al salón y tras ese grito escucharon las risas de Byron, el padre de Zach y Logan. Se dirigieron a la estancia y vieron a Neida subida en el respaldo del sofá mientras Kia ladraba, sentada en la alfombra, buscando sus atenciones.

—¡Quítamela, quítamela!

—Muchacha, pero si es un encanto de perra. —Rio Byron—. Solo quiere que la acaricies.

—¡Me está enseñando los dientes! ¡Quiere morderme! —continuó gritando—. ¡Logan, socorrooo!

Logan no pudo evitar soltar una carcajada para enfado de su novia. Además de aquello, sacó el móvil para inmortalizar aquel momento.

Al ver lo que hacía, Neida juró que se vengaría de él más tarde. Finalmente, Logan llamó a su perra y esta acudió a él.

Neida se sentó de nuevo al lado de Byron. Aquel hombre le estaba contando la historia de cómo conoció a su mujer antes de que aquel monstruo grande y peludo le interrumpiera.

Byron al ver a Aria, se levantó para saludarla con un par de besos. Aquello la sorprendió y él pareció notarlos. Divertido le explicó que había estado mirando en Google tradiciones españolas para que se sintiera más en casa. La acompañó hasta el sofá para que se sentara y Neida la recibió con un abrazo mientras le susurraba al oído que tenía que contárselo todo.

Byron se sentó en medio de aquellas dos preciosas jóvenes y posó una mano sobre el vientre de Aria.

—Es igual que Zach —comentó divertido—. No para quieta.

—¡Qué ganas tengo de que nazca y verle la carita! —dijo entusiasmada Kate entrando en la estancia con sus dos hijos tras de ella—. Será preciosa. —Miró a sus hijos—. Cómo me alegro de que por fin tengáis novias normales. —Fijo su mirada tan parecida a la de Zach en las chicas—. Chloe, la ex de Logan era una cría con voz de pito y jamás me olvidaré de la primera novia de Zach. Le perdono porque tenía quince años, pero, aún me pregunto cómo pudo salir con esa chica gótica.

—¿Gótica? —le preguntó Aria.

—Era un crío y lo único que quería era tener una novia y que Logan me

dejara en paz con que era un estrecho. Fue la única que conseguí. A esa edad aún no había madurado físicamente.

Aria rio y Kate les pidió que se sentaran en la mesa para cenar. Después de hacerlo, Byron y ella les darían la noticia que tenían para ellos. Logan y Zach se miraron cómplices y nerviosos. La última vez que organizaron una cena similar a aquella fue para comentarles que quizá no podrían ir a la universidad. Ambos se asustaron ante aquella posibilidad. Fueron unos meses malos. Su madre se había quedado sin trabajo en la academia dónde impartía clases, pero tuvo suerte y un colega de carrera la ayudó a que la contrataran en la Universidad de Londres. Gracias a ese nuevo trabajo, ellos dos pudieron ir a Leicester. Todo el mundo les preguntaba por qué no quisieron solicitar plaza en la universidad donde su madre comenzó a trabajar y su respuesta era clara: siempre habían querido estudiar juntos, pero fuera de Londres. Aprender lo que era vivir sin tus padres.

Esperaban que no fuera una noticia mala, aunque no lo parecía. Sus padres estaban contentos. Quizá fuera por la presencia de Aria y Neida. Adoraban a ambas. Se les veía a la legua y ellas a ellos también. Eso a los hermanos Lowell les colmó de orgullo y felicidad.

—Bueno, creo que ya es hora de que sepáis por qué os hemos reunido aquí —dijo Kate cogiendo la mano de Byron—. ¡Vamos a casarnos! —gritó feliz enseñando su anillo de compromiso.

—¿Qué? —preguntaron Logan y Zach a la vez.

—¿No sois ya mayores para eso? —Quiso saber el mayor de los Lowell.

—¡Logan! —le recriminó su madre—. No hay edad para casarse. Tu padre y yo llevamos enamorados más de veinticinco años. Y si no dimos antes este paso es porque no necesitamos que un papel demuestre lo que nos queremos y seguimos sin necesitarlo —explicó—. Pero tu padre fue tan romántico. Fuimos a Hyde Park y bajo una farola, frente al estanque, se arrodilló y me lo pidió. Me sentí otra vez esa joven que se ocultaba de sus padres para poder darle un simple beso al chico del que estaba enamorada. —Miró a su futuro marido con los ojos brillantes—. Quiero que estéis los cuatro en nuestra boda. Será en la playa. En Skegness. Este verano. Una boda muy sencilla y los únicos invitados serían familiares. Nada ostentoso.

—¡Wow! —Fue lo único que pudo decir Zach—. Me alegro mucho por vosotros, aunque se me haga raro. —Rio—. Contad con nosotros para lo que necesitéis. ¿Verdad, Logan?

—Sí, sí, claro —consiguió decir aún alucinado por aquella noticia, pero contento por sus padres.

—¡Y con nosotras! —anunció Neida.

—Claro. —Sonrió Kate—. Quiero que vengáis las dos para elegir mi vestido de novia.

—¿De verdad? —preguntó Aria.

—Sí. Ya sois de la familia y me haría muy feliz que me acompañarais en esta aventura.

Aria se emocionó pero por suerte, retuvo las lágrimas. Sentir el cariño de aquella mujer hacia ella, le hacía muy feliz. Kate se había convertido en la madre que necesitaba en aquellos momentos. Todos ellos le estaban dando la fuerza y la seguridad que necesitaba para regresar a su país.

Había pasado demasiado tiempo. En siete meses podrían haber sucedido muchísimas cosas. Entre ellas que Rafa se hubiera olvidado de su cara. Incluso puede que no estuviera en Santander. Que tras lo que hizo, hubiera huido como un vulgar cobarde. Además, ella se iba a sentir protegida cerca de sus padres. ¿Pero y Zach? ¿Qué sucedería con ellos? También le había dado vueltas. Sabía que lo mejor para la niña era crecer cerca de sus dos padres, por ello, se había planteado hablar con sus progenitores para que la permitieran estudiar en Leicester. Trabajaría para ayudarles con los gastos, no solo de los estudios, sino también de los de la niña. Podría funcionar. Pero no estaba suficientemente segura, por lo que todavía no había hablado de aquella posibilidad con Zach. Solo era una idea. Una de las tantas que pensaba para que nadie sufriera. No quería alejar a Lara de su padre, pero tampoco quería que sus padres continuaran sufriendo. No sabían absolutamente nada de ella. Se lo debía.

Tras acabar de cenar, Aria y Zach se despidieron. Ambos estaban completamente agotados y aún les quedaba dos horas de viaje hasta Leicester, pero Neida y Logan decidieron quedarse un rato más.

Logan, ante la insistencia de su madre, le enseñó a su chica su

habitación, no sin antes advertirle que su decoración no había cambiado desde que nació. Neida rio al escucharle y soltó un gran «Ohh» al ver que el edredón de la cama era de ositos azules.

Logan le volvió a explicar que era su antiguo cuarto y que su madre se negaba a redecorarlo para que dejara de parecer el de un niño de cinco años.

—A mí me parece adorable. —Le dio un beso en la mejilla antes de entrar en aquella estancia.

Se acercó a la cómoda de cajones blancos y comenzó a abrirlas. La mayoría estaban vacías, puesto que Logan tenía toda su ropa en Leicester. Se agachó para mirar los últimos cajones y vio que estos sí tenían ropa de cuando era pequeño. Sacó una camiseta de Spiderman de la talla seis y se lo mostró.

—Tendrías que ser adorable de pequeño.

—Seguro que mi madre te ha enseñado ya fotos. —Rio acercándose a ella.

—Sí. Sobre todo en las que sales desnudo y bañándote.

Logan puso cara de horror y Neida soltó una leve carcajada antes de decirle que era broma. Dobló la pequeña camiseta y la guardó antes de abrir el último cajón que Logan enseguida cerró al reconocer lo que había ahí dentro.

—¿Qué haces?

—Ese cajón...mejor no mires lo que hay.

—¡Si me dices eso tengo más ganas de abrirlo!

Neida hizo fuerza, pero Logan con una mano tenía mucha más. Al ver que no conseguía abrirlo, Neida le hizo cosquillas bajo las axilas y aprovechó que él soltaba el cajón para abrirlo y ver dentro de él, diminutas bragas de princesas. ¿Qué significaba aquello?

—¿Eres una especie de fetichista infantil? —le preguntó preocupada.

—Son mías.

—¿Qué?

—Cuando era pequeño, no me gustaban los calzoncillos. Me parecían más chula la ropa interior de niña y me negaba a ponerme ropa interior de niño. Así que hasta los diez años, me ponía bragas. ¡Fin de la historia! Ya

puedes reírte.

Neida se tapó la boca y lo hizo al imaginarse a Logan de niño llevando bragas y no calzoncillos. ¡Tenía que ser tan adorable verle feliz por llevar ropa interior de chica! Cada cosa nueva que descubría de él, la enamoraba más.

—¿Te confieso algo? —Él la miró—. Cuando era una adolescente, era todo lo rebelde que podía. En el internado, estaba muy limitada. Se puso de moda que las chicas lleváramos bóxers chulos y que los enseñáramos por encima del pantalón. Como los chicos. Así que esas navidades, cuando mi padre me dejaba libre, me compré todos los calzoncillos que pude y en el internado los llevaba puestos por debajo de la falda del uniforme. La imagen que daba era para enmarcarla. —Se tapó la cara al recordar aquellos años—. No eres el único que ha tenido... pasión por otro tipo de ropa interior. —Rio.

—Joder nena, ¿te he dicho ya lo mucho que te quiero? —le soltó Logan atrayéndola hacia él para besarla—. Mi loca finlandesa, cada cosa que sale de tu boca hace que me enamore más de ti a cada segundo que pasa. Ahora te quiero, pero dentro de cinco segundos, lo haré mucho más.

Se quedaron en silencio mientras se miraban a los ojos completamente enamorados.

—¿Ves? —dijo Logan—. Ya han pasado cinco segundos y te amo mucho más que antes. Y ahora más. Más... más... más —repitió esa palabra mientras pasaban los segundos hasta que Neida le calló con un beso.

—Yo también te quiero, nene. —Le acarició la mejilla—. Ya sabía yo el día que nos conocimos que ibas a darme mucha guerra. —Depositó un suave beso en su cuello aspirando aquel aroma que la volvía loca y adicta a él—. Y no sabes cómo me gusta que me la des.

—Y lo seguiré haciendo durante mucho, mucho, mucho tiempo, nena. ¿Estás preparada?

Capítulo 30

Zach se colocó frente al tribunal. Tres personas tenían en sus manos su futuro. Quince minutos en el que se iba a decidir todo. Si sus cuatro años de carrera habían dado sus frutos. Estaba muy nervioso, pero se sabía a la perfección lo que iba a decir sobre su UTP. Llevaba semanas preparando aquella presentación y cronometrándose para no sobrepasar el límite de tiempo que el tribunal le imponía. Quince minutos. El tiempo que le quedaba para graduarse. Para conseguir ser Psicólogo Infantil. Suspiró y dejó los papeles que tenía en la mano sobre una mesa que se encontraba enfrente de la pantalla donde se reflejaba el Power Point que había preparado. Iba a conseguirlo.

Tragó saliva y comenzó a explicar su trabajo sobre el comportamiento que podrían presentar diversos niños que han crecido en una familia desestructurada. Su voz sonaba firme y decidida. Como si llevara años dedicándose a aquello. Sabía de lo que hablaba y aquello al tribunal le estaba gustando. Aquel chico tendría un gran futuro por delante. Y lo afirmaron cuando en los últimos minutos que le quedaban, les comentó uno de los casos que había tratado. El de Kevin.

Cuando finalizó, el tribunal le dio las gracias y Zach abandonó aquella sala para irse a otra donde debía esperar junto con más compañeros a que les dieran la nota. Estaba muy nervioso. Cogió el móvil y en el grupo que tenía con su familia, les contó cómo había ido. Su madre, su padre y su hermano le mandaron ánimos. Después abrió el chat con Aria y le reenvió el mismo mensaje. Sabía que ella estaba mucho más nerviosa que él. Al estudiar carreras parecidas, le había ayudado en la preparación de su exposición. Le encantaba ver cómo le entusiasmaba hablar de los conocimientos que había adquirido en sus dos años de carrera y se juró que haría lo posible y lo imposible si hacía falta, para que la mujer que le había robado el corazón continuara formándose en algo que le fascinaba, ya fuera en Leicester o en España.

Aria

Seguro que lo consigues. Eres el mejor.

Zach

Confías mucho en mí.

Aria

Eso también. Pero es la verdad. Te he visto trabajar y eres increíble. Si no te dan buena nota, es que están ciegos.

Zach

Jajaja. Cinco minutos para saberlo. En cuanto salga, te llamaré.

Aria

Más te vale. ¡Ánimo!

Zach bloqueó el móvil y se puso en pie en el momento en el que uno de los jueces salía de la sala y colgaba un papel con las notas de los asistentes. Se acercó nervioso y consiguió colarse entre los estudiantes. Unos saltaban y se abrazaban y otros se resignaban y bajaban la cabeza como si estuvieran a punto de llorar.

Zach buscó en aquella lista su apellido y cuando lo encontró, deslizo su dedo hasta el pequeño recuadro donde se encontraba su nota. No podía ser. Debía de haber un error. Se quedó completamente anonadado. Tenía la boca entreabierta y no pudo evitar volver a buscarse para corroborar que aquella era su nota. ¿Matrícula de honor? Una sonrisa de oreja a oreja comenzó a instarse en su rostro. En esos momentos tenía ganas de saltar y de gritar, de reír, de bailar. No podía creérselo... ¡lo había logrado!

Feliz por aquello, cogió su carpeta y salió como alma que lleva al diablo. Quería llegar a casa y contárselo en persona a Aria y a su hermano. Aunque no creía que tuviera que decir palabra. Su estado reflejaba a la perfección cómo se sentía. Sabrían que todo había salido bien nada más verle. Abrió las puertas y comenzó a correr, pero se detuvo al reconocer a lo lejos en un banco a Aria. Movía las piernas, nerviosa, y no dejaba de mirar su móvil. No podía creerse que hubiera ido allí para esperarle a la salida. La llamó y ella alzó la vista buscando al dueño de aquella voz. Se puso en pie y al no verle,

Zach alzó el brazo mientras se acercaba a ella corriendo.

Aria no pudo evitar sonreír. Solo con verle sabía que todo había ido bien y comenzó a aplaudir y a dar pequeños saltitos. Con aquella tripa que ya tenía no podía hacer mucho más. Lo que de verdad deseaba era correr para reunirse con él y saltar a sus brazos, pero sabía que aquello no sería buena idea.

—¡Felicidades! —dijo entusiasmada cogiendo su rostro entre sus manos para besarle.

Zach le devolvió el beso feliz mientras la abrazaba por la cintura y la elevaba ligeramente del suelo para girar con ella. Aria rio entre sus labios. Estaba tan emocionado que no sabía de dónde había sacado las fuerzas para cogerla. No iba a negar que él era fuerte. Tenía unos músculos impresionantes, pero ella había engordado más de ocho kilos con el embarazo. No era ninguna pluma.

—¡Sabía que lo conseguirías! —Volvió a besarle—. ¡Eres el mejor!

—Aún no me lo creo. —Se pasó las manos por el pelo—. Me han concedido matrícula de honor.

—¡¿De verdad?! Eso... ¡eso es genial! —Volvió a abrazarle. Estaba tan feliz por él—. Estoy muy orgullosa de ti. —Le miró a los ojos sintiéndose completamente enamorada. Como siempre le pasaba cuando se miraban, su corazón comenzó a latir desbocado.

—Estoy que no me lo creo... ¡es fantástico!

Aria rio al verle así y él se inclinó para alcanzar sus labios. No podía dejar de besarla. Ni de sonreír.

—No lo habría conseguido sin vosotras dos. —Posó sus manos en su vientre—. Me habéis dado la fuerza para conseguirlo. Gracias.

—No me digas eso, que lloro. —Rio—. ¡Te quiero!

Al ser consciente de lo que había dicho, Aria se quedó paralizada. El corazón golpeaba con fuerza sus costillas y lo oía latir. Vio como Zach se había quedado bloqueado. La miraba con esa intensidad que la volvía loca. ¿Qué estaría pensando? Ella se mordió el labio inferior y bajó la mirada, pero él no la dejó.

—¿Qué has dicho?

—Que... me encanta —dijo con voz aguda y Zach no pudo evitar soltar

una leve carcajada.

—No, no...no has dicho eso. —Acercó su rostro al de ella—. Has dicho lo que yo llevo tiempo intentando decir, pero una vez más, has demostrado ser la más valiente de los dos. Te amo, Aria Rivera.

Aria notó sus ojos vidriosos al escucharle y sonrió como una boba antes de juntar sus frentes. Zach acarició sus mejillas con los pulgares y selló aquella promesa con un beso tierno y largo. Les dio igual estar en mitad del campus rodeados de alumnos. En aquel momento solo existían ellos dos. «Tres», pensó Aria al notar a Lara.

—Creo que... deberías llamar a tu familia. Estarán nerviosos.

—Sí. Me alegro de que estés aquí.

—No podía esperar a que me llamaras o llegaras a casa. Quería estar cerca por si acaso.

—¿Cómo que por si acaso?

Aria se encogió de hombros y sonrió. A pesar de que ella creía en él, nada era seguro. No sabía cómo iba a valorar el tribunal su trabajo. Caminaron de vuelta a casa dónde Logan le esperaba. No dejaba de dar vueltas por el salón. Él tenía al día siguiente su presentación, pero ahora no podía pensar en aquello. Solo en saber cómo le había ido a Zach.

Al verle entrar junto con Aria, rápidamente se acercó a ellos, pero su hermano no tuvo que decir nada. Su cara era un libro abierto. Los hermanos Lowell se abrazaron y Zach llamó a sus padres para darles la buena nueva. Los gritos de Kate se tuvieron que oír en todo Leicester.

Tras colgar, Logan se despidió de la parejita. Quería ir a la biblioteca para preparar su presentación. Al día siguiente le tocaba a él y no lo llevaba demasiado bien. Neida era una gran distracción. Ambos estudiaban juntos en la casa de ella, pero solo con verla concentrada, con su pelo recogido en una coleta mal hecha y mordiendo el bolígrafo, Logan ya se ponía a mil y acababan los dos haciendo el amor en cualquier lugar. Ese día, su chica le había prohibido ir a su casa. E iba en serio, pues cuando esa mañana lo intentó, le hizo la cruz y le soltó eso de «¡Chicos no!».

Aria fue a la cocina y revolvió los armarios de Zach donde sabía que guardaba los bollos de leche. Le encantaban, sobre todo cuando los metía

unos pocos segundos en el microondas. O cuando su novio se los traía recién hechos. Frunció el ceño al ver que era el último.

—Hey ese es mío. —Se lo señaló Zach—. Te recuerdo que no he desayunado de los nervios. Ten piedad y dámelo.

—Ven a por él.

Aria rio y salió de la cocina mientras reía divertida y corría como podía. Subió las escaleras oyendo los pasos de Zach tras de sí hasta acabar en su cuarto. Se colocó al otro lado de la cama y comenzó a correr alrededor de esta intentando alejarse, pero había un gran inconveniente. Estaba pegada a la pared. Zach saltó por encima de la cama y acabó aprisionando a Aria contra la pared, haciendo que el bollo acabara en la moqueta.

Ella rio, pero de pronto, se agobió. No era Zach. Era Rafa. Él la cogía y la estampaba contra la pared. Aria sintió una punzada de dolor en la espalda y después el fuerte cuerpo de él, la aprisionaba contra la pared. Estaba atrapada. Se fijó en sus manos. Alzándose a cámara lenta para rodear su cuello y... matarla.

—¡No, para! —gritó sollozando—. ¡Aléjate! ¡¡Déjame!!

Zach, asustado, lo hizo y vio como ella poco a poco se deslizaba por la pared hasta quedar sentada de lado en el suelo. Aria se llevó una mano a la boca y apretó los ojos con fuerza para que las lágrimas no se escaparan de ellos. Pero fue imposible. Las sintió deslizarse por sus mejillas y su cuello hasta acabar por fundirse en la moqueta. Odiaba sus flashbacks. No era habitual que los tuviera. Solo le había ocurrido en unas pocas ocasiones en la que distintas situaciones le recordaban a lo vivido meses atrás. Zach era la primera vez que presenciaba uno. Y ella se sentía fatal. Le dolía ver su cara de horror y como guardaba las distancias. Se sentía culpable por no ser fuerte en ocasiones. Y también furiosa, pues él seguía ganando la batalla.

—Lo siento —consiguió decir entre lágrimas—. He... he recordado... lo he recordado.

Zach solo asintió. Sabía a lo que se refería. Le gustaría acercarse a ella y abrazarla, pero quizá no fuera lo mejor en aquel momento. Le dejó espacio. No le gustaba nada verla así. Sus pequeñas manos temblaban en un intento por taparse el rostro para ocultar el dolor, el miedo y en parte, la vergüenza

que sentía en aquel momento.

—¿Pu...puedes abrazarme? —le pidió.

Zach no tardó ni medio segundo en agacharse a su lado y hacerlo. Sintió como Aria hundía su rostro en su cuello y dejaba caer sus lágrimas. Sus manos se aferraban con fuerza a la tela de su camisa y él giró levemente el rostro para besarle la sien.

Con cuidado, hizo que se separara para que le mirara. Había dejado de llorar, pero sus mejillas aún mostraban las marcas de sus lágrimas. Zach juró eliminar todo aquel dolor con sus besos y caricias. Y eso hizo. Posó sus labios bajo sus ojos y ella los cerró para sentir mejor aquel dulce beso que eliminaba su dolor. Los parpados le temblaban, pero no tenía miedo. Deseaba aquellos besos que Zach le estaba proporcionado por todo su rostro. La besó en la comisura de los labios y Aria entreabrió la boca antes de girar el cuello levemente para entrelazarla con la suya.

Zach profundizó el beso sin perder ternura y pasó una mano bajo sus rodillas para cogerla y tumbarla en la cama. Aria no dijo nada. Ni siquiera se quejó de que pesaba demasiado para que la cogiera. Simplemente, quería dejarse mimar. Zach se tumbó sobre ella con cuidado de no aplastarla. Posó una de sus rodillas entre sus piernas y apoyó todo el peso de su cuerpo sobre sus codos. Aria se percató de cómo sus ojos se oscurecían cargados de pasión y deseo. Se alzó un poco para volver a atrapar su boca mientras sus manos vagaban por su ancha espalda por encima de la camisa. La atrapó entre sus dedos y tiró de ella para que saliera del aprisionamiento de los vaqueros. Zach jadeó al sentir sus pequeñas manos bajo su ropa. Aria le acarició su piel caliente. Sus caricias eran suaves, pero sobre todo, decididas. Demostrando a él y a ella misma, que no tenía miedo. Y que sentir el cuerpo de Zach sobre ella era lo que más deseaba.

Zach no se movió. Quería que Aria se sintiera segura. Abandonó su boca y le regaló un suave mordisco en la barbilla mientras notaba las yemas de sus dedos deslizarse por su cadera hasta salir por debajo la tela.

Aria posó sus palmas sobre su pecho e hizo que se apartara lo justo para comenzar a desabrochar los botones de aquella molesta camisa. Cuando quitó el último botón, la deslizó por sus anchos hombros. Zach se colocó recto

sobre sus rodillas para terminar de quitársela. Sonrió al ver como ella se mordía el labio inferior al contemplar su torso al descubierto.

Zach acarició sus piernas por encima de las rodillas y atrapó el filo del vestido que llevaba para comenzar a levantarlo.

—Espera —le pidió Aria sujetando sus manos—. Yo... con el embarazo... la ropa interior no es muy bonita. —Se sonrojó.

—Tengo que confesarte una cosa —susurró Zach continuando levantando el vestido—. Siempre me han puesto las bragas de cuello vuelto.

Aria soltó una leve carcajada. Se iba a llevar una sorpresa, pues se había negado a llevarlas. Pero las que se había comprado de algodón y bastante flexibles, tampoco eran demasiado sexis. Eran bastantes sencillas. ¿Cuál se habría puesto esa mañana? Esperaba que las negras.

—Son adorables. —Terminó de quitarle el vestido—. Estás muy sexy.

Aria se elevó un poco. Con la tripa no conseguía vérselas. Observó la tira del lateral y vio que no eran las negras. Eran las rosas pastel. «Mierda».

—No mientas.

—No miento. —Le besó el cuello y descendió sus besos por el canalillo. El sujetador no hacía juego con sus braguitas. Era negro con toques transparentes y blancos. ¡Le encantaba!—. Y te lo voy a demostrar. —Presionó el bulto que escondían sus pantalones contra su cuerpo—. Me vuelves completamente loco, Aria. —Le regaló un mordisco por encima de la tela del sujetador consiguiendo que ella gimiera.

—Te deseo mucho. Y te necesito más. —Sonrió alcanzando el botón de sus vaqueros que consiguió desabrochar tras tantos movimientos torpes.

Zach sabía que la posición del misionero no iba a ser la más adecuada, pero antes de encontrar la más cómoda, quería explorar su cuerpo. Se deshizo de sus pantalones, pero se dejó los bóxers.

—¿Confías en mí?

—Desde el primer minuto.

Él sonrió antes de besarla e hizo que se elevara para alcanzar el cierre de su sujetador. Lo soltó con maestría y acarició sus brazos lentamente. Quería memorizar cada centímetro de su piel. Pasó los dedos índices bajo los tirantes y se los deslizó.

—Están feísimos —comentó Aria mirando sus pechos desnudos—. Antes eran más bonitos. —Se los cubrió con las manos—. Mejor no los mires.

Zach no pudo evitar soltar una carcajada. Era cierto que no estaban igual que como los recordaba. Sus areolas eran más grandes y oscuras. Además, su tamaño había aumentado bastante. Su entrepierna palpitaba ansiosa de ser liberada, pero tendría que esperar un poco más. Deseaba introducir esos apetitosos pezones en su boca, pero sabía que no era lo más adecuado estimular demasiado esa parte, por lo que lo único que hizo fue besar la piel caliente de su alrededor. Quería demostrarle que su pecho le seguía pareciendo excitante. Muy excitante.

Aria se mordió el labio inferior para evitar gemir, pero finalmente aquel sonido escapó de su garganta. Y eso que no había besado el punto más sensible de sus pechos. Y sabía que no lo haría, pues estos ya comenzaban a segregar leche.

Zach abandonó sus senos y recorrió con la lengua la línea de su vientre antes de depositar un suave beso en la parte alta de su tripa. No podía dejar de contemplarla y preguntarse cómo sería su pequeña. Le encantaría que se pareciera a Aria.

Continuó descendiendo sus besos y le dio un pequeño mordisco en el pubis por encima de la ropa interior.

A Aria le temblaban hasta las pestañas y no pudo evitar ponerse nerviosa al sentir sus grandes manos atrapar la tela de sus braguitas. Se las deslizó por las piernas y cuando la tela posó en el suelo, Zach colocó sus manos en sus muslos para separárselos y observarla desnuda. Se recreó en su cuerpo por primera vez. Era preciosa.

—Ahora cierra los ojos y disfruta, cariño. Esta vez iremos sin prisas... y sin alcohol.

Ambos sonrieron y Aria se mordió un dedo al sentir la boca de Zach en la zona más íntima de su cuerpo. Dio un pequeño brinco de la impresión. Solo había estado con un chico antes de él y jamás le habían hecho eso. ¡Era increíble! Notó la lengua de Zach colarse entre sus pliegues para atrapar con sus labios aquel botón que sentía palpar ansioso de atenciones. Tiró

levemente de él y lo saboreó. Impregnó sus dedos con sus fluidos y los deslizó en su interior sin dejar de torturar su clítoris con la lengua.

Aria se estaba volviendo loca. Su cuerpo estaba cubierto por una fina capa de sudor y sus piernas se abrían más por inercia propia. Estaba conteniendo el grandioso orgasmo que sabía que se avecinaba. Atrapó las sábanas con sus manos y las apretó mientras por su boca salían gemidos y jadeos. Fuertes y roncós. Se sentía mantequilla entre sus brazos. Se deshacía bajo sus caricias. El ritmo de sus dedos era marcado y rítmico y los notaba en los más profundo de su ser, pero no tenía suficiente. Quería mucho más. Le quería a él. Volver a sentirle en su interior. Llenándola y regalándole un placer que jamás había conocido.

Zach siguió saboreándola. Aquello era lo más jodidamente erótico que había hecho en su vida. Hacerla temblar con sus dedos y su boca se había convertido en su afición favorita. Creía que se corría con solo escucharla gemir. Su sexo desprendía calor y sabía que estaba a punto de irse.

—Córrete, cariño. Déjame ver cómo te gusta.

Su voz ronca fue lo que necesitó Aria para dejar escapar aquella maravillosa sensación. Alcanzó un intenso clímax que duró varios segundos. Su respiración era irregular. El corazón le latía tan rápido que creía que se le iba a salir del pecho.

Zach no podía aguantar más. Se terminó de desnudar y se percató de cómo Aria se quedaba mirando fijamente su cicatriz. Acercó su pequeña mano a esa parte de su abdomen y la acarició con delicadeza. Zach atrapó su mano y se la besó antes de tumbarse a su lado. La besó con ternura e hizo que se colocara de lado para pegar su pecho a su espalda. Aquella posición era la mejor para ella.

—Hazlo —le pidió exigente.

—Tus deseos son órdenes —le susurró al oído antes de penetrarla.

Aria gritó de placer al sentirle tan grande dentro de ella. Entró hasta lo más profundo de su interior y comenzó a moverse a un ritmo pausado, pero a medida que el placer crecía, Zach aumentó el ritmo de sus caderas. Le besó el cuello mientras la embestía y comenzó a acariciar su sexo con una mano. Quería que llegaran juntos y en aquella postura, podía tocarla con total

comodidad. Se había puesto tan caliente escuchándola y proporcionándole placer, que no iba a aguantar demasiado, pero se juró que la próxima sería mejor.

Un nuevo orgasmo la alcanzó, pero esta vez, Zach la acompañó dejándose ir en su interior. Ambos acabaron completamente exhaustos. Aria estaba completamente agotada, pero feliz. Zach era un auténtico experto en aquel arte.

—Te quiero, mi española —le susurró en el oído.

—Y yo a ti, mi chico inglés —dijo divertida girando el cuerpo cuando Zach salió de ella—. Me alegra ver que no has preguntado si le haríamos daño al bebé con el sexo. Creo que formas parte del 2% de los hombres que no lo hacen. —Rio.

—Cariño, sé que no le iba a dar en la cabeza ni nada por el estilo. No me quejo de mi dotación, que conste. —Ella soltó una carcajada. Tampoco se quejaba—. Pero en primer año de carrera me enseñaron todo lo referente al embarazo. Y sé que ni llego y que hay un tapón que protege a mi preciosa niña de los agentes externos.

—Buen apunte, doctor Lowell. —Le besó posando una mano en su mejilla—. Siento lo de antes. El haberte apartado. No quería hacerlo.

—Lo sé. No te avergüences de ello. —Le apartó un mechón de cabello rubio—. Hay gente que tras años de sufrir un maltrato, siguen asuntándose.

—Lo mío fue puntual. No me afectó tanto como a otras personas. Como a mi hermana.

—En eso tienes razón, pero no quiere decir que seas inmune. —La miró—. Fue puntual, sí. Fueron dos veces, pero el número de maltrato que una persona debe recibir en su vida es cero.

—Sí. Pero por desgracia, el maltrato siempre existirá y las víctimas aumentarán. Hay ayudas, en España existe un número para esos casos que es el 016, pero sigue sin ser suficiente. La sociedad debe evolucionar más. La gente no puede vivir con miedo. No debe temer salir a la calle por si alguien le acosa. Y no me refiero solo a las mujeres. Los hombres también sufren la violencia de género.

—Sí. Pero sus casos casi nunca salen en las noticias. Los ocultan.

Ambos se quedaron en silencio. A ninguno les gustaba hablar de aquel tema pues les recordaba a dos personas que perdieron. Lara pareció notar a sus padres tristes, ya que Aria la notó moverse como si no hubiera mañana. Rio y al ver que Zach no entendía nada, cogió su mano y la posó en su vientre.

—Pequeña, dile a papi que te mueres de hambre y que nos regale un bollo de leche, que el otro se ha llenado de pelusas.

—¿No prefieres algo con chocolate o avinagrado?

—Pues sí. ¡Crema de cacao! Y en pan tostado.

—¿Algo más?

—Una más. —Zach hizo un gesto con la cabeza para que siguiera—. Que cada día que pase, aunque nos enfademos, nos digamos «te quiero».

—Te lo prometo, cariño. Y no solo eso. Te prometo todos mis días.

Capítulo 31

—Creo que es este. —Sonrió Kate al mirarse al espejo.

Quedaban pocas semanas para que llegara el día de su boda. Nueve, para ser exactas. Aquel fin de semana sus hijos habían ido a Londres junto con sus parejas. Logan y Zach ayudarían a su padre a escoger su traje. Kate no quería pensar en sus tres hombres yendo de compras. Lo odiaban. Seguramente su futuro marido elegiría el primero que encontrara.

Por su parte, ella había ido aquella tarde a varias tiendas de vestidos de novia junto con Aria, Neida y su sobrina, Gina. Se había probado decenas de vestidos y ninguno le convencía. La boda sería en la playa y quería uno largo y bonito, pero también ligero. Cuando se trataba de ropa, a Kate le costaba decidirse. Además, quería que su vestido de novia fuera perfecto y decir ante el espejo lo mismo que aquel programa que le encantaba: «Es el vestido de mi boda». Y parecía que lo había encontrado.

Aquel vestido blanco largo hasta los pies, era lo que buscaba. Era de tirantes y caía recto formándose pliegues en la falda de seda. Era estilo ibicenco y su escote era en forma de corazón. Su cara reflejaba la emoción de haber encontrado aquel vestido. Y sus asesoras abrieron la boca al verla tan guapa. Sin duda, aquel era su vestido.

—¡Estás increíble! —exclamó Gina—. El tío Byron se va a caer de culo en cuanto te vea. Es precioso.

—Creo que voy a llorar. —Se tapó Neida la boca y todas la miraron—. ¿Qué? Me emociona todo lo que tenga que ver con las bodas. Y ya veréis cuando llegue el día. Solo con mis lágrimas subirá el nivel del mar.

Aria sonrió y se metió en la boca otro bombón de los que la dependienta les había sacado. Estaban buenísimos y ella tenía muchísima hambre. Estaba medio recostada en aquel cómodo sofá que había en la sala dónde se encontraban. Había alcanzado la semana treinta y cinco. Si todo iba bien, enseguida su pequeña llegaría al mundo. Aria lo estaba deseando. Ya no podía más con aquella enorme barriga.

—Lara dice que su abuela está espectacular. —Dio dos palmaditas en su vientre y Kate sonrió.

—¿Cuándo tienes la próxima ecografía?

—El lunes y me dirán cuándo me envían a monitorización.

—¿Sientes ya contracciones? —le siguió preguntando.

Aria asintió. Llevaba días sintiendo dolores en la zona baja del vientre. No eran muy intensos y los notaba cada bastante tiempo. Una o dos veces al día. Lara se estaba preparando para nacer. Y ella lo deseaba. Quería coger a su pequeña en brazos y recuperar su figura. ¡No podía más! Le costaba hasta caminar. No sabía cómo Zach podía verla bonita en esos momentos. Le seguía diciendo que ella se veía fea y él le quitaba esa idea a base de sexo. Muy buen sexo.

—Toda la familia está deseando su llegada —comentó Gina tocándole el vientre para sentir cómo se movía—. La vamos a malcriar entre todos.

—Uff, con Neida tiene suficiente. —Rio Aria y su amiga se encogió de hombros.

—Es el primer bebé en la familia en mucho tiempo. La última fue Gina —comentó Kate sin dejar de mirarse al espejo—. Es... perfecto.

—¡Debes comprar este! —exigió Neida—. Te imagino con él en la playa. —Pasó sus manos frente a su cara lentamente imaginándoselo.

Mientras las chicas se abrazaban emocionadas por haber dado con el vestido perfecto, en la otra punta de Londres, Zach, Logan y Byron buscaban el traje de novio.

Logan ya no podía más. Su padre se había obsesionado con buscar un traje que le gustara a su madre. Estaba tan aburrido que se había espatarrado en la silla dónde se encontraba sentado.

Su hermano no estaba mejor. Zach se estaba quedando dormido. Literalmente. No había cosa que le aburriera más que ir de compras. Creía que su padre se quedaría con el primero que se probara. Pero no. Y después, su madre quería que fueran a mirarse ellos unos trajes. ¡Ni en broma! La convencerían para ir otro día. Ya habían cubierto su cupo ese fin de semana.

—Papá, prométeme por mamá que este es el último traje que te pruebas —pidió Logan.

—Has tenido suerte, hijo. ¡Es el definitivo!

Byron salió del probador luciendo orgulloso aquel traje negro, casi azul y brillante. Iba muy elegante y le hacía mucho más joven. Sus hijos alzaron los dedos para señalar que le quedaba perfecto.

—Pareces un capo de la mafia —se mofó Zach que acababa de despertarse—. Este sin duda sería el traje que le gustaría a mamá. Le encantan esos brillos o lo que pollas sea.

—Esa boca, jovencito —le regañó Byron—. Espero que delante de mi nieta, no hables así. Que ninguno lo hagáis. —Miró también a Logan—. Esa pequeña lo escucha todo.

—Tranquilo, papá. Soy muy cuidadoso —dijo Zach orgulloso pensando en su hija.

Después de que la modista marcara los arreglos que necesitaría, los hombres Lowell salieron de la tienda. Su padre se despidió de ellos para irse ya a casa, pero Logan y Zach decidieron dar un paseo por las calles que les habían visto crecer.

Pasearon por Hyde Park hasta llegar a Jubilee Gardens, donde se sentaron en la verde hierba mientras observaban como giraba el Ojo de Londres. A pesar de haber vivido allí la mayor parte de su vida, solo subieron a esa gigantesca noria una vez. Y Zach apenas se acordaba, pues él tenía cinco años. Pero sí recordaba a la perfección a su hermano llorando y abrazándose a su madre cagado de miedo. Y se suponía que era el mayor y el que le tenía que proteger.

—¿Sabes? Con todo esto de la boda de papá y mamá, me he planteado una locura. —Zach miró a su hermano esperando que continuara—. Subir ahí arriba con Neida. —Señaló lo más alto de la noria—, y pedir a esa loca finlandesa que se case conmigo.

—¿Estás loco? —Rio Zach—. Es demasiado pronto para eso. Y creo que si lo haces, acojonarías a Neida y se tirarías de cabeza al Támesis.

—Me dice que es pronto el que está a semanas de ser padre.

—Sabes que es distinto.

—Lo sé —dijo Logan—. Sé que todavía es pronto, solo llevamos unos meses, pero tengo claro que Neida es la mujer de mi vida y que un día, con

Londres a nuestros pies, deslizaré un anillo por su dedo.

Zach se quedó asombrado ante aquellas palabras que su hermano había dicho. ¿Quién era ese tío y que había hecho con Logan? Le puso la mano en la frente para comprobar que no tenía fiebre.

—¿Desde cuando eres tan dulzón y romántico?

—Me lo dice el que le cantó a Aria en español.

—Somos unas nenazas. —Rio y su hermano le siguió.

Aquellas chicas les habían hecho perder la cabeza por completo, pero ambos estaban dispuestos a cualquier cosa por ellas. ¡Si hasta sus padres las adoraban! Eran las primeras novias que les presentaban y a las que no querían matar. Al principio, ambos creían que esas miradas asesinas, era por miedo a que sus novias les arrebataran lo que ellos consideraban sus niños, pero se equivocaban. Sus padres eran sabios y sabían quiénes serían las auténticas, aunque no era seguro de que fueran las definitivas. Ambos hermanos esperaban que sí. Pero en la vida, nada era seguro. Las personas podían desaparecer de la noche a la mañana.

—Ya no tienes miedo —susurró Logan.

—¿Qué?

—Miedo a que las personas de tu alrededor desaparezcan. —Pasó un brazo por sus hombros—. Aria está matando a esos putos fantasmas.

—Sí. Me alegro de la escapada que hice cuando me enteré de que iba a ser padre. Mamá me dijo algo que hizo que me arriesgara a estar a su lado. Los primeros días estaba acojonado por perderlas, ahora por no saber ser padre. ¡Joder! —Se pasó las manos por el pelo—. No me puedo creer que solo queden semanas.

—Serás un gran padre, Zach. Mejor que muchos con más edad. Y Aria una gran madre. Ambos sois perfectos el uno para el otro y la pequeña Lara será perfecta para ambos.

—Gracias, hermano.

Zach y Logan se abrazaron y se levantaron para regresar a su casa, donde los demás ya habían llegado. Su madre estaba hablando por el móvil, su padre viendo la televisión y Neida y Aria viendo unos papeles.

Logan se acercó sigilosamente y rodeó con sus brazos la cintura de

Neida mientras le besaba el cuello haciendo que primero se asustara y luego riera. Zach se acercó a Aria y le dio un ligero beso en los labios mientras tocaba su vientre.

—No deberías estar de pie.

—Estoy bien, sabes que cuando me canso, enseguida me siento. O me tumbo. —Rio.

—Pues hoy quiero que descanses, porque esta noche vamos a hacer algo. —Rodeó su cuerpo con sus brazos—. Me he dado cuenta que no hemos tenido ninguna cita en serio. Y quiero tener nuestra primera cita.

—Pero... no me he traído en la bolsa nada que ponerme.

—¡¡Compras!! —gritó Neida que estaba escuchando todo en brazos de su novio.

—¡¿Más?! —Se asustó Logan.

Era escuchar la palabra compras y echarse a temblar.

—Sí. —Sonrió—. Cariño, ¿nos llevas? —le pidió—. Zach se tiene que quedar boquiabierto al ver a Aria y tus padres están cansados. Iríamos nosotras, pero no conocemos la ciudad.

—¡Joder! —se quejó Logan cogiendo las llaves del coche para llevarlas a un centro comercial.

Aria, Neida y Zach rieron y tras ponerse su cazadora vaquera (que por suerte le seguía valiendo), Aria se despidió de su novio con un beso y siguió a Neida y a Logan para comprarse algo apropiado para aquella noche.

Dos horas después, los tres llegaban con numerosas bolsas. Logan tenía un humor de perros y había jurado que no iba a ir más de compras en los próximos cinco años, pero su madre le quitó aquella ilusión recordándole que aún tenía que mirarse su traje para la boda y que ella les acompañaría para que ni Zach ni él escogieran el primero que se probaran. En otras palabras, ¡tortura!

Kate, Neida y Aria se cerraron en una habitación para preparar a esta última. Se había comprado aquella tarde un vestido rosa con lentejuelas grandes que iba en degradé por todo el vestido habiendo menos en la parte más baja. Tenía un lazo bajo el pecho de donde salía la falda que perfilaba su abultado vientre. Estaba preciosa. Neida le hizo un moño alto y una trenza

que lo rodeaba y Kate la maquilló. Siempre había querido tener una hija, pero la vida le dio dos hijos a los que quería con locura. Aquel momento le emocionó, pues era algo que siempre había soñado con hacer.

—Zach va a babear en cuanto te vea —dijo Neida ayudando a su amiga a levantarse.

Una vez de pie, Aria se calzó las manolestinas blancas y se miró en el espejo. A pesar de verse hinchada, le gustaba cómo había quedado. Aquel vestido hacía su barriga muy bonita. La rodeó con los brazos y la miró con una sonrisa maternal hasta que desvió la mirada al percatarse del flash de una cámara. Neida le había sacado una foto.

—Es preciosa —exclamó Kate mirando la foto—. Neida, cielo, hazme una con Aria.

Kate se colocó al lado de la futura mamá y posó una mano en su barriga mientras sonreía a la cámara. Luego le tocó el turno a Neida y finalmente, ellas tres se hicieron un selfie.

Salieron de la habitación donde los hombres las esperaban y tal como había dicho Neida, Zach se quedó embobado mirando a Aria. Le recordó a una Diosa.

—¡Qué guapo te has puesto, cariño! —comentó Kate mirando a su hijo vestido con unos pantalones de lino beige y una camisa azul eléctrico.

—Tengo que estar a la altura de mi acompañante. —Cogió la mano de Aria para que diera una vuelta sobre sí misma—. Estás preciosa —le susurró haciendo que se sonrojara.

¡No podía creer que hubiera dicho eso delante de su familia! A ella no le gustaba mucho, más bien nada, ser el centro de atención. Con su hermana, siempre decía que ella odiaría que le pidieran matrimonio o se le declarasen en un lugar público. Preferiría algo más íntimo.

Zach le tendió el brazo y Aria pasó el suyo por el de él para salir e ir al restaurante donde aquella tarde había reservado mesa. Esperaba que le gustara. No estaba lejos de allí, sabía que Aria se cansaba demasiado y no quería aquello, quería que esa noche fuera especial. Ellos dos solos. Sin Logan pudiendo interrumpirles en cualquier momento.

Aria miró aquel restaurante con una sonrisa. No era lujoso ni nada por el

estilo, además a ella no le gustaban. Odiaba no saber qué comida se escondía detrás de aquellos nombres raros. Era muy sencillo y luminoso. Adornado en tonos blancos, grises y negros. El maître les llevó hasta su mesa y Zach ayudó a Aria a acomodarse.

—Este sitio es precioso.

—Me alegro de que te guste. Siempre he querido traer aquí a una chica.

—Así que soy la primera. —Rio—. ¿A tu exnovia gótica no la traías?

—Mejor no me hables de ella. Me quedé traumatizado de por vida.

Aria soltó una leve carcajada y cogió las manos de Zach por encima de la mesa para entrelazar sus dedos con los de él.

—Gracias por esta noche —le susurró—. Y por todo.

Zach sabía a qué se refería. No era la primera vez que le daba las gracias por el mero hecho de encontrarla. Él también le estaba muy agradecido. Estaba creciendo como persona desde que la conoció.

—Sabes que no tienes que dárme las. Aquel día te prometí que me encargaría de haceros feliz. A la dos.

Aria sonrió y separaron sus manos cuando el camarero les sirvió las bebidas. Vino para él y agua para ella. Frunció el ceño. A ella le apetecía una copa de vino, pero sabía que no podía beber alcohol. Enseguida cambió el gesto. No quería que nada ni nadie estropearan aquella cena.

La pasaron hablando de diversos temas. También hablaron de Lara, Ezra y Sophia. Pero no eran recuerdos tristes. Sino anécdotas que ambos tenían. Aunque tras esas risas, un halo de tristeza les invadía.

—No tienes que pensar mal sobre Sophia. Crees que desapareció para siempre, pero puede que esté bien. Que sea feliz.

—Lo sé. Es lo que más deseo, pero a veces pensar en lo peor es inevitable.

Aria cogió su silla y se colocó a su lado. No le gustaba ver como bajaba la mirada para ocultarle la culpabilidad que probablemente escondían sus preciosos e intensos ojos oscuros. Cogió su rostro entre sus manos y le besó. Le dio igual que estuvieran en un restaurante lleno de gente. Ella necesitaba hacerlo.

—Te quiero —le susurró cerca de sus labios entreabiertos—. Eres el

mejor hombre que he conocido nunca y que me enamorara de ti era inevitable. —Sonrió—. Me habría encantado que nos conociéramos en otras circunstancias, pero no me arrepiento de ninguna de las decisiones que tomé a partir de la muerte de mi hermana, porque me han llevado hasta ti. Podría haber cogido un vuelo a Estados Unidos o a la India, pero no. Lo cogí a Londres. El mismo día que tú llegabas. Y no voy a echar a perder todo lo bueno que la vida me ha puesto. Puede que los primeros meses fueran horribles. —Suspiró—. Pero todo ese sufrimiento ha hecho que ahora me sienta feliz. Contigo y con nuestra hija.

—A mí también me habría gustado que el hecho de que nos encontráramos ese día, hubiera sido por otra cosa. Un viaje, trabajo..., pero debo dar las gracias por el simple hecho de que vinieras. Y también a mi hermano por ser más caballeroso que yo. —Ambos rieron al recordar aquel primer encuentro—. Te quiero. —Le acarició las mejillas—, y puede que sea pronto, pero aquí dentro. —posó una mano en su pecho—, siento que será eterno.

Aria sonrió emocionada y volvió a besarle. Tras devorar el postre, Zach le propuso volver a casa dando un paseo por Hyde Park. Ella ya no podía más con los zapatos que llevaba. Y eso que eran planos, por lo que se deshizo de ellos y comenzó a caminar descalza por la hierba. Aquello era algo que siempre había deseado hacer desde niña. Pasear descalza por Hyde Park, pero la realidad era mejor que su sueño, pues lo estaba cumpliendo al lado del chico del que estaba profundamente enamorada y con su hija junto a ella.

—¿Cómo te gustaría que acabara esta cita? —preguntó Zach entrelazando sus dedos con los de ella.

—En realidad, no me gustaría que acabara.

—A mí tampoco, pero he pensado en tres opciones.

—¿Cuáles?

—Son las típicas de cualquier cita. Una sería dejarte en la puerta de tu casa y despedirme de ti con un hasta mañana. Sin beso.

—¡Esa descartada! —Rio Aria. Quería su beso, además, no lo podían hacer pues iban a la misma casa.

—Otra, sería lo mismo, pero con un casto beso.

—Esa ya me va gustando más. ¿Y la última?

—Pasar la noche juntos.

Aria se sonrojó al leer entre líneas. Esa era la opción que quería, pero sabía que no podían. Pasaban la noche en casa de los padres de Zach.

—Por tu sonrojo diría que esa es la que te gusta. —Aria rio y asintió. Zach se detuvo y se colocó frente a ella cogiéndole de las manos—. Ahora mismo me muero por desnudarte y hacerte el amor —le susurró—. Ese sería mi final perfecto en esta cita.

—Y el mío, pero no podemos. Sería una falta de respeto hacia tus padres y no me concentraría. ¡Me daría mucho corte que nos pillaran!

—Siempre podemos ir detrás de unos matorros bromeó.

—¡Ni loca! Solo lo hice una vez en un parque, con mi ex y fue horrible.

—Nunca me has hablado de tu ex —dijo ocultando lo que le molestaba que otro la hubiera tocado.

—Porque no hay nada que contar. Estuvimos saliendo unos meses y cuando supe lo que le estaba ocurriendo a Lara, me fui distanciando de él. Mi hermana era lo primero. No podía contarle la verdad de lo que estaba sucediendo, por lo que decidimos dejarlo. Llámame insensible, pero... no lloré ni sufrí por la ruptura. No sentía nada por él. Me divertía con él, me gustaba que hiciéramos cosas juntos, pero nada más.

—Así que... ¿soy el primero?

—Sí. Eres el primero del que me enamoro.

—Tú también lo eres. —Se inclinó para darle un suave beso—. Sabes que por el tema de Ezra y Sophia, alejaba a la gente. He salido con chicas, pero en cuanto veía que la cosa se complicaba, cortaba. Hasta que te conocí. No quiero alejarte ni que te alejes. Quiero que siempre estés muy cerca. —La atrajo hacia él—, muy... muy cerca.

—Así será, porque yo a ti también te prometo todos mis días.

Capítulo 32

—¡Dichosos los ojos! —exclamó Neida al ver entrar por la puerta del Jones a Zach y Aria—. Creía que teníais hoy la ecografía.

—En una hora —respondió Aria—. Pero hemos venido antes para desayunar.

Neida asintió y les cogió el pedido antes de ponerse a prepararlo. Pero antes de irse a la cocina donde Denali estaba, se detuvo para preguntarle a su amiga si se encontraba bien. Aria mostraba un gesto de dolor y se agarraba la parte baja de su vientre mientras respiraba profundamente y apretaba los ojos. Zach se acercó a ella preocupado y le cogió la mano.

Aria había tenido otra contracción. Llevaba desde las cuatro de la mañana sintiéndolas cada poco tiempo. Entre veinte y treinta minutos y duraban como diez segundos. Estaba preocupada, pero sabía que era normal comenzar a sentir las. De todas formas, cuando fueran a consulta se lo comentaría a la ginecóloga para quedarse tranquila. Aún no le había comentado a Zach su preocupación por aquellas contracciones. No quería que él también se pusiera nervioso.

—Estoy bien. Tranquilos. —Le sonrió—. Todavía es pronto.

Zach asintió no muy conforme con esta respuesta. Durante la madrugada la había escuchado revolverse y expulsar gemidos de dolor. Incluso se había sentado en la cama y la había escuchado realizar los ejercicios de respiración que en las clases de preparación al parto le habían enseñado. Esperaba que nada se complicara. Si antes tenía miedo, ahora más ante la posibilidad de que algo no fuera bien.

Neida tampoco se quedó tranquila. No entendía nada de embarazos, pero si ella estuviera en estado y tuviera dolores, no tardaría ni medio segundo en correr al médico. Desde la barra se fijó en una chica morena que desayunaba junto con un joven muy guapo. No dejaba de observar a Aria, pero al ver que su amiga recuperaba la compostura, apartó la mirada para seguir con su desayuno.

Enseguida Neida les sirvió el desayuno que habían pedido y Aria se lo agradeció con una sonrisa mientras cogía los platos y Zach llevaba los vasos. Comenzó a caminar hacia una de las mesas que había disponibles, pero se detuvo a mitad de camino. Los platos se cayeron de sus manos produciendo un gran estruendo al romperse y miró sus pies. Estaban rodeados de un gran charco de agua. No podía ser. Se quedó paralizada y miró a Zach que estaba completamente blanco.

—Joder. —Fue lo único que pudo decir—. ¡Neida! —la llamó mientras dejaba las tazas que llevaba en la mesa más cercana y cogía a Aria en el momento que una nueva contracción la invadía.

La vio cerrar los ojos con fuerza y gemir de dolor. Incluso pudo ver como una humedad comenzaba a formarse bajo sus párpados. Le dolía mucho y a él le estaba matando verla así.

—Zach, no puede ser —consiguió hablar—. Todavía es muy pronto. ¡Faltan tres semanas!

—Tranquila, cariño. Todo irá bien. —La besó en la frente—. Te lo prometo.

Neida se asustó al ver a su amiga así y fue a la cocina para avisar a Denali. Todos los clientes se arremolinaban a su alrededor. Desde la puerta de la cocina, Neida vio como la chica morena apartaba a la gente pidiéndoles que se alejaran. La futura mamá necesitaba aire para respirar. Se colocó al otro lado de Zach y cogió la mano de Aria.

—Hola, me llamo Sophia Miller, soy médico y voy a ayudarte, ¿vale?

Zach levantó la vista hacia esa joven. Había reconocido aquel nombre. No se lo podía creer. Esa chica de pelo oscuro y ondulado y sonrisa amable era ella. Era Sophia.

—¿Sophia? —preguntó Zach mirándola—. Soy... soy Zach. Nos conocimos en el colegio... soy el que... ¡joder! —Maldijo sintiéndose nervioso. No solo su novia estaba de parto, sino que estaba frente a su mejor amiga de la infancia. La que no veía desde que tenían seis años.

—¿Zach? —sonrió la joven. Jamás se había olvidado de él. De aquel niño que la hizo feliz con su amistad—. ¡Oh Dios, creí que jamás volvería a verte!

Aria les miró como se abrazaban y no pudo evitar enfadarse. No estaba celosa. Peor. ¡Estaba de parto!

—Me alegro mucho que os hayáis reencontrado, pero por favor... ¡vete a por el coche de una puta vez!

Zach se quedó mirando a su novia alucinado. No era propio de ella decir tacos, pero claro, estaba de parto y sus dolores eran demasiado fuertes.

—De eso nada, lo mejor es que llamemos a una ambulancia.

—Zach... quiero que vayas a por la manta de los abrazos.

—¿Qué?

—¡Ya lo habíamos hablado! —le grito—. ¡Te dije que la quería conmigo en este momento! ¡Sentir cerca a mi hermanaaaaaaaaa!

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Sophia.

—Aria.

—Encantada de conocerte, Aria. Vale, ahora vamos a respirar y vamos a calmarnos mientras Zach corre a por el coche para ir al hospital.

Aria aceptó la mano de Sophia y asintió mientras se la apretaba en cada una de las contracciones. Zach le dio un beso en la frente mientras iba a casa a por la manta y el coche. Estaba temblando como un puto flan. No estaba en condiciones de conducir, por lo que obligó a su hermano a hacer de chófer. Desde que se había graduado, Logan se pasaba el día tocándose las narices y solo salía para quedar con Neida. Además, siempre pasaba las noches con ella. Pero él no dormía solo, pues prácticamente Aria se había mudado a su casa.

Al contar a su hermano lo que sucedía, Logan saltó del sofá y corrió a vestirse. No tardaron ni cinco minutos en reunirse con Aria. Tenía las mejillas húmedas y a su lado estaban Sophia, Neida, Denali y un chico joven que no dejaba de asentir a lo que le decía Sophia.

—Venga, cariño. Vamos. —Ayudó Zach a Aria a levantarse del asiento en el que estaba.

—Eres una oportuna, cuñada —bromeó Logan—. Anda que ponerte a parir un lunes.

Como respuesta, Aria le tiró un servilletero que Logan esquivó por los pelos. Tomaba nota. No bromear con una mujer que estaba de parto. Neida le

miró y negó con la cabeza diciéndole que lo mejor era que no dijera nada en esos momentos. Él asintió y le robó un beso a su novia antes de ayudar a Aria a meterse en el coche.

A lo lejos, Zach vio como Sophia le daba un beso en los labios al joven que había visto al lado de Aria. No pudo evitar sonreír. Era feliz. La vio correr hacia él y le comentó que les esperaba en el hospital, que estaba a punto de empezar su turno y que procuraría que a Aria la atendieran lo mejor posible.

Zach se sentó en el asiento de atrás junto a Aria para darle la mano. La vio cubrirse con la manta.

—Zach me duele mucho. —Sollozó.

—Lo sé, cariño. Respira.

Ella le obedeció y dio gracias a que el hospital estuviera a solo siete minutos. Logan aparcó frente al Hospital Universitario Royal Infirmary y corrió al interior para buscar a alguien mientras Zach ayudaba a Aria a salir. Enseguida un celador salió con una silla de ruedas donde sentaron a Aria para pasarla a una habitación donde tenerla controlada.

Tras ponerse aquel horroroso camión y recogerse el pelo rubio en una coleta alta, puesto que estaba sudando como una cerda. Una enfermera entró y le pidió que dejara al descubierto la tripa para monitorizarla. Tras comprobar que todo estaba correcto, la matrona que la acompañaba procedió a hacerle una ecografía para comprobar el posicionamiento del bebé. La pequeña Lara estaba en posición para nacer.

—Vale, está todo correcto y sus medidas son adecuadas para nacer. Será pequeña, pero nacerá sana, aunque deberemos realizarle más pruebas de las comunes, puesto que será prematura, pero esta niña ya quiere nacer.

Aria asintió y apretó la mano de Zach al sentir una nueva contracción. Dolía a horrores y lo único que quería era gritar, llorar y empujar. Sentía muchas ganas de empujar. Pero la matrona le había dicho que solo había dilatado tres centímetros y siendo encima primeriza, le llevaría horas dilatar hasta los diez.

—¡Joder, que me la saquen de una puñetera vez! ¡No puedo más! ¡Me cago en la puta! ¡No voy a volver a tener hijos! ¡¡Y para evitarlo, no pienso

volver a follar!! No, no quiero una polla cerca de mí nunca más. Jodeer, como dueleeee —gritó en castellano. Necesitaba desahogarse y que nadie de la sala la entendiera.

—Cariño, no te entiendo —dijo Zach al escucharla gritar en español.

—Mejor que no lo hagas. —Rio la matrona—. Yo también decía eso en mi primer parto y ahora tengo tres hijos —le habló a Aria en castellano—. Y da gusto escuchar tacos españoles. Los ingleses no saben lo que se pierden.

—¿Eres española?—le preguntó Aria sin dejar de hablar en su idioma nativo.

—Sí, me llamo María. Mi padre es holandés, pero mi madre es española y he vivido en España toda mi vida. A los diecisiete años vine aquí de Aupair y me quedé.

Aria sonrió. ¡Cómo había echado de menos conversar con alguien en español! Pero al ver la cara de Zach y la enfermera, tanto María como ella, continuaron hablando en inglés. Le preguntó que si iba a querer la epidural a lo que Aria asintió sin dudar. Necesitaba dejar de sentir aquellos intensos dolores. La matrona asintió y le dijo que tenían que esperar un poco más antes de ponérsela. Aria puso cara de horror y Zach no pudo evitar reírse, lo que hizo que se ganara una mirada furiosa de ella. No le hacía gracia que lo pasara mal, pero esa cara había sido para enmarcarla. Se quedaron solos en la habitación y Aria no dejaba de sollozar.

—Tengo mucho miedo —le confesó a Zach—. Miedo de que algo salga mal, de no ser buena madre, de que por mi culpa, Lara sufra. —Apretó la manta de los abrazos contra su cuerpo.

—Hey. —Hizo que lo mirara—. Todo irá bien, porque no voy a permitir que nada os pase, ¿de acuerdo? Eres fuerte y nuestra hija también, lo que pasa es que tiene la misma cabezonería de su madre y quiere nacer antes de tiempo —bromeó haciendo que ella riera levemente. Hasta eso le dolía.

Volvió a ponerse a llorar y él la atrajo hacia su cuerpo para consolarla. Le besó el cabello y le susurró decenas de palabras dulces para que se calmara. La ayudó a caminar por la habitación y a ponerse en las posturas más raras para que se sintiera más cómoda.

Cinco horas después, Aria solo había dilatado seis centímetros, pero al

menos ya le habían puesto la epidural. Además, Logan y Neida estaban en la sala de espera y sus padres viajando desde Londres. Zach no se había separado de Aria. A pesar de que ella insistía en que fuera a comer algo, pero él se negaba. No quería dejarla sola, y eso que tras la epidural, estaba más tranquila. Hasta se estaba quedando dormida.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó Aria al ver que la miraba fijamente sentado en el filo de la cama—. ¿Tengo algo en la cara? —Fue a coger su móvil para usar la pantalla de espejo, pero él se lo impidió.

—No. Te miraba a ti y...

—¿Y...? —le animó a continuar.

—Y creo que me he vuelto a enamorar de ti. —Sonrió.

Aria le miró enternecida.

—¿No crees que ya he llorado bastante?

—Cuando veas a Lara, lo harás más. —Rio.

—Yo también te quiero mucho. —Se le humedecieron los ojos—. ¿Lo ves? Ya estoy otra vez.

Zach soltó una leve carcajada y se acercó para besarla. No podía creerse que estuvieran a horas de ser padres.

—Parece mentira que sea la última vez que tengas esta tripita. —Se la acarició.

—Dirás gran tripa. —Apoyó su mano sobre la de él—. Se quedará más pequeña, pero aún estaré algo hinchada los próximos meses. Dios, seré antemorbo.

—No, cariño y tras la cuarentena, te lo demostraré.

La matrona volvió a entrar y tras preguntarle cómo iba, metió la mano bajo las sábanas para ver si ya había dilatado lo suficiente. Ya había alcanzado los nueve centímetros, por lo que ordenaría que la subieran ya a paritorio. La enfermera pidió a Zach que lo acompañara para vestirle con aquel horrible uniforme verde. Tras hacerlo, le pidió que se quedara allí hasta que le hicieran pasar. No tardarían.

—¡Hola! ¿Qué tal va todo? —Se acercó Sophia a él. Tenía un descanso y quería verle.

—Bien, está a punto. —Sonrió—. Gracias, doctora Miller. —Señaló su

chapa.

—Aún estoy como MIR, pero espero pronto ser doctora de verdad.

—Me alegra mucho verte. Y que estés bien.

—Y yo a ti. —Posó una mano en su brazo—. ¿Crees que podríamos tomar un café? Tenemos mucho que contar de estos dieciséis años.

—Claro.

—¡Genial! Ahora ve con tu chica. ¡Enhorabuena, papá!

—Gracias.

Zach pasó al paritorio cuando la enfermera se lo indicó y se colocó al lado de Aria para darle la mano y besarle en la frente.

—Ya está aquí, campeona.

Aria asintió. Le temblaban las piernas y podía ver como los estribos se movían al ritmo de sus temblores. Cuando se habían llevado a Zach para vestirle, su miedo se había multiplicado y más al entrar en el paritorio y no verle. Le preguntó a la matrona que dónde estaba, que le quería a su lado y ella la tranquilizó. Echó un suspiro de alivio al verle entrar y agarró con fuerza su mano para que no se fuera de su lado.

—Ya veo la cabeza, Aria. —Sonrió la matrona—. Ahora empujarás cuando te diga, ¿vale?

Ella asintió y obedeció las órdenes de la matrona. Empujaba y paraba cuando le ordenaba. Su respiración estaba agitada y el corazón le latía a un ritmo frenético. Zach también estaba nervioso. No dejaba de sujetar su mano con más fuerza y se movía inquieto sin dejar de observar a la enfermera. Aquello se le estaba haciendo eterno, pero de repente oyó los lloros de su hija. De Lara. No podía creérselo, ya estaba con ellos.

—Es una niña preciosa —anunció la matrona.

Aria cogió a su pequeña y la arropó con sus brazos mientras ambas lloraban. Aunque ella de felicidad.

—Hola, pequeña —le dijo mientras besaba su cabecita.

Lara era rubia y muy pequeña. La veía frágil entre sus brazos y no dejaba de moverse y llorar con fuerza. Sus pulmones funcionaban perfectamente. Aún no podía creerse que la tuviera por fin entre sus brazos. Su bebé no tardó en calmarse y se acurrucó en el pecho de su madre

buscando calor y escuchando el latido de su corazón.

Sin dejar de llorar, Aria miró a Zach que observaba embobado y con una sonrisa a su hija. Posó un dedo en su palma y Lara se lo aferró.

—Es... perfecta —dijo emocionado antes de besar a Aria—. Gracias, cariño. Gracias por darme a la hija más preciosa del mundo.

A mucho pesar, la matrona se llevó a Lara para hacerle las pruebas necesarias. A pesar de ser prematura, estaba completamente sana. Lo que caracterizaba su prematurez era su tamaño. Medía 46 centímetros y había pesado dos kilos y setecientos gramos.

Tras asearla y vestirla, llevaron una cunita trasparente a la habitación donde habían instalado a Aria. La nueva mamá volvió a emocionarse al verla con un body del hospital y aquel gracioso gorro. Sonrió al ver a los pies de la cuna una etiqueta con su nombre y sus medidas.

La enfermera se la volvió a tender y le explicó cómo debía darle el pecho. Al principio, la sensación era extraña, pero era lo mejor que había vivido en su vida. Se detuvo observando a su hija mientras amamantaba. Tenía los ojos de su padre. Oscuros e intensos y la naricita de su familia española. Era tan perfecta. Tan pequeñita. Sentía que se podía romper con solo una corriente de aire.

—Mi pequeña... —le habló en español—. No sabes cómo deseaba este momento. Y quiero que sepas, que te prometo todos mis días.

Tras la toma, Zach pudo cogerla por primera vez y tuvo que contener las ganas de llorar al sentir el frágil cuerpo de su hija pegado al suyo. La oyó balbucear y sonrió antes de darle un beso en su regordeta mejilla y de comenzar a darle pequeños golpecitos en la espalda.

—Te quiero, cariño —dijo Zach sentándose al lado de Aria—. No me puedo creer que ya esté con nosotros.

—Ni yo. —Se secó los ojos—. No puedo dejar de mirarla y...

Pero el sonido de la puerta la interrumpió y vio a Neida entrar con una sonrisa de oreja a oreja y dos cajas en la mano. ¡Ya empezaba! Lara estaba dormida en los brazos de su padre. Había caído cao tras echar los gases y ahora Zach la acunaba para que no se despertara.

—¡Oh Dios! Es tan bonitaaaaa —dijo Neida emocionada dándole un

beso a su ahijada en la cabecita rubia—. Se parece mucho a Zach.

—Pues yo no le veo parecido —comentó Logan—. Pero es preciosa, hermano. ¡Buenos genes Lowell!

—Hey, no te olvides de los genes Rivera. —Rio Aria.

Neida le tendió las cajas a su amiga y ella primero abrió la grande. Era una manta rosa con el nombre de Lara bordado. Era preciosa. La finlandesa le explicó que era el regalo de los padrinos, pero que el pequeño era el suyo. Aria lo abrió y se quedó ojiplática al ver que se trataban de dos bolas chinas. Al ver como la miraban todos, Neida les llamó malpensados y les explicó que tras la cuarentena, usarlas era bueno para fortalecer el suelo pélvico tras el parto.

Los padrinos se despidieron y llegaron los padres de Zach quienes enseguida se enamoraron de la pequeña Lara. Eran las nueve de la noche cuando Aria y Zach volvieron a quedarse solos en la habitación.

—Duérmete, estás agotada —dijo Zach mientras Aria se abotonaba la bata tras una nueva toma—. Yo me ocupo de la niña.

Aria solo pudo asentir. Estaba completamente agotada, por lo que se acomodó en la cama y no tardó nada en quedarse dormida. Zach no quería dejar a Lara en la cuna. Le encantaba tenerla en brazos. Le había cambiado el pañal y a pesar de que en las clases se le daba fatal, con su hija era un crack, pero tuvo que hacerlo, pues les habían avisado de que lo mejor era que estuviera calentita. A pesar de haber nacido sana, era prematura.

—¿Puedo pasar? —susurró Sophia desde la puerta.

—Claro.

Sophia lo hizo y se asomó al a cuna para ver a aquel bebé. Era muy bonita y sonrió al ver que aquel chupete era más grande que ella.

—¿Por qué no vamos a la cafetería? Mi turno acabó hace horas, pero no quería irme sin antes tomar algo contigo.

—Sí, así las dejo descansar.

—No te entretendré mucho. Tú también lo necesitas.

Zach asintió y juntos bajaron a la cafetería que había en el hospital. Se sentaron en una de las mesas con sus cafés en las manos. Primero le tocó el turno a Zach. Le contó todos los sucesos de su vida, incluido lo de Ezra, pero

no le dio tantos detalles como lo hizo con Aria en su momento. Sophia sonreía al escucharle hablar de su novia. Se notaba a la legua que estaba loco por ella.

—Sophia, necesito saber algo. Cuando te llevaron al centro de acogida... ¿Fuiste feliz?

—No te voy a mentir, Zach. No, no lo fui. Era una niña de seis años que quería estar al lado de su mejor amigo. Mi madre era buena. Se esforzaba porque yo fuera feliz y por darme todo lo que necesitara, a pesar de ser... prostituta. Cuando los servicios sociales me llevaron, me abracé a ella todo lo fuerte que pude. Jamás me olvidaré de cómo las dos llorábamos. Ella me quería y yo a ella, por eso conservé su apellido. Es lo único que me queda de ella. Después, en el centro de acogida, no paraba de mirar por la puerta para ver si venía a por mí y un día, mi cuidadora harta de verme llorar y llamar a mi madre, me gritó que estaba muerta. Se quitó la vida a la semana —dijo en voz baja y bajó la mirada—. Las cuidadoras eran crueles y nos odiaban a todos los niños, pero a los dos años, una familia me adoptó y es maravillosa, Zach. Tengo dos hermanos mayores, demasiado protectores en ocasiones. —Rio—. Y soy feliz. Gracias a ellos pude estudiar Medicina y en la carrera conocí a mi prometido. —Le enseñó el anillo de su dedo—. Sé lo que piensas. Solo tengo veintitrés años. Soy joven para comprometerme eternamente, pero estoy completamente enamorada de Jack.

—Sophia, aún tengo los veintidós y acabo de ser padre. Ya no pienso que nadie sea demasiado joven para las locuras de la vida.

Ambos rieron y tras acabar sus cafés se despidieron con la promesa de volverse a ver. Sophia regresó al piso en el que vivía junto a su prometido y Zach regresó con sus chicas. Ambas dormían y él se pasó horas observándolas. No podía sentirse más feliz en aquellos momentos.

Capítulo 33

Logan no era nada aficionado a las alturas. Pero ahí estaba, sudando como un cerdo y manteniendo la compostura delante de Neida. Había llegado el día en el que viajaban a Finlandia.

Desde la visita de su padre, Neida las primeras semanas había pensado mucho. Su padre parecía haber cambiado y esa expresión de dolor que vio era difícil de fingir. Ella nunca supo cómo se sintió cuando se enteró de la muerte de su madre. Era un bebé. Y su primer recuerdo era con la niñera mientras su padre bebía y se acostaba con cualquier mujer.

Tras esas primeras semanas de reflexiones, llegó la primera llamada. Fue tras volver de una discoteca con Logan y mientras él se daba una ducha, ella sin saber por qué (el alcohol era un gran aliado a la hora de tomar decisiones), cogió el móvil y marcó el número de su padre. Un número que no había usado nunca. Mientras los tonos sonaban, pensó que igual se había cambiado de número, pero al quinto contestó diciendo su nombre con un tono esperanzador. Lo primero que pudo hacer Neida, fue disculparse por llamar a esas horas de la madrugada, pero su padre con tono dulce, le dijo que no pasaba nada y que le hacía feliz esa llamada. Incluso Neida escuchó que se ponía a llorar, aunque él lo negaba. Al final de aquella conversación, los dos acabaron llorando.

Neida no quería ir a Finlandia hasta que Aria diera a luz, por lo que hizo cálculos y reservó dos billetes de avión para el veintiséis de julio, ya que su amiga salía de cuentas a principios de ese mes. Pero Lara quiso adelantarse y el veinte de junio, llegó al mundo.

No podía creerse que aquella pequeña tuviera ya más de un mes y a cada día que pasaba estaba más bonita. Era la debilidad de sus padres. Y de ella, para que mentir. La estaba malcriando a base de bien para desesperación de Aria. ¡Pero no podía resistirse! Y le había costado mucho despedirse de su ahijada en el aeropuerto. Iba tan guapa con uno de sus vestidos rosas que le había regalado, que le dieron ganas de secuestrarla y llevársela con ella, pero

sabía que su amiga la mataría.

Quedaba una hora para aterrizar y preocupada, volvió a mirar a Logan. Había pasado todo el viaje rígido como un palo, con las manos bien agarradas a los reposabrazos y sudaba como un cerdo. Dudaba que fuera por el calor, puesto que en aquel avión ella tenía hasta frío.

—¿Estás bien? —Posó una mano sobre la suya.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —habló con voz ahogada.

—¿Es por mi padre? ¿Te asusta? —Sonrió—. Creo que es mi padre el que te teme a ti.

—No, no... es que... me dan miedo las alturas —confesó.

—¿Qué?

—No quería que lo supieras. Tengo una puta reputación que mantener, pero sí, desde niño le tengo mucho miedo a las alturas.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Ya te lo he dicho... tengo una reputación de chico duro que mantener.

Neida rio y se soltó el cinturón para acercarse a Logan y comenzar a besar su mejilla. Fueron besos lentos y húmedos que descendían hasta alcanzar la comisura de sus labios.

—Ven al baño en cinco minutos. Prometo calmarte.

Sonrió pícara y pasó por su lado de forma sensual mostrándole el canalillo de sus pechos que aquella camiseta dejaba al descubierto. Fue a aquel minúsculo baño y se sentó en el lavabo tras deshacerse de su ropa interior. Haberse puesto ese día una falda era la mejor idea que había tenido. Cinco minutos después, vio como Logan abría la puerta. Todavía se le veía nervioso. Tras cerrar con el picaporte, Neida le cogió de la camiseta para colocarle en el hueco de entre sus piernas mientras le besaba con ardor. Logan gruñó sobre su boca. Esa chica le ponía a cien en cuestión de segundos.

Neida consiguió desabrochar el botón de su vaquero y se los bajó un poco junto con la ropa interior para rodear con su mano aquel miembro ya duro y erecto. Acarició aquella largura consiguiendo volverle más loco hasta que Logan no pudo más y posó sus manos en sus nalgas desnudas para atraerla hacia él y penetrarla. Estar dentro de Neida era el jodido paraíso.

—Oh sí, nena —gimió con su boca pegada a su cuello—. Como me gusta...

—Tenemos... que... darnos... prisa —consiguió decir.

Neida solo quería gritar de placer, pero sabía que debían ser discretos. Estaban en un avión lleno de gente.

Logan asintió y aumentó el ritmo de sus caderas hasta que un potente orgasmo les dejó exhaustos. Neida apoyó la cabeza en el espejo y sonrió. No se cansaría nunca de aquellos asaltos. Tras recuperarse y limpiarse, ella le dio un largo y profundo beso y salió primera para sentarse de nuevo en su asiento. Minutos después, Logan aparecía a su lado mucho más tranquilo en el momento que el piloto ordenaba abrocharse los cinturones. Estaban a punto de aterrizar.

Salieron de la terminal y Neida puso los ojos en blanco al ver a un chófer con su nombre en una pancarta. Su padre lo habría enviado y el empleado le dio una nota en la que su progenitor le daba la bienvenida. Subieron a aquel Mercedes negro con los cristales tintados y atravesaron Helsinki hasta llegar a una de las grandes casas que había a las afueras. Neida sintió una opresión en el pecho al llegar a la nueva casa de su padre. Jamás había estado allí. Tras casarse con su actual esposa, vendió la anterior y se mudó a esa que tenía delante. Enorme, blanca, con un jardín verde y una piscina climatizada en él. Al cumplir los dieciocho, su padre se presentó en el internado para ofrecerle aquel trato.

El chofer abrió la puerta y Logan y ella salieron mientras el hombre sacaba las maletas y las llevaba al interior.

Neida estaba muy nerviosa. No estaba segura de entrar, pero no había vuelta atrás. Había vuelto a casa tras tres años sin hacerlo. Entrelazó sus dedos con los de Logan y comenzaron a caminar hasta la puerta, pero antes de que la alcanzaran, esta se abrió y dos niños de unos tres años corrieron hacia ellos.

—¡Hermanita, hermanita! —gritaron en finlandés corriendo hacia Neida.

Los mellizos se abalanzaron sobre ella rodeando con sus pequeños bracitos su cadera. Empezaron a hablarle a la vez y Neida no entendía nada,

pero no pudo evitar sonreír. El niño era castaño, como su padre con los ojos azules y la niña rubia con el mismo color de ojos que ella. Grises.

—¡Henna! ¡Kalevi! ¡Venid aquí! —les llamó una mujer rubia muy guapa.

Los niños se pusieron de morros y obedecieron a su madre. La mujer se acercó a ella y abrazó a Neida mientras le mostraba una sonrisa cálida.

—¡No sabes las ganas que tenía de conocerte! —Cogió sus manos—. Tu padre me ha hablado muchísimo de ti. A mí y a tus hermanos. Siento su bienvenida —se disculpó por sus hijos—, pero ya ves que estaban deseando verte.

—No te preocupes. —Sonrió Neida—. Encantada de conocerte, Taimi. Este es Logan, mi novio.

—Es un placer —habló Taimi en inglés.

Tanto ella, como su marido y sus hijos dominaban aquel idioma.

Eikki se había quedado en la puerta mirando como sus hijos y su mujer saludaban a Neida. Él estaba paralizado. No sabía qué hacer. Deseaba abrazarla, pero no estaba seguro. Desde su primera llamada, habían hablado más veces. Verla allí. En casa, le hacía sentirse completo. Su niña estaba junto a él y no pensaba volver a cometer más errores con ella.

Neida se acercó a su padre y se quedó frente a él. Ella tampoco sabía cómo reaccionar. Le gustaría abrazarlo, pero nunca lo había hecho y no quería que la rechazara.

—Hola —le saludó.

—Hola, cariño. —Sonrió levemente—. ¿Habéis tenido un buen vuelo?

—Sí. Gracias por enviar a alguien a buscarnos.

—De nada. Querría haber ido yo, pero... no sabía cómo te lo tomarías y... lo siento, estoy nervioso. No sé cómo ser padre contigo.

—Ni yo hija —confesó—. ¿Crees que podremos averiguarlo juntos?

—Claro que sí. —Sintió los ojos vidriosos y se arriesgó a hacer lo que deseaba.

Eikki se acercó a su hija y la abrazó. Neida se quedó algo impresionada. Era la primera vez que su padre hacía aquello, pero enseguida correspondió a aquel abrazo. Más de veinte años habían necesitado para llegar a aquel

momento.

—Te perdono —habló Neida—. Pero no vuelvas a dejarme caer, papá.

—Nunca más, cariño. Siempre te he querido. Siempre. —Le dio un candoroso beso en la frente.

Logan que había permanecido en un segundo plano, se acercó a ellos y Eikki le estrechó la mano mientras le daba la bienvenida. Él no pudo evitar disculparse por el puñetazo que le dio el día que se conocieron, pero su suegro le sonrió y le dijo que no lo hiciera, pues se lo merecía por todo el daño que sin quererlo, le hizo a su hija.

—¡Halaaa, qué alto! —comentó Henna mirándole.

—¡Y qué fuerte! —le siguió su hermano mellizo.

Logan sonrió a aquellos pequeños y se agachó para colocarse a la altura de esos niños. A pesar de ir de tipo duro, le encantaban. En especial, su sobrinita. Cuando su hermano no le veía, no dejaba de hacerle carantoñas para que se riera. Y si lo hacía a escondidas, era porque sabía que Zach se mofaría de él y pasaba de aquello.

—Pasad y acomodaros —le pidió Eikki—. Neida, ¿podemos ir esta tarde a un sitio? Quiero... que vayamos juntos a visitar a tu madre.

Neida solo pudo asentir antes de subir a la habitación que su padre les había asignado. Era una habitación grande y luminosa con su propio cuarto de baño y una cama enorme de matrimonio.

Tras deshacer las maletas para los cuatro días que se quedaban, bajaron al salón dónde comieron todos juntos. Henna y Kalevi no dejaban de mirar a Logan y de hablar con Neida. Los mellizos competían por reclamar su atención y su hermana mayor se la prestaba. Aquellos pequeños eran muy risueños y ni siquiera le dejaron terminar de comer, pues entre los dos la arrastraron a su cuarto para que lo viera. Henna le enseñó todas sus muñecas y Kalevi sus videojuegos.

—¿Sabes? Logan sabe jugar muy bien a la PS4, ¿quieres que suba y juegue contigo? Así le das una paliza de mi parte —le habló a su hermano pequeño en finlandés.

—¡Sí! —Alzó sus bracitos emocionado.

—¿Y después puede jugar conmigo y con mis muñecas a tomar el té? —

le preguntó Henna.

—Claro que sí. —Rio y le dio un beso en la sien—. Ahora subo con él, ¿vale?

Tal y como le dijo a Kalevi, Logan jugaba muy bien. A pesar de que al principio su hermanito se mostró tímido, enseguida conectó con su novio y ahora no dejaba de hablarle. Henna se sentía algo sola, por lo que Logan la sentó en su regazo para que jugara con él mientras Neida les miraba con una tierna sonrisa antes de dejarles a solas para bajar.

—¿Te apetece que nos vayamos ya? —le preguntó su padre y ella asintió—. Coge una cazadora por si refresca.

Neida cogió una chaqueta vaquera y su padre y ella se dirigieron al cementerio. Ella jamás lo había pisado. Nunca había visitado la tumba de su madre. Conocía de ella lo poco que la niñera le contaba y las fotos que le enseñaba.

—Vengo aquí cada día —le confesó su padre—, desde el día que murió. Incluso cuando me sumí en mi estado depresivo.

—Hasta que volviste a aparecer... creía que nunca quisiste a mamá.

—Lo siento. Sé que te hice creer otra cosa y me arrepiento. —Metió las manos en sus bolsillos—. Nunca he dejado de amarla. Y Taimi lo sabe. Sabe que siempre amaré a mi difunta esposa, pero estoy enamorado de ella. También la amo.

—Me dijiste que fue la que te salvó.

—Sí. Mi empresa se estaba yendo a la quiebra por culpa de mi estado. No sé cómo se mantuvo a flote durante tanto tiempo. No quería afrontar lo que estaba por venir. El cierre. La ruina. Así que me puse delante de la carretera para que alguien acabara con mi vida. El conductor empezó a frenar, pero no le iba a dar tiempo. Me quedaban segundos de vida. Y apareció ella. Arriesgó su vida para salvar la mía. Se quedó sobre mi cuerpo y no sé qué me pasó al mirarnos a los ojos. Empecé a llorar como un niño. Y no se separó de mí. Es enfermera. Me trató y vino a casa a verme cada día. Le hablaba de tu madre y de ti y nos enamoramos. Al principio todo eran impedimentos. Sobre todo, la edad. Le llevo quince años. Intenté alejarla de mí. Pero fue la valiente de los dos. La que luchó por nosotros y se lo agradezco cada día, pues no solo

me ha dado dos hijos maravillosos. También me ha devuelto las ganas de vivir. Y lo más importante. A mi hija. —la miró—. Te quiero, cariño.

—Y yo a ti, papá. —Le abrazó emocionada—. No sabes cuántas veces había soñado con esto.

—Ya pasó, cielo. Te prometo que nunca más volveré a hacerte daño.

—Lo sé. —Se separaron y Eikki le secó las lágrimas—. Mañana es veintisiete. ¿Sabe Logan nuestra tradición? —Ella negó con la cabeza—. Bien. Nos vamos a divertir.

Neida soltó una carcajada y asintió antes de abandonar el cementerio. Cuando volvieron a casa, sonrieron al ver a Logan con Henna y Kalevi a caballito mientras corría por la casa y daba vueltas. Sin duda, se los había ganado. Al ver a su padre, los niños bajaron y fueron a contarle lo bien que se lo habían pasado con Logan y que tenía que quedarse a vivir con ellos para siempre, para que así, Neida también se quedara. Todos sonrieron y esta se llevó a su chico para enseñarle la ciudad hasta la hora de la cena, aunque finalmente comieron algo fuera. Al llegar de nuevo, estaban agotados. Tras dar las buenas noches a Eikki, Taimi, Henna y Kalevi, se retiraron a su cuarto.

—Nena, he estado dándole vueltas y...

—¿Y...? —le animó Neida.

—Quiero que tengamos mellizos. O gemelos.

Al escucharle, Neida se puso blanca como la nieve. ¡Estaba loco! Era cierto que en un futuro quería tener hijos, pero no en ese momento y menos dos a la vez.

—Vamos a la cama, que se te ha frito el cerebro o algo.

—Lo que tú digas. —Se tumbó y abrazó a su chica cuando lo hizo a su lado—. Pero quiero dos preciosos niños contigo. Ve haciéndote a la idea, loca finlandesa.

Neida rio y no tardó en quedarse dormida, aunque se activó su pulsera alarma para despertarse a las seis de la mañana. Ella no pensaba pringar. En cuanto la notó vibrar, la desactivó y salió del cuarto sin hacer ruido para no despertar a Logan. Todos ya estaban despiertos. El único que seguía durmiendo, era Logan. Entre todos cogieron varios cubos de agua helada y a

la de tres, se los tiraron haciendo que se despertara sobresaltado cayendo al suelo.

—¡Feliz día del dormilón!

—¿Qué cojones? —preguntó confundido.

—Ay cariño, ¿nunca te he contado nuestra tradición? —preguntó Neida divertida—. El 27 de julio, el último en despertarse es arrojado al río o al mar. Hemos sido buenos y no lo hemos hecho al pie de la letra, pero te ha tocado pagar.

Henna y Kalevi no dejaban de reírse al verle calado, pero para que no se enfadara, los mellizos se acercaron a él para darle un beso en la mejilla. Logan sonrió al instante y abrazó a esos pequeños para mojarles. Tras aquel despertar, todos abandonaron la habitación menos la parejita.

—Espero que no estés muy enfadado —dijo Neida acercándose a él para besarle.

—Lo justo —le respondió.

—Gracias por acompañarme a casa. —Le abrazó sin importar que la mojara—. A pesar de tu miedo a las alturas.

—Ay, nena... no sabes las locuras que haría por ti. Y llegará el día en que las haré —le confesó recordando su idea de pedirle matrimonio en el ojo de Londres.

Por mucho miedo que las alturas le dieran, pensaba colmar a Neida de recuerdos inolvidables.

Capítulo 34

Eran principios de agosto y Zach llevaba despierto desde las seis. Desde que nació Lara, tanto él como Aria apenas dormían, pero ambos estaban más que felices con la llegada de su pequeña. Lara era una niña feliz. Enseguida reía y le encantaba ser el centro de atención.

Tras nacer, tuvo que quedarse dos semanas ingresada, puesto que era prematura y las pruebas que le hicieron eran muchas más de las que se les realizaba a un bebé nacido a término. Por suerte, Lara era una niña sana y todo parecía ir bien. En dos semanas tenían que ir al centro de salud para ponerle las primeras vacunas. Solo de pensarlo, tanto a él como a Aria se les formaba un nudo en el estómago. No podían ver a su niña sufrir y sabía que con las vacunas se pondría a llorar.

Esa mañana, Lara y él se encontraban en la cama mientras Aria se duchaba. Su pequeña no dejaba de mirarle con sus ojos tan parecidos a los suyos y sonreírle mientras le hacía pedorretas en la regordeta tripita. Era increíble que ya llevara más de un mes con ellos.

La pequeña se negaba a volver a dormirse tras la toma y el cambio de pañal. Zach le abrochó el pelele blanco que llevaba con una graciosa frase en la que ponía: «Soy como Dios, yo decido cuando duermes». Su hermano era muy gracioso. Y no solo le regaló ese pelele, sino otro con la mierda del WhatsApp y dos ticks. Pero Neida tampoco se quedaba corta. En el cajón donde guardaban la ropa de la niña, había otro pelele rosa en el que ponía: «En el reparto de madrinas, a mí me tocó la más divina». Estaba claro que a Lara jamás le faltaría de nada.

Zach se recostó al lado de su hija y comenzó a llenarle la regordeta cara y el cuello de besos. Le encantaba escucharla reír. Pero como el bebé que era, su pequeña no tardó en quedarse dormida. Le colocó el chupete y la cogió para tumbarla en su moisés y taparla con la manta que Neida le había regalado cuando nació. Aquella que tenía su nombre bordado.

Todas las cosas de Lara estaban en la casa donde antes vivía Aria. Tras

nacer, decidieron que se mudara a casa de Zach, puesto que lo mejor para el bebé era estar cerca de sus dos padres. A Logan no le hizo mucha gracia. No por el hecho de que ahora él viviera con Neida. Estaba más que encantado, pero tuvo que ayudar a su hermano a trasladar el moisés, la cuna, el cochecito y todo lo que Neida le había comprado a su ahijada a su casa.

Zach se quedó mirando embobado a su pequeña dormir. Era tan preciosa. Tan perfecta. Le parecía increíble que él y Aria hubieran creado algo tan maravilloso. Tuvo que salir de su ensoñamiento cuando oyó la puerta del baño abrirse. Poco después, Aria entraba en su cuarto con el pelo húmedo y una toalla anudada a su pecho. Poco a poco estaba recuperando la figura. Su tripa prácticamente había desaparecido gracias a su constitución. Cuando la conoció, la vio demasiado delgada, pero más tarde entendió por qué. Su hermana acababa de fallecer. Todo su cuerpo se estaba reduciendo, a excepción de sus pechos debido a la lactancia. Le encantaba mirárselos. Y mimarlos. Hacía poco que habían recuperado su vida sexual tras la cuarentena. Zach no sabía cómo podían haber aguantado tanto tiempo sin tocarse. La vio sentarse en el filo de la cama mientras con una toalla más pequeña se secaba las puntas de sus ondas rubias. Pero él la conocía. Estaba seria y muy callada. Algo le ocurría.

—¿Estás bien? —Se colocó a su lado.

—Sí, es solo que en la ducha he estado pensando. —Le miró.

Zach solo iba vestido con unos bóxers verdes y estaba irresistible. Aquel escultural cuerpo la volvía loca, pero no era momento de pensar en sexo. Desde que nació Lara, llevaba dándole vuelta a la cabeza al tema de sus padres. Si su hija hiciera lo que ella, estaría destrozada y muerta de la preocupación. Sus padres llevaban diez meses sin saber nada de su paradero. Absolutamente nada. Y además, desconocían lo mucho que había cambiado su vida. No sabían de la existencia de su nieta y se sentía egoísta. Sus padres tenían derecho a conocerla. Y era mejor que lo hicieran ahora que cuando tuviera más edad. Sus progenitores querrían vivir cómo su nieta crecía.

—Voy a volver a España.

Zach se quedó en shock al escucharla. Sabía que llegaría aquel día. Y que tendrían que hablarlo para ver qué decisiones tomar, pero en ese

momento no sabía qué decir. Estaba bloqueado y le dolía pensar que le iba a separar de su hija durante algún tiempo. Y no quería aquello. Deseaba estar a su lado cada segundo. No podía negar que estaba comenzando a cabrear y sabía que ahora iban a discutir, pero antes de ponerse a gritar como un loco, decidió respirar y morderse la lengua.

—¿Estás segura? —le preguntó tenso.

—Sinceramente, no —suspiró—. Pero desde que la niña nació, llevo mucho tiempo pensando en volver. Quiero que mis padres la conozcan. Y a ti también. Además, me sentiré más segura allá si estás conmigo. No pienso ir sola a ningún lado. Me da miedo.

—¿Qui... quieres que vaya? —preguntó sorprendido y dándose mentalmente palmaditas en la espalda por no haber iniciado una discusión. Estaba claro que antes de hablar, había que pensar.

—¡Claro que quiero! —Le cogió la mano para entrelazar sus dedos con los suyos—. Los tres somos una familia. Sé que te dije cuando nos reencontramos que un día volvería y la niña se vendría conmigo. Pero desde aquel día, todo ha cambiado Zach. —Tragó saliva antes de continuar—. He pensado que... podría estudiar aquí los dos años que me faltan. Así la rutina de la niña no cambiaría. Viviríamos los tres aquí. La matrícula se abre en dos semanas, pero necesito la ayuda de mis padres para hacerlo. Y no solo eso, sino que ellos se merecen mis disculpas y explicaciones por haber desaparecido. Perdieron a una hija... y a los dos días la otra desaparece. Si Lara hiciera eso... o le pasara algo... yo... —Se detuvo. No podía continuar.

—Hey. —Le cogió del rostro—. No le va a pasar nunca nada. Porque jamás voy a permitir que le hagan daño a nuestra hija. —Le secó las lágrimas con los pulgares—. Tu solo dime cuando y ahora mismo reservo los billetes para España.

Y así fue. Una semana después se encontraban en uno de los aeropuertos de Londres a punto de coger un avión que les llevaría a España. Aria no había dormido en toda la noche y no solo por las reclamaciones de Lara. Estaba muy nerviosa y asustada. No quería encontrarse con él. No quería verle.

Zach conocía aquellas preocupaciones, por lo que ambos sabían que lo más seguro era que ella no saliera sola a la calle. El paso que iba a dar de

volver era muy grande y aunque muchas personas no lo entendieran, era de lo más normal que siguiera teniendo miedo. Los maltratadores nunca cambiaban. Y ese tío, estaba suelto.

Logan había sido el encargado de llevarles y tras despedirse, había emprendido el viaje de vuelta a Leicester.

—Zach, cierra el cochecito para facturarlo —le pidió Aria mientras cogía en brazos a Lara que se había puesto a llorar—. Chss... ya está mi pequeña. —Le colocó el chupete—. No llores, cariño. —La meció mientras la arropaba con su manta.

Cuando Lara se calmó, Aria volvió la mirada hacia Zach que sonreía. Ella frunció el ceño sin entender aquella sonrisa. Estaba muerta de miedo por volver. Pero sabía que debía hacerlo y él parecía más feliz que una perdiz.

—¿Por qué sonríes?

Zach se encogió de hombros y se acercó a ella para coger a Lara en brazos. Estaba despierta, pero confiaba en que durante el viaje se quedara profundamente dormida.

—¿Sabes, mi niña? —le habló—. Aquí fue donde mamá y yo nos conocimos. Pero ella parece no recordarlo. —Rio antes de darle un beso en la pequeña nariz a su hija.

Al escucharle, Aria se mordió el labio inferior mientras se sonrojaba. Tenía razón. En aquel aeropuerto empezó todo. Era increíble como sus vidas habían cambiado en tan poco tiempo. Ambos habían madurado de golpe y a veces no se sentían como los jóvenes veinteañeros que eran. Pero siempre que podían, pasaban tiempo ellos dos solos viviendo lo mismo que jóvenes de su edad. Algunas noches iban a cenar mientras los padrinos se quedaban de niños y cuando regresaban y Lara dormía, dejaban volar su pasión. Mucha gente podría pensar que eran algo irresponsables, otros unos viejos prematuros por criar a un bebé con su edad, pero ellos habían aprendido a ignorar aquellos prejuicios y opiniones y vivir su vida. Todos eran felices, y eso era lo que importaba.

Tras facturar las maletas, se sentaron en uno de aquellos fríos asientos a esperar a que su vuelo fuera anunciado. Aria temblaba más que un flan. Y Lara pareció notar a su madre asustada, pues acercó uno de sus pequeños

bracitos hacia ella. Sonrió y la cogió de los brazos de Zach para hablarle en español.

—Hoy conocerás a los abuelos. ¿Estás nerviosa? —Cogió su manita—. Yo sí. Sé que les vas a encantar, aunque a papá... la yaya sí, pero ya verás el yayo. Odia a todos los chicos que se acercaban a nosotras. Pero cuando le conozca, verá que es el mejor papá y novio del mundo. —Le dio un beso en su pequeña naricita—. Te quiero, mi pequeñita.

—No sé cómo haré para entender a tus padres —comentó al oírla hablar en español—. ¿Te das cuenta que me pueden insultar y yo no enterarme?

Aria rio. Aunque lo quisiera disimular, Zach estaba nervioso por conocer a sus suegros. Aún con Lara en sus brazos, cogió la mano de su chico para entrelazar sus dedos.

—Te haré de traductora. Y a mis padres también. —Sonrió—. No tienes que preocuparte por nada. —Se acercó para besarle—. Les encantarás.

Oyeron por megafonía cómo anunciaban su vuelo y se levantaron para embarcar en aquel avión que llevaría a Aria de vuelta a su hogar.

Capítulo 35

—No puedo hacerlo —confesó Aria cuando aterrizaron.

Ya habían recogido su equipaje y Lara se había quedado dormida en su carrito. Solo con pisar su país, a Aria le habían invadido las náuseas. Él podía estar muy cerca de ella. Podía volver a intentarlo. Le costaba respirar. Se estaba mareando. Se apoyó en una de las columnas del aeropuerto y bajó la mirada para que su cabello ocultara las estúpidas lágrimas que estaban saliendo por sus ojos. Se las secaba con rapidez y rabia. Quería coger un avión que la llevara de vuelta a Leicester. Allí estaría a salvo. Allí él no podría hacerle daño.

Zach se colocó a su lado y la cogió del rostro para que alzara la mirada. Juntó su frente con la de ella y comenzó a susurrarle cientos de palabras tranquilizadoras. Sabía que aquello estaba siendo duro para Aria. Que allí se sentía frágil e insegura. Por un momento, vio a aquella chica que conoció hacía diez meses. Temblaba y se ceñía a su cuerpo buscando la protección que había sentido a su lado esos meses.

—Tranquila —le susurró—. Estoy aquí. No estás sola.

Aria no podía hablar. Había comenzado a hiperventilar y acabó abrazándose a él mientras escondía su rostro en su pecho. No quería que nadie la viera llorar.

—Él no está aquí. Y yo no voy a permitir que te pase nada. —La miró—. Ahora vamos a coger un taxi y vamos a ir a casa de tus padres. A tu hogar. Allí te sientes también segura, ¿verdad?

Aria asintió y consiguió calmarse. Quería pensar en otra cosa mientras reunía las fuerzas para caminar, así que para ganar tiempo, abrió su maleta y sacó de ella una pequeña caja. En ella guardaba las cartas que les escribió a sus padres esos meses que había estado lejos de ellos. También las fotos que se hizo durante todo el embarazo y de Lara recién nacida. A ella también le había hecho una foto cada día para sus padres. El día anterior habían ido a revelarlas.

Cuando estuvo más recuperada, pero todavía con algo de miedo, salieron del aeropuerto para coger uno de los taxis que había en la entrada. Aria pidió a Zach que se pusiera en el asiento del copiloto mientras ella iba con la niña en los asientos de atrás. No habían llevado la sillita del coche, por lo que tendría que ir en el capazo.

Cuando Zach se colocó en su asiento, Aria no pudo evitar ponerse a reír. Le había pasado lo mismo que a ella cuando llegó a Leicester. Zach salió del asiento del piloto un tanto malhumorado.

—¿Por qué los españoles tenéis que ser tan raros y conducir del revés?

—No, cariño. Los raros sois vosotros. Nosotros gritamos, ¿recuerdas?

Él sonrió recordando aquello. Además, se la veía más relajada tras el ataque de pánico. Tras darle la dirección al taxista, emprendieron el viaje. Estaban a unos veinte minutos y Zach se reafirmaba en su teoría. Los españoles gritaban. Solo tenía que escuchar como aquel simpático hombre y Aria conversaban. ¿De verdad no podían hacerlo a un volumen más normal? No entendía nada de lo que decían, pero por el gesto de ambos, no estaban diciéndose nada malo.

Tras pagar aquella carrera, descargaron su equipaje y Aria colocó bien el capazo en el carrito. Estaba en su ciudad. Santander. Frente a la casa de sus padres. Expuesta a que él la viera. Se sentía en peligro, pero ya no había vuelta atrás. Debía hacer aquello.

—Aria —le llamó Zach al verla paralizada—. Creo que deberías subir tu sola.

—¿Y vosotros? —le preguntó.

—Lo haremos. Pero tus padres y tú lleváis meses esperando esto. Sube. Abrázales. Bésales. Llor. Ríe. Tened vuestro reencuentro. Y cuando lo veas conveniente, subiré con la niña. Solo dime qué piso es.

—El quinto.

Zach asintió y se acercó para besarla y transmitirle ánimo con aquel beso. Le acarició las mejillas mientras profundizaba en él y le regaló un suave mordisco en el labio inferior antes de separarse.

—Te quiero, campeona. Ahora sube.

Aria sonrió y le dio un nuevo beso a él en los labios y otro a su bebé

antes de entrar en el portal. Siempre estaba abierto, puesto que el portero se encargaba de la vigilancia. Le extrañó no verle, así que supuso que estaba en su descanso, pero le dio igual. Llamó al ascensor y pulsó el botón de su piso. Estaba nerviosa. Temblando y sin saber qué decir. Llevaba la caja en las manos y la apretaba con fuerza intentando detener aquel molesto temblor. Esperaba que la perdonaran.

El ascensor se detuvo y ella se quedó unos minutos parada. Sus pies no se movían. Se negaban a hacerlo, pero no le quedó más remedio que avanzar al ver que la puerta se cerraba. Se quedó en el rellano. Había cuatro puertas. A, B, C y D. Giró a la izquierda para colocarse frente a la C de cobarde. Pero también de coraje. No debía pensárselo más, por lo que alzó la mano y llamó al timbre.

Oyó unos pasos al otro lado y los diferenció. Eran los de su madre. Suaves y rápidos. Los de su padre eran fuertes y firmes. Aria sentía que se iba a desmayar. No tenía ni la menor idea de qué iba a decirles.

Tal y como había predicho, su madre abrió la puerta. Su pelo rubio estaba recogido en un moño mal hecho en lo alto de la cabeza. Estaba más delgada de lo que recordaba y su rostro sin maquillaje dejaba ver unas profundas ojeras. Vestía unos vaqueros y una camisa fina blanca que dejaba entrever su sujetador de flores rosas. Ambas se miraban fijamente. Ninguna sabía qué decir o hacer. Al final fue Marta la primera en reaccionar. Se llevó las manos a la boca y cayó de rodillas mientras comenzaba a llorar.

Aria se asustó. No sabía si esas lágrimas eran de tristeza o de felicidad, pero ella también se puso a llorar y se colocó al lado de su madre de rodillas. Marta la abrazó con fuerza y su llanto aumentó.

—Mamá... —consiguió murmurar Aria entre lágrimas.

La había echado muchísimo de menos y la había necesitado como nunca en aquellos meses. Se abrazó con fuerza a ella. No quería que la soltara. Quería su cariño. Quería que le acariciara el pelo como cuando era niña. La quería a ella. Ambas hablaban, pero ninguna se entendía. Aquel sonoro llanto les impedía pronunciar bien las palabras. Aria no sabía quién de las dos temblaba más.

—Aria... Aria... —pronunció su nombre—. Mi niña... mi pequeña...

Marta aumentó la intensidad de su llanto y su marido la escuchó, por lo que enseguida corrió a la entrada donde la vio abrazada a otra mujer rubia. Al principio no la reconoció, pero cuando se apartó un poco del cuerpo de su mujer, él también cayó de rodillas y se puso a llorar.

—Aria... —La abrazó su padre llorando—. Estas aquí. Estás viva.

Ella seguía sin poder hablar. Solo asintió con la cabeza mientras su padre le proporcionaba calor y amor. Se abrazó con fuerza a él mientras sentía como le besaba en la frente. Era como si él necesitara saber que era real. Que su hija estaba bien y había vuelto.

—Cariño... ¿por qué lo hiciste? —le preguntó—. ¿Por qué te fuiste?

—Yo... lo siento muchísimo. Tenía miedo y lo sigo teniendo. Él intentó matarme dos veces. Si me hubiera quedado, lo habría hecho. Y no podía presentarme al juicio...no podía. No podía verle. No podía... no podía... — Repitió y sus padres volvieron a abrazarla.

—¿Dónde has estado?

—En una ciudad de Inglaterra. —No quiso decir el nombre. Tenía tanto miedo que no pudo evitar pensar que igual había micrófonos o cámaras ocultas allí vigilándola por si volvía. Era una locura, pero su cabeza no podía imaginar otra cosa—. He estado bien, os lo prometo. He conocido a gente maravillosa que me han cuidado. Me daba mucho miedo ponerme en contacto con vosotros. No quería que nadie me localizara. Quería sentirme segura. A salvo. —Bajó la mirada—. Solo espero que un día podáis perdonarme.

—Ya lo estás —dijo su madre retirándole un mechón de pelo tras la oreja—. Pero necesito que me prometas que no volverás a hacerlo. Que no volverás a irte sin antes decírnoslo. No sabes lo preocupados que hemos estado estos meses... pensando en lo peor... creyendo que tú también... — No pudo seguir.

—Os lo prometo. —Miró la caja que había apoyado en el suelo al abrazar a su madre y la cogió para tendérsela—. Aquí hay fotos y cartas de la que ha sido mi vida en estos diez meses, pero antes de que la abráis, debéis saber algo.

La familia se puso en pie y los temblores volvieron a ella. Aquella parte

era la más difícil, pues no sabía cómo se lo tomarían, así que para ayudarse y tener valor, sacó de su bolso una pequeña cajita para dársela. Marta e Iván se quedaron mirándola y esta primera quitó la tapa para ver el chupete que había en su interior.

—¿Qué significa esto? —preguntó su madre y clavó su mirada en su vientre. Se lo vio abultado bajo aquella camiseta de tirantes holgada que llevaba—. Dios mío... ¿estás embarazada?

Iván la miró preocupado y confundido. No sabía qué decir a su hija en aquellos momentos. La iban a apoyar, de eso no tenía la menor duda, pero debía responder a muchísimas preguntas.

—No mamá, no lo estoy. Ya no.

—¿Cómo que ya no?

—La historia es... muy larga —suspiró—. Abajo hay dos personas muy importantes para mí que quieren conoceros. —Empezó a jugar con sus manos—. Son mi hija y mi novio, el padre de vuestra nieta.

—Cariño... —habló Marta—. Yo... estoy muy confundida.

—Lo sé. Yo también lo estuve. En las cartas que hay dentro de la caja os cuento todo lo que me pasó. Pero aun así, os relataré la historia de estos diez meses. Lo merecéis.

Ambos asintieron y le pidieron a su hija que le dijera a su novio que subiera. Ella asintió y bajó para reunirse con Zach. Quería contarle lo que había sucedido e ir preparando el terreno. Él se alegró al saber que de momento todo iba bien, pero que ahora venía lo más difícil. Contarles la historia que había vivido aquellos meses. Sería Aria la encargada de relatarla, pero quería que él estuviera junto a ella.

Subieron de nuevo por el ascensor y cuando alcanzaron el quinto piso, Aria cogió en brazos a Lara. Estaba dormida, pero debía despertarse, pues le tocaba una nueva toma. Aria salió y vio que sus padres estaban aún en el rellano. Ella suspiró y se acercó con su pequeña. Le retiró la mantita de la cara para que sus padres la vieran.

—Papá, mamá, os presento a Lara... vuestra nieta.

Al escuchar aquel nombre, sus padres la miraron y su madre volvió a echarse a llorar mientras cogía a aquella preciosa niña. Lara movió sus

bracitos y emitió dulces soniditos con el chupete que hizo que Marta sonriera.

Zach se había quedado aguardando el carrito en un segundo plano.

—Cariño... es preciosa. —Se secó las lágrimas—. Hola, Lara. —Posó su índice en la palma de su nieta para que le aprisionara el dedo.

—¿Papá? —le llamó Aria al verle embobado mirando a su bebé.

—Es muy bonita, Aria. Tiene nuestra naricita.

Ella soltó una leve carcajada y asintió antes de acercarse a Zach para entrelazar sus dedos con los de él. Era su turno. Dejaron la silla atrás y ellos dos se acercaron.

—Mamá, papá, os presento a mi novio, Zach Lowell. No habla español, así que haré de traductora.

—Encantada. —Se acercó Marta para darle dos besos—. Cariño, dile que lo de los dos besos es una tradición de aquí.

—Tranquila lo sabe. —Rio.

—Es un placer, muchacho. —Le estrechó Iván la mano—. Espero que hayas cuidado bien de mi hija y de mi nieta —le dijo serio y con una mirada de advertencia. Desde lo de Lara... no se fiaba de nadie que se acercara a Aria.

—Lo ha hecho, papá. Él ha sido un gran apoyo para mí. —Le miró enamorada mientras traducía las palabras de su padre.

—Dile que siempre lo haré y que mis intenciones contigo son buenas y todo eso.

Aria rio y lo tradujo. Marta sonrió sin dejar de mecer a su nieta. No podía creerse que su pequeña hubiera tenido una hija. Tenía miles de preguntas en su cabeza, pero sabía que lo mejor era no bombardearla con ellas. Había vuelto y era lo importante.

Entraron en la casa y mientras Aria le daba el pecho a Lara, su madre comenzó a hacer café. Se reunieron en salón y ella comenzó a relatar su historia desde el principio. Desde el día que se fugó hasta aquel momento. Les habló de todos. De Zach, de Neida, de Logan, de sus suegros, de todos. Y sus padres sonreían al ver que aquellas personas habían cuidado de su hija. Pero también sintieron una punzada en el pecho al ver lo mal que lo pasó los primeros meses con el embarazo. Cuando Marta supo que estuvo a punto de

abortar, se llevó las manos a la boca y miró a aquella niña. Daba gracias por que su hija hubiera cambiado de opinión. Al finalizar la historia, tanto Marta como Iván le dieron las gracias a Zach. Desde la muerte de su hija, temían a cualquier hombre que se acercara a Aria. Incluso en ese tiempo pensaron que podría estar muerta, pero no pusieron ninguna denuncia, pues su hija era mayor de edad y había dejado aquella horrible y devastadora nota avisando de que se había ido voluntariamente.

Zach cogió a Lara para que echara los gases mientras su novia seguía conversando con sus padres. Él no entendía nada de lo que decían.

—El motivo de que haya vuelto, aparte de pedirnos perdón, de darnos explicaciones y decirnos que todo será diferente, es... quiero retomar mis estudios.

—Por supuesto, cielo. No lo dudes —respondió Iván.

—En... Leicester. —Nombró la ciudad en voz baja—. El lugar donde he estado. —Vio como sus padres se quedaban en silencio—. Lara debe estar con sus dos padres. Y allí vivimos todos juntos. Quiero vivir allí, pero os llamaré cada día y nada será como estos meses. Vendré a visitaros, y vosotros podréis venir y...

—Te entendemos, cariño —dijo Marta—. Sabíamos que llegaría el día que nuestras hi... —Calló al pensar en su hija Lara—, que abandonases el nido, pero jamás imaginamos que tan lejos.

—No me gusta esa idea —habló Iván—. Pero tu madre tiene razón. Yo también tengo miedo de que estés aquí. Ese hijo de puta sigue suelto y sigue viviendo aquí. Le he visto caminar por las calles. Y por desgracia, me lo encuentro mucho. Es como si estuviera vigilando los lugares que... Lara frecuentaba. —Tragó saliva conteniendo su ira al pensar en ese despreciable ser—. Y no puedo verle... lo único en lo que pienso es en matarle. Y sé que si te ve... Dios. —Se tapó la cara—. No quiero que salgas sola de casa, ¿entendido?

—Sí, papá. No lo haré.

—Bien. Quiero que estés a salvo y feliz. Y has encontrado tu hogar. Sabes que no te faltará de nada. A ninguno de los tres. Mañana empezaremos con el papeleo del cambio de estudios y miraremos todo lo necesario para

contribuir con el alquiler donde vivís.

—Zach empieza en septiembre a trabajar y yo buscaré algo temporal. No queremos que los abuelos os ocupéis de todo.

—No te preocupes por el dinero —le dijo su padre—. Solo quiero que seas feliz, que ahora te concentres en tus estudios y en tu hija y sobretodo, que vivas. Por ti y por tu hermana.

Aria asintió y se lanzó a los brazos de su padre mientras le daba las gracias. Por entenderlo y por ser cómo era. Ella llevaba meses pensando en aquella posibilidad y que sus padres la apoyaran, era lo mejor que le podía suceder. Les dio su nuevo número de teléfono y tras cambiarle el pañal, Zach dejó a su hija en el cochecito para que durmiera.

—Mamá, ¿está la habitación de invitados preparada?

—Sí. Pero si necesitáis algo, decídmelo.

Aria asintió y llevó el cochecito a aquel cuarto donde había una cama de matrimonio. No había entrado en el suyo. En el que compartía con Lara.

Aquel día lo dedicaron a hablar. A pesar de haberles relatado la historia, aún tenían preguntas. Había sido un día de muchas emociones, por lo que tras acabar de cenar, el hogar de los Rivera se quedó en silencio.

Iván había bajado del trastero uno de los moisés que guardaban allí de cuando sus hijas eran bebés para su nieta. Dormiría más cómoda que en el cochecito. Zach al verlo, le dio las gracias en español y su suegro sonrió al escuchar aquel acento. Prepararon aquella pequeña cuna y tumbaron a Lara que comenzó a llorar al notar que su padre la soltaba de sus brazos. Le pusieron el chupete y movieron el moisés hasta que se calmó.

Abrieron la cama y Zach fue el primero en tumbarse tras desnudarse a excepción de los bóxers. Cuando Aria se puso su pijama, se tumbó a su lado y se acurrucó contra él buscando esa protección que solo sentía a su lado.

—No me sueltes... —le susurró.

—Nunca.

Capítulo 36

Eran las seis de la mañana cuando Aria dejó a Lara de nuevo en el moisés. Aquella noche la había pasado intranquila y se había despertado más veces de las que lo solía hacer. Ella pensó que podría ser por el cambio de lugar, pero no lo sabía con certeza pues su hija todavía no hablaba. Puede que solo fueran los cólicos que solía tener.

En su último despertar, Zach no se había enterado. Estaba tan cansado que estaba sumido en un sueño profundo. Pero ella ya no iba a poder dormir más, por lo que cogió la manta de los abrazos y se la echó por los hombros. Salió del cuarto sin hacer ruido y anduvo por las estancias de aquella pequeña casa. Estaba todo oscuro y como se imaginaba, era la primera en despertarse. Quiso acercarse al pequeño balcón para salir y respirar la brisa marina que solía llegar, pero no se atrevió. No quería que la vieran. Que él la viera. Puede que su cabeza hubiera creado aquellas paranoias y se sentía avergonzada por ello, pero no quería arriesgarse. Quería sentirse a salvo. Segura.

Caminó por el pasillo y se detuvo frente a una puerta blanca cerrada con tres letras en ella. Una L rosa con topes blancos y una A blanca con topes negros y en medio de ellas, el signo & de color azul. Posó una mano en el pomo y abrió sin hacer ruido. La última vez que estuvo en aquel cuarto fue el día del funeral. La noche en la que su vida cambió.

Aria ciñó más la manta a su cuerpo y entró en el cuarto quedándose parada en medio. Dio una vuelta completa contemplando cada rincón de esa habitación. Llena de recuerdos, de anécdotas. Le dolía mirar cada centímetro de aquellas paredes. La esencia de Lara se veía en cada rincón. Era como si en cualquier momento fuera a aparecer por la puerta. Pero no lo haría.

Aria suspiró y bajó la mirada mientras se sentaba en el filo de aquella infantil cama. La seguía echando muchísimo de menos.

—Hey, ¿qué haces despierta? —Escuchó la voz de su madre.

Aria alzó la mirada y la vio vestida con un pijama de verano. Estaba

apoyada en el quicio de la puerta y parecía que no quería entrar allí. Puede que no lo hubiera hecho desde que ella decidió huir como una vulgar cobarde. Pero finalmente, su madre entró y se sentó a su lado.

—Lara se acaba de volver a quedar dormida. —Se pasó una mano por el pelo para apartárselo de la cara hacia atrás—. Espero que no os haya molestado mucho. Ha pasado mala noche.

—No lo ha hecho, cariño. Es muy pequeñita todavía y necesita muchas atenciones. Y ahora estáis aquí. Sabes que tu padre y yo os ayudaremos en todo —declaró pasando una mano por la espalda de su hija para atraerla hacia ella.

—Zach y yo estamos agotados. —Sonrió—. Pero a pesar de no dormir, de que no tenemos apenas tiempo para nosotros y de que nuestra vida ha cambiado radicalmente, no cambiaríamos una sonrisa de Lara por nada. Pasaría de nuevo por todo lo que pasé allá si el resultado es ella.

Su madre sonrió al escucharla. Su hija parecía feliz al lado de aquel chico. Y a pesar de que ella no había hablado demasiado con él, ya que ni Zach sabía español ni ella inglés, solo con ver cómo cuidaba de la pequeña Lara le hacía ver que era un buen hombre para Aria. Desde lo que le sucedió a su hija, temían por ella. Por si corría la misma mala suerte que su hermana. Aria había aprendido en ese tiempo que no todas las personas son iguales y tanto su marido como ella, debían hacer lo mismo.

—Me gusta Zach —confesó Marta—. Y a tu padre también, aunque no lo diga en voz alta. Ya sabes cómo es con el tema de los chicos. —Aria rio—. Me alegro mucho de que os hayáis encontrado. —Besó la sien de su hija.

—Y yo. ¿Sabes? Tras nuestro primer... encuentro, no volvimos a vernos en cinco meses. Bueno, un día sí que nos vimos. Ahí ya sabía que estaba embarazada, pero fui incapaz de decírselo. Cuando me pilló, lo primero que le dije fue que sí, que el bebé era suyo y que no quería una relación. Me asustaba que me sucediera lo que a Lara, aunque supiera que Zach no era como él. Solo tienes que verle trabajando, mamá. Lo da todo y más por los niños a los que trata. —El día anterior ya habían hablado de la profesión de Zach y que se había graduado entre los mejores de la clase—. Quiere que sean felices en el centro de acogida. Simplemente es increíble. —Sonrió

enamorada.

A Marta le encantaba ver a Aria así. Le gustaba el chico del que su hija se había enamorado y adoraba a la pequeña que ambos habían creado.

—Eres feliz —afirmó su madre.

—Sí. Me ha costado mucho salir —confesó—. Allí tuve muchas caídas, pero Neida me ayudó con ellas. Es una gran amiga y la madrina de Lara. Dios, mamá, no te haces una idea de todas las cosas que le ha comprado. Voy a tener que dejar solo una habitación para sus regalitos.

Ambas rieron, pero se tuvieron que tapar la boca para no despertar a los que continuaban durmiendo. Madre e hija se quedaron en silencio mirando cada rincón de aquel cuarto. Aria suspiró.

—Es como si estuviera aquí. Los cojines. —Señaló los que usaban para sentarse en el suelo cuando veían la televisión. Uno negro y otro rosa—, el horario de los dibujos, mis balones de fútbol, los vestidos de princesa de Lara... —Su madre no pudo decir nada. Solo asentir con la cabeza mientras miraba lo que nombraba su hija.

Aria se separó un poco de su madre y se tumbó colocando la cabeza en su regazo. Como siempre hacía de niña cada vez que necesitaba de su cariño. Marta comenzó a acariciarle el pelo y notó como poco a poco su hija se quedaba dormida. Le iría bien descansar.

—Me alegro de estar aquí —dijo a su madre—. Ahora todo será diferente. Se acabó el sufrimiento.

Marta se inclinó para besar su cabello y Aria cayó en un sueño profundo. Su madre la acomodó como pudo en aquella pequeña cama y la arropó mejor con aquella manta que llevaba y que ella conocía muy bien. Cuando a la mañana siguiente del funeral leyeron aquella nota en la que su hija confesaba que se había marchado por miedo, su marido y ella quedaron destrozados. Inspeccionaron la habitación y vieron que faltaba parte de su ropa, pero sobretodo, aquella manta. Habían sido unos meses muy duros sin sus hijas. Ahora que todo empezaba a cambiar, esperaba que nada ni nadie lo estropeará.

Aria se despertó tres horas después en su antiguo cuarto y tapada con la manta de los abrazos. No se había dado cuenta de cuándo se había quedado

dormida y por un momento, pensó que seguía soñando. Se le hacía raro despertarse ahí. Miró el reloj que había en la mesilla y vio que eran las nueve. A Lara le tocaba otra toma. Se pasaba más tiempo con el pecho fuera que dentro. Pero no la oía llorar. Era extraño, pues era una glotona y cuando le tocaba comer, se ponía histérica hasta que empezaba a mamar.

Se levantó y no se molestó en peinarse ni en lavarse la cara. Fue a la cocina donde se oían unas voces y vio a Zach con Lara en brazos mientras su madre y él intentaban mantener una conversación. Su padre ya se habría ido a trabajar. Lara se revolvió en los brazos de Zach y comenzó a llorar. La pequeña tenía hambre. Aria hizo acto de presencia y dio los buenos días antes de coger a Lara para sentarse en la silla. Se desabrochó la camiseta del pijama y colocó a su bebé en posición para que empezara a comer. Succionaba con fuerza y tragaba con rapidez. Estaba hambrienta y Aria sabía que si seguía bebiendo así, o se atragantaría o después tendría hipo. O las dos.

—Hoy me gustaría ir al cementerio —le dijo a su madre mientras esta le servía una taza de leche con cacao—. Quiero que se conozcan. —Miró a su hija.

—Tengo que hacer unos recados, pero coge el coche y ve con Zach. No quiero que salgas sola a la calle.

Aria asintió y le dijo a Zach lo mismo en inglés a lo que él asintió. Cuando Marta se retiró para vestirse y salir a hacer sus recados, Zach cogió a Lara para que echara los gases. Tal y como imaginaba Aria, ahora la niña tenía hipo. Sonrió al ver como se rascaba la nariz con su pequeña manita y apoyaba la cabeza en el hombro de su padre.

—¿Estás mejor? —le preguntó Zach.

—Sí. Ayer fue un día... intenso. —Dio un sorbo a su desayuno—. Gracias por acompañarme.

—No tienes que darlas. Estamos juntos para lo bueno y lo malo. —Se acercó para darle su beso de buenos días. Con sus padres ambos eran discretos, por respeto a ellos.

—¿Te apetece que después de comer vayamos a la playa? —le preguntó—. Echo de menos el calor y bañarme en el mar. No hace demasiado calor en verano en Leicester.

—Depende que días.

—Eso sí, pero en España, hay días que te mueres de calor. Y eso que estamos en el norte. —Se levantó para fregar la taza—, voy a vestirme.

Se agachó para alcanzar sus labios y rio sobre su boca al notar que Zach se negaba a separar sus labios de los de ella. Le encantaba cuando se ponía juguetón. Aria atrapó su labio inferior entre sus dientes y tiró de él antes de darle un último pico. Besó la cabecita pelona de su hija y fue a su cuarto para vestirse. Se puso un vestido veraniego azul marino de tirantes con un estampado floreado. Se calzó unas sandalias planas beige y cogió el bolso del mismo color de flecos. Tras vestir a Lara, bajaron al garaje donde sus padres tenían aparcado el coche. La que más lo usaba era su madre para ir a trabajar al laboratorio. El día anterior le dijo que había cogido la baja puesto que no estaba bien para trabajar, pero que tras su vuelta, iría a su psicóloga para pedirle el alta.

Guardaron el cochecito en el maletero, pero cogieron el capazo para que Lara viajara en él. Esta vez lo tocó a Zach ir en el asiento trasero, puesto que ella tenía que conducir. Antes de ir al cementerio, Aria paró en una floristería para comprar un pequeño ramo. Diez minutos después, caminaban por aquel campo santo.

A pesar de no haber estado allí desde el funeral, Aria sabía perfectamente dónde se encontraba la tumba de su hermana. Una opresión se instaló en su pecho. Tenía muchas ganas de llorar porque a pesar del tiempo que había pasado, le dolía ver a su hermana a través de una lápida. Y ni siquiera eso. De ella solo quedaba su nombre inscrito y dos fechas. Su nacimiento y su muerte. Y su cuerpo... pero solo era eso. Un cuerpo. Se detuvo para coger aire y armarse de valor para continuar. Zach le dio la mano y le transmitió ánimo.

—No estás sola.

—Lo sé —asintió sintiendo escozor en la garganta por retener las lágrimas—. Vamos.

Zach era quien conducía el carrito. Lara estaba dormida y no se percataba de dónde estaban. Verla, calmaba a Aria. Debía ser fuerte por su hija. Giraron una esquina y ella vio a un hombre parado frente a la tumba de

su hermana. Su primer instinto fue dar un paso atrás, pero enseguida le reconoció. Pablo. Se le veía muy triste y mucho más delgado. No quedaba nada del hombre que amó de verdad a su hermana. Se estaba consumiendo en la pena. Miró sus manos. En ellas encerraba una rosa amarilla.

Aria pidió a Zach que se quedara apartado mientras ella iba a hablar con él. No estaba muy segura de hacerlo, puesto que ella y Lara eran dos gotas de agua. No quería que Pablo sufriera más. Él no se lo merecía. Mientras se acercaba miró aquella tumba. Estaba cubierta de rosas amarillas. La favorita de su hermana. Unas estaban frescas, incluso podía olerlas, pero en cambio, los pétalos de otras comenzaban a morir.

—Dios mío... —murmuró Pablo al verla. Había levantado la cabeza al escuchar unos pasos—. Aria.

—Hola.

—Has vuelto —susurró—. ¿Cuándo? Tus padres no me han dicho nada. Llevamos meses preocupados por ti.

—Lo siento. —Se colocó a su lado—. Volví ayer. Es una larga historia. —Miró al suelo.

Ahí estaba.

«Lara... mi hermana... lo siento. Siento no haber venido antes, pero tú ya sabes lo que ha pasado en estos meses. Gracias por cuidarme. Sé que desde dónde estés, lo has hecho. Te quiero»

Pablo y Aria se quedaron unos segundos callados hasta que unos infantiles gemidos les sacaron de sus pensamientos. Ambos se giraron y Aria vio a Zach meciendo el carrito mientras le susurraba palabras a su pequeña. Ella se acercó y la sacó del carrito, aunque le quitó la manta. Aquel día hacía calor. Volvió a reunirse con Pablo mientras Zach se quedaba atrás. Sabía que Aria quería estar a solas con ese chico y la niña. Mientras caminaban, le había dicho quién era.

Pablo miró a aquel bebé y sonrió tras meses sin hacerlo. Era una niña muy guapa, aunque no sabía quién era.

—Es mi hija —le dijo a Pablo—. Se llama Lara.

Al escuchar ese nombre, el MIR se puso a llorar. Ver a esa niña que se llamaba igual que su novia muerta le hacía tener sentimientos contradictorios.

Por una parte, felicidad. Sabía por qué Aria había elegido ese nombre. Y por otro, tristeza, pues su amada jamás conocería a su sobrina y si hubiera estado viva, esa pequeña no tendría ese nombre.

—Lo siento —se disculpó Pablo mientras sacaba un pañuelo de su vaquero—. No lo supero. No puedo decirle adiós. —Miró aquella rosa—. He venido aquí cada día desde el entierro con una rosa amarilla. Lara siempre decía que eran sus favoritas porque representaban la felicidad, el optimismo, la alegría, la calidez, la amistad... el amor. —Sollozó y Aria vio como dos lágrimas descendían por las mejillas del chico—. Recuerdo el día que me lo confesó. Ese día Rafa casi le fracturó la mano. Por suerte, se quedó en un esguince. Fue después de nuestro primer beso. Me abrazó. Me dijo que no la soltara, que no la dejara irse. Y no quise hacerlo... no quise, pero sabía que el muy idiota estaba en la sala de espera. Fui incapaz de salir de la consulta para verle la cara y partírsela. Lara no dejaba de llorar y le pregunté qué era lo que más le gustaba. Quería que pensara en otra cosa que en lo que estaba por llegarle. Me dijo que le encantaban las rosas amarillas. Me hablaba de ellas y vi en Lara una chica risueña y romántica. Él estaba acabando con esa esencia tan maravillosa. Le prometí que llegaría el día, en el que todo acabaría y para celebrarlo, le regalaría cada nuevo amanecer de nuestra vida una rosa amarilla. Y es lo que ahora estoy haciendo. Cumplir mi promesa, pero en mis sueños, en mi cabeza, todo era diferente.

Finalmente, Aria comenzó también a llorar en silencio. Escucharle hablar de su hermana, de cómo ambos se querían y cómo imaginaban un futuro juntos, era doloroso. Pablo dejó caer aquella rosa amarilla en la fría piedra y retiró las que ya estaban secas.

—Lara hubiera querido que fueras feliz —habló Aria—. No puedes estar toda la vida llorando su muerte, Pablo. —Le miró—. Siempre la querremos y la echaremos de menos, pero hay que decirle adiós para poder continuar. Decir adiós no significa olvidar. —Repitió las mismas palabras que Zach le dijo en su día—. Sal, ríe, baila, llora, salta, corre, canta, ¡enamórate! ¡Sé feliz! Lara lo habría querido.

—Nunca seré feliz sin ella. siempre la amaré y sé que jamás me volveré a enamorar. Con ella, mi corazón también murió. —Una nueva lágrima—.

Me alegro de que tú seas feliz. —Miró por encima de su hombro para ver a un chico con gafas de sol custodiando un carrito rosa—. Has encontrado tu lugar. No renuncies a él. —Se colocó el sus gafas—. Nos vemos, Aria.

—Vale. —Es lo único que pudo decir—. Pero tú también puedes encontrarlo.

Esta vez Pablo no le contestó. Le hizo un gesto en la cabeza a modo despedida y se fue de allí a paso ligero. Al verle marchar, Zach se acercó a Aria y le secó las lágrimas. Ella le resumió lo que habían hablado antes de agacharse con Lara en brazos para presentársela a su hermana. Aria comenzó a contar cosas sobre ellas. La podían tomar por loca, pero sabía que su hermana la estaba escuchando y que su hija reía por las anécdotas que le relataba de su tía. No sabía cuándo iba a volver, pero le prometió a su hermana que sería feliz en Leicester y le pidió, más bien le suplicó, que hiciera con Pablo lo mismo que con ella. Que le ayudara a encontrar su lugar. Su felicidad. Aquel chico no podía vivir como un muerto cuando tenía toda la vida por delante. Cogió el ramo de flores que había apoyado en el carrito de bebé y lo depositó sobre su tumba.

Salieron de allí y tras comer todos juntos, volvieron a salir para ir a la playa. Aria necesitaba desconectar y pasar un buen rato tras lo que había vivido aquella mañana. No estaba de humor, a decir verdad, pero finalmente su madre la convenció para que saliera. Al fin y al cabo, en unos días volvería a irse. Desde España, ellos se encargarían de su matrícula en su nueva universidad. Además Lara tenía que ir a la enfermera para ponerle sus primeras vacunas. Debía aprovechar el máximo tiempo posible su estancia en su tierra.

—¡Qué calor! —exclamó Zach empujando la silla por la arena—. Y me quejo de la lluvia y las nubes de Leicester. ¡No volveré a hacerlo!

—Pues yo echaba mucho de menos el sol y el calor. ¿No es fantástico? —Le sonrió mientras extendía su toalla.

Pisar aquella arena y oler el mar le había devuelto la sonrisa. Se quitó el vestido playero que llevaba para quedar vestida con aquel bikini verde pistacho y se sentó en la toalla. Todavía su vientre tenía signos del embarazo, pero a ella no le importaba. A quien no le gustara, que no mirara.

Zach dejó a Lara en brazos de Aria y esta le colocó un gracioso gorro para el sol antes de echarle bien de crema. Estaba embadurnada, pero a ella no le parecía suficiente. ¿Y si se quemaba? Vale que hubieran llevado la sombrilla de sus padres, pero hasta en la sombra el sol podría quemarla. Tenía la piel muy sensible. Volvería a echarle crema en unos minutos. Cuando Zach colocó la sombrilla, recuperó a su pequeña y se sentó con ella encima. Él no aguantaba ese calor.

Tras acomodarse, Aria se tumbó y comenzó a tomar el sol. Estaban en agosto y ella seguía con su blanco nuclear. Esperaba coger algo de moreno, aunque lo dudaba. Su piel no estaba hecha para broncearse. Abrió los ojos al escuchar la risa de su hija y giró el rostro para ver como Zach le hacía pederretas. A la niña le encantaban. Se colocó la mano en la frente a modo visera y vio como unas chicas de más o menos su edad devoraban a Zach.

—Esas chicas te van a desgastar con la mirada —le dijo divertida.

Para nada estaba celosa. Podían mirar, pero ella sabía que Zach era suyo y también que él la quería más que a nada. Habían pasado por mucho juntos y se compenetraban a la perfección. Probablemente habría cubierto su cupo de celos de por vida con Susan. La chica no era mala, pero no soportaba que Zach saliera con ella.

Al escucharla, Zach miró disimuladamente, aunque al girarse, las chicas se sonrojaron y apartaron la mirada.

—¿Celosa?

—La verdad es que no. —Rio—. Las entiendo. Chico guapo, con cuerpo escultural, en bañador y un bebé en brazos... es nuestra debilidad.

—¿Ah sí? —dijo divertido—. ¿Y yo cariño, lo soy para ti?

Aria arrugó la nariz mientras sonreía y emitía una leve carcajada. Se incorporó y se acercó a él hasta que sus labios quedaron a escasos centímetros. Sus alientos chocaron y Aria le retiró las gafas para perderse en esa mirada que le llamó la atención desde el día en el que se conocieron. Tan intensa y profunda. Se derretía cuando la miraba.

—Totalmente —declaró en un susurro antes de besarle con pasión. Le dio igual que estuvieran en un lugar público. Le amaba y no tenía por qué ocultarlo.

Lara comenzó a balbucear pidiendo atenciones y ambos separaron sus bocas riendo para mirar a su pequeña. Aria la cogió y la elevó por encima de su cabeza para que riera antes de dejarla a su altura y besarle su pequeña naricita. ¡Se la comía!

Pero lo que ninguno sabía, era que dos ojos llenos de rabia, ira y celos les miraban con atención y con un objetivo muy claro en su cabeza. Lo dejó claro meses atrás, pero esa puta se empeñaba en volver y hacerle daño. Si Lara no era suya, no sería de nadie. Y haría todo lo que estuviera en su mano para recuperarla. Y cuando lo hiciera, esa desagradecida aprendería a no volver a abandonarle.

Capítulo 37

«Lara... mi Lara... ¡puta!»

La rabia se estaba apoderando de Rafa. Su vena del cuello latía con fuerza a punto de explotarle. Estaba allí. Su Lara estaba allí besándose con otro tío que no era él y con una niña de ambos. Le había engañado. Esa puta zorra le había abandonado y se había abierto de piernas para el primer tío que se había encontrado.

Llevaba diez meses buscándola. Pero esa puta se escondía muy bien. Cada día vigilaba su piso, la casa de sus padres, la playa, la universidad y esa zorra no daba la cara. Le había abandonado. Se había ido con otro. Lo sabía. Sabía que acabaría dejándole. No era más que una zorra. Como todas.

Rafa apretó los puños mientras seguía vigilándoles. Se besaban. Se tocaban. No podía soportarlo. ¡¡Lara era suya!! Tendría que haberle pegado más fuerte. Tendría que haberle enseñado mejor quien era el que mandaba. Quien era el que llevaba los pantalones en aquella relación. ¡Él la amaba! Sí... la amaba y como lo hacía, no iba a permitir que otro la tocara. Como estaba haciendo ese tío. Era su Lara. Solo suya. Primero le mataría a él. Para que Lara le viera morir. Le partiría el cuello y la obligaría a mirar. Después a aquel bebé. No quería ningún bastardo. Y por último le daría una lección a ella.

En ese tiempo no había amado a nadie. Sí había follado con otras, pero no amado. Las otras chicas solo querían que se la metiera. Que las dominara. Pero su Lara... su Lara era distinta. A su Lara la amaba y quería pasar con ella el resto de su vida.

Pero ella era una puta desagradecida. Salía con sus amigas a zorrear. No quería quedar con él, vestía como una auténtica puta y todo el mundo la miraba. Sí... a su novia le gustaba que la miraran. Le gustaba que otros la sometieran. Le desobedecía. No debería salir sin él a la calle. Por eso la pegaba. Sí... debía aprender. Y aquella iba a ser la última lección, pues sabía que tras ver cómo ese tío y esa niña se pudrían bajo tierra, no volvería a

desobedecer. Y Lara iba a mirar cómo les mataba. Lentamente. La quería oír gritar. De dolor. De frustración. De odio. Lo hacía por amor. No... no iba a permitir que fuera feliz con ese otro hombre.

Él no quería hacerlo, pero no se daba cuenta de que ella le obligaba a ser así. Él era buena persona. Lo era. De verdad que lo era. Si hacía aquello, era por amor. En el amor todo está permitido.

La vio levantarse. Aquel bikini dejaba a la vista parte de la piel de su pubis perfectamente depilado. Todos la miraban. Todos querían follársela. Y ella lo sabía... por eso se vestía así. Para provocarles. Para que sus pollas se pusieran duras.

«Puta, puta, puta».

Quería gritar, quería romper cosas, quería ir hacia ella y enseñarle quién mandaba, pero no lo haría. Al menos de momento. La había encontrado tras diez meses buscándola. Vigilando los lugares que frecuentaba. Ahora solo tenía que seguirla y esperar. Sí, solo tenía que esperar el momento. Esa puta iba a pagar todo lo que le había hecho. Y después... después serían felices ellos dos solos. Sí... era un buen plan.

Capítulo 38

Tras el episodio del día anterior en el cementerio, Aria parecía estar algo más calmada. Aquella mañana, su padre le había aconsejado llevar a Zach a ver un poco la ciudad a lo que ella asintió. Le gustaba saber que su padre aceptaba a Zach. Eso le hacía feliz y todo mucho más fácil. Si no lo hubiera hecho, su plan de irse a vivir a Leicester para continuar sus estudios y vivir con su novio y su hija, sería mucho más complicado. Aunque lo hubiera acabado haciendo, necesitaba del apoyo de sus padres. Sobretudo el moral.

Iván le dio un beso en la frente a su hija y se despidió de todos hasta la hora de comer. Llegaba tarde para empezar su turno como conductor de autobús, a lo que Aria le dijo que los autobuses de allí nunca son puntuales, por lo que iba bien de tiempo. Su padre sonrió y salió por la puerta. Estaba feliz de que su hija hubiera vuelto. Tanto su mujer como él habían pasado esos diez meses aguardando una llamada, una carta, una señal, algo que les indicara que su hija estaba bien con la esperanza de volverla a ver.

Tras terminar de desayunar, Aria, Zach, Lara y Marta fueron con el coche hasta el Palacio de la Magdalena. Mientras caminaban por aquel precioso lugar, Aria le explicó a su novio la historia de aquel palacio y que además, fue escenario para rodar una serie española que a ella le encantó. Bromeó diciendo que, a pesar de ser una chica a la que le gustaban más los videojuegos o jugar al fútbol, también era una romántica emprendida. ¡No podía negarlo!

Se vio obligada a decir aquello en español a su madre al ver que Zach reía. A él le encantaba verla así. Feliz. Segura caminando por su tierra. No había rastro de miedo en su rostro. Empezaba a superarlo. Aunque aún le asustara salir sola. Sabía que Aria se sentía cobarde y avergonzada por aquello, pero no se daba cuenta del gran paso que había dado. Muchas personas tardan años en hacer lo que ella. También ayudaba que el maltrato que sufrió fuera puntual, pero él no le quitaba mérito.

Dieron un paseo corto por otros lugares de Santander, puesto que Lara

comenzó a inquietarse. Le tocaba comer. Otra vez. Lo que Aria no entendía era cómo podía engordar tan poco con lo glotona que era. Sabía que la leche materna no engordaba tanto como la leche en polvo, pero ella, como madre primeriza que era, se asustaba por todo. Cuando fueran a la enfermera a ponerles las vacunas, se lo preguntaría.

Pobrecita su pequeña... le iban a pinchar y sabía que le iba a doler. Solo con recordar cómo lloró en el momento de colocarle los pendientes, ya se ponía mala. No sabía quién lloró más aquel día. Si Lara o ella. No podía ver a su pequeña pasarlo mal.

Como siempre, cada vez que la niña terminaba de comer, Zach se encargaba del resto hasta que se volviera a dormir. Lo bueno del moisés que sus padres le habían prestado, era que se podía mover con facilidad por la casa. Durante el día, lo ponían en el salón y a la noche lo llevaban a su cuarto.

Mientras le tocaba al nuevo papi hacerse cargo de su bebé, Aria aprovechó para ir a ducharse. Estaba sudada tras aquel paseo. Salió vestida con el pijama y el pelo húmedo para que se le secase al aire.

—Cariño, te voy a secuestrar a Zach. —Cogió Marta el brazo de su yerno—. Voy a hacer ahora la compra y necesito a alguien fuerte que me ayude. Y madre mía, los brazos que tiene este chico. ¡Menos mal que no me entiende lo que digo! —Soltó una pequeña carcajada.

Aria negó con la cabeza mientras sonreía y miró a Zach para hablarle en inglés.

—Mi madre quiere que la acompañes a hacer la compra para ayudarla con las bolsas, aunque es una excusa. Lo que de verdad quiere es presumir de yerno con las vecinas y amigas. ¡Menos mal que mi madre no entiende lo que estoy diciendo! —repitió sus mismas palabras.

—Sin problema —dijo Zach en español haciéndolas reír. En esos días se estaba quedando con alguna que otra palabra, pero sobre todo, los tacos, su padre se los estaba enseñando. Ninguno de los dos tenía remedio.

—¿¿Qué le has dicho?! —le preguntó su madre al ver como el novio de su hija reía.

—Nada. —Se hizo la inocente.

Su madre no la creyó, pero no se quedó a esperar a que su hija se sincerara. La conocía, pues la había parido, por lo que fue a por dinero y ella y Zach salieron. Aria volvió a reír al ver cómo su madre hablaba a su chico cómo podía en inglés y con el Google Traductor en la mano. En esos días, su madre en ocasiones escribía allí la frase que le quería decir y le enseñaba el móvil a Zach para que lo leyera. Aunque muchas veces, aquel método no servía de mucho, puesto que el Google Traductor no disponía de demasiada calidad.

Cuando se quedó sola, fue al moisés para ver si Lara dormía y así era. Estaba tumbada de lado con el chupete en la boca. Siempre se quedaba embobada mirándola dormir. Bueno, mirándola en general. Y pensar que había estado a punto de abortar. Emitió un suspiro entrecortado al pensar en ello. Menos mal que cambió de idea. Que entró en razón. Ya no se imaginaba su vida sin ella.

Sus tripas rugieron. Estaba hambrienta. Normal tras el paseo que habían dado. Le apetecía chocolate. Sí. Aún tenía antojos, pero quería recuperar su figura y de momento poco ejercicio podía hacer. Aunque algunas tardes, Logan y ella habían ido a Victoria Park para echar un partido de fútbol. O bueno, algo parecido, puesto que allí no había porterías. Neida hacía de animadora mientras cuidaba de su ahijada. A veces Zach se unía, pero lo hacía al equipo de su hermano y los dos eran unos tramposos, puesto que ella era muy hábil con el balón y como no conseguían quitárselo, la cogían en brazos y se la echaban al hombro. ¡No sabían perder!

Abrió la nevera y sacó el melón que tenía su madre. Le encantaba. Dulce y fresquito. Partió una rodaja y con ella y el cuchillo, fue al salón a ver la tele y a vigilar si su pequeña necesitaba algo. Cortó en cuadrados aquella rodaja y apoyó el cuchillo en la mesa auxiliar de madera que tenía en frente. Quitó uno de los cuadraditos y lo devoró. Le encantaba sentir el agua de aquella fruta invadir su boca. Era lo mejor. Melón en verano.

Los sábados por la mañana no solía haber nada interesante en la televisión, por lo que puso Ahora Caigo. Eran programas repetidos, pero hacía tiempo que no veía a Arturo Valls hacer de las suyas. Se lo pasaba bomba con aquel hombre.

Estaba concentrada intentando averiguar una de las preguntas cuando el timbre sonó. Supuso que sería su madre y Zach cargados con bolsas. Su madre se negaba a sacar las llaves si había alguien en casa, así que se levantó para abrir. Se quedó bloqueada. Pero aquel estado no duró mucho, puesto que Rafa le dio una bofetada que la tiró al suelo.

Rafa llevaba siguiéndola toda la mañana. No había abandonado en toda la noche la vigilancia en la puerta de la casa de sus padres. Solo tuvo que esperar. El primero en marcharse fue su padre y más tarde salieron los demás. Maldijo por verla con él y ese bebé bastardo. Ni su madre ni aquel tío la dejaron sola ni un segundo. Pero tras regresar a su casa, vio como volvían a salir. Menos Lara. Su Lara... Había llegado el momento.

Iba a hablar con ella. Lo iba a hacer, pero al verla allí con aquel pijama corto, recordó lo que vio el día anterior. Su novia besando a otro tío. Y él la tocaba. Su rabia se apoderó de él, por ello le dio aquella bofetada. Pero estaba muy enfadado. No tenía suficiente.

Aria comenzó a gritar. En Leicester nunca miraba al abrir la puerta y aquella mala costumbre le había hecho ponerse en peligro. A ella y a su hija. ¿Qué había hecho? Quiso huir, pero no podía. No podía dejar a su hija sola. Lo mejor era que Rafa se concentrara en ella.

—Lara... mi Lara... —Le oyó decir mientras se arrastraba por el suelo y pedía ayuda. Su móvil estaba en su bolso... no iba a poder cogerlo a tiempo.

—¡¡No soy Lara!! ¡¡Soy Aria!! —le gritó, pero de nada sirvió.

Rafa la cogió del cuello y la levantó del suelo. Le golpeó la cabeza contra la pared varias veces y Aria comenzó a sentir un leve mareo debido a los golpes y cómo un hilillo de sangre recorría la mitad de su rostro.

—Me abandonaste, Lara... te fuiste... llevo meses esperándote —susurró cerca de su boca.

Aria sintió náuseas. No dejaba de llamarla Lara. ¡Estaba loco! Él solo veía a Lara, era como... como si ella no existiera. Estaba obsesionado con su difunta gemela. Aria comenzó a llorar y elevó el cuello buscando liberarse de su aprisionamiento. Necesitaba aire. Comenzó a ahogarse.

Al percatarse de aquello, Rafa la tiró al otro lado del salón. Aria chocó contra la librería haciendo que unos libros cayeran. Y ella también. Quiso

gritar, quiso pedir ayuda, pero su cuerpo todavía estaba recuperando oxígeno.

—Ayuda —pidió con voz ahogada, ni siquiera ella se oyó.

Rafa tenía los ojos inyectados en sangre. Comenzó a acercarse a ella, pero de pronto se detuvo. Ambos giraron la cabeza hacia el moisés. Lara lloraba. Asustada, Aria miró a aquel asesino. A aquel maltratador. No apartaba la vista de ella. De su hija. Pero lo que en realidad él estaba mirando era el trozo de manta rosa que sobresalía. Donde se encontraba bordado el nombre de la niña.

—Lara... —susurró Rafa y comenzó a andar hacia ella.

—¡¡No!!

Aria no sabía de dónde había sacado aquellas fuerzas, pero no iba a permitir que le hiciera daño a su hija. Entregaría su vida si fuera necesario por Lara. Le daba igual lo que le hiciera a ella, pero no iba a consentir que le pusiera un solo dedo encima a su pequeña. Cogió el pie de Rafa consiguiendo que se desequilibrara y cayera al suelo a apenas unos centímetros del moisés. Aria vio como estiraba el brazo para alcanzarlo, pero ella se lo impidió colocándose a su espalda para inmovilizarle. Sin mucho éxito, puesto que él era mucho más fuerte que ella.

Rafa giró dejándole a ella aprisionada bajo su cuerpo mientras el bebé seguía llorando.

—Yo te amo, Lara. —Posó una mano en su barbilla presionando con sus dedos la piel de su rostro—. Pero eres mala. Una puta. ¡Una desagradecida! —gritó—. Es culpa tuya que me comporte así.

Abandonó la mano de su rostro y le cogió del pelo para levantarla y que viera su reflejo en el cristal de uno de los muebles del salón.

Aria estaba muy asustada. Sentía que le quedaban minutos de vida. Lloraba. Las lágrimas se deslizaban por su rostro y se mezclaban con la sangre. Le dolía la garganta, la espalda, la cabeza y su visión comenzaba a volverse borrosa. Y no dejaba de temblar. Pero en esos momentos solo podía pensar en su hija y en Zach. No iban a vivir una vida los tres juntos. No le iba a volver a ver. A besar. A reír con él. No iba a ver a su hija caminar. No la iba a escuchar decir su primera palabra. Se iba a reunir con su hermana.

«Zach... mi amor... cuida de Lara. Dile que su madre la quería más que

a nada. Te amo», pensó mirando el reflejo del cristal. Ella derrotada y Rafa furioso.

—Me abandonaste. ¡Pídeme disculpas! No te haces una puta idea de lo que he sufrido sin ti. —Posó su boca en su mejilla.

Aria cerró los ojos mientras seguía llorando. Quiso evadir su mente. Trasladarse a otro lugar. Dejar de vivir aquella pesadilla.

«Zach... Zach... Zach», le llamó deseando que apareciera por la puerta. Le necesitaba.

—Lara... mi Lara... maldita zorra. —Apretó más su cabello entre su mano haciéndole daño—. No me gusta hacer esto... de verdad que no, pero te lo mereces.

Rafa impactó la cabeza de Aria contra aquel cristal haciéndolo estallar en mil pedazos y volvió a arrojarla al suelo. Ella sintió como su menudo cuerpo temblaba. Lara seguía llorando, pero Rafa parecía haberse olvidado de ella.

«Mi pequeña... mi niña... mi hija... mamá siempre te querrá», se despidió de ella.

Aria vio como gotas de sangre caían a la alfombra. Tenía cristales incrustados en su rostro. Los sentía. Pero le daba igual. Alzó la cabeza y vio encima de la mesa auxiliar el cuchillo que había cogido. No dudó. Lo atrapó y se giró para clavárselo, pero antes de lograrlo, Rafa volvió a inmovilizarla y aprisionó su muñeca que intentó girar para cambiar la trayectoria de la afilada arma.

—¡Esto es por Lara! —gritó empujando su muñeca hacia él, pero ni siquiera logró rozarle.

—Suelta el puto cuchillo, Lara. —La miró furioso haciendo que las venas de su rostro se le marcaran—. ¡¡Suéltalo!!

—¡¡No!! ¡¡No soy Lara!! ¡¡Lara está muerta!! —gritó furiosa—. ¡¡La mataste!! ¡¡Yo soy Aria!!

Y dejó de gritar. Aria calló. Se quedó mirando a los ojos de aquel hombre. Seguía con el mismo gesto enfadado. Con su mirada inyectada en sangre y ejerciendo todavía fuerza sobre ella. Pero Aria se había quedado paralizada al sentir como el cuchillo atravesaba la carne de su estómago y el

calor de la sangre sobre su cuerpo. Una lágrima se deslizó por la comisura de su ojo hasta fundirse en su cabello. Cerró los ojos. Todo se volvió oscuro.

Capítulo 39

Zach se tapaba el rostro con sus manos. No deberían haberla dejado sola. Creían que en su casa estaría a salvo, pero no fue así. No podía quitarse la imagen de su mente. La que se grabó en ella a fuego cuando Marta y él regresaron a casa. Muebles destrozados. Cristales inundando una parte del salón. Lara llorando. Y Aria inmóvil en el suelo con el cuerpo de un hombre rubio encima de ella.

Marta se derrumbó al reconocerle y ver lo que había sucedido. Se dejó caer de rodillas mientras lloraba y gritaba desconsolada ante aquella imagen. Zach se quedó los primeros segundos bloqueado y las náuseas le invadieron, pero enseguida corrió hacia ellos para apartar de mala manera a aquel hijo de puta. Ni siquiera le miró la cara. Gritó. La mujer de su vida. La chica de la que se había enamorado estaba cubierta de sangre. Su piel estaba pálida. Su rostro lleno de heridas y su cuello... esas marcas... «No...», pensó Zach observándolas. Sus ojos estaban cerrados y su ropa llena de sangre. La cogió entre sus brazos y lloró. Lloró como un niño pequeño. Abrazándola. Gritando su nombre. Pidiendo, suplicando que regresara con él y con su hija. Pero ella no reaccionaba. Su cuerpo estaba inerte. La balanceó. Siguió gritando, pero nada. Se giró a mirar al hombre que le había hecho eso. Tenía un cuchillo clavado en el estómago y toda su camisa llena de sangre. Volvió a mirar a Aria. La sangre la tenía en el mismo lugar que él. Esperanzado, le levantó la camiseta del pijama y vio su vientre limpio. No estaba herida. Ella no estaba herida. Colocó la palma de su mano sobre su corazón. Latía. La cogió del suelo y la tumbó en el sofá jurándole que se iba a poner bien. Repitiéndole que se había acabado. Estaba viva. ¡Estaba viva!

Fue hacia dónde Marta y consiguió hacerle reaccionar. Como pudo, le dijo que Aria solo se había desmayado, pero que necesitaba ir al hospital. Su suegra enseguida llamó a una ambulancia y a la policía. No tardaron en llegar. Zach y Marta no se separaron de Aria y mientras esperaban, comenzaron a retirarle algunos de los cristales que tenía clavados en el rostro.

Zach también había atendido a su hija, quien había vuelto a quedarse dormida. La había inspeccionado y suspiró aliviado al ver que estaba bien. Probablemente Aria la había defendido con uñas y dientes dándole igual su propia vida.

Aquel pequeño piso se llenó enseguida de los sanitarios, policías y forenses que hicieron fotos al lugar. Rafa había muerto desangrado. El cuchillo estaba clavado en un lugar vital. Era una herida grave y mortal. Aria debería enfrentarse a varias preguntas para aclarar lo sucedido.

Mientras iban al hospital en la ambulancia, Marta llamó a su marido para informar de lo sucedido. Este enseguida se puso en contacto con un compañero para que lo sustituyera. Había vuelto a suceder. Y él quería estar con su hija.

Enseguida pasaron a Aria para atenderla. Había sufrido un desmayo por el shock que había vivido y por suerte, sus heridas no eran graves. En la espalda le iba a salir un moratón y las marcas del cuello y el rostro, desaparecerían. Entre varias enfermeras le quitaron aquel pijama ensangrentado para tirarlo a la basura. Lo mejor era que la chica no lo viera al despertar. Le colocaron el camisón y tras subirla a una habitación, un médico salió para informar a los familiares.

Marta le pidió a Zach mediante señas y palabras sueltas que entrara él. Ella se ocuparía de cuidar a la niña. El hospital le había proporcionado un biberón para que la pequeña comiera hasta que su madre se recuperara.

Zach ya llevaba una hora con ella. La tenía cogida de la mano y en esos escasos sesenta minutos había llorado tres veces. Se sentía culpable. Si él se hubiera quedado... si no la hubiera dejado sola, nada de eso habría pasado. Por suerte, el culpable estaba muerto y no volvería a hacerle daño. Por fin estaba a salvo.

—Aria...despierta —le pidió hundiendo el rostro en sus manos entrelazadas—. Tienes que hacerlo. Lara y yo no somos nada sin ti.

Zach se sentó en el filo de la cama y le acarició el rostro el cual ya había recuperado su color, pero tenía aún las marcas de los cristales. Y su cuello... no podía vérselo. Y no quería que ella lo hiciera.

Logan y Neida estaban al tanto del todo por medio de los mensajes que

Zach les había logrado enviar. Su hermano le había dicho que Neida había sufrido un pequeño ataque de ansiedad al enterarse y que quería ir a España, pero ahora estaba más relajada.

Los párpados de Aria se movieron y Zach se acercó más a ella para llamarla hasta que volvió a ver sus ojos azules.

—¿Dónde...? —intentó preguntar con la boca seca, pero rápidamente su mente comenzó a recordar lo que había pasado—. ¡¡No!! ¡¡Fuera!! —Cerró los ojos apretándolos con fuerza—. ¡¡No me toques!! ¡¡Socorro!!

—¡Aria, Aria, quieta! —Le cogió de los brazos—. Aria, abre los ojos y mírame. ¡Mírame! Soy yo. Soy Zach, soy Zach, soy Zach, soy Zach.

Ella se calmó al escuchar aquella voz. No era Rafa. Los abrió lentamente. Era...

—Zach —susurró—. Zach... —repitió su nombre en un sollozo—. Él... él...

—Lo sé, cariño. Lo sé. —La abrazó—. Se acabó.

—Yo... yo... le he matado, le he matado, le he matado. —Se apartó y se tapó los oídos—. No quería hacerlo... pero... pero... no quería hacerlo...

Zach quiso volver a acercarse, pero ella le volvió a gritar que no la tocara. Estaba en shock y muy asustada. No dejaba de repetir que era una asesina.

—Aria, por favor. ¡Mírame! —Ella lo hizo—. No eres una asesina. Era tu vida o la suya. Se acabó. Estás a salvo.

Aria tardó en asimilar aquellas palabras. En creerlas, pero su mente, lo logró.

—Estoy a salvo... se ha acabado... se ha acabado... se ha acabado... — Zach asintió y ella lloró. No podía hacer otra cosa en aquellos momentos. Se había terminado.

Zach quiso tocarla, pero no estaba seguro. Ella lo notó. ¿Cómo podía haberle gritado aquello? ¿Cómo podía haberle apartado cuando lo que quería era tenerle cerca? Había creído que iba a morir. Había pensado que no volvería a verle. Y ahora... ahora iba a vivir sin miedo. Rafa había tenido el destino que se merecía.

—Zach... —Posó su mano sobre las suyas y las llevó a su rostro para

que la tocara—. Tócame...

—La última vez que me pediste eso, se nos fue de las manos —le susurró consiguiendo que sonriera—. Pero puedo abrazarte y besarte.

—Pues hazlo.

Y eso hizo. La abrazó al mismo tiempo que sus labios se posaban sobre los de ella. La besó con ternura. Y con cuidado. Aria se ciñó más sobre él y sonrió sobre su boca.

—Por fin Lara descansa en paz —susurró Aria y abrió los ojos como platos—. ¡La niña!

—Está bien, ella está bien... está con tu madre.

Aria recordó lo que había vivido. Había defendido a su pequeña y sabía que él no le había hecho daño, pero aun así, quería asegurarse.

—He pasado tanto miedo... él... estaba loco. Creía que yo era Lara y... y... —Sollozó y se volvió a abrazar contra su cuerpo.

—Chss, no hables. Ahora debes recuperarte. También psicológicamente. —Ella asintió—. Todo ha acabado, todo ha acabado, todo ha acabado —le repitió para que lo creyera—. Mírame. —Ella lo hizo y le limpió las lágrimas—. ¿Recuerdas nuestra canción? Ella asintió.

Cuando te vi tuve un buen presentimiento,
de esos que llegan una vez en la vida,
quiero tenerte aunque sea solo un momento,
y si me dejas tal vez todos los días.

Le cantó en español haciéndole sonreír. Despacio, bajó la boca a su oído para susurrarle:

—Y quiero tenerte todos los días, Aria. Porque en su momento te prometí todos los días de mi vida.

—Yo también te prometo todos mis días. Te amo, Zach. no sabes cuánto —declaró antes de alzarse para besarle.

Aria se sentía todavía noqueada, pero feliz y aliviada. Todo había terminado y ahora podía vivir su vida sin miedo a vigilar su espalda. Sin miedo a que él apareciera. Sin miedo a las personas, pues en su día, Zach le demostró que ella no tenía miedo a que las personas la tocaran, sino a que lo hiciera la equivocada. Y esa persona ya no estaba. Y no volvería jamás.

Cuando Aria estuvo más calmada, sus padres entraron en la habitación. Lo primero que Aria pidió, fue coger a su hija. La abrazó con cuidado y besó su cabecita. Estaba bien. Ambas estaban vivas. Y eso era lo importante. Sus vidas debían seguir. Dejar aquel horrible pasado atrás y ser felices. Es lo que Lara hubiera querido.

Pablo llegó algo más tarde. Se había enterado de lo sucedido por unos compañeros y por los padres de Aria. No era propio de él alegrarse por la muerte de alguien, pero ese ser insensible y cruel se lo merecía. Ojalá se pudriera en el infierno que era donde se encontraba. Era una lástima que las víctimas de la violencia de género vieran como única opción para vivir en paz, la muerte de su maltratador. Muchas de ellas, así lo creían. Se arrepentían de esos pensamientos, pero la única salida que veían a su infierno era que la persona que les hacía daño, abandonara este mundo. En España, solo se toman medidas extremas cuando los casos son muy graves y eso no debería ser, pues ante la mínima prueba, se deberían tomar medidas que evitaran las decenas de muertes que se producen al año por la violencia de género.

Con la llegada de la noche, todos abandonaron la habitación menos Zach. No quería dejarla sola. Y Aria no quería que se fuera. Marta e Iván quedaron en cuidar de Lara e ir al día siguiente a primera hora. Si todo iba bien, le darían el alta.

—¿No te vas a ir, verdad? —le preguntó a Zach.

—No me pienso mover de aquí. —Le dio un suave beso en los labios y apoyó su frente contra la de ella—. Ahora descansa, debes hacerlo para lo que está por llegar.

—¿El qué?

—Toda una vida juntos.

Epílogo

4 años después...

Lara se había propuesto desordenar la casa. Eso es lo que pensó Aria al llegar y ver todo patas arriba. Zach estaría en su despacho con los informes de los niños que estaba tratando, pues de no ser así, su casa estaría tal y cómo la había dejado.

Tras salir del hospital aquel día en el que casi pierde la vida, Zach la convenció de empezar a acudir a un psicólogo para superar aquel trauma, pues sus flashbacks volvieron y las pesadillas aumentaron. Y lo hizo. Acudió a un profesional durante dos años. El mismo tiempo en el que consiguió terminar su carrera cómo maestra y especializarse en profesora de español.

Su viaje de regreso a Leicester tuvo que aplazarse, pues el tribunal de justicia le debía autorizar la salida del país. Por suerte, se demostró que lo que le hizo a Rafa fue en defensa propia, por lo que el caso se cerró y ella por fin pudo empezar a vivir su vida sin miedo y al lado de las dos personas más importantes de su vida.

Tras licenciarse, Zach y ella se mudaron a otra zona de la ciudad. Compraron una casita parecidaa a dónde habían estado viviendo hasta ese momento, pero con un cuarto más y lejos de las fiestas universitarias. Aria consiguió trabajo en el mismo colegio donde Lara había comenzado Educación Infantil, pero llevaba cuatro meses de baja por una razón muy importante. Por algo que había hecho que sus vidas volvieran a cambiar.

Tras dejar la chaqueta y el bolso, Aria caminó al cuarto de su hija pequeña. Hacía tres meses que había llegado a sus vidas. Clea Lowell les tenía a todos enamorados. Se parecía mucho a su hermana mayor, pero sus ojos eran azules. Como los de su madre. Lara adoraba a su hermana y estaba todo el rato pendiente de ella.

Cuando llegó al cuarto donde estaba la cuna y en ella Clea durmiendo, vio a Lara subirse a un taburete para ver mejor a su hermana con una manta roja en las manos.

—Mira, Clea —le habló en inglés aunque Lara dominaba a la perfección también el español—. Esta será nuestra manta de los abrazos, Así, cuando seas mayor y nos enfademos, nos pediremos perdón con ella. Nos abrazaremos bajo ella. ¿Vale?

Al escucharla, Aria se quedó paralizada. Jamás le había contado a su hija la historia de su manta de los abrazos. Esa morada que aún conservaba.

—¡Mami! —la llamó con su voz infantil mientras saltaba del taburete y corría hacia ella tras apoyar la manta roja en la cunita de su hermana.

—No grites, cielo, que está la tata durmiendo —le habló en español para que practicara. Casi siempre hablaban en español.

Lara asintió y se tiró a sus brazos para que su madre la cogiera. Aria le llenó su carita de besos y se quedó mirando las dos coletitas que tenía en lo alto de la cabeza. Zach iba aprendiendo. Al igual que ella, su hija tenía el pelo ondulado y aquello dificultaba a su padre el tema de los peinados. Un día se le quedaron los dedos enredados y casi tuvieron que cortarle el pelo a Lara. La niña no dejaba de llorar porque creía que se iba a quedar calva.

—¿Cuándo podrá la tata jugar conmigo?

—Cuando sea más mayor. Aún es muy chiquitina. —Le retiró un onda rebelde tras la oreja—. ¿Y papá?

—En su habitación de trabajar.

—Pues mientras voy a preguntarle a papá una cosita, quiero que vayas al salón y recojas todo lo que has desordenado, ¿entendido?

—Sí, mami.

—Así me gusta.

Aria le dio un fuerte beso en la mejilla y dejó a su hija en el suelo para que hiciera lo que le había mandado.

En sus cuatro años le había hablado de su tía y le había enseñado fotos de ella. Lara siempre se asombraba de su gran parecido, pero en todas las fotos conseguía identificar quién de las dos era su madre. Era una niña muy lista y observadora.

Los padres de Aria iban a menudo a Leicester para visitarles y ellos cuando podían viajaban a España. Ella echaba mucho de menos su tierra, pero era feliz allí. Muy feliz.

Tras ver cómo Clea dormía, fue al despacho y tras llamar, entró para ver a Zach concentrado mirando su portátil. El tiempo no había hecho que perdiera la pasión por su trabajo y le encantaba ayudar a todos los niños del centro de acogida.

Al verla, Zach sonrió y se echó hacia atrás para girar hacia ella y tenderle la mano. Aria se la cogió y él tiró para que se sentara en su regazo. Calló la protesta que iba a salir de su boca con un apasionado beso. Posó una mano en su nuca para profundizar más aquel contacto. Esa chica le seguía volviendo tan loco como el primer día.

—No te he oído llegar.

—Estabas concentrado. Menos mal que Clea no se ha puesto a llorar.

—La puerta estaba entreabierta. La habría escuchado. —Sonrió y le tendió una especie de cartulina—. Es la invitación de boda de Sophia.

Aria sonrió. En esos años, habían quedado varias veces con ella y su futuro marido. Se alegraba de que Zach hubiera recuperado su amistad con ella y ellas dos se habían hecho grandes amigas. Además, Sophia se había ganado el cariño de Lara y se había convertido en una tía más para sus hijas.

—Oye, ¿tú le has contado a Lara lo de la manta de los abrazos?

—¿Yo? No, ¿por qué?

Aria le relató lo que había escuchado y Zach se quedó sorprendido. Aquello había sido una casualidad. Estaba claro que la hermana de Aria seguía cuidándoles y siendo partícipe de sus vidas allá donde estuviera. Le habría gustado conocerla.

—¿Qué tal Neida? —le preguntó Zach. Sabía que Aria acababa de llegar de visitarla.

Neida y su hermano también se habían mudado a otra casa lejos de la universidad, pero en Leicester. La familia de Neida iba a verles cada dos por tres y los mellizos, hermanos de ella, nunca querían irse. Logan se los había ganado y a ambos les encantaba jugar con el novio de su hermana.

—Pues está como yo hace unos meses. Llorona, gorda, algo gruñona. Bastante. ¡Pobre Logan! —relató divertida—. ¿Te ha mandado la foto tu hermano?

—¿La ecografía? —Aria asintió—. Sí. Dos niñas más a la familia. ¡Mi

madre estará encantada!

—Tu hermano quería la parejita, pero... mucha suerte que sean mellizas. —Desde que conoció a los hermanos de Neida, estaba obsesionado con tener mellizos con ella.

—Pues ya verás cuando nazcan. Si una ya da trabajo... mi hermano no volverá a saber lo que es tener tiempo libre.

Ambos rieron y volvieron a besarse. La mano de Zach se perdió bajo la camiseta de Aria en dirección ascendente hacia su pecho. Le encantaría hacer cómo en las películas. Tirar las cosas de la mesa y colocarla sobre ella para desnudarla y hacerle el amor como les gustaba. Y ya habían hecho aquello más de una vez cuando las niñas dormían, pero ahora Lara estaba bien despierta.

—Zach...para... —le pidió Aria—. Odio que me calientes para nada.

—¿Quién te ha dicho que para nada? —Ella alzó las cejas—. Esta noche tenemos una cita. Tú y yo, en mi despacho. No hace falta que te comas la cabeza con qué ponerte. Porque primero te arrancaré la ropa y te haré el amor tras devorarte entera, después picaremos algo y de postre, volveré a comerte. ¿Aceptas?

—Te quiero, así que aceptó todo lo que me propongas, Zach Lowell.

—¿Todo, todo?

—Todo.

—Mentirosa. Aún espero que quieras casarte conmigo.

Aria rio. Zach se lo había pedido varias veces y ella no le respondía. Aún eran jóvenes y casarse era firmar un papel. Ella no necesitaba nada para demostrar todo lo que amaba a aquel hombre.

—Y algún día lo haremos, pero primero, quiero vivir muchos más momentos contigo. Y con nuestra hijas. Y dentro de unos pocos años, cuando vivamos todo y más, mi nueva aventura será convertirme en la esposa de Zach Lowell. ¿Te gusta el plan?

—Si en él estáis las tres mujeres de mi vida, me encanta. ¿Empezamos?

FIN

Agradecimientos

Hay muchísima gente a la que tengo que dar las gracias, ya que este libro, no solo forma parte de mí, sino que sin muchas personas, no hubiera sido posible.

En mi primer lugar gracias a mi familia, porque siempre está ahí y sé que mis alegrías, son las suyas. Chicos, daros todos por agradecidos, somos una familia enorme y si os pongo uno a uno, me da para otra novela entera. ¡Os quiero a todos!

A la siguiente persona que tengo que estarle enormemente agradecida, es a ti, A. Porque quisiste revivir conmigo algo tan horrible para que yo lo plasmara en esta historia lo más real posible para que todos los lectores sepan más sobre este tema. Sé que fue muy duro para ti, y no voy a negar que para mí también fue difícil escribir lo que tú me relatabas, pero como me decías, no es malo recordar.

Millones de gracias María van Hoof, porque me soportaste durante todo el verano para que la ambientación de la novela fuera la perfecta. Sin estar, he acabado enamorada de Leicester y gracias ti, era como si yo estuviera al lado de Aria y Zach paseando por sus maravillosas calles.

Gracias a Ana Lizarraga y a David Benito por el asesoramiento legal. Vosotros también formáis parte de esto.

Y no me olvido de ti, Cristina Benito, la mejor superprima del mundo. Gracias por darme el nombre de Neida. No podría haber salido un personaje mejor que ella. ¡Que viva esa loca finlandesa!

Muchísimas gracias a Moruena Estríngana, Merche Diolch, Mari Tiemblo, Alejandra Nevado, Sandra Hernández, Noelia Tejada y a ti que tienes este libro por todo el apoyo que me estáis dando.

Y no me olvido de las más locas del mundo. Mi gran fuente de inspiración. Gracias a Jone García, Marta Faus, Teresa García, Elia Bastida, Susana Álvarez, Marta Flores, Laura Benedí y Marta Crespo. Lo que la universidad ha unido que no le separe nadie. Creo que sois las que más me

soportáis en tiempos de estrés, pero también las que me regaláis buenos momentos cuando más los necesito y como no, ¡momentos que después quedan plasmados! Por muchísimos años más.

Gracias a Teresa y a Ediciones Kiwi por confiar en mí y en Prométeme todos tus días. Ojalá el mensaje que se transmite deje huella en los lectores.

Y como no, millones de gracias a todos aquellos lectores que le dais una oportunidad a esta historia. Sin vosotros, un escritor no sería nada.